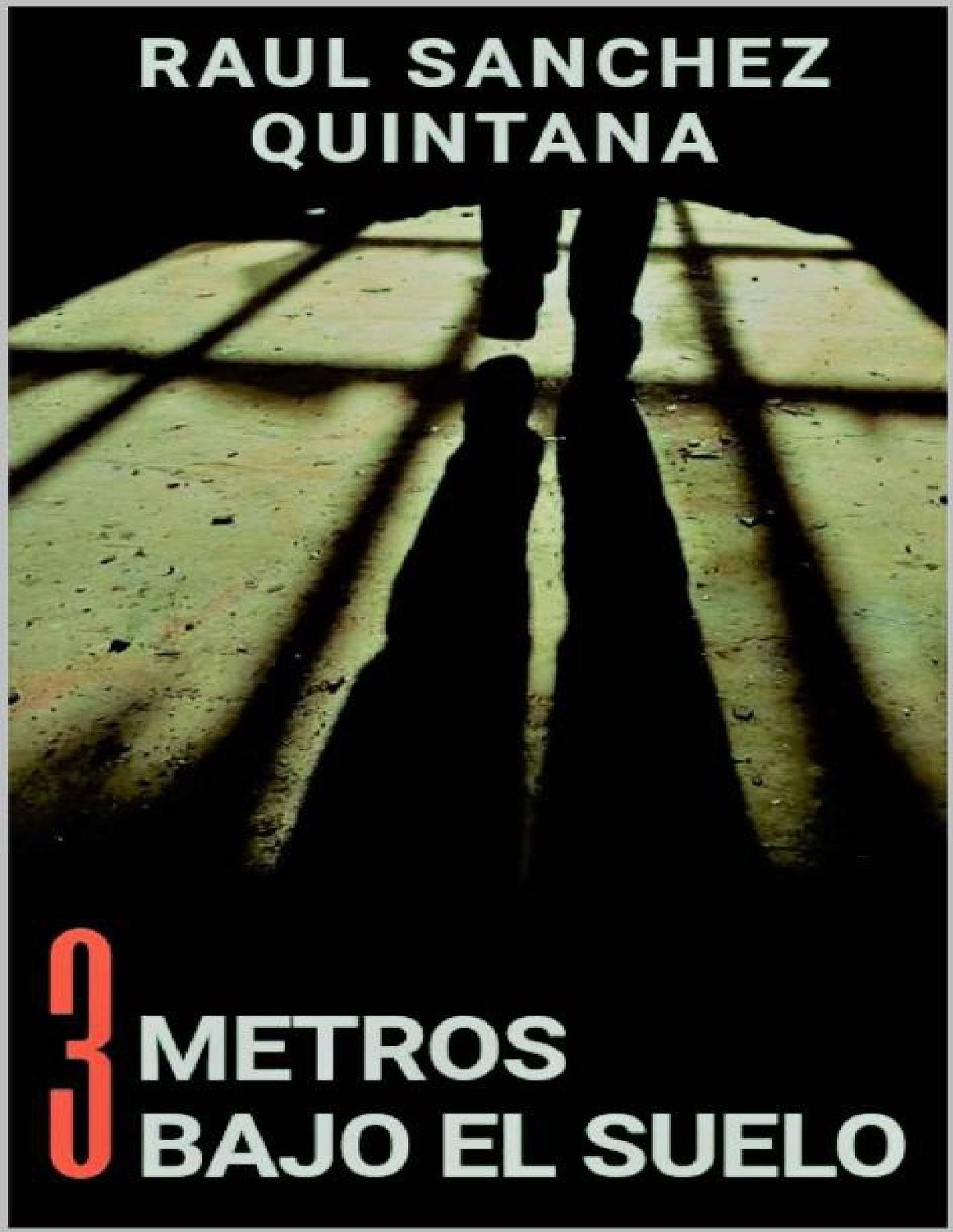


**RAUL SANCHEZ
QUINTANA**



3

METROS

BAJO EL SUELO

TRES METROS BAJO EL SUELO

“Un día más vivido. Un día menos para la libertad”

“Tres metros bajo el suelo” ©2020

Raúl Sánchez Quintana - ©2020

Obra registrada con número: 202099900173610

Registro Territorial de la Propiedad Intelectual de Andalucía. Expediente. RTA-33-20

“Queda prohibida, sin la autorización escrita del autor, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.”

*“Recuerda para no olvidar.
No olvides para no repetir.”*

Prisión de San Cristóbal (Pamplona)

Domingo 22 de mayo de 1938

Embutido en su guerrera, el vigilante descendió por la estrecha escalera de caracol hasta la primera brigada situada a tres metros bajo el suelo. El sonido de sus pisadas se acompañaba casi a la perfección con el eco del agua al golpear el suelo. Era la hora de la cena y debía asegurarse de que los dos presos comunes que le acompañaban repartían sin problemas el rancho a los quinientos prisioneros que se hacinaban en aquel oscuro lugar.

Una gota de agua cayó sobre su nuca y se deslizó cuello abajo. El escalofrío que sintió le hizo odiar aún más aquel inhóspito sitio, aunque tras maldecir intentó tranquilizarse. Solo tenía que aguantar un mes más, pensó para darse ánimos, mientras buscaba el juego de llaves en el bolsillo de su pantalón. Pasado ese tiempo podría alejarse de aquel zulo infecto en el que no solo los reclusos caían como moscas. Enfermedades tan peligrosas como la tuberculosis flotaban acechantes en aquella pocilga humana, y a pesar de que los guardias dormían en dependencias decentes y se alimentaban bien, nadie estaba libre de poder contagiarse.

Con la mente puesta en aquella indeseable posibilidad, alcanzó el sótano. El frío del norte, que parecía tener su guarida en aquel inmenso calabozo, le golpeó sin piedad. Ello provocó que durante unos segundos sintiera pena por los desgraciados que malvivían en su interior. De todos los prisioneros del penal, esos desdichados eran los que menos posibilidades tenían de sobrevivir. Las condiciones de salubridad eran pésimas, y hasta el más fuerte sucumbiría tarde o temprano víctima del frío, la humedad o el hambre. Raro era el día que de allí no sacaban a alguno con los pies por delante.

Continuando con el ritual de cada comida, abrió la verja de acceso a la brigada seguido por los dos presos comunes que transportaban el perol. El hedor en aquel punto del agujero era insoportable debido a la proximidad de los retretes, por lo que no dudó en proteger su boca y nariz con un pañuelo. ¿Quién era capaz de comer en aquellas condiciones?, se preguntó, a la vez que una arcada amagaba con esparcir sobre sus pies el bocadillo que había comido horas antes. Como pudo, luchó por reponerse y entró en la galería.

La pequeña bombilla de veinticinco vatios que iluminaba cada una de las once naves en las que se dividía aquella inmensa celda, acentuaba la tenebrosidad del lugar. Conforme al protocolo establecido, los presos ya formaban frente al largo pasillo situado en el centro de la brigada, ansiosos por recibir el mejunje con el que poder aliviar los quejidos de sus estómagos. Los rostros demacrados y huesudos que observaba entre la débil iluminación nunca dejaban de sorprenderle. Pero así era la guerra, trató de justificar su conciencia; vencedores y vencidos.

Tan pronto como los dos comunes encargados del reparto acabaron de llenar las latas de los primeros reclusos que se aproximaron a la olla, un griterío proveniente del interior de la brigada llamó su atención. Aquellos malditos piojosos tenían ganas de fiesta aquella noche, especuló, al tiempo que se dirigía con la porra en la mano hacia la nave de la que procedía el alboroto. Pero tan pronto como se adentró en la galería, varios presos se abalanzaron sobre él. Sin poder asimilar lo que sucedía a su alrededor, notó cómo unos le sujetaban y otros le desvestían a toda

prisa.

—Shhh —Escuchó sisear junto a su oído mientras una mano le tapaba la boca—. Estate calladito si no quieres que te reventemos aquí mismo.

En ropa interior y con las llaves que permitían la salida de la brigada en manos de uno de los prisioneros, alguien entre la multitud le empujó y cayó al suelo. Aún confuso, su rostro quedó impregnado de aquella pecina sebosa y maloliente que se acumulaba sobre el suelo y las paredes. Sin ser capaz de imaginar lo que estaba a punto de suceder, acabó vomitando mientras observaba cómo los presos confabulaban en silencio y recordaba las palabras que le dijo el director del penal cuando tomó posesión de su puesto: si una multitud se ponía de acuerdo no existía muro que la detuviera.

DÍA I

Miércoles 18 de mayo de 1938

Prisión de San Cristóbal (Pamplona)

Cuatro días antes

Nada más salir al exterior, la claridad del día le obligó a entornar los párpados y mirar hacia el suelo. Las horas pasadas en el agujero, donde la oscuridad apenas era rota por la tenue luz de una débil bombilla, habían hecho mella en sus ojos. Por dicho motivo sus primeros pasos por el patio los dio sin saber el lugar hacia el que se dirigía, y se limitó a caminar siguiendo al resto de sus compañeros.

Apenas apreció el frescor de la mañana sobre su piel, Daniel inspiró hondo y respiró el aire puro de la montaña norteña. Castigado durante horas por el fétido hedor del hacinamiento, sentir de nuevo el aroma de la naturaleza le hizo pensar durante unos instantes que todavía era libre.

El suelo que pisaban se encontraba mojado por la lluvia que había caído durante la madrugada. Los charcos abundaban, y los adoquines se volvían resbaladizos. Tan solo el sonido provocado por múltiples pies arrastrándose por el pavimento, así como el de toses y carraspeos llegaba hasta sus oídos. Ni una sola palabra escuchó durante aquellos primeros minutos de paseo, únicamente el caminar errante de una procesión de hombres que parecían haber perdido el alma. En ese instante sintió cómo el frío de aquella mañana de mayo penetraba por sus ropas húmedas y le hacía tiritar. Mientras cubría su garganta con el cuello de la chaqueta, pensó en cómo serían los días de invierno en aquella prisión, y un espasmo erizó el vello de su cuerpo. Esperaba no tener que comprobarlo.

Poco a poco su vista se fue acostumbrando a la claridad del día, y sus ojos contemplaron el patio al que los prisioneros de la primera brigada habían salido a pasear. Estrecho y de estructura marcadamente rectangular —no más de cien metros de largo por quince de ancho—, quedaba engullido por los edificios de mampostería que se alzaban decenas de metros sobre su cabeza. Solo cuando alzó la mirada forzando el cuello hacia atrás logró ver el rectángulo azulado que, de vez en cuando, era surcado por una nube. Aquel trocito de cielo y el aroma de la vegetación que rodeaba el penal era lo más cerca que podía sentir la libertad.

—Cuando lleves una semana esto será como estar en tu casa. —Oyó decir cerca de él.

Aquellas palabras, las primeras que creyó escuchar desde que la luz del día le cegara, le hicieron reaccionar. Fue entonces cuando comprobó cómo los presos se habían ido dividiendo en pequeños grupos, y él, encajonado en una de aquellas cuadrillas, había seguido caminando con los compañeros junto a los que había pasado su primera noche en el penal.

—No sé si seré capaz de acostumbrarme —respondió él con pesadumbre.

—Pronto ni te acordarás de este día —intervino Enric. Un barcelonés alto y de mirada azulada, que debía rondar los cuarenta y cinco años.

El grupo de cinco presos continuó caminando sin detenerse. Una hora por la mañana y otra por la tarde eran los únicos momentos al día que tenían para ejercitarse. Y aunque los primeros pasos solían ser los más costosos debido al entumecimiento provocado por el frío y la humedad de la

noche, con el paso de los minutos el cuerpo agradecía la actividad. Paulatinamente el patio se había ido llenando de prisioneros y no resultaba fácil caminar.

—Yo no he hecho nada —arguyó Daniel, con desesperación—. Tienen que dejarme salir de aquí.

—No digas *chuminás*. La mayoría de los que estamos aquí no tenemos ningún motivo para estar encerrados. —Quien hablaba ahora era Miguel, un joven de veinticinco años, piel oscura y pelo rizado, cuyo marcado acento malagueño delataba el origen de su procedencia—. Yo no he matado ni he robado a nadie, y si estoy aquí es porque mi padre era un conocido sindicalista.

—Yo militaba en Acción Católica, pero tras una revuelta me refugié en la Casa del Pueblo y allí me detuvieron. Nadie quiso escucharme —añadió Jorge. Un vallisoletano no muy alto y cuyos cabellos blanqueaban, a pesar de no tener más de treinta años.

—En la primera solo estamos los presos políticos, y con suerte no saldremos de aquí hasta que la guerra acabe —añadió Samuel con cierta desidia. Un madrileño de unos treinta y cinco años, ojos marrones, nariz aguileña, cabello espeso y castaño que, cortado a trasquilones, le caía sobre ambos lados de la frente.

—Si quieres un consejo —prosiguió Enric, el barcelonés, quien parecía ser el más sensato—, cada mañana al despertarte piensa que te queda un día menos para salir, eso te animará. Aquí la vida es dura, muy dura, ya has podido comprobarlo, y eso que solo llevas unas pocas horas allí abajo. Debes centrarte en sobrevivir. Si te rindes, y la enfermedad entra en tu cuerpo o en tu cabeza, entonces sí que lo habrás perdido todo.

Aquellas palabras hicieron reflexionar al resto, y el silencio se apoderó durante algunos segundos del grupo.

Frente a ellos, una destartalada carreta tirada por dos mulos se abría camino entre los presos que abarrotaban el pequeño rectángulo que formaba el patio. Varios soldados procedentes del cuerpo de guardia situado en el exterior del recinto carcelario la escoltaban. Sobre la misma, las siluetas de tres cajas de madera cubiertas de mala manera por sábanas sucias dejaban entrever lo que no eran más que simples ataúdes. Sobre las telas que cubrían los cajones, unos cuantos picos y palas se movían al son del traqueteo. Encabezando la fúnebre comitiva, los prisioneros encargados de enterrar a sus compañeros caminaban en silencio y con la mirada gacha. Las conversaciones cesaban y los murmullos se hacían silencio por donde el carro pasaba. Tan solo el quejido de la quejumbrosa carreta resonaba contra los muros que se elevaban decenas de metros sobre ellos, formando un eco lúgubre y estremecedor. El tiempo parecía detenerse entonces. Unos pocos se santiguaron al ver los cuerpos pasar, aunque la mayoría apartaba rápidamente la mirada cuando su curiosidad quedaba satisfecha. Quien más quien menos había podido comprobar que en aquel lugar la debilidad y la enfermedad eran asiduas visitantes a las que era difícil evitar. Y también sabían que cuanto más días pasaran allí encerrados, más papeletas obtenían para ser los siguientes.

—Esos pobres ya lo han perdido todo —opinó Enric, una vez el carro los rebasó.

—O han conseguido la salvación —añadió Samuel, el madrileño, con cierto pesar—. Tarde o temprano todos acabaremos ahí. Cuanto antes acaben con nosotros mejor.

—No le hagas caso —intervino Miguel, el malagueño, dirigiéndose a Daniel, quien aún mantenía sus ojos color miel puestos en los ataúdes que se entreveían bajo las sábanas—. Es un *asaura*. Todos tenemos días malos, y él está pasando por uno de ellos.

—Si los piojos no nos comen vivos, será la tuberculosis la que nos pudra por dentro —añadió Jorge, quien parecía aliñarse con el desaliento mostrado por el preso madrileño.

—¿Cuántos compañeros calculáis que hay aquí encerrados? —preguntó Enric, dirigiéndose a los dos pesimistas.

—No sé —respondió Samuel.

—Contando las cinco brigadas y los dos pabellones, calculo que más de dos mil —contestó Jorge, con algo de titubeo.

—¿Y creéis que todos morirán? —interpeló Enric.

El silencio regresó al grupo al tiempo que caminaban unos metros por detrás de la carreta. Los prisioneros debían permanecer en continuo movimiento, de lo contrario, los centinelas que custodiaban el patio desde las alturas tenían carta blanca para dispararles, y casi siempre lo hacían a dar.

—Es cierto que nos tratan peor que a perros y que raro es el día que alguno de los compañeros no muere —continuó el preso catalán tras la pausa—, pero algún día la guerra acabará, y gane quien gane, nos sacarán de aquí. Liberados o amnistiados, los que aguanten podrán regresar con los suyos. ¿Queréis estar aquí cuando ese momento llegue? ¿Queréis ser de los que vuelvan a casa para besar a su mujer y abrazar a sus hijos?

Ninguno contestó a aquellas preguntas que tampoco esperaban ser respondidas.

—Solo hay dos alternativas posibles —prosiguió—. Resistir hasta el final o dejarse vencer y acabar encima de esa carreta.

El resto rumiaron en su interior la arenga recibida y los instantes pasaron sin que nadie osara rebatirla.

—Te llamabas Daniel, ¿verdad? —preguntó Enric al joven.

—Sí —respondió este de forma mecánica, sorprendido de que se dirigieran a él. Su pelo corto y castaño, y su rostro recién salido de la pubertad, le dotaban de un semblante inocente no maledado aún por la crudeza de aquellos difíciles días.

—No te echo más de veinte años. ¿Me equivoco?

—Diecinueve —rectificó él.

—Aún te queda vida por delante. Mucha más de la que estos muros podrán retenerte.

—Eso si no se cansan de mantenernos y deciden fusilarnos —añadió Jorge—. No para de llegar gente y aquí ya no cabemos.

—*Cusha* —medió Miguel—, pues entonces moriremos con la *chorla* alta y mirando al frente. Antes *partío* que *doblao*.

—¿Qué pasa allí? —preguntó de pronto Samuel.

Los cinco, sin dejar de caminar, miraron hacia el lugar que indicaba el preso madrileño. La carreta mortuoria se había detenido unos metros antes de abandonar el patio, y un pequeño tumulto parecía haberse organizado delante de ella. Un prisionero de edad avanzada, de los que formaban el pelotón de enterramientos de aquel día, había caído delante de los mulos. Por su aspecto demacrado y macilento parecía estar enfermo y era incapaz de levantarse. Fue entonces cuando el sargento que comandaba el pelotón se aproximó al prisionero con gesto amenazante. La perilla de pelo negro que poblaba el contorno de su boca le ofrecía un toque fiero y rudo.

—¡Vamos, abuelo! —gritó el militar tras exhalar un torrente de vaho—. ¡No tenemos todo el día!

El preso, que había caído sobre uno de los múltiples charcos que las lluvias de la noche anterior habían formado sobre el pavimento, miró hacia arriba con gesto de súplica. Alrededor del carro, y a una distancia prudencial, la mayoría de los prisioneros que estaban en el patio habían formado un círculo desde el que observaban con curiosidad y preocupación la escena.

Incluso los centinelas que vigilaban desde las alturas parecían interesarse por lo que sucedía más abajo, y esperaron a ver cómo finalizaba el asunto antes de dispersar la concentración a fuerza de tiros. El silencio solo era roto por las voces del militar.

—¿Acaso no me has oído, patán? —gritó de nuevo el sargento, al tiempo que se acercaba al preso.

—Me encuentro mal —manifestó este al fin, con un hilo de voz—. No puedo levantarme.

La risa del militar retumbó en las paredes de los edificios que como gigantes de piedra observaban inertes el espectáculo. El resto de los soldados esbozaron una sonrisa que ninguno de los prisioneros secundó.

—¡Menudo sinvergüenza! —vociferó para ser oído por el resto—. ¡Te alimentamos y te damos cobijo! ¡Vives como un holgazán durante meses, y encima no quieres ganarte la comida que te comes!

—Por favor —suplicó el viejo, haciendo ademán de arrastrarse sobre el suelo mojado.

La imagen resultaba dantesca, y pocos eran los que apostaban a que aquel hombre consiguiera ponerse en pie por sus propios medios. Su aspecto enfermizo dejaba bien a las claras que sus días en el penal estaban próximos a su fin.

—¡Levántate ahora mismo, gandul! —volvió a gritar el sargento, a la vez que golpeaba con violencia la espalda del prisionero con la culata de un fusil.

Un murmullo se propagó como la pólvora entre los presos que permanecían arremolinados en torno a la carreta, pero a pesar de que en sus rostros predominaban los gestos de rabia, ninguno se atrevió a intervenir.

De repente, Daniel hizo ademán de avanzar hacia el viejo quien, tras haber recibido el golpe, quedó tumbado de bruces sobre el suelo, pero Miguel, rápido de reflejos, cogió su brazo antes de que la intención del joven llamara la atención de los soldados.

—Quieto *chavea* —le susurró sin apartar la mirada del sargento—. ¿Acaso quieres que ese *chalo* la tome contigo? Ya es bastante dura la vida en este lugar para encima buscarse enemigos.

—Pero, le va a matar —respondió Daniel sin apartar sus ojos del compañero que, con las ropas manchadas por el agua sucia acumulada sobre el adoquinado y un jadeo que no hacía presagiar nada bueno, no hacía por levantarse de nuevo.

—Ya es demasiado tarde para él —respondió el malagueño—. No le quedan más de unas horas. Si le pegan un tiro le hacen un favor.

—Hazle caso —añadió Samuel desde su izquierda, quien también parecía haberse dado cuenta de las intenciones del joven—. No merece la pena. Todo está perdido ya para él.

Daniel, aconsejado por los otros dos, procuró contenerse, aunque algo en su interior le empujaba a auxiliar al compañero caído. Permanecer allí quieto mientras observaba cómo humillaban y maltrataban a un hombre enfermo le hacía sentirse contrariado e incómodo consigo mismo, y aquella frase que su padre le había dicho antes de ser fusilado, se repitió en su cabeza de forma constante: *Todos los que permiten una injusticia, son igual de injustos que el que la comete.*

Al sargento Echenique —como así se llamaba el militar encargado aquel día del pelotón de enterramientos— no pareció gustarle que tras golpear al preso este no intentara levantarse.

—Ahora querrá que lo llevemos en brazos —voceó, buscando la sonrisa cómplice de los soldados que le acompañaban—. ¡Atajo de holgazanes y piojosos! —volvió a gritar, al tiempo que propinaba un puntapié en el estómago del prisionero caído quien, tras emitir un débil quejido, se retorció dolorido sobre sí mismo.

Varios presos, incapaces de continuar observando el martirio al que era sometido el compañero, se apartaron del lugar y continuaron con su caminar errante por el patio. La mayoría, sin embargo, permanecieron a la expectativa, y muchos fueron los que se alegraron cuando vieron cómo el sargento apuntaba con el fusil a la cabeza del viejo. Cuando la enfermedad te atrapaba en un sitio como ese, la muerte se convertía en el camino menos doloroso para escapar del infierno; y cuanto más rápido llegase esta, mejor. Un tiro parecía ser la mejor solución para aquel hombre que apenas era capaz de ponerse en pie, debieron pensar casi todos los presentes.

—Por mis santos cojones que no te libras hoy de ir al cementerio —prosiguió Echenique—. O te levantas y vas a pie, o te revienta la cabeza y vas en el carro.

Fue en ese instante cuando el tiempo pareció detenerse y el silencio que se había impuesto tras la amenaza del militar solo fue roto por el cerrojo del fusil al incorporar una bala en la recámara. Todo se contuvo, incluso la respiración de los centenares de presos que, expectantes, observaban el inminente desenlace. Incluso los soldados que permanecían apostados a cada lado de la carreta, o los centinelas que contemplaban la escena desde lo alto de los edificios que rodeaban el patio, parecían sucumbir al triste acontecimiento.

Cansado de esperar, y consciente de que debía cumplir su amenaza para mantener intacta su autoridad, el sargento acopló la culata del Máuser sobre su hombro derecho y apuntó a la cabeza del prisionero quien, con un último esfuerzo, había logrado ponerse a cuatro patas; aunque era evidente que no sería capaz de pasar de esa postura. Pero cuando Echenique se dispuso a apretar el gatillo, un joven preso salió a la carrera de entre la multitud y se arrodilló junto al viejo procurando que su cuerpo se interpusiera entre el militar y el compañero enfermo.

Aquella inesperada interrupción generó el asombro de todos los presentes, y derivó en un runrún que se propagó como la pólvora por todo el patio. Incluso algunos de los que anteriormente se habían desentendido, regresaron para comprobar lo sucedido. El revuelo ocasionado fue de tal envergadura que los soldados no dudaron de echar mano a sus fusiles temerosos de que aquello desembocase en una revuelta. Los centinelas, también sorprendidos, apuntaron desde las alturas dispuestos a disparar a diestro y siniestro.

—Tenga clemencia con él —imploró Daniel, arrodillado sobre el suelo húmedo—. Déjele morir en paz.

El sargento, que había bajado el arma, observó con desconcierto a aquel joven de pelo rapado y rostro aún imberbe. Nunca antes había vivido una situación similar en aquella prisión. Nadie, hasta ese momento, había osado interponerse a su autoridad. Por dicho motivo necesitó unos segundos para reaccionar.

—Tú parece estar sano —dijo el militar una vez consiguió rehacerse—. ¿También quieres morir antes de tiempo?

—No quiero morir —respondió Daniel con entereza, aunque sus ojos de color miel se mostraban vidriosos—. Solo pido que sea clemente con este pobre hombre.

El militar se concedió unos nuevos segundos de reflexión, aunque ello provocó que el murmullo que escuchaba a su alrededor aumentara de intensidad. Rápidamente se convenció de que no podía ceder. Si lo hacía hoy, mañana aquella olla a presión con más de dos mil quinientos presos podría reventar delante de sus narices.

—Apártate de él —gritó el sargento para que no hubiera dudas de cuáles eran sus intenciones.

Daniel no respondió, pero tampoco se movió. De rodillas junto al compañero enfermo, se limitó a mirar a la cara del militar con un gesto de compasión en su rostro que, para el resto, era una mueca de desafío.

—Tú lo has querido. Hoy habrá que cavar dos agujeros más en el cementerio.

El rumor que se había propagado entre los curiosos que, arremolinados en torno a la carreta, seguían con expectación el desenlace de los acontecimientos, cesó de inmediato tras la sentencia dictada por el militar. Todos, incluidos los cuatro presos que habían trabado más afinidad con el joven, esperaban de un instante a otro el tiro de gracia. La tensión en el ambiente podía cortarse con un cuchillo.

—¿Qué sucede aquí?

De repente, aquella voz de tonalidad joven pero arrogada de la suficiente autoridad como para solicitar explicaciones, hizo que las miradas se desviasen del centro de atención.

—Mi alférez —respondió sorprendido Echenique que aún mantenía el fusil en posición de disparo.

—¿Qué demonios está haciendo, sargento?

—Se niegan a obedecer.

El oficial —un militar joven, alto y de cabellos claros—, aprovechó el camino abierto en el círculo de curiosos que rodeaban la escena y observó a los dos presos que continuaban en el suelo; uno a cuatro patas y el otro de rodillas junto a él.

—Ese hombre parece enfermo.

—Formaba parte del grupo de enterramientos de hoy y ha caído al suelo. Se niega a levantarse.

—¿Y el otro? —preguntó el alférez mirando a Daniel.

—Se ha situado junto al prisionero y también desobedece mis órdenes.

—Entiendo —respondió el militar de mayor graduación, antes de tomarse unos segundos de pausa para reflexionar—. Baje el arma. Sabe perfectamente que dentro de la prisión es el director quien tiene la autoridad.

Comunicada la decisión, el interés de los presentes se dirigió al suboficial quien, vacilante, parecía rumiar qué decisión tomar. Mientras pensaba, apretó los dientes y las mandíbulas marcaron en su rostro la rabia que comenzaba a devorarlo. Si cedía, su autoridad podría sufrir un menoscabo importante, y aquellos piojosos se aprovecharían de aquel mal ejemplo tarde o temprano.

—Sargento —volvió a hablar el alférez. Aunque esta vez el tono de su voz fue más grave—. Escoja a otro preso para enterrar esas cajas. Es una orden.

El suboficial, a sabiendas de que no le quedaba más opción, bajó el fusil y se cuadró frente a su superior en un gesto de exagerada formalidad, a todas luces innecesaria, con el que pretendió dar a entender su descontento al tiempo que hacía muestra de la furia que corroía sus entrañas.

—¡A la orden! —exclamó a unos centímetros del rostro del oficial quien, seguramente, fue capaz de percibir el olor agrio de su aliento.

—Y usted —añadió el alférez dirigiéndose a Daniel, al tiempo que se separaba un paso del sargento—. Acompañe a ese hombre a la enfermería.

El joven, impresionado por la tirantez entre los dos militares, optó por no responder y asintió con la cabeza, a la vez que expresaba su agradecimiento con la mirada.

—¡Y el resto! —gritó el oficial a los presos que le rodeaban—. Aquí ya no hay nada más que ver. Continúen con su paseo. En pocos minutos volverán al agujero y echarán de menos cada minuto perdido aquí fuera.

Finalizado el espectáculo, comenzó la dispersión y los prisioneros retomaron la rutina de caminar de un lado para el otro del patio, lo que aprovechó el alférez para abandonar también el lugar. Sin dirigir la mirada al sargento, su esbelta figura se dirigió hacia el túnel de rastrillo para

abandonar el penal y alcanzar el cuerpo de guardia.

Daniel, mientras tanto, ayudó a incorporarse al viejo que a duras penas conseguía mantenerse en pie, e intentó sostenerle con su propio cuerpo. Dicho movimiento le impidió ver cómo Echenique se aproximaba y ponía su boca a escasos centímetros de una de sus orejas.

—Se nota que eres nuevo por aquí —expresó el suboficial con ira, mientras apretaba los dientes en cada sílaba—. Deberían haberte avisado antes de hacerte el valiente. No vas a olvidar nunca lo que acabas de hacer. Ya me encargaré yo de que así sea. Bienvenido al infierno.

Las palabras fueron escupidas una a una, con un odio que impresionó al joven que permaneció paralizado mientras escuchaba la advertencia de labios del militar sin atreverse a mirar hacia atrás. Tampoco se giró cuando, tras dejar de oír el veneno vertido por el sargento, sintió cómo la saliva de un escupitajo se deslizaba de forma lenta por su nuca. Las piernas le temblaban y su corazón latía a velocidad de vértigo. Solo cuando fue consciente de que el militar ya no se encontraba a su espalda, pudo reaccionar. Aún tembloroso, centró la atención en el compañero al que sujetaba cuyo aspecto no auguraba nada bueno. Para cuando quiso darse cuenta, eran los únicos reclusos parados en mitad del patio. Incluso la carreta con los prisioneros muertos a los que debían dar sepultura aquella mañana se había alejado con su peculiar traqueteo. Fue entonces cuando los cuatro presos con los que Daniel había iniciado el paseo se acercaron a él.

—Te esperamos por aquí —informó Enric.

El joven asintió con la cabeza, al tiempo que comenzaba a caminar con el otro recogido entre sus hombros y se alejaba de ellos.

—Maldito *majareta* —espetó Miguel, cuando intuyó que la distancia impedía que Daniel le oyera—. Se acaba de enfangar de mierda hasta el cuello.

—Lo que tiene son los huevos que los demás no hemos tenido —adujo Samuel, el madrileño.

—La mayoría éramos así cuando llegamos —intervino Jorge, el vallisoletano—. Los meses le harán cambiar.

Meditando aquella observación que ninguno de los otros se atrevió a rebatir, las palabras fueron sustituidas por el sonido de sus pies arrastrándose por el adoquinado aún mojado, mientras observaban alejarse a Daniel tirando del camarada enfermo. Los cuatro sabían que la osadía del joven traería consecuencias. Conocían al sargento y por dicho motivo ninguno había tenido los arrestos de intervenir.

Hasta que no andó una decena de metros, Daniel no fue consciente de la escualidez del cuerpo que transportaba. Allá por donde tocaba solo palpaba huesos. Ni un pliegue de piel, ni una pizca de grasa sobrante. Aquel descubrimiento, sin duda, le sobrecogió. Acababa de llegar de la cárcel de Segovia y, aunque delgados, el aspecto de los prisioneros con los que allí había convivido era mucho más saludable que lo visto hasta ese momento en aquella prisión. Con ese pensamiento rondando por su cabeza, continuó caminando hacia el edificio donde otro preso le había dicho que se encontraba la enfermería.

—Necesito descansar —solicitó el compañero al que acarreaba, con un lastimero hilo de voz.

Daniel miró alrededor y buscó un lugar alejado del trajín de los reclusos que, como autómatas, deambulaban de un extremo al otro del patio.

—Esa pared parece un buen sitio —respondió el joven mirando hacia el edificio más cercano

El viejo, a pesar de su débil estado, giró como pudo su cabeza hacia la derecha y pareció aguzar la vista.

—Ese no es un buen lugar —susurró entonces al oído de Daniel—. Los centinelas no dudarán en dispararnos si nos paramos. Vamos hacia el muro de enfrente. Allí les será más difícil vernos.

Siguiendo las indicaciones del compañero enfermo, cruzaron el patio y alcanzaron el punto indicado por este. Fatigado, el viejo recostó su espalda sobre la pared hasta que quedó sentado en el suelo y respiró jadeante. El esfuerzo más simple parecía costarle una barbaridad.

—Siéntate a mi lado —pidió entre jadeo y jadeo.

El joven dudó unos instantes. El suelo estaba mojado y la pared donde apoyar la espalda estaba plagada de musgo. En cualquier otro momento y lugar habría rehusado la invitación, pero tan pronto tocó sus pantalones comprobó cómo estos no podrían mojarse mucho más de lo que ya estaban. La humedad del agujero en el que estaba recluido lo empapaba todo. Finalmente, decidió sentarse junto al compañero enfermo.

—Has sido muy valiente —añadió el otro sin poder reprimir un ataque de tos—. Aunque también imprudente. Te has ganado un peligroso enemigo.

—Pero ¿le habría matado?

El viejo rio y no pudo evitar toser de nuevo.

—Deberías haber dejado que me pegara un tiro —prosiguió con un jadeo casi constante—. Todo habría acabado antes y tú tendrías otros problemas en los que pensar.

—Nadie merece morir como un perro. Eso es lo que me enseñaron.

El veterano prisionero rio de nuevo a lo que siguió otro ataque de tos que finalizó con unas gotas de sangre sobre sus labios, aunque pronto logró estabilizar su respiración.

—Eres muy joven aún, y parece que te han inculcado buenos valores, pero ya deberías haberte dado cuenta de que el mundo no es como quisiéramos que fuera. ¿Para qué crees que nos traen aquí? Ni siquiera los perros llevan una vida como la nuestra.

Un nuevo carraspeo interrumpió las palabras del viejo. El jadeo con el que respiraba parecía haberse convertido en un silbido casi constante que provenía de sus pulmones. Repuesto, prosiguió con sus palabras:

—Por tu aspecto deduzco que no debes llevar muchos días aquí.

—Me trajeron ayer. Ya había oscurecido.

—Observa al resto de presos. ¿Ves sus rostros? Huesudos como calaveras. ¿Ves sus miradas? Ausentes. Sin esperanza. Esperando a que la muerte los encuentre. Si no es la bala de un centinela, será el hambre o la enfermedad quien los doblegue. Todos comidos por los piojos. Sus ropas siempre húmedas, y el frío consumiendo sus escasas energías.

—No tendría que estar aquí —respondió el joven con una mirada franca, tratando de aportar más veracidad a sus palabras—. No he hecho nada. Tarde o temprano me sacarán de aquí.

El veterano preso le miró fijamente. A pesar de su débil estado, sus ojos aún parecían ser capaces de mostrar algo de vigor.

—Si estás aquí es que ya te encuentras condenado, y si no lo estás, aún será peor. Como llegaste anoche supongo que no viste la inscripción que hay en la entrada de la prisión, ¿verdad?

Daniel negó con la cabeza.

—Entrarás y no saldrás. Esas son las palabras que alguien escribió en una roca junto a la entrada de este maldito lugar. Yo hace muchos meses que la vi, y aún no he conseguido borrarla de mi mente.

El rostro del joven pareció sobrecogerse mientras continuaba escuchando las palabras del viejo.

—No hay peor infierno que este. Si en algo valoras tu vida trata de salir de aquí. Si aún deseas

ver a los tuyos, escapa. Hazlo antes de que sea demasiado tarde. Si crees que algún día te sacarán de aquí, el hambre, el frío, la humedad o el sargento Echenique acabarán antes contigo.

El veterano preso necesitó unos segundos para tomar aire, los mismos que Daniel aprovechó para observar el caminar errante de la mayoría de los prisioneros. Todos iguales. Todos ausentes. Fue entonces cuando aprendió a distinguir, debido a su aspecto, a los que llevaban más tiempo recluidos de los que habían llegado más tarde.

—En apenas unos meses —prosiguió el viejo tras recuperar el ritmo de su maltrecha respiración—, los huesos de tu cuerpo sobresaldrán sobre tu piel. Si consigues llegar al año, la humedad y el frío habrán inundado tus pulmones, eso si antes no has cogido otra enfermedad peor, o si los guardias no han apaleado varias veces tu cuerpo. Sal de aquí mientras tu cuerpo y tu cabeza te lo permitan.

El joven, a la vez que escuchaba las palabras del veterano prisionero, había cambiado el sentido de su mirada y en lugar de observar al resto de compañeros contemplaba los altos muros de mampostería que les rodeaban.

—Es imposible salir de aquí —se limitó a decir tras una primera inspección.

—Shhh... —chistó el veterano preso—. Hasta las paredes tienen oídos en este lugar. Tienes que aprender a ser más prudente cuando hables de ciertas cosas. Hay presos que por un bollo de pan serían capaces de vender hasta a su propia madre. Ten mucho cuidado con lo que dices y, sobre todo, a quién se lo dices.

El joven, advirtiéndolo su descuido, se excusó con la mirada. El viejo dio por buena la disculpa y continuó:

—Bastaría con que una pequeña parte de los dos mil quinientos presos nos pusiéramos de acuerdo para reducir a los vigilantes y doblegar a los soldados del cuerpo de guardia. Pero lo que en cualquier otro sitio podría ser una posibilidad, aquí resulta más complicado. Las fuerzas escasean. Apenas nos alimentan y, quien más quien menos, solo espera a que la cosa cambie y la libertad llegue antes de que la enfermedad o la bala de un fusil acaben con su vida. Antes de que lográsemos ponernos de acuerdo algún traidor se iría de la lengua. Es pura supervivencia.

—¿Entonces?

El preso enfermo volvió a toser, y el silbido de sus pulmones se volvió aún más agudo, como si el conducto por el que el aire llegaba a su interior se hubiera reducido a la mínima expresión. No obstante, el maltrecho prisionero aún parecía disponer de una fuerza extra en su interior.

—Antes de ser una prisión esto fue un fuerte militar que nunca llegó a entrar en funcionamiento. La irrupción de la aviación y su posición tan elevada pronto lo dejaron obsoleto para la defensa. Para su construcción se dinamitó la cumbre del monte. Sobre la planicie creada se construyeron todos estos edificios. Terminadas las obras, las construcciones fueron sepultadas bajo dos metros de tierra quedando prácticamente ocultas al exterior. Hay lugares en los que cuesta determinar dónde finaliza la montaña y comienza la prisión. Una vez se acordó la inutilidad como fuerte militar se reacondicionó como presidio.

El viejo detuvo entonces su explicación, necesitaba coger más aire.

—Si fue planeado como un fuerte militar —aprovechó Daniel la pausa, como si hablara consigo mismo—, se diseñó para defenderse de los ataques del exterior.

—Y no para retener a nadie en su interior —completó el veterano prisionero, al tiempo que una sonrisa arqueaba sus labios manchados de sangre. Aquel joven noble e inteligente, inmune aún al veneno que aquel horrendo lugar inoculaba poco a poco a todo preso que allí recalaba, conseguiría tarde o temprano salir de allí, pensó mientras le miraba. Y ahora que el final estaba

próximo, así lo sentía, fue consciente de que no encontraría mejor candidato a quien pedir un último favor.

—Sé que pronto estarás fuera de aquí. Cuando ese día llegue, prométeme que entregarás la carta a mis hijas —añadió el viejo antes de que un nuevo ataque de tos convulsionara su pecho.

Daniel, que hasta ese instante había mantenido sus ojos perdidos entre los muros que los cercaban, le miró desconcertado antes de preguntarle:

—¿Qué carta?

Pero aquella pregunta quedó eclipsada por las voces del centinela que, desde lo alto del edificio sobre el que recostaban sus espaldas, les acababa de descubrir.

—¡Vosotros dos! ¡A pasear como todos, si no queréis que os meta un tiro a cada uno!

Apremiado por el soldado, Daniel cogió al viejo prisionero por las solapas de la chaqueta y, a duras penas, consiguió levantarlo del suelo. Al comprobar que este no conseguía mantenerse en pie, se puso en cuclillas y cargó sobre su espalda los escasos cincuenta kilos de huesos y pellejo del compañero. Tan rápido como pudo se puso en marcha, mientras sentía cómo los pulmones de su compañero apenas se movían.

El resto de los presos, acostumbrados a la monotonía del sórdido paseo matutino, observaron curiosos al joven caminar con el cuerpo de uno de ellos a la espalda, aunque temerosos de que el centinela que acababa de gritar les disparase a ellos, ninguno optó por ayudarlo. Muertos en vida, deambulaban movidos por el mero instinto de supervivencia, a sabiendas de que pasados unos minutos regresarían a la penumbra del agujero situado a tres metros bajo el suelo.

Solo un par de minutos necesitó Daniel para sortear a los reclusos que se amontonaban en el patio y llegar a la enfermería. Apenas entró en su interior se detuvo indeciso. La sala era alargada y un pasillo central la dividía en dos zonas con camastros situados a ambos lados. Olía agrio, a humanidad y a desinfectante. La decoración era escueta, y solo un crucifijo adornaba las paredes manchadas por la humedad. El armario acristalado de los medicamentos estaba casi vacío. Más que un lugar para sanar, parecía un lugar para agonizar. La muerte se sentía muy cerca.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó con tono quejoso una de las monjas que auxiliaban al médico, al tiempo que salía al encuentro del joven. De baja estatura, gruesas formas y edad madura, la religiosa le observaba con unos ojos pequeños e iracundos.

—Tiene que verle el médico. Se encuentra muy mal.

—¿Desde cuándo un preso decide el orden de consulta? —respondió la hermana con desdén.

El médico que no se encontraba muy lejos de allí —un tipo alto y delgado de pelo negro que brillaba por el fijador—, tras escuchar la conversación, decidió intervenir.

—¿Estaba apuntado en la lista para hoy?

Daniel no supo qué contestar. Solo llevaba unas horas en el penal y aún no conocía la mayoría de las normas que regían su funcionamiento.

—¿Eres nuevo? —preguntó la monja.

—Sí.

—Entiendo —intervino el médico—. Todo el que quiera ser atendido debe apuntarse el día de antes en una hoja de consulta.

—Pero...

—Son las normas, muchacho —cortó la religiosa.

—Está muy grave.

El médico le miró desafiante, y a dicha mirada colmada de hostilidad se unió la de la monja. Pero el joven no se vino abajo y continuó pidiendo una explicación con sus ojos y los gestos de

sus manos.

—Déjalo ahí tumbado —indicó finalmente el médico, señalando hacia un rincón cercano—. No hay camas suficientes. Cuando terminemos, si queda tiempo, nos ocuparemos de él.

—¿En el suelo?

—¿No le has oído? —espetó la religiosa—. ¿Acaso no duerme en el suelo todas las noches?

Daniel pareció quedarse sin argumentos mientras los otros dos, para evitar dar más explicaciones, se alejaron de él. Finalmente, y sorprendido por aquella falta de humanidad, depositó al veterano prisionero sobre el suelo como si fuera a su propio padre al que dejaba allí abandonado. Este, que ya había dejado de toser, le dedicó una mirada de agradecimiento e intentó decirle algo, pero no lo consiguió. Apenas tenía fuerzas para lograr un poco de aire.

—No te preocupes. —Oyó decir el joven cerca de él—. Intentaré que le atiendan lo antes posible.

A su lado, otra monja mucho más joven que la anterior se agachaba para quedar a la altura del moribundo y le colocaba una almohada bajo la cabeza.

—Tome esto —añadió con dulzura la nueva religiosa dirigiéndose esta vez al viejo. Sus ojos grandes y verdes y su cara angulosa añadían una belleza inusual a la bondad de sus palabras—. Le ayudará a relajarse y a calmar el dolor.

—Gracias —acertó a decir Daniel, acostumbrado a no recibir nada más que humillaciones y maltrato desde que fuera hecho prisionero camino de Madrid, cuando huía tras el fusilamiento de su padre.

Abandonó la enfermería con una sensación de vacío que pocas veces antes había sentido. El desprecio por la vida del prójimo que se respiraba en aquella prisión era incluso mayor que el vivido tras los ajustes de cuentas ocurridos en su pueblo unos meses antes de que lo abandonara. Nunca imaginó que el fervor por unos ideales pudiera convertirse en la excusa perfecta para acometer las venganzas que, durante años, se habían cocido a fuego lento a lo largo de todo el país. Porque aquella guerra no era sino un pretexto para ajustar cuentas y resarcir agravios. Él lo había vivido en primera persona cuando un grupo de anarquistas descontrolados fusilaron sin la autorización de su padre, alcalde electo por aquel entonces, a varios simpatizantes de la falange frente a uno de los muros del ayuntamiento. El mismo muro que meses más tarde vio ajusticiar a su padre. El ojo por ojo, y el diente por diente campaba a sus anchas en aquella patria partida por la mitad que se desangraba, tanto en los frentes como en su interior.

Abatido por lo vivido con el viejo compañero al que acababa de dejar en la enfermería, así como por los recuerdos que habían aflorado en su memoria, vagó sin un rumbo determinado por el patio sobre el que más de quinientos presos deambulaban con un caminar aburrido y monótono, solo roto de vez en cuando, por algún grupo de cuatro o cinco prisioneros que apuraban el cigarrillo que habían conseguido, o la colilla que algún guardia había arrojado al suelo. Aquellas simples caladas que fuera de aquel lugar eran algo demasiado cotidiano, se convertían en un motivo de júbilo para quienes estaban privados de casi todo.

El toque de corneta indicó el final del paseo matutino, y los prisioneros se dirigieron hacia la puerta de entrada al edificio en cuyos sótanos malvivían.

La primera brigada era un lugar oscuro y nauseabundo situado bajo el nivel del suelo. Se accedía a la misma mediante una escalera de caracol estrecha, similar a la utilizada para ascender a los campanarios de algunas iglesias. Conforme los presos descendían de uno en uno hacia el

agujero, la luz se iba quedando atrás, al igual que sucedía con el aire fresco. Una vez en el subsuelo, una estancia de unos treinta metros cuadrados servía de antesala a la reja que encerraba a los prisioneros. La brigada era recorrida por un largo pasillo central de cien metros de longitud que cruzaba de punta a punta las once naves en que se dividía. Cada nave, a su vez, se fraccionaba en dos espacios, uno a cada lado del túnel central, de no más de veinticinco metros cuadrados y en el que vivían hacinados unos veinticinco presos. Las paredes que las delimitaban eran gruesas y ascendían hasta formar una bóveda sobre el techo. La iluminación era escasa, y a la exigua claridad que penetraba por los ventanucos situados a más de dos metros de altura que comunicaban con el patio, se añadía una pírrica bombilla de veinticinco vatios por cada nave. Las paredes rezumaban tanta humedad que, en ocasiones, los presos eran capaces de llenar sus latas con el agua que se filtraba a través de las mismas. También el suelo se encontraba húmedo, incluso encharcado en algunas zonas, y una especie de pecina untuosa lo cubría todo. El hedor a humanidad era lo primero que se grababa en la mente de quien entraba en aquel lugar. Por fortuna para sus ocupantes, pasadas unas horas las pituitarias quedaban aletargadas. Los retretes situados a la entrada de la brigada eran simples agujeros en el suelo sin agua corriente, por lo que tampoco ayudaban a mantener un ambiente saludable.

Tan pronto quedaron recluidos en el agujero, y hasta la hora de la comida, los prisioneros se entregaron a sus quehaceres diarios para matar el tiempo antes de que el tiempo acabase con ellos. Algunos recortaban sus barbas y cabellos con la llama de cerillas de cera ya usadas que, con paciencia y pericia, conseguían prender tras hacer girar un botón de hierro a través de un hilo grueso mientras lo frotaban contra la pared o una varilla metálica. Gracias a las chispas que lograban, tal y como hicieran sus antepasados en la prehistoria, conseguían encender el palo del fósforo. Otros, cuyas habilidades manuales estaban más desarrolladas gracias a los oficios que desempeñaban cuando eran libres, fabricaban cuchillas de afeitarse, peines o tijeras aprovechando restos de latas, cucharas y otros objetos. La mayoría eran analfabetos y recibían clase de los más instruidos, o de los muchos maestros represaliados que acababan encerrados allí. También estaban los que, no sin esfuerzo debido a la escasa iluminación, pasaban el tiempo leyendo libros que mantenían ocultos por temor a que les fuesen requisados. O quienes escribían las pocas líneas que la censura les permitía para comunicarse con sus familiares. La gran mayoría conversaban mientras daban caza a los piojos que, de tamaño fuera de lo normal, invadían sus ropas y cuerpos. Los más débiles, sin embargo, acurrucados sobre el petate que les aislaba del frío y la humedad del suelo, soñaban con el día en el que volverían a ser libres; aunque cuando la enfermedad mordía en aquel lugar, rara vez soltaba su presa. La supervivencia allí era cuestión de suerte, y por mucha fuerza mental que uno tuviera, la muerte estaba siempre al acecho. No era raro el día en el que varios compañeros abandonaban la brigada con los pies por delante.

Daniel había enrollado el petate y, a modo de sofá, permanecía recostado contra la pared tal y como solían hacer la mayoría de los presos. Embutido en sus pensamientos, especulaba sobre la suerte que habría corrido el compañero al que horas antes había acompañado hasta la enfermería, así como en las palabras que este le había dicho.

—¿Se pondrá bien? —preguntó de repente Enric, situado a su derecha y que parecía haber leído dentro de su cabeza.

—Casi no podía respirar —respondió el joven tras regresar de sus cavilaciones.

—Vaya —lamentó el otro, mientras manipulaba una lata de conservas vacía—. Espero que se recupere.

Daniel negó con la cabeza antes de responder:

—No creo que pase de esta tarde. En la enfermería no querían ocuparse de él.

—Si no estaba apuntado en la lista, ni siquiera le mirarán.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo. ¿De qué sirve una enfermería si no atienden a los que están enfermos?

—Mira a tu alrededor. La prisión está a rebosar y cada vez que uno de nosotros muere, el director suspira aliviado. Todo está pensado para que si enfermas no des mucho tormento y mueras pronto. Cuando necesitas atención médica, el día anterior debes apuntarte para recibir la visita del médico. Si consigues superar ese primer día, el médico vendrá hasta aquí, aunque no esperes que se incline para comprobar cómo te encuentras. Con suerte te girará con su pie para no tocarte y te recetará un purgante. Si tu cuerpo es fuerte, lograrás sobrevivir. Si eres débil, tendrás los días contados. Aunque nunca te salvarás por la acción de ese matasanos.

—No había oído hablar de un lugar como este. En Segovia me contaron historias de otras prisiones, pero...

—Bienvenido al infierno, jovencito. Aquí intentarán destruir tu cabeza y tu cuerpo, o lo que antes sean capaces de conseguir. Este lugar, o te mata o te hace más fuerte. Que suceda una u otra cosa va a depender mucho de ti y de la suerte que tengas.

El joven rumió el sentido de aquellas palabras mientras aprovechaba para echar un vistazo al resto de los prisioneros con los que compartía nave. Turbado, sus ojos solo descubrieron rostros afilados, huesos sobresaliendo por la piel, suciedad y piojos; los más grandes que jamás había observado nunca.

—No sé cuánto tiempo podré sobrevivir aquí —añadió con tono pesimista tras la pausa.

—Como te acabo de decir, mucho va a depender de ti y de la suerte que tengas. Y si te metes en problemas, las probabilidades se reducen. El sargento Echenique es un problema, y de los gordos. Cuídate de él.

—Pero no podía estar mirando sin hacer nada. Ese hombre parecía tan indefenso... Es casi un anciano y está enfermo.

—Lo que tú has hecho esta mañana es lo que el resto deberíamos haber hecho. Pero cuando lleves aquí algún tiempo comprenderás que no siempre hacer lo más correcto es la mejor forma de ayudar. A ese compañero solo le quedan unas horas de vida; como mucho, un día. Si el sargento le hubiera disparado, le habría hecho un favor. Tu buena acción de esta mañana no va a evitar la muerte de ese preso, pero sí puede significar que tus días en este lugar se compliquen. Tienes que aprender a valorar los pros y los contras de cada acto. Calcular el resultado de tus acciones. No olvides nunca que están deseando que les ofrezcas una excusa para matarte. Hay más prisioneros que cárceles donde poder meterlos.

Daniel agachó entonces la mirada y afirmó con la cabeza. Parecía haber comprendido lo que el preso barcelonés trataba de explicarle.

—Tienes razón. Quizá actué sin pensar en las consecuencias. Pero no pude contenerme.

—El cementerio está lleno de los que no pudieron contenerse. Como todos nosotros, tienes ya demasiadas papeletas para abandonar este lugar en una caja de madera, intenta no conseguir muchas más. Espero que el sargento se olvide pronto ti.

—¿Es peligroso?

Enric aprovechó la pregunta para dejar de manipular la lata y mirar a los ojos del joven con un gesto serio.

—Él es el diablo de este infierno.

—Procuraré evitarlo entonces.

—Por tu bien, espero que así sea. Los soldados suelen hacer vida en el cuerpo de guardia y, salvo los centinelas que nos vigilan, rara vez entran en la prisión. Pero a él es fácil verle por aquí hablando con algún guardia y, últimamente, con el administrador. Algo deben traerse entre manos esos dos. También suele ser el encargado de enterrar a los compañeros muertos, como ya has podido comprobar esta mañana. Si quieres volver a ver a los tuyos ni siquiera le mires.

Aquella última frase trajo a la mente del joven el recuerdo de su madre y de sus hermanos y, sin poder evitarlo, sus ojos se humedecieron. Sumido en aquella pocilga humana, la nostalgia de lo que había perdido acrecentó su amargor. Pero más allá que su propia desdicha, era la incertidumbre de lo que habría pasado con los suyos tras el fusilamiento de su padre y la confiscación de todos los bienes familiares lo que más le desesperaba. Esa dura noticia había sido la última que recibió antes de caer preso. Luego, tras el juicio y un periplo por varias prisiones, sus huesos habían recalado en el agujero más oscuro e inhumano que la mente humana había ideado. Desde entonces no pasaba un minuto sin que se preguntase por la situación en la que estarían su madre y hermanos. Aquella cruel guerra le había enseñado que no solo se cobraba muertos y presos, sino que también viudas y huérfanos probaban sus duras dentelladas.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó Daniel en un intento por evitar los pensamientos que le angustiaban.

Enric, que no se esperaba la pregunta, se tomó unos segundos de reflexión a la vez que su mirada regresaba a la lata que había vuelto a manipular con sus manos. Aunque jamás olvidaría a los suyos, peleaba cada día para que los recuerdos no le condujesen hacia el pozo de la depresión en el que ya había visto caer a demasiados compañeros. Por dicha razón, solía dirigir sus pensamientos hacia el día en el que finalmente saliera de allí; porque estaba seguro de que ese momento llegaría. No obstante, tampoco rehuyó la curiosidad del joven. Sabía que, en ocasiones, era mejor sacar fuera el dolor que dejarlo pudrir en el interior.

—Mi abuelo abrió una tienda de comestibles en el Raval a principios de siglo y mi padre aprendió el oficio de tendero desde muy niño. Cuando él tuvo ya edad de formar una familia decidió ampliar el negocio familiar con un segundo comercio. Ganaba lo suficiente y podría haberse detenido ahí, pero era demasiado inquieto, y su afán por prosperar le llevó a ampliar el negocio. Con el tiempo, mi hermano y yo pasamos a ayudarlo. Eran buenos tiempos, no podíamos quejarnos. Fue entonces cuando decidimos crear un almacén propio que surtiera a nuestras tiendas. A mayor volumen de compras, precios más bajos. Mi padre era un auténtico negociante. Se pasaba horas pensando y trajinando. Solía decirnos que una buena idea era mucho más rentable que semanas enteras de trabajo. Poco a poco comenzamos a negociar directamente con los fabricantes y nuestro almacén empezó a surtir de productos a otros comercios. El día de la sublevación, mi padre, mi hermano y yo estábamos en Valladolid. Una delegación de empresarios catalanes habíamos sido invitados por viticultores y cárnicos de la zona para firmar acuerdos comerciales. Nunca nos interesó la política, ni participábamos de forma activa en ningún movimiento, aunque en nuestras conversaciones cada uno mostraba su opinión. Tan pronto como fuimos conscientes de lo que pasaba, decidimos regresar a Barcelona, pero nunca conseguimos llegar a nuestro destino. Uno de los comerciantes que había viajado junto a nosotros mantenía oculta su afiliación a la Falange. Nuestro negocio y el suyo eran competencia, y no le faltó tiempo para acusarnos de financiar al movimiento independentista catalán.

Alcanzada esa parte del relato, Enric se detuvo. Los recuerdos que tan celosamente había ocultado parecían rasgar su interior al volver a revivirlos. Su mirada perdida era incapaz de separarse de la lata que no cesaba de girar entre sus dedos.

—Mi padre siempre decía que las crisis eran momentos de cambio que había que saber aprovechar. Y el malnacido que nos acusó supo sacar provecho como nadie del conflicto. Él consiguió regresar a los pocos días. Supongo que vivirá ocultando su filiación fascista. Barcelona, si las noticias que llegan hasta aquí son ciertas, continúa siendo republicana. Nosotros tres fuimos encarcelados junto a otros muchos. El juicio fue rápido, y la sentencia, según nos dijo el abogado de oficio que nos asignaron, ya estaba dictada de antemano. Lo único que podía conseguir era intentar salvarnos el pellejo conmutando la pena de muerte por años de prisión.

—¿Llevas aquí cerca de dos años? —preguntó Daniel, asombrado.

—No. Solo uno, que no es poco. El abogado cumplió su cometido y consiguió cambiar la pena de muerte que nos habían impuesto a mi hermano y a mí por una condena de treinta años.

—¿Y tu padre? —curioseó el joven, casi sin querer.

Enric tardó algunos segundos más en contestar, aunque tampoco rehuyó el tema. Después de aquellos dos años de sufrimiento tenía la piel demasiado curtida para flaquear ahora.

—A mi padre no le conmutaron la sentencia y fue fusilado unos días después. Nosotros nos salvamos porque, según parece, en uno de los interrogatorios él se inculpó a pesar de ser inocente.

—Lo siento. No quería...

—No te preocupes. Como te he dicho antes este lugar o te machaca o te hace más fuerte. Lo último que supe de mi hermano es que quedó en Valladolid. Yo, sin embargo, al año de ser condenado fui trasladado aquí. El resto de mi familia se encuentra bien, aunque el negocio se ha resentido mucho. La situación al otro lado no parece muy buena y los racionamientos solo dejan disponer de lo necesario para vivir. De vez en cuando recibo alguna carta suya. Yo también les escribo. Querían venir a verme, pero sería una locura. Siempre les digo que esperen, que tarde o temprano volveremos a vernos, y eso es lo que consigue mantenerme con vida. Ellos son la fuerza que me motiva para seguir adelante y para levantarme cada día pensando que es uno menos. Gane quien gane la guerra, no podrán retenernos treinta años aquí. No hay mal que cien años dure.

—¿Tienes..., mujer? —preguntó el joven con precaución, esta vez.

—Mujer y dos hijas —contestó el otro, mirando ahora a Daniel fijamente a los ojos, y sintiendo que aquellas lágrimas que creyó perdidas y olvidadas, peleaban por salir de nuevo.

—Estoy seguro de que algún día volverás a verlas.

—Y tú a los tuyos —añadió el preso barcelonés con una sonrisa que usó para alejar los instantes de debilidad que le habían visitado—. Solo tienes que ser fuerte. Fuerte, listo y no llamar demasiado la atención.

El sonido de la corneta entonando el toque de fajina penetró de repente por el ventanuco sin cristales que, situado a más de dos metros sobre sus cabezas, comunicaba cada nave con el patio.

—Hora del rancho. —Se escuchó decir en voz alta a Miguel—. Preparad los bucheros para el festín.

Algunas risas secundaron la ironía del preso malagueño, mientras el resto de los prisioneros se levantaban del suelo con movimientos penosos, y se hacían con los recipientes donde recibirían la comida —viejas latas, en la mayoría de los casos—. Solo aquellos privilegiados que tenían dinero suficiente comían en platos adquiridos a precios desorbitados en el economato.

—Toma. Es para ti.

Daniel observó la lata que Enric había mantenido durante todo ese tiempo entre sus manos. Sus ojos abiertos como platos pedían una explicación.

—Si no tienes dónde poder echarte la comida te quedas sin comer.

—Pensaba que...

—Con suerte solo te dan un petate cuando entras para que no duermas directamente en el suelo. Todo lo demás, o lo consigues aquí dentro, o lo compras en el economato.

—¿Y tú?

—No te preocupes. Tengo otra. Esta la he cambiado esta mañana por un trozo de pan duro que tenía guardado.

El joven no sabía aún cómo reaccionar.

—Poco a poco aprenderás a sobrevivir aquí. La siguiente lección que tienes que saber es que el pan es el bien máspreciado. Con el hambre que pasamos, el que tiene un bollo tiene un tesoro.

—Bueno —añadió Daniel con cierto alivio en su tono de voz—. Con tres bollos al día...

El preso barcelonés le miró entre sorprendido y risueño. Aquel muchacho aún necesitaba mucho adiestramiento, pensó antes de responderle.

—Solo te dan un bollo por la mañana para el desayuno. Con ese debes tener para todo el día. ¿No me digas que te lo has comido todo?

—Nadie me ha dicho nada.

Enric volvió a sonreír al observar la mueca de inquietud que se formaba en la cara del joven.

—No te preocupes, intentaré solucionarlo. Si no, vas a pasar mucha hambre hoy.

Los más de quinientos presos que malvivían en la primera brigada formaron junto al largo pasillo que la recorría de extremo a extremo. Dos largas hileras de cuerpos consumidos y rostros demacrados que, en silencio, se observaban entre sí, con las escudillas entre sus manos. Solo unos minutos después, el cerrojo de la puerta de acceso a la gran celda emitió un sonoro estruendo que llegó hasta el final de la galería, envuelto en un eco tosco y quejoso. Los prisioneros de la nave más cercana a la entrada observaron a los dos presos comunes que transportaban la perola con el rancho del día. Tras ellos, un guardia vigilaba sus movimientos. Los tres recién llegados necesitaron unos segundos para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra y sus pituitarias se habituaran al mal olor del hacinamiento. Instalado el punto de reparto, los presos comenzaron a pasar de uno en uno para recibir su ración, mientras el vigilante observaba que ningún listillo repitiera.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó el guardia—. Id pasando. Ya sabéis cómo funciona esto. Malditos holgazanes. Hoy el chef os ha preparado un rico cocido que ya quisieran comer vuestras madres y mujeres.

El silencio como respuesta a la ironía del carcelero era apabullante, y solo el sonido de pies arrastrándose por el frío y húmedo suelo reverberaba de forma turbadora entre las paredes abovedadas del agujero. Si la rabia y la indignación fueran audibles, la mayoría de los allí presentes ya estarían sordos. Sin embargo, aquellas emociones se rumiaban en el interior de cada uno.

Conforme avanzaba el reparto, uno de los presos se presentó delante de la perola con dos latas para llenar. El vigilante no pasó por alto aquel detalle que atentaba contra el régimen interno.

—Eh, tú, ¿eres nuevo? —preguntó con sarcasmo, a sabiendas de que, por su apariencia, aquel prisionero debía llevar varios meses sobreviviendo allí.

—Sabes muy bien que no —respondió el recluso. Un hombre de mediana edad, no más de cuarenta años, cuyos cabellos comenzaban ya a escasear.

—Pues entonces te crees más listo que nadie.

—Una de las latas no es mía.

—¿Y de quien es entonces? ¿Ahora haces recaditos?

El recluso le miró desafiante antes de responder:

—Un compañero está enfermo. No es capaz de ponerse en pie.

—Ya conoces las normas. Una ración por cada uno de vosotros. Si está tan mal como dices, que se apunte en la lista para de la enfermería.

—Ya lo está, pero tiene que comer antes de que le vea el médico.

El vigilante miró al preso y esbozó una ligera sonrisa. El resto de los prisioneros observaban expectantes la escena. Nunca antes, al menos que recordaran los allí presentes, alguno de ellos había conseguido dos raciones de aquella bazofia que servían como comida. Los presos comunes encargados del reparto también se encontraban a la expectativa. Superados por la situación, no sabían si llenar una o las dos latas al preso que se mantenía firme frente a la perola.

—Si no puede caminar, seguro que tampoco quiere comer —espetó finalmente el guardia, manteniendo el envite—. ¿No pretenderás quedarte con la ración de los dos?

El recluso miró furioso al guardián e hizo ademán de dirigirse hacia él, pero este rápidamente se hizo con la pistola que tenía en su correa. A pesar del gesto amenazante, parte de los presos, en lugar de alejarse del insurgente, se aproximaron más a él, expresando con ese acto su apoyo. El silencio era tan tremendo como la tensión que se palpaba en el ambiente.

Daniel observaba la situación a cierta distancia. Aquel acto de compañerismo, que horas antes había echado en falta en el patio de la prisión, le animó. Ese hombre era, sin lugar a duda, un valiente que no temía enfrentarse al orden establecido para ayudar a un compañero que, debido a su debilidad, podría quedarse sin comer aquel día. Enric, que se encontraba a su lado, no parecía tan esperanzador.

—Así deberíamos actuar —susurró el joven al preso catalán—. Todos a una.

—Ni se te ocurra moverte de aquí —advirtió el otro con un susurro, al tiempo que sujetaba el brazo de Daniel en previsión de que este optara por unirse al compañero que se enfrentaba al vigilante—. Esta historia aún no se ha acabado. En este lugar nunca sale bien hacerse el valiente, y al compañero que está enfermo se le puede ayudar de otra forma. Apretar a un guardia no suele ser buena idea.

El vigilante, mientras tanto, continuaba apuntando con su arma al cuerpo del recluso que pretendía obtener dos raciones del rancho. Con visible nerviosismo, parecía buscar una solución para atajar aquel conato de insurrección. Si disparaba, sabía que no saldría de allí vivo. Lo primero era tranquilizar a aquellos gusanos, pensó con rapidez, ya habría tiempo para enseñarles disciplina luego.

—Está bien —acabó diciendo al fin el guardia—. Pero esto deben autorizarlo. Tú —prosiguió dirigiéndose a uno de los presos comunes que habían transportado la olla—. Ve en busca del jefe de servicios y cuéntale lo que sucede. Dile que necesito autorización para dar dos raciones a uno de los reclusos.

El preso común señalado, tras asentir, salió de la brigada a toda prisa agradeciendo en silencio haber sido el elegido. La situación en aquel agujero parecía agravarse por momentos, y por nada en el mundo le hubiera gustado permanecer allí si todo se complicaba más.

—Tendrás que esperar a que venga la autorización —indicó el vigilante al preso que pretendía obtener doble ración—. Mientras tanto, deja que el resto pueda comer.

Sin ocultar su recelo, el prisionero señalado optó finalmente por hacerse a un lado. No deseaba que su pretensión provocara que los demás se quedaran sin probar el mejunje del día. A pesar de la pésima calidad de la comida, los estómagos rugían furiosos y la desesperación de sus compañeros por tragar lo que fuera podría jugar en su contra. El guardia, consciente de ello, lo había situado de forma inteligente entre la espada y la pared.

El reparto de comida prosiguió, por tanto, con su habitual monotonía: cada prisionero se situaba delante de la perola y, con mal simulada ansiedad, esperaba a que el preso común que había quedado junto al vigilante llenara con aquel líquido turbio la lata o el plato que sostenía entre sus manos huesudas.

El grupo formado por Daniel, Enric, Miguel, Samuel y Jorge, nada más fue servido se dirigió hacia el lugar que tenía asignado en la nave, para comer.

—No tengo cuchara —informó algo alarmado Daniel, una vez se sentó sobre el petate y recostó su espalda sobre la pared.

Las risas fluyeron espontáneas entre los otros cuatro, aunque lo hicieron de forma moderada para no llamar demasiado la atención del guardia que aún vigilaba el reparto del rancho. La cosa no estaba para bromas.

—Este *chavea* tiene mandanga —añadió Miguel, aún con la sonrisa en su boca.

—No te preocupes. No te va a hacer mucha falta —indicó Samuel.

El joven les observó extrañado mientras se preguntaba cómo podía comerse un potaje sin cuchara.

—Toma —intervino Enric ofreciéndole un trozo de pan duro—. Con esto notarás algo más de sustancia en el estómago.

—Gracias —correspondió el joven—. Mañana partiré el bollo del desayuno en tres trozos.

Los otros cuatro sonrieron de nuevo mientras sorbían de sus latas y mordisqueaban un pequeño trozo de pan de vez en cuando.

Con la duda de la cuchara merodeando aún sobre su cabeza, Daniel comenzó a inspeccionar el contenido de la lata. De pronto, una ingrata sorpresa le impidió contenerse.

—Pero ¿dónde están los garbanzos?

En esta ocasión, las carcajadas se escucharon más allá del grupo de cuatro presos. Incluso el vigilante, que aún tensionado permanecía atento al reparto del rancho, pareció escuchar la reacción del joven recluso, y sonrió con cierta ironía.

—No os quejéis, gandules —gritó este a viva voz—. Ahí fuera se están muriendo de hambre y vosotros tenéis tres comidas al día.

El cruel sarcasmo del vigilante ensombreció la chispa que la ingenuidad de Daniel había creado, y los reclusos volvieron a decorar sus rostros con aquel rictus serio y apático que les caracterizaba, y que en raras ocasiones solía abandonar sus caras. Entretanto, se alimentaban en silencio con el potingue servido y la hiel que producía la rabia que contenían en su interior. Su vida allí era ya demasiado penosa, y las continuas burlas y humillaciones que recibían de sus carceleros horadaban poco a poco su ánimo.

Los presos de la décima nave estaban siendo servidos cuando regresó el preso común que minutos antes había salido para informar al jefe de servicios. Siguiendo sus pasos, cuatro guardias más le acompañaban.

—Mal asunto —vaticinó Samuel, quien sentado junto al resto de sus compañeros, roía los dos únicos garbanzos que le habían tocado en la porción de cocido recibida.

El resto del grupo, alertados por la indicación del preso madrileño, observaron cómo uno de los vigilantes recién llegados se dirigía hacia el carcelero encargado del reparto del rancho y le decía algo al oído. Tras asentir en varias ocasiones, el guardián responsable de la brigada se dirigió al preso que pretendía obtener dos raciones y que aún esperaba apartado a un lado.

—El jefe de servicios quiere hablar contigo. Sal fuera.

El prisionero le miró sorprendido, pero no se movió.

—¿Acaso estás sordo? —gritó otro de los carceleros, aproximándose a él.

—No tengo que hablar con nadie. Y no voy a salir de aquí —respondió el otro recuperando el tono desafiante mostrado con anterioridad—. Solo quiero las dos raciones que me corresponden y poder dar de comer a mi compañero enfermo.

La reacción de los vigilantes no se hizo esperar y todo ocurrió de forma rápida para evitar la intervención del resto de los prisioneros. Entre acelerados empujones y la atenta mirada de los reclusos más próximos que permanecían afanados en engullir el brebaje dispensado, el preso rebelde fue sacado a la fuerza de la galería.

—Vosotros —ordenó uno de los guardianes a los dos presos comunes—. Coged la olla y salid fuera también.

Un sonoro murmullo recorrió parte de la galería. Los presos de la última nave, y parte de la décima, aún no habían recibido su porción del rancho.

—Podéis agradecerse a vuestro compañero —espetó el vigilante una vez quedó a salvo tras los barrotes de la puerta que daba acceso a la brigada.

El rumor inicial se transformó con rapidez en un griterío ensordecedor que rápidamente se escapó a través de los ventanucos desprotegidos que comunicaban con el patio, y no tardó en escucharse en todo el penal. Las latas que habían quedado vacías de alimento, golpearon las paredes de la brigada durante varios minutos, aunque poco a poco la debilidad y la desazón que lastraban las fuerzas y el ánimo de la mayoría de aquellos hombres, provocó que la protesta decayese. La cruda experiencia les decía que nada conseguirían con aquella actitud. Los castigos y el maltrato al que se veían sometidos eran más numerosos que los piojos con los que convivían. Estaban acostumbrados a ser pisoteados y vejados, por lo que situaciones como la que acababan de sufrir no eran ninguna novedad. Aquel lugar enseñaba rápidamente a sobrevivir, de lo contrario, ninguno de los más de quinientos presos que resistían en aquel agujero habría sido capaz de vivir más de seis meses en similares condiciones de hambre e insalubridad. Si existía algún lugar donde poder experimentar con la capacidad de resistencia del cuerpo humano, aquel era, sin lugar a duda, el mejor laboratorio que existía.

El fin de la protesta dio paso rápidamente a la colaboración, y ninguno de los presos, incluidos aquellos a los que la enfermedad mantenía atrapados con sus feroces garras, quedó sin alimento aquella tarde. Quien más quien menos, aún guardaba restos de algún paquete recibido días antes —no todos eran requisados por los guardias—, y racionaba los alimentos que sus familiares, con mucho esfuerzo, les habían enviado para cuando el hambre fuera tan atroz que ni siquiera el sueño fuera capaz de aplacar el continuo rumor que emitían sus intestinos. La mayoría contribuyó con lo que pudo. La solidaridad era el único aliento de humanidad que se respiraba en aquel lóbrego lugar. Incluso Daniel logró añadir a su estómago, como segundo plato, una rodaja del chorizo que Jorge, el vallisoletano, mantenía oculto en algún lugar de su petate. Fue en ese instante cuando el joven descubrió la razón por la que la mayoría de los prisioneros lograba sobrevivir al duro paso de los días. El apoyo y la ayuda que unos se prestaban a otros eran la clave. Sin embargo, también entendió que había que ser cauto y cuidadoso en la forma en la que se prestaba auxilio al más necesitado. Aquella última y valiosa lección acabó de aprenderla tan pronto como los guardias devolvieron a la brigada al preso que horas antes había solicitado una doble ración para alimentar al compañero enfermo. Su desafío le había salido caro, y cuando aquel cuerpo ensangrentado debido a los múltiples golpes recibidos pasó delante de él ayudado por varios compañeros de su nave, supo que no solo había que ser fuerte para sobrevivir allí, sino también inteligente.

—Mucha suerte va a necesitar ese para salir adelante —murmuró Samuel al observar el

delicado estado del camarada que había osado enfrentarse a uno de los guardias.

Los otros callaron, a sabiendas de que aquellas palabras no estaban huérfanas de razón. Si en condiciones normales ver la luz del siguiente día se convertía en una auténtica lotería en aquel submundo infecto colmado de parásitos e inmundicia, las posibilidades de sobrevivir tras ser molido a palos se reducían de forma considerable.

El silencio fue imponiéndose a las tertulias cuando el interno recorrió el largo pasillo de la galería, malherido y semiinconsciente, en una especie de macabra procesión en la que todos pudieron apreciar los terribles resultados de su osadía. Pasar inadvertido y no crear problemas se convertía en una regla que aumentaba las posibilidades de sobrevivir y, por tanto, de alcanzar la ansiada libertad. Daniel aprendió entonces la lección que Enric había tratado horas antes de meter en su cabeza. Su impulsividad de aquella mañana podría haberle costado muy cara. También entendió por qué nadie, salvo él, se había decidido a ayudar al viejo. Aquellos hombres no eran egoístas, inhumanos o mezquinos como había creído en un principio, simplemente eran supervivientes.

La tarde pasó despacio, como tenía por costumbre avanzar el tiempo en aquel lugar, y los internos dedicaron los minutos a entretenerse con cualquier cosa que eliminase de su cabeza los pensamientos que los hacían languidecer. Sabían que cuando la noche los visitase y los fantasmas colmasen de congoja sus ánimos, la añoranza por lo dejado fuera de aquellos fríos muros impediría que el sueño regresara para reconfortarles.

Daniel se entretenía observando cómo dos compañeros se jugaban el bollo que obtendrían el día siguiente en una carrera de piojos. La competición atrajo a varios presos que jaleaban enfervorizados. Debido a la deficiente iluminación, el joven no conseguía ver a los insectos en pleno desafío, aunque seguía la competencia a través de los gestos y alaridos de los reclusos implicados. Cualquier entretenimiento servía para evadir la mente. La mayoría de ellos se encontraban ocupados en alguna tarea, y solo unos pocos, los más apáticos y decaídos, parecían lidiar con sus demonios tumbados sobre el frío y duro suelo. Si permanecías activo, vivías; si por el contrario la desidia te alcanzaba, más pronto que tarde, morías. Aquel razonamiento le hizo comprender que necesitaba una actividad en la que poder entretenerse. Algo con lo que mantenerse alejado de las peligrosas zarpas de la melancolía y la depresión.

El toque de corneta le cogió desprevenido.

—Hora de paseo —informó Miguel mientras se ponía en pie.

—¿También por la tarde? —preguntó el joven con entusiasmo.

—Lo hacen para que al regresar echemos de menos el aire puro y el cacho de cielo que nos dejan ver.

—No le hagas caso —intervino Enric—. Si no fuera por estos paseos, ya estaríamos todos locos.

La puerta de la brigada se abrió y los presos se dirigieron de forma ordenada hacia la escalera de caracol que les alejaría de aquel zulo oscuro y pestilente durante una hora. Desde abajo, allí donde comenzaban los primeros peldaños de la enroscada escalinata, los reos podían intuir la claridad sobre sus cabezas. Para los que eran creyentes, aquellos estrechos escalones simulaban el camino hacia el paraíso.

El cielo encapotado amenazaba lluvia, y alguna que otra gota caía sobre el patio del penal arrastrada por el viento que soplabla del norte. Enjaulados entre los muros de piedra que se

elevaban varios metros desde el suelo, los presos iban y venían sobre el adoquinado, en un repetitivo y monótono ritual, que no por reiterado dejaba de ser deseado. Poco a poco, el paseo iba formando pequeños grupos en los que se discutía sobre el avance de la guerra. Las noticias que conseguían filtrarse en la prisión no eran sino simples rumores que alguien había creído escuchar a un guardia o a un soldado. En la mayoría de los casos se trataba de informaciones malintencionadas que la dirección de la prisión filtraba con la intención de mermar aún más la moral de los presos. Pero en un lugar donde el correo se censuraba, y los afortunados que recibían alguna visita lo hacían en presencia de un vigilante, cualquier novedad proveniente del exterior, fuera cierta o falsa, era comentada y discutida.

Daniel caminaba junto a los cuatro presos con los que, sin saber aún ni cómo ni por qué, se había unido aquella mañana en el patio del penal. Quizá el haber compartido con ellos sus primeras palabras e inquietudes al llegar la noche anterior, había sido determinante para trabar ese primer e importante lazo de afectividad con ellos. Fuera como fuese, el joven estaba satisfecho de que el guardián que lo condujo al agujero a su llegada le ubicara donde lo había hecho. Caer junto a aquellos cuatro compañeros que desde el primer momento se habían ocupado de él fue una gran suerte. Esa primera noche, con diferencia la peor de todas, le habían arropado con sus mantas y le habían calmado con sus palabras. Incluso compartieron con él la escasez de sus provisiones. A pesar de su desgracia, se sentía afortunado. En ninguna de las anteriores prisiones por las que había pasado se sintió tan acompañado.

—¿Qué hay ahí? —preguntó el joven al observar cómo varios presos se arremolinaban alrededor de una de las puertas que daban acceso al patio

—El economato —respondió Samuel.

—El dinero que se recibe del exterior y no desaparece por el camino, te lo canjean por unos vales —informó Enric sin dejar de caminar—. Con esos vales puedes comprar en el economato.

—Unos ladrones —acusó Miguel, mientras trataba de prender los restos de un cigarrillo que, tras alguna que otra calada anterior, había guardado para mejor ocasión en uno de los bolsillos de su chaqueta—. Te cobran lo que ellos quieren y a precio de oro.

—O te obligan a comprar lo que no son capaces de vender —añadió Jorge.

Daniel formó un gesto de interrogación en su rostro.

—Sí, hombre, sí —prosiguió Jorge—. Si vas a comprar pan, que es lo máspreciado en este maldito agujero, tienes que llevarte también unas alpargatas. Si lo que quieres es una lata de sardinas, te tienes que llevar también un plato y una cuchara, aunque ya tengas.

—Y dime tú a mí —habló de nuevo Miguel con el cigarrillo entre sus labios—, para qué te sirve una cuchara aquí, si con suerte no encuentras más de cinco garbanzos o cuatro habichuelas entre el agua sucia que te ponen.

El joven no acababa de comprender el motivo por el que tenía que comprarse aquello que no se necesitaba.

—El hambre es el peor enemigo aquí —agregó Enric, quien parecía haber adivinado los pensamientos de Daniel—. Día tras día te debilita. Ellos lo saben bien, y por ese motivo apenas nos alimentan. Nos fuerzan a acudir al economato a dejarnos el dinero que a duras penas consiguen enviarnos nuestras familias. Mi mujer, al principio, me enviaba dinero. De cada tres envíos, solo dos llegaban a mis manos. Lo sé por qué en sus cartas me lo decía. Y no podía reclamar. A uno le dieron una paliza por lo mismo. Tras romperle la mandíbula, le dijeron que allí no había ladrones. Con el dinero que finalmente me llegaba en forma de vales, apenas si podía comprar nada en el economato. Todo era carísimo, cuando no te obligaban a comprar lo que no

necesitabas. Al final comprendí que se estaban enriqueciendo con el esfuerzo de mi familia, y pedí a mi mujer que no enviara más.

Los cinco continuaron caminando de un lado para el otro del patio mientras hablaban y se pasaban el cigarro. El trasiego de presos era constante, y el sonido de pisadas y pies arrastrándose por el adoquinado también. Las nubes colmadas de agua parecían respetar la hora de paseo, y avanzaban lentamente sobre sus cabezas, sin descargar el agua que transportaban.

—¿Y se puede sobrevivir aquí sin ayuda del exterior? —se interesó Daniel, a la vez que notaba cómo sus intestinos comenzaban a quejarse, y eso que solo habían pasado unas horas desde el almuerzo.

—Quien no recibe ayuda de fuera lo tiene muy complicado para salir adelante —respondió Samuel, esta vez—. La falta de alimento te va minando poco a poco, y tarde o temprano cogerás una enfermedad. Entonces, ya puedes rezar.

—¿Y cómo lo hacéis vosotros?

—No solo de dinero vive el hombre —prosiguió Samuel—. Al principio recibíamos paquetes con comida que nos enviaban nuestros familiares. Si eras capaz de racionarla, tenías un buen complemento a la bazofia que te dan para comer.

—¿Al principio?

—El administrador se dio cuenta de que si los presos recibían comida desde fuera, el negocio del economato no tiraba, así que un buen día comenzamos a recibir algunos paquetes llenos de piedras o ladrillos.

—¿Paquetes con piedras? —preguntó Daniel, cada vez más sorprendido.

—Los vigilantes decidieron quedarse con parte de los alimentos que recibíamos y que con tanto esfuerzo conseguían reunir nuestros familiares. De cada tres o cuatro paquetes, uno se perdía por el camino.

El joven calló durante unos segundos tras la aclaración, y pareció meditar. Aquel lugar estaba pensado para ir aniquilando poco a poco a los que habían tenido la mala suerte de caer allí. Y él era uno de ellos, pensó con la cabeza gacha y la mirada fija en el adoquinado mojado. Si apenas llevaba un solo día en aquella prisión, y sus tripas rugían ya como leones en plena sabana, no quería ni pensar lo que sucedería cuando transcurriesen unas semanas.

—Mi familia no va a poder ayudarme —expresó compungido, tras los segundos de reflexión—. Mi padre murió fusilado y las tierras y animales que teníamos fueron requisados. Con suerte, mi madre y mis hermanos apenas serán capaces de salir adelante.

El silencio volvió a apoderarse de los cinco presos, y el sonido del calzado sobre el empedrado se adueñó otra vez de la conversación. El drama familiar que acababa de exponer el joven, en sus múltiples versiones, bien podría ser la historia de cada uno de ellos. Casi todos habían perdido a familiares cercanos, y los que aún vivían, luchaban por salir adelante entre la miseria de unos campos improductivos y la carestía a que les abocaban los duros racionamientos. La guerra era un enemigo tan desleal, que los hombres y mujeres de ambos bandos del conflicto sufrían sus duras consecuencias. Mientras que en el bando republicano la represión se cebaba con el sector capitalista, requisando fábricas y encarcelando o fusilando a empresarios, industriales o terratenientes; en el bando sublevado las reprimendas se dirigían contra los asalariados o jornaleros que habían osado sindicarse para reivindicar mejoras laborales. Aquel desquiciamiento colectivo impedía ver a unos y a otros que todos eran necesarios, y que aquella indiscriminada matanza sumía al país en un futuro de atraso y pobreza cuyos nefastos tentáculos alcanzarían a varias generaciones futuras.

—Tú estás canijo —intervino Miguel, en el intento de romper aquella embarazosa pausa en la que sus mentes habían vuelto a transitar por la sinrazón—. Aguantarás bien. Los recios son los que caen primero.

—Los más fuertes necesitan alimentarse más —puntualizó Enric, intentando aclarar siempre los comentarios que sus compañeros hacían para que el joven asimilara lo antes posible todo lo que se cocía en aquella prisión—. Sus cuerpos, grandes y fuertes, están acostumbrados a comer mayor cantidad de alimentos para funcionar. Si no reciben ayuda externa o no saben buscarse la vida aquí, caen como moscas. Sin embargo, los cuerpos delgados como el tuyo sobreviven mejor. Al final, con un poco de astucia y con la ayuda de los compañeros, aprendes a sobrevivir.

El preso catalán, antes de proseguir, buscó la mirada cómplice de los otros. Quería ayudar a Daniel, y para ello necesitaba la aprobación del resto. No en vano, era una boca más que alimentar.

—Jorge recibe un paquete cada quince días que le traen unas mujeres desde su pueblo. Yo intentaré trabajar en la cocina pelando patatas o ayudando a los comunes en cualquier otra tarea. El trabajo es duro y me perderé alguna salida al patio, pero a cambio te dan doble ración de comida y dos bollos de pan al día. —Y mirando al joven añadió—: Ya nos apañaremos.

—No tienes de qué preocuparte —intervino Samuel, esta vez apurando el cigarro que le acababa de pasar el preso malagueño—. Miguel entrena un piojo cada noche. Dentro de unos días no sabremos qué hacer con los bollos que gane.

Los cinco rieron ante aquella última ocurrencia. Resultaba asombroso comprobar cómo la mente de aquellos desdichados lograba, por momentos, evadirse del sufrimiento y la calamidad a que se veían sometidos. Daniel, sin embargo, reía por fuera mientras en su interior luchaba por reprimir las lágrimas que ya mojaban sus ojos. Las emociones que sentía resultaban contradictorias. A la pesadumbre por haber dado con sus huesos en aquel infierno, y el desconocimiento de lo que había sucedido con el resto de su familia, se contraponía la satisfacción por haber dado con aquel grupo de buena gente que trataba de sobrevivir al duro destino que le había sido impuesto. Por ello, no sabía si llorar o reír, o hacer las dos cosas al mismo tiempo.

Los prisioneros continuaron caminando por el patio abarrotado de compañeros, a la vez que aprovechaban para llenar sus pulmones con el aire puro que recorría la montaña. Aquel aroma a naturaleza y tierra húmeda que rodeaba la prisión, acrecentado por la proximidad de la lluvia, limpiaba el interior de sus cuerpos de aquella atmósfera viciada e infecta que tantas vidas había arrebatado ya, y a la que regresarían en pocos minutos.

Daniel aprovechó que pasaba cerca de la enfermería para interesarse por la salud del veterano compañero al que había dejado allí por la mañana. Pero, como era de esperar, le impidieron la entrada con malos modos. Preocupado y entristecido, volvió a incorporarse al grupo que continuaba con su monótona caminata en un continuo ir y venir a través del alargado patio del penal. Fue entonces cuando, entre la multitud, un uniforme militar se hizo visible. Apenas lo vio, Enric se puso delante del joven y lo ocultó tras su cuerpo. Los otros tres observaron extrañados el inesperado movimiento del preso catalán, aunque no tardaron en comprender el motivo que le había llevado a actuar de aquella manera. De repente, el sargento Echenique se hizo presente a pocos metros de donde se encontraban. Por fortuna, pareció no fijarse en ellos y pasó de largo, camino de las oficinas de la prisión. Enric resopló aliviado, por momentos se temió lo peor.

—¿Qué hará este malaje por aquí? —preguntó Miguel.

—Lleva algunas semanas que entra en la prisión y va derecho a las oficinas —añadió Samuel.

—Algo tramará —añadió Jorge—. Y seguro que no es nada bueno.

—Haga lo que haga, no nos importa —intervino Enric, todavía no recuperado del susto—. Sabéis perfectamente de lo que es capaz, así que alejaros de él, y sobre todo tú. Creo que tardará en olvidar lo sucedido esta mañana.

Las cinco miradas observaron al suboficial alejarse al tiempo que aún resonaban en sus cabezas la advertencia del preso catalán. Tan pronto como Echenique alcanzó la entrada a las oficinas, se detuvo y de su guerrera sacó un paquete de tabaco. Los prisioneros que se encontraban más próximos a él le miraron. Con detenimiento, como si se regocijara al hacerlo, el militar extrajo un cigarrillo de la cajetilla y lo mantuvo en el aire durante unos segundos, los suficientes para llamar la atención del máximo número de reclusos. Fue entonces cuando, de forma deliberada, arrojó el cigarro al suelo. De inmediato, y como si de oro puro se tratase, varios presos se lanzaron a por el pitillo mientras él reía a carcajadas.

—Tomad, gandules —gritó, extrayendo un nuevo cigarrillo y arrojándolo en otra dirección—. Para que luego vayáis farfullando de que no se os trata bien aquí.

Los centinelas, apostados en lo alto de uno de los edificios, observaron la escena y rieron a carcajadas.

Tras el tumulto inicial, el sargento permaneció durante un rato regocijándose con la desesperación de aquellos presos a los que la escasez les hacía rodar por los suelos con tal de hacerse con un simple cigarro. Sabía que cuando la necesidad apretaba, el bien más insignificante hacía despojar al hombre de su dignidad humana, situación que él, al igual que sucedía con otros soldados y guardianes, aprovechaba para reírse a costa de aquellos seres que, día tras día, perdían la poca vergüenza que todavía les quedaba.

—Maldito cabrón —murmuró Miguel, entre dientes.

—Si le dejasen, acababa con todos nosotros en un solo día —añadió Jorge, al tiempo que observaba la algarada organizada en torno a los cigarros arrojados por el sargento.

El sonido de varios disparos sorprendió a todos. Los más próximos a los muros, en un gesto instintivo de protección, se acurrucaron sobre sí mismos, mientras que con las manos protegían sus cabezas. Aquellos que se encontraban en mitad del patio, al no hallar refugio, se lanzaron al suelo en una especie de cuerpo a tierra en el que unos quedaron amontonados sobre otros. Solo unos pocos, los más veteranos, o quizá los más aguerridos, se limitaron a agacharse movidos más por la sorpresa que por el temor. Sabían lo que sucedía: el espectáculo iniciado por el sargento tocaba a su fin, y los centinelas acababan de hacerlo saber. El barullo quedó rápidamente resuelto, y un preso permaneció tendido sobre el adoquinado, mientras una mancha de sangre comenzaba a rodear su cuerpo. La pugna por conseguir unas simples caladas se había cobrado un precio demasiado caro; o quizá no tanto, si se veía desde el punto de vista de Echenique, o del centinela que había acertado con su disparo.

Daniel, agachado junto al muro del edificio que albergaba las brigadas, había observado lo ocurrido. Sorprendido, no era capaz de dar crédito a lo vivido. Y fue en ese instante cuando la cruda realidad le mostró el verdadero valor que tenía la vida de un hombre en aquel sitio: nada.

Cuando aún la mayoría de los presos no se había repuesto del susto recibido, dos vigilantes se aproximaron al cuerpo del prisionero que había tenido la mala fortuna de ser tiroteado. Aquella perversa lotería podría haber tocado a cualquiera de los que habían pugnado por conseguir los cigarros arrojados por el sargento. Aunque, por suerte para el resto, solo hubo un desafortunado. Podían estar contentos.

Alcanzado el cadáver, uno de los guardias lo volteó con su pie.

—Una ración menos para la cena. —Se le oyó decir.

A continuación, ordenaron a dos presos que se llevaran el muerto a la morgue —una habitación lúgubre y oscura, anexa a la enfermería y que rara vez se encontraba vacía—.

Con el estruendo de los disparos pitando aún en sus oídos, el resto de los prisioneros comenzó a moverse de nuevo, instigados por las fustas con las que los guardianes les golpeaban sin piedad. Observando de reojo las alturas, aguardaban temerosos a que el soldado de gatillo fácil hubiera saciado ya su sed de pólvora. El trasiego volvió a ser fluido, aunque el silencio se apoderó de sus bocas, y aquel monótono y constante rastrear de pies sobre el suelo fue lo único que se escuchó durante un rato. Cada vez que uno de ellos moría, el resto sabía que aumentaban las posibilidades de ser el siguiente.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer sobre el penal y el cielo encapotado adelantó el anochecer de forma prematura. Ello motivó que aquella tarde el turno de paseo finalizara antes de tiempo. El toque de corneta avisó a los presos de que debían formar frente a la puerta de entrada a las brigadas para volver al agujero. Allí permanecerían enclaustrados hasta el día siguiente. A la ausencia de luz y ventilación, el mal tiempo haría que el agua de lluvia rezumara por las paredes, y el aire frío campara a sus anchas colándose por los ventanucos sin cristal y por la puerta de barrotes que daba acceso a la galería. Aquella noche no iba a ser fácil de pasar. Tan solo la proximidad de unos con otros, conseguía que no murieran helados.

Una vez formaron frente al edificio, la lluvia comenzó a caer con fuerza y no tardó en mojar sus cuerpos. Confusos, ninguno de ellos sabía el motivo por el que no les permitían entrar para guarecerse del aguacero. Más de quinientos hombres formados en el patio del penal, empapándose con el agua fría que caía sin piedad desde el cielo. El panorama resultaba estremecedor, y los compañeros que ocupaban las galerías superiores, así como aquellos ubicados en los pabellones, observaban a través de las rejas de sus ventanas el dantesco espectáculo, a sabiendas de que cualquier centinela podría dispararles.

El tiempo pasó lento, y pocos eran ya los que no sentían cómo su ropa interior permanecía igual de mojada que sus cabezas. Un rayó rasgó el trozo oscuro y rectangular de cielo situado sobre el patio, a lo que rápidamente sucedió el eco de un trueno que pareció romper el monte sobre el que se asentaba la prisión. La impaciencia y el desaliento comenzaban a pasar huella entre algunos prisioneros, y los primeros gritos de protesta no tardaron en hacerse oír. Fue entonces cuando la puerta de entrada a las brigadas se abrió, y dos vigilantes salieron al exterior protegidos por unos chubasqueros.

—Antes de cenar hay que bañarse —ironizó uno de ellos. Un tipo de barriga pronunciada y mostacho poblado—. La próxima vez habrá jabón para todos.

Las sonrisas del resto de guardias, así como de los centinelas que vigilaban desde las alturas, no tardaron en aparecer. Parecía como si entre ellos existiera una competición para ver quién lograba ingeniar la burla más hiriente.

—Id pasando de uno en uno para que os podamos contar —informó el otro.

Acostumbrados a los múltiples recuentos a los que eran sometidos, los prisioneros siguieron las instrucciones y comenzaron a entrar en el edificio completamente empapados. Sin embargo, aquel día las sorpresas no parecían tener fin, y conforme bajaban por la estrecha escalera de caracol, otros guardianes se habían apostado tanto al inicio como al final de la misma, golpeándoles con las fustas al tiempo que les instigaban para que apresuraran el paso. Las carreras por evitar los dolorosos latigazos provocaron alguna que otra caída, y más de uno bajó rodando los peldaños.

En pocos minutos, como si se tratase de reses conducidas hacia el establo, la primera brigada del penal de San Cristóbal quedó cerrada y sus internos, empapados y magullados, volvieron a quedar recluidos en aquel agujero insano. Los que tenían la suerte de poseer una segunda vestimenta, se cambiaron rápidamente para evitar permanecer durante mucho tiempo mojados. Aunque de nuevo la caridad hizo del compañerismo una virtud que consiguió auxiliar a la mayoría de los prisioneros. El grupo al que se había arrimado Daniel también logró apanárselas bien. Sin embargo, no todos pudieron conseguir ropa seca. Aquellos que no lo lograron se verían abocados a seguir con sus vestimentas mojadas durante varios días, pues el clima lluvioso, unido a la humedad de la galería, no les ayudaría demasiado.

Cuando la brigada quedó repuesta de la sucesión de escarnios recibidos, el toque de corneta anunció a los prisioneros que tenían que prepararse para recibir la cena. La noche se había adueñado ya del firmamento, y la pequeña bombilla situada en el centro de cada una de las once naves era insuficiente para adivinar lo que sucedía a más de tres metros de distancia. En el exterior, la lluvia golpeaba con fuerza el pavimento y las gotas se colaban por los ventanucos situados a nivel del patio, y sobre sus cabezas. En aquel subterráneo inmundado, nada de lo que pasaba parecía mejorar la estancia de sus inquilinos.

De igual forma que había sucedido durante la comida del mediodía, los presos formaron frente al largo pasillo central que dividía la brigada, y dos presos comunes fueron llenando de un líquido oscuro y olor agrio los botes y latas vacías que la mayoría de los reclusos utilizaban como recipientes.

—El menú de esta noche son habas cocidas —gritó el vigilante que controlaba el reparto, con cierta sorna—. No hay nada como una cena ligera para conciliar el sueño —añadió tras una sonrisa.

Los prisioneros, sin hacer caso a las palabras del guardián, tan pronto como fueron recibiendo su ración, se dirigieron hacia el lugar que tenían asignado en las naves y, en silencio, comenzaron a sorber el mejunje que los cocineros habían sido capaces de preparar con los escasos víveres que ponían a su disposición.

Para Daniel, aquella era su primera cena en la prisión. La noche anterior, y debido a que su llegada se había producido algo tarde, no le dieron nada para comer. Para suerte suya, Samuel le ofreció un mendrugo duro, y Jorge, atento a la conversación, no dudó en extraer de algún lugar de su petate una rodaja de morcilla que le supo a gloria. De esa forma tan simple comenzó a entablar una rápida amistad con aquellos cuatro presos con los que, a pesar de llevar solo un día conociéndolos, parecía como si llevaran semanas completas de relación.

Sentado sobre el fino petate que separaba su trasero del suelo duro y frío, el joven observó con cautela el contenido que había caído en el interior de su bote. Entre aquel líquido negruzco, y tras agitarlo un poco, intuyó ver un único trozo de haba cuyo tamaño no superaba al de su dedo meñique. Junto al mismo, varios gusanos que parecían haber sido cocidos con el vegetal, flotaban en el interior de la lata. A pesar del hambre que roía su interior, y del ruido que sus tripas llevaban haciendo durante toda la tarde, no pudo evitar un gesto de asco en su rostro. La mueca se afianzó en su cara cuando observó cómo el resto de los presos bebían sin pudor alguno el contenido de sus recipientes. Ninguno de ellos se había entretenido en retirar los *cocos* que le habían tocado y, sin escrúpulo alguno, tragaban todo cuanto le había sido servido.

—Todo alimento es poco —le dijo Samuel quien, sentado junto a él en el suelo, había estado observando los repulsivos gestos del joven.

—Pero ¡son gusanos! —añadió el otro, no creyéndose todavía lo que veía.

—Sí —contribuyó Miguel masticando lo que bien podría ser uno de aquellos insectos—. Ni siquiera se molestan en limpiarlas.

—Aunque la holgazanería de los cocineros es una ración extra para nosotros —apuntó Jorge, esta vez.

Daniel, que no parecía muy convencido, continuó observando con recelo el contenido de la lata. El preso madrileño no pudo evitar una sonrisa.

—Hazme caso. Cierra los ojos y traga. Piensa que todo lo que está hervido se puede comer.

El joven no solo cerró los ojos, sino que también tapó su nariz. Y de un solo trago bebió el contenido de la ración dejando para el final el pequeño trozo de haba. Una arcada sacudió todo su cuerpo y varias lágrimas afloraron en sus ojos.

—Dos cenas más y te aseguro que no tendrás que volver a cerrar los ojos. —Oyó decir a Samuel, mientras intentaba reponerse de la náusea. Aunque cuando el líquido y su acompañamiento llegaron al estómago, comenzó a sentirse mejor. Más recuperado, comió el pequeño trozo de haba que, de lo dura que estaba, tuvo que masticar con insistencia.

La cena fue rápida, al igual que lo habían sido el desayuno y el almuerzo. Los más afortunados, sin embargo, aún continuarían durante algunos minutos más royendo una ración extra de pan duro que seguramente habrían obtenido a precio de oro tras canjear sus vales en el economato; apostando en una carrera de piojos; o mediante cualquiera de las mil argucias con las que el hambre conseguía aguzar los cerebros.

Al contrario de lo que había sucedido durante la comida del mediodía, aquella noche Daniel no tuvo ración extra de chorizo proveniente de las alforjas de Jorge. Los alimentos se racionaban al máximo, y debido a que durante las siguientes horas únicamente se limitarían a dormir, el desgaste de energía sería menor y los suplementos se reservaban para las horas del día. Quizá por ello el joven se sintió algo decepcionado. Se había ilusionado con la posibilidad de que tras el brebaje que acaba de ingerir vendría algún trozo de morcilla o chorizo con el que poder eliminar de su boca el mal sabor que le había quedado.

Embozados entre las tinieblas que solo conseguía diluir la débil bombilla que colgaba en el centro de cada nave, los presos regresaron a los quehaceres que les permitían alejar de sus cabezas los oscuros y tristes pensamientos que con la llegada de la noche se acrecentaban. Los más cultos conseguían evadirse leyendo, no sin dificultad, los libros que mantenían escondidos, o aleccionaban a los que eran analfabetos. Estaban también los que se jugaban el pan del día siguiente en una carrera de piojos, o los que sin mucho éxito trataban de eliminar de sus ropas los parásitos con los que convivían. Aunque la cara más amarga era protagonizada por aquellos que, víctimas de la debilidad que consumía sus cuerpos, o por la desesperanza que carcomía su espíritu, permanecían tumbados sobre el fino petate que los aislaba de la fría humedad del suelo, mientras rumiaban para sus adentros el veneno que poco a poco los condenaba. La noche se convertía para todos en una dura y larga prueba que superar. Si el cuerpo y el ánimo enfermaban, la caja de madera se convertía en la única manera de abandonar aquel maldito infierno.

En aquel compás de espera que mediaba entre la cena y el toque de silencio, Daniel se fijó en que algunos presos leían las cartas que habían recibido durante el día, o pedían a otros que se las leyeran. Era en ese instante cuando las corazas se derrumbaban y las lágrimas afloraban como cuando eran niños. Ver a hombres maduros, curtidos a fuerza de penalidades y reveses, llorar de forma casi compulsiva, le impresionó bastante. Aunque también le hizo recordar que él aún no había tenido noticias de los suyos. Aquel pensamiento, que de forma rápida cruzó por su cabeza, le creó cierta desazón.

—¿Qué te ocurre? —se interesó de nuevo Samuel, quien acababa de hacerse con un libro que tenía escondido en el forro de una chaqueta de reserva.

El joven le miró cariacontecido.

—Aún no he tenido noticias de mi familia. Les escribí desde la prisión de Segovia y todavía no he recibido respuesta.

—¿Y hace mucho de eso?

—Tres semanas.

—En plena guerra eso es poco tiempo. Hay cartas que tardan meses en llegar —informó el otro con tono tranquilizador—. Además, si te han contestado, la carta irá siguiendo tus pasos.

—¿Cómo?

—Pues que si les escribiste desde la cárcel de Segovia, la respuesta llegará hasta allí. Luego, los funcionarios de esa prisión la reenviarán aquí.

Daniel resopló exasperado, mientras echaba su cabeza hacia atrás y la dejaba reposar contra la fría y húmeda pared.

—Tarde o temprano llegará. Ya verás.

—Necesito saber cómo están —añadió el joven, con impaciencia.

—Todos necesitamos eso. Saber cómo les va y si son capaces de sobrevivir, porque, aunque no lo creas, esta maldita guerra no trata mucho mejor a los que están fuera que a los que estamos dentro. Pero no conseguirás nada desesperándote.

—Ya. Pero mi madre se quedó viuda y estaba enferma cuando a mí me detuvieron. Y el mayor de mis hermanos tiene dieciséis años. Sin tierras y sin animales, solo cuenta con la caridad de su familia y de algunos vecinos para sobrevivir.

—Pues entonces deberías tranquilizarte. Seguro que la ayudarán. Lo mejor de este endiablado país es su gente. A mí me sacó adelante una vecina con su teta a los pocos días de nacer. Y lo hizo sin ningún interés. La guerra nos ha partido en dos, pero sus desgracias han unido a la mayoría. Hazme caso, seguro que no les falta comida y un techo bajo el que poder cobijarse.

Las palabras del preso madrileño parecieron reconfortar a Daniel, y poco a poco el gesto de su rostro fue relajándose.

—¿Cómo te cogieron? —varió el tema Samuel, a sabiendas de que un mal trago se olvidaba con otro peor.

En esta ocasión la respuesta se demoró unos instantes en llegar, los mismos que necesitó Daniel para reordenar sus ideas. Aquella pregunta hecha a bocajarro le había cogido con la guardia baja.

Mientras tanto, la noche avanzaba al igual que lo hacía el frío que se colaba por multitud de rendijas, y los presos proseguían inmersos en sus distracciones. Miguel parecía entrenar a un piojo de grandes dimensiones sobre su petate, mientras que Enric y Jorge hablaban con otro prisionero que aún no había sido juzgado —un *gubernativo*, como eran llamados los que se encontraban en aquel limbo carcelario—.

—A mí nunca me ha interesado la política —se animó finalmente el joven, al tiempo que su mirada se perdía en algún lugar situado más allá de la oscuridad—. Trabajaba y ahorraba para poder casarme con mi novia. No pensaba en mucho más. Pero cuando la cosa comenzó a ponerse fea, apoyé a mi padre y no dudé en estar junto a él, por si tocaba defender lo nuestro. Todo cambió una noche en la que los republicanos más radicales sacaron de sus casas a los que estaban a favor del golpe y los llevaron a la plaza del pueblo. Allí nos conocemos todos y sabemos de qué pie cojea cada uno. Entre los apresados no faltaban ni el cura ni el sacristán. Yo, como muchos otros curiosos, acudí a ver lo que pasaba. Los habían puesto en fila junto a la pared del ayuntamiento y

una gran lumbrera iluminaba la plaza mientras los anarquistas y algunos del PRR^[1] los insultaban. Mi padre, que era el alcalde del pueblo, y otros más moderados intentaban aplacarles, pero no lo conseguían. De pronto, de algún lugar salieron varias escopetas y solo se escucharon tiros. Cuando abrí los ojos, ninguno de los que habían puesto frente a la pared del ayuntamiento estaba ya en pie. Fue horrible. Entre los muertos había amigos y algún primo mío. Esa noche se quebró el pueblo, y yo le dije a mi padre que no podía luchar por aquello.

El joven detuvo entonces la exposición durante unos segundos. Los recuerdos, aún cercanos, parecían abrir una herida que tardaría en sanar. Samuel, mientras tanto, había dejado el libro a un lado y lo escuchaba con atención, a pesar de que aquella historia le resultaba demasiado familiar. En el tiempo que llevaba allí recluido la había oído ya en muchas otras bocas.

—Cuando los falangistas tomaron el pueblo comenzaron las venganzas. Mi padre junto con otros republicanos se atrincheró en la Casa del Pueblo, pero no pudieron aguantar mucho tiempo. A los pocos días les dieron paseo. Las tierras y los animales fueron requisados. Solo los más afortunados pudieron quedarse con sus casas, aunque muchas de ellas estaban destrozadas por los bombardeos. Mi madre, que había enfermado unos meses antes de nervios, se quedó sola con mis dos hermanos pequeños.

—¿Y qué fue de ti?

—Antes de morir, mi padre lo arregló todo con un amigo suyo para que me sacara de allí y me facilitase el viaje a Valencia donde tenemos familia. Él sabía que a mis hermanos pequeños no les harían nada, pero a mí sí que me darían paseo. Por el camino fui detenido cerca de Albacete. Cuando pidieron informes en el pueblo sobre mí, ya puedes imaginarte. Me juzgaron en apenas unas horas junto a otros veinte o treinta. Pasábamos en grandes grupos y nos despachaban rápido. La sentencia solía ser la misma para todos, pena de muerte. Gracias al amigo de mi padre, me conmutaron la pena de muerte por treinta años de prisión. En el pueblo se decía que tenía mucha mano con gente de la falange en Madrid y con el obispado. Comencé la condena en Albacete y luego me trasladaron a la cárcel de Segovia. Ayer llegué aquí, el peor sitio de todos en los que he estado.

—Sí. No hay agujero peor que este —ratificó Samuel antes de permanecer durante unos segundos pensativo. Quizá hubiera una forma de ayudar al joven, reflexionó antes de hablar.

—Mañana pediremos ayuda al cura.

—¿Al cura? —preguntó Daniel receloso, como si la propuesta del preso madrileño formara parte de alguna broma.

—Hasta donde puede, siempre intenta ayudarnos. Es un buen hombre. Cuando viene a visitarnos se preocupa por los más necesitados, y entre sus ropas esconde comida, ropa e incluso zapatillas que luego nos entrega. Más de uno le debe la vida. También saca a escondidas cartas para evitar la censura.

El joven no parecía creer lo que escuchaba, y su rostro se había convertido en una gran mueca de sorpresa. Le costaba imaginar que un miembro de la Iglesia, con todo lo que había oído hablar desde el inicio de la guerra, se jugase el pellejo por ayudar a unos presos condenados por ser afines a la República.

—Mañana le pediremos que indague sobre tu correspondencia —propuso Samuel.

En un lugar como aquel, donde el cuerpo y el espíritu se forzaban hasta la extenuación, un poco de esperanza, por insignificante que esta fuera, se convertía en una razón más para llegar al siguiente día.

—Gracias, Samuel.

—De nada, hombre. Ya es bastante jodido estar aquí. Tenemos que ayudarnos los unos a los otros, aunque también hay que aprender en quién confiar. Cualquiera de los que ves aquí no dudará en venderte por un trozo de pan tan pronto como tenga la oportunidad.

—Tendré cuidado —respondió el otro, agradecido por el consejo que ya había escuchado de otros labios. A punto de cumplirse un día de su llegada a aquel lugar, podía sentir cómo el grupo de cuatro presos junto a los que compartía un cacho de frío y húmedo suelo sobre el que malvivir, se había convertido en una parte más de su familia. De ellos sí que podía fiarse, pensó, mientras observaba cómo Samuel cogía de nuevo el libro que minutos antes había dejado a un lado para escucharle y compartir sus penas.

—¿Y tú? —preguntó de repente el joven—. ¿Dejaste a muchos fuera?

Samuel apenas se inmutó, aunque Daniel supo que ya no leía, pues la mirada del preso madrileño quedó perdida en un punto indeterminado de la hoja que tenía a poca distancia de su nariz.

—Todos tenemos a alguien que espera nuestro regreso —contestó tras la pausa, como si su memoria hubiera tenido que buscar en un lugar demasiado oculto de su cerebro; o quizá demasiado doloroso.

—¿A qué te dedicabas antes de que te detuvieran? —insistió Daniel, quien parecía más animado.

—Era maestro.

—¿Y qué pasó para que un maestro acabara en un lugar como este?

Samuel apartó entonces la mirada del libro y la centró de nuevo en el joven antes de contestar:

—Me acusaron de corromper las mentes más jóvenes con el virus republicano. Aunque mi mala suerte fue que el levantamiento me cogió fuera de Madrid.

—¿Llevas casi dos años preso? —preguntó Daniel después de lanzar un sonoro silbido.

—Sí. Aunque como tú, antes estuve en otras prisiones. En marzo me trajeron aquí.

—¿Y eras republicano?

—No —contestó el otro tajante—. Era un ciudadano más que disfrutaba formando a los jóvenes que tenía en la escuela. Les enseñaba a pensar libremente, y a que nadie los utilizara. Y esa fue mi condena. Si algo temen los políticos y los poderosos es que la gente sea capaz de juzgar sus actos. Cuantos más borregos sumen al ganado, más libertad tendrán para hacer lo que quieran. Es entonces cuando creen que todo les está permitido. La libertad solo es plena cuando se permite y se acepta la discrepancia.

—Eso me suena a propaganda comunista.

Samuel sonrió. Aquel debate le recordó a sus viejos tiempos como maestro.

—Es la mentalidad que nos han inculcado. El político republicano censurará mis opiniones de fascistas, y los fascistas me tienen aquí encerrado por lo contrario. A ninguno de los dos les interesa que el librepensamiento triunfe entre el pueblo. El político mezquino sobrevive gracias a la ignorancia y al servilismo incondicional de sus acérrimos seguidores.

—De política entiendo poco, ya te lo he dicho. Solo lo que escuché a mi padre. —Trató de zafarse Daniel, incapaz de tramar una respuesta a la altura del razonamiento escuchado.

—Pues es la postura más inteligente.

La conversación pareció detenerse durante unos instantes, lo que aprovechó Samuel para regresar a la lectura. Pero Daniel, que parecía seguir rumiando para sí los restos de aquella conversación, no tenía intención de darse por vencido.

—No sé si sería capaz de estar casi dos años preso.

Samuel volvió a dejar de leer, y su mirada pareció entristecerse.

—Nunca desconfíes de los límites de tu cuerpo. Aunque en condiciones como estas, es muy complicado. Solo hay dos posibles caminos aquí: adaptarse o morir.

—Pero ¿y tu familia? ¿Vienen a visitarte?

—Recibo cartas de mi mujer y, de vez en cuando, yo también le escribo. Seis o siete líneas, no te permiten mucho más. Lo suficiente para saber que mantenemos la esperanza de que algún día, cuando esta locura acabe, volveremos a estar juntos.

—¿Tienes hijos? —volvió a interesarse Daniel.

Samuel no respondió a la pregunta, y tan pronto como aquellas dos palabras alcanzaron sus oídos, se levantó y caminó hacia la zona de retretes.

—Voy a mear antes de que apaguen la luz —se limitó a responder, mientras su figura se difuminaba entre la oscuridad que reinaba allí donde la tenue luz de la bombilla no era capaz de llegar.

El joven quedó pensativo, a la vez que intentaba comprender el sentido de aquella huida tan precipitada.

—Cuando le detuvieron su mujer estaba embarazada de su primer hijo —informó Enric que, situado al otro lado de Daniel, había seguido las últimas frases de la conversación—. No lo vio nacer, ni lo puede ver crecer.

—Vaya faena. No lo sabía.

—Poco a poco consigues aislarte de todo lo que dejaste fuera, creando una coraza en tu cabeza. Eso ayuda a mantenerte fuerte y a no derrumbarte. Cuando algo rompe ese caparazón, todo el dolor contenido resurge con fuerza. Pero no te preocupes, mañana estará bien de nuevo. Todos pasamos por momentos de debilidad en los que deseamos estar solos y maldecir nuestra jodida existencia.

Daniel no habló más aquella noche. Pensativo, dejó transcurrir el tiempo hasta que a sus oídos llegaron los sonidos del toque de silencio. Fue en ese momento cuando los presos que aún no yacían sobre el suelo se tumbaron sobre la fina tela del petate y se arroparon con aquellas mantas recosidas unas sobre otras para aumentar su grosor. Todos juntos como animales en una zahúrda tratando de aprovechar el calor que despedían sus propios cuerpos, se acurrucaron para no dejar escapar un grado de temperatura.

Poco a poco, el silencio se fue adueñando del agujero, y solo las toses de aquellos que no habían conseguido ropa seca tras mojarse por la tarde en el patio, y el continuo gotear del agua que se filtraba por las paredes, consiguieron romper su aviesa monotonía. Las horas más temidas llegaban entonces. Aquellas en las que cada uno de ellos lucharía contra sus propios fantasmas. Un día más vivido, un día menos para la libertad.

DÍA II

Jueves 19 de mayo de 1938

Penal de San Cristóbal (Pamplona)

El sonido de la corneta que solo unas horas antes había tocado silencio, volvió a colarse por los ventanucos situados sobre las cabezas de los presos que, tirados sobre el suelo y apelotonados los unos contra los otros, dormitaban en la primera brigada de la prisión.

Con la mente puesta en las duras condiciones a las que deberían enfrentarse aquel nuevo día, los prisioneros fueron levantándose con dificultad. La humedad, el frío y la dureza del suelo hacían que los músculos y los huesos —estos últimos cada vez más visibles—, tardaran en reaccionar. Y cuando lo conseguían, lo hacían entre dolores y padecimientos. Los lamentos y las maldiciones eran muy comunes a primera hora de la mañana, cuando apenas el sol comenzaba a clarear el cielo.

Dormir vestidos les facilitaba mucho las cosas, pues una vez incorporados solo tenían que lavar sus caras con el agua que conseguían de las paredes rezumantes situadas junto a los aljibes, y peinar sus cabellos con los dedos de las manos o, los más afortunados, con peines fabricados con restos de latas u otros materiales. Una vez acicalados, los que habían conseguido ponerse en pie se preparaban para recibir el desayuno formando frente al largo pasillo central que atravesaba de punta a punta la galería. Una pequeña minoría de ellos, sin embargo, permanecían tumbados sin fuerzas para poder moverse. La enfermedad había comenzado a apoderarse de sus cuerpos, o el desánimo carcomía ya sus mentes.

El quejido de la reja de entrada a la brigada anunció la llegada del desayuno y el silencio se adueñó del agujero. Solo las toses de aquellos a los que el frío y la humedad comenzaban a hacer mella, se escuchaban a modo de bienvenida. Como solía ser habitual, dos presos comunes vigilados por un guardia eran los encargados del reparto.

—Joder —saludó con desprecio el vigilante, al tiempo que con un pañuelo se tapaba la boca y la nariz—. Cada vez huele peor aquí. Ni en una cochinería se respira tanta peste.

Los presos, acostumbrados a ser objeto de todo tipo de humillaciones, apenas se inmutaron. Ellos mejor que nadie sabían cómo olía allí. Cada vez que bajaban del patio, habituados al aire puro de la montaña, sus narices se enfrentaban al hedor de aquel lugar. Por fortuna, el olfato parecía aletargarse pasados unos minutos.

El reparto de alimentos, como también era habitual, fue aliñado con las irónicas burlas del vigilante.

—Muy pocos ahí fuera probarán hoy un trozo de chocolate —gritó el guardia con la intención de que el mayor número de prisioneros le escuchara—. Y, menos aún, los del lado republicano. Esos sí que pasan hambre y no vosotros. Tenéis que estar agradecidos de cómo os tratamos.

Los presos, haciendo oídos sordos a la proclama burlona del vigilante, fueron cogiendo el alimento que a cada uno le correspondía —un trozo de pan para todo el día, un cazo de agua y un pedazo de chocolate cuya fineza lo hacía casi traslúcido—, y regresaban cabizbajos al lugar que ocupaban en la brigada. Salvo los afortunados que tuvieran vales que poder canjear en el

economato, con ese desayuno deberían funcionar hasta la llegada del almuerzo. Por dicho motivo, un día más los cuerpos de la mayoría de ellos tendrían que volver a tirar de unas reservas que comenzaban a ser inexistentes. Fue entonces cuando Daniel descubrió que uno de los presos que dormía cerca de él permanecía tumbado aún sobre la fina tela del petate que lo separaba del suelo. Sabía que quien no se levantaba no recibía su ración, por lo que no dudó en despertarlo con un leve zarandeo.

—Despierta —le habló—. Vamos, hombre, que te vas a perder el desayuno.

Volvió moverlo de nuevo, esta vez con algo más de brío, pero el compañero parecía no reaccionar.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó entonces el vigilante.

La atención del resto de presos se dirigió hacia el joven. Samuel se acercó también hasta él.

—No se despierta —respondió Daniel, sin parar de zarandear al compañero.

—Estará como un tronco —argumentó con sarcasmo el guardián—. Es lo que tiene vivir a cuerpo de rey.

Samuel, que acababa de llegar a la altura de Daniel, se agachó a su lado y retiró la manta que cubría el cuerpo del camarada. Rápidamente notó que allí no había calor humano.

—Creo que está muerto —informó el preso madrileño.

El rostro del joven se transformó en una mueca de confusión al escuchar aquellas palabras que también llegaron hasta oídos del vigilante, así como a los de la mayoría de los presos que se encontraban alrededor.

—Anoche se tumbó pronto. Ni siquiera cenó. Ya estaría enfermo.

—Pero ¿tan rápido? —balbució Daniel, impresionado por la premura con la que actuaba la muerte en aquel lugar.

—Apartaos de ahí —ordenó el vigilante llegando también junto al cuerpo.

Los dos presos obedecieron de inmediato y, tras ponerse nuevamente en pie, retrocedieron un par de pasos mientras el guardia, sin ninguna consideración, volteaba el cuerpo con uno de sus pies. La imagen que observó el joven le sobrecogió aún más. El rostro del compañero fallecido, así como el resto de su cuerpo, estaban hinchados como un globo, y su piel mostraba una palidez extrema.

—Uno menos —informó el vigilante, como si aquella defunción significara un alivio más que una pérdida—. Así tendréis más espacio hoy —añadió con cara de repulsión.

Los prisioneros que fueron testigos del suceso apenas ni se inmutaron. La pena iba por dentro. Por desgracia, estaban demasiado habituados a que cada mañana varios de ellos no llegaran a escuchar el toque de diana. Aquel era el triste pan de cada día, y por muy inhumano que pareciese, el rigor de lo cotidiano conseguía poco a poco adormilar las emociones. Todos intentaban ayudarse entre sí, pero cuando alguno de ellos perdía la batalla, la supervivencia imponía su dura y cruel realidad. Cuando el sufrimiento alcanzaba niveles tan extremos, eran pocas las situaciones que conseguían estremecer. Solo aquellos que aún no habían tenido tiempo de construir su coraza, como era el caso de Daniel, quedaban impactados por los efectos de la fría y cruda realidad. La piel fina solo se curtía a fuerza de reveses.

—Vosotros dos —dijo el vigilante dirigiéndose a Samuel y a Daniel—. Comed rápido y llevadle a la enfermería. El médico debe confirmar la muerte.

Como solía ser habitual, el desayuno no demoró mucho a ninguno de los prisioneros. La cantidad era tan escasa que para cuando el guardia y los presos comunes abandonaban la brigada, no quedaba ya ningún recluso con algo que llevarse a la boca.

Obedeciendo la orden recibida, los dos internos acarrearón con el cuerpo inflado del compañero fallecido y salieron también del agujero. Lo portearon, no sin dificultad, a pesar del bajo peso del cadáver. El engañoso efecto de la hinchazón había dado un lustre exagerado a lo que un día antes no era más que un puñado de piel y huesos. El tramo correspondiente a la estrecha escalera de caracol que ascendía desde el subsuelo fue el que más les costó. La rigidez del cadáver tampoco ayudaba demasiado. Ya en el exterior, el aire puro y húmedo de la montaña purificó de nuevo sus pulmones. Si no fuera por aquellos ratos en los que la vida parecía otorgarles unos minutos de placer, aquel lugar sería peor que el mismo infierno. El suelo del patio, mojado por la lluvia de la noche anterior, estaba copado de charcos. La temperatura era baja, no más de diez grados, aunque debido al esfuerzo que llevaban a cabo, apenas si les afectó. Una masa de nubes les impedía ver el azul del cielo, pero incluso aquella tonalidad grisácea les resultó maravillosa. Todo parecía más hermoso cuando salían del agujero.

Avanzaron por el patio que a esas horas de la mañana aún se encontraba vacío, y a mitad de camino tuvieron que detenerse durante unos segundos para recuperar el resuello. Las energías eran escasas y rápidamente se agotaban. Algunos presos de las brigadas situadas en las plantas baja y primera se asomaron por las ventanas para observar el acarreo del cadáver. De repente, el estruendo de un disparo retumbó en el silencio de la prisión. La prohibición de asomarse a las rejas de las ventanas iba muy en serio, y los centinelas apostados en las nueve garitas que rodeaban el penal estaban deseosos de que alguno de los prisioneros se la saltase. En aquella ocasión, la suerte se había puesto del lado de algún imprudente, y la bala había rebotado contra el duro hierro sin provocar más daños que un leve fognazo; aunque no siempre la curiosidad acababa bien.

El aviso del soldado apostado en las alturas provocó que Samuel y Daniel retomaran de inmediato su tarea y, sin más demora, se dirigieran con paso ligero hacia la enfermería. Por nada del mundo pretendían dar nuevos motivos a los centinelas para probar su puntería.

Exhaustos, alcanzaron el edificio situado en el extremo opuesto del patio. Entre jadeo y jadeo los recibió una monja que, apenas vio el estado del cadáver, les indicó el lugar en el suelo donde debían depositar el cuerpo hasta que el médico pudiera reconocerlo. Una vez depositados los restos en el lugar indicado, la religiosa les ordenó que permanecieran allí hasta que no les indicasen lo contrario.

Daniel aprovechó la espera y buscó al viejo compañero que había dejado la mañana anterior. La sala era austera y exenta de mobiliario. Incluso algunas de las camas carecían de colchón y los enfermos permanecían tumbados sobre los muelles y alambres que componían el camastro. Apenas se apreciaban medicamentos e instrumental. Hacía frío y el sonido de toses y carraspeos era frecuente.

De pronto, su mirada se cruzó con la de la monja que de forma tan amable le había tratado en su visita anterior. Ella, sorprendida al sentirse observada por el joven, miró hacia ambos lados para cerciorarse de que el resto de las religiosas permanecían ocupadas en sus quehaceres y, con un disimulado caminar, fue deteniéndose de enfermo en enfermo, a la vez que se aproximaba poco a poco a Daniel. Cuando la distancia que les separaban no era superior a dos metros, la hermana hizo una leve señal y el joven se acercó a la cama que en ese momento atendía la religiosa. A pesar de las limitaciones que ofrecía el hábito, las facciones de aquella hermana volvieron a resultarle realmente bellas.

—Disimula —advirtió ella, en un murmullo casi ininteligible mientras atendía al enfermo situado sobre el camastro.

—¿Dónde está el hombre que traje ayer? —preguntó él, también en voz baja.

La religiosa tardó unos segundos en responder. Demasiado tiempo para esperar de aquellos labios una noticia satisfactoria.

—Lo siento —susurró al fin—. Murió a las pocas horas.

El joven no supo entonces qué decir. Y aunque ya sospechaba que el destino de aquel compañero se encontraba muy lejos de allí, la confirmación de la realidad le sobrecogió. La muerte en aquel lugar parecía no dar un minuto de tregua.

—Pero se fue en paz y sin dolor —añadió la religiosa—. Le inyecté morfina para que no sufriera.

Daniel miró entonces hacia un armario acristalado en cuyo interior apenas podían distinguirse dos o tres cajas de lo que parecían ser medicamentos. Allí no habría nada más que unas pocas aspirinas y purgante, pensó.

—La traemos de fuera. No somos tan inhumanos —explicó la hermana, que parecía haber adivinado aquel gesto de suspicacia.

El joven entendió rápidamente lo que quiso decir la monja y agradeció con una mirada su compasión. Ella, que parecía agitada, echó un vistazo alrededor con sus grandes ojos azules para cerciorarse de que ninguna de las otras hermanas habían reparado aún en sus actos, y se acercó más a Daniel. Sus cuerpos casi se rozaban y él pudo percibir su olor. Aquel dulce y fresco perfume de mujer le estremeció.

—Toma —dijo ella de repente—. Coge esto y escóndelo entre tus ropas.

Sorprendido, Daniel observó el sobre que la hermana había situado junto a su pecho.

Samuel, entretanto, observaba asombrado la escena a no más de cuatro metros distancia de ambos. Sin atreverse a moverse para no llamar la atención del resto de las monjas, permanecía junto al cadáver.

—¿Qué es? —preguntó el joven todavía desconcertado, al tiempo que con un movimiento rápido lo ocultaba bajo la chaqueta.

—No lo sé. Me hizo prometer que solo te lo entregaría a ti unos minutos antes de partir con el Señor.

—Pero...

—Lo siento —cortó la religiosa alejándose de él, con una mirada suplicante—. No me comprometas más. Es todo lo que puedo hacer.

El joven quedó pensativo, mientras abrochaba los botones de su chaqueta y su mirada seguía los hábitos de la monja. Decenas de preguntas se agolpaban en su cabeza.

—¿Qué me habéis traído? —preguntó de repente una voz masculina desde el fondo de la sala.

Daniel salió entonces del embelesamiento en el que había caído y, temiendo ser descubierto, agachó la cabeza regresando junto a Samuel. Cuando alzó la mirada de nuevo, el médico caminaba hacia ellos seguido de la misma religiosa que le había echado a patadas la mañana anterior.

—¿Qué te ha dado? —preguntó Samuel entre dientes.

—No lo sé —respondió el joven con igual sigilo.

La conversación no pudo prolongarse más, tenían compañía.

—Vamos a ver —dijo el doctor apenas se situó junto al cuerpo tendido sobre el suelo—. Me parece que este ya no va a dar más guerra. Está hinchado como una pelota. Anote Avitaminosis como causa de la muerte, hermana.

Tras el apresurado diagnóstico, el médico observó a los dos presos.

—Llévenlo a la morgue. Y no se preocupen, no es contagioso.

Samuel y Daniel se miraron confusos. Nunca habían estado en aquel lugar de la prisión, y no sabían hacia dónde dirigirse. Su gesto de vacilación no pasó inadvertido.

—Es aquella puerta de allí —informó al quite la religiosa, mientras señalaba con su índice—. Metedlo en una de las cajas vacías. Los soldados no tardarán en llevárselos.

Sin mediar palabra, los dos presos volvieron a cargar con el cadáver y, atravesando la enfermería, se dirigieron hacia la puerta que la monja les acababa de indicar. Uno de los reclusos convalecientes que observaba el acarreo del compañero fallecido asintió con resignación desde su lecho. Cuando el sufrimiento alcanzaba niveles tan inhumanos, el descanso eterno no parecía un plato de mal gusto.

Dejando atrás la enfermería, accedieron a una sala fría y oscura a la que una pequeña ventana aportaba algo de claridad. Sobre el suelo, dos cajas contenían otros tantos cuerpos en su interior, lo que significaba que al menos tres presos habían dejado su vida durante el último día. Y eso que el invierno ya había quedado atrás, pensó Samuel conmovido.

Daniel, entretanto, no tardó en localizar los restos del compañero que había ayudado el día anterior. Su tez pálida como la cera mostraba un gesto relajado, aunque los signos propios de la ausencia de vida ya comenzaban a hacerse patentes en el rostro. Con diecinueve años, aquella escena resultó muy dura para él. Y a pesar de los difíciles momentos vividos desde el inicio de la guerra, y de todos los inconvenientes a los que se había enfrentado desde entonces, aquella situación pareció sobrepasarle.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Samuel al ver cómo el otro perdía el color.

—Solo necesito sentarme —respondió el joven, al tiempo que buscaba un sitio en el que dejarse caer.

—Fíjate —añadió Samuel señalando hacia las numerosas cajas de madera que esperaban a ser ocupadas—. Es lo único que parece sobrar en este lugar. ¿Cuántas crees que necesitarán en un mes?

Daniel no quiso hacer el cálculo mental; aún intentaba recuperarse. Y el preso madrileño no insistió en su macabra teoría.

—¿Crees que podrás ayudarme a meterlo en una de esas?

—Sí —contestó el otro poniéndose en pie de nuevo—. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

Sin mucho entusiasmo, colocaron una de las cajas vacías junto a las otras dos que ya se encontraban llenas y cogiendo por los pies y los hombros el cuerpo del difunto, lo introdujeron con delicadeza en la misma. Completado el trabajo, se disponían ya a abandonar la sala cuando la puerta de acceso a la misma se abrió de repente dando paso a un grupo de cinco militares. Al mando de ellos el sargento Echenique accedió en último lugar. Sorprendido en un primer momento, pareció alegrarse al reconocer el rostro de Daniel.

—¡Vaya, vaya! —exclamó con tono burlón—. Mira a quién tenemos aquí. El rojillo valiente que a punto estuvo ayer de dar su vida por un viejo moribundo.

El joven, temeroso, agachó la cabeza y Samuel le imitó, aunque más por precaución que por miedo. Si algo había aprendido en los meses que llevaba en aquel lugar era a no meterse en ningún problema. Estaba harto de comprobar cómo aquellos que se rebelaban, protestaban o simplemente respondían a las continuas provocaciones recibidas, acababan molidos a palos o en una celda de aislamiento. Y cualquiera de los dos castigos reducía mucho las posibilidades de salir vivo de allí. Él se había propuesto sobrevivir y saltar de un día a otro como si estuviera en una dura carrera de obstáculos que debía finalizar para conocer algún día a su hijo. Por dicha razón, había aprendido a callar y asentir, aunque por dentro su sangre hirviera.

—Tú —señaló el sargento a Samuel, al tiempo que se acercaba a Daniel—. Coloca otra caja en el suelo. ¿No ves que hay otro muerto más?

El preso madrileño vaciló, mientras el resto de los soldados se reían. Hasta el más necio de ellos había captado la indirecta.

—Tienes huevos, muchacho, pero ayer cometiste un grave error —añadió el militar masticando las palabras mientras caminaba alrededor del joven con su pistola en la mano—. ¿Qué pensarán el resto de los presos si dejo que un rojo maricón se entrometa en mis decisiones? ¿Acaso no ves lo fácil que es quitarnos de en medio? —prosiguió Echenique posando el frío cañón del revólver sobre la sien del otro, quien parecía temblar de terror—. Están deseando que todos os pudráis aquí dentro. Meter una bala en esta jodida cabeza tuya es tan fácil como mear cada mañana. ¿Dónde están tus huevos ahora?

Samuel apretaba sus puños, aunque permanecía inmóvil a no más de tres metros de distancia de ambos. Por primera vez desde su llegada a la prisión había desobedecido una orden, aunque más por angustia que por rebeldía. El resto de los soldados permanecían expectantes y deseosos de comprobar hasta dónde era capaz de llegar su superior. Todos, incluido Daniel, cuya respiración se había convertido en un acelerado jadeo, escucharon el sonido provocado por la retirada del seguro de la pistola. Ya solo quedaba apretar el gatillo.

Cuando todos esperaban el sonido de la detonación, una sonora carcajada retumbó en la sala.

—Matarte sería demasiado fácil —soltó el sargento a unos centímetros del oído de Daniel, tras la risotada—. Morir aquí es una suerte, lo verdaderamente jodido es vivir. Ver pasar los días mientras te consumes poco a poco, y la tuberculosis carcome tus pulmones, toses sangre y apenas consigues aire para respirar... Eso sí que es una condena, y no voy a ser yo quien te libere de ella. Aunque no debes relajarte, estaré lo suficientemente cerca para joderte los pocos minutos de paz que consigas tener.

Tras la advertencia, el militar se alejó muy despacio del joven, a la vez que guardaba la pistola en la funda de su cinturón. Luciéndole una sonrisa en los labios, avanzó hacia la puerta que separaba la morgue de la enfermería. Antes de salir, se volvió para decir unas últimas palabras:

—Vosotros dos nos acompañaréis hoy a enterrar a estos pobres desgraciados. Id tapando las cajas mientras nosotros vamos al patio a buscar un par de zopencos más con las fuerzas suficientes para cavar un agujero. No tardéis. No me gustaría tener que regresar a buscaros.

Echenique abandonó la sala y el resto de los militares le secundaron.

Una vez a solas, Daniel se abrazó a Samuel mientras temblaba y lloraba a la vez. Por unos instantes pasó por su cabeza la idea de que un disparo no habría sido tan mala solución. Aquel pensamiento le horrorizó, e intuyó que algo demasiado oscuro comenzaba a apoderarse de su interior. Si no era fuerte, aquel sitio se lo tragaría pronto.

Más calmados, los dos presos se dispusieron a tapar los ataúdes con las tapas que permanecían apiladas junto a una de las paredes, cuando la puerta que comunicaba con la enfermería se abrió de nuevo. En esta ocasión fue la delgada figura de un sacerdote de mediana edad la que apareció ante sus ojos. El recién llegado, al comprobar que las cajas aún no habían sido cerradas, resopló aliviado.

—Parece que no llego tarde —habló el sacerdote acercándose a los ataúdes.

Samuel no tardó en reconocer al padre Juan Manuel, y no pudo evitar un gesto de satisfacción en su rostro.

—¿Tarde para qué? —preguntó Daniel, sorprendido al ver cómo el cura iba ocultando una botellita de cristal bajo los pies de cada fallecido.

—Algún día, cuando esta maldita guerra acabe, las familias de estos pobres hombres querrán saber dónde están sus restos. En el interior de cada botella introduzco los datos de filiación de cada preso muerto para que, llegado el día, pueda ser identificado. Los pueblos cercanos ya no admiten en sus cementerios más ataúdes que procedan de esta prisión; apenas les queda sitio. Por dicha razón llevan meses enterrándolos en la ladera del monte.

Los dos presos le miraron desconcertados. Nadie en la primera brigada conocía ese detalle.

—No podemos enterrar a nuestros semejantes como lo haríamos con un perro o un burro. Qué menos que las familias de estas pobres víctimas puedan dar sepultura a sus cuerpos decentemente, cuando esta locura acabe.

Los otros dos fueron incapaces de articular palabra. La emoción ante un acto tan humano y generoso parecía haber enmudecido sus cuerdas vocales. No todo el mundo era diablo en aquel averno.

—Pero no se lo digáis a nadie —alertó el sacerdote ante la mudez de los prisioneros, siempre con una expresión de placidez en su rostro—. Si me descubren, la ladera de esta montaña se convertirá en un camposanto de huesos anónimos.

Lanzada la advertencia, el religioso calló y desvió su atención hacia los ataúdes que, sobre el suelo, parecían estar esperándole. En silencio, rezó y pidió por el alma de aquellos hombres cuyo destino no podía ser peor que el lugar que acababan de abandonar.

Samuel, que había observado conmovido al sacerdote, aprovechó el momento de recogimiento y, acercando su boca al oído del joven, le informó de que aquel era el cura de quien le había hablado la noche anterior. Finalizado el breve responso, Daniel no dudó en interpelar al párroco.

—Padre.

—Dime, hijo.

—¿Podría pedirle un favor?

—Siempre que esté a mi alcance. ¿Qué necesitas? ¿Comida? ¿Unos zapatos nuevos? ¿Una manta?

—No, padre. Necesito tener noticias de mi familia. Les escribí hace semanas y aún no he recibido respuesta.

—El correo en tiempos de guerra es como la tregua, se la desea, pero tarda en llegar. Tarde o temprano recibirás respuesta.

—Ese es el problema, padre. He estado en varias cárceles antes de acabar aquí, y temo que las cartas que me escriban se extravíen o no lleguen nunca. Mi padre murió y mi madre, enferma, quedó al cuidado de mis dos hermanos menores. Lo perdimos todo; tierras, casa... No sé de ellos, ni de su situación.

El sacerdote escuchó con atención el problema que acuciaba a aquel joven preso, pero no habló de inmediato. Necesitaba unos segundos para meditar la forma en que podía ayudarle. Daniel, mientras tanto, esperaba una respuesta con su rostro compungido por un gesto que mudaba de la súplica a la inquietud.

—Creo que podré hacer algo —respondió finalmente el cura—. Dime el nombre de tu madre y el lugar del que procedes.

El joven, sin poder evitar un resoplo de satisfacción, facilitó los datos solicitados tan pronto como el religioso sacó de su sotana un lapicero y una pequeña libreta. Samuel, convencido de que el padre Juan Manuel no les iba a fallar —nunca lo hacía—, palmeó su espalda en señal de gratitud.

—Gracias, padre —añadió el preso madrileño.

—Prometedme que seréis fuertes y no acabaréis así —respondió el clérigo señalando a los cuerpos sin vida situados a sus pies—. Aún sois jóvenes y tarde o temprano saldréis de aquí. Yo pido cada día porque así sea, y cada semana escribo al obispo para que medie en mejorar las condiciones de vida de esta prisión. Ningún ser humano debería ser tratado así, y mucho menos por quienes se jactan de ser cristianos, apostólicos y romanos. Ya sea en la tierra o en el cielo, todos los pecados acaban cobrándose.

—Mejor en la tierra, padre —intervino Samuel.

En ese preciso instante la puerta que comunicaba la enfermería con la morgue volvió a abrirse de nuevo. El sargento Echenique, con rostro enfurecido, penetró de nuevo en la estancia. La presencia del religioso no le importó lo más mínimo para gritar a pleno pulmón:

—¡Aún están esas malditas cajas así!

Daniel y Samuel, intimidados, retrocedieron unos pasos. La llegada del sacerdote les había entretenido y todavía los tres ataúdes estaban sin tapar.

—Ha sido culpa mía —intercedió el sacerdote—. He creído conveniente realizar un último responso por las almas de estos hombres.

La explicación del clérigo pareció apaciguar los ánimos del militar, y la mueca de su rostro varió rápidamente del enojo al desprecio.

—Padre, no pida tanto por estos desgraciados que en libertad queman iglesias y asesinan a párrocos como usted. Si no llegamos a intervenir, en este país no quedaría un cristiano vivo.

—Preocúpese de su trabajo, sargento, que de las cosas de Dios, de su misericordia, y de las almas que les estamos enviando ya me ocuparé yo.

Echenique no respondió —ya lo hizo su mirada por él—, y con su mano aferrada a la culata de la pistola enfundada aún en la cartuchera, permaneció unos segundos amenazante, valorando la posibilidad de añadir tres ataúdes más a los enterramientos del día. Aquella cabeza carente de escrúpulos fallaría en cualquier momento y el resultado del cortocircuito podría resultar fatal. Tanto Samuel como el sacerdote lo sabían bien; y Daniel estaba comenzando a ser consciente de ello. Los segundos se sucedieron lentos, mientras la tensión se mascaba en el ambiente. Ninguno de ellos se atrevió siquiera a pestañear, a la espera de que el cerebro del sargento comenzara a refrigerar sus ánimos.

—Cinco minutos tenéis —habló finalmente el militar—. Si en cinco minutos esas cajas no están en el patio, entro aquí pegando tiros y me cargo a todo dios —amenazó con su mirada puesta en el sacerdote—. ¿Entendido? ¡A todo dios!

El sonido producido por el portazo tras la salida del sargento, sirvió también para relajar los ánimos de los dos presos, así como los del sacerdote. Aquel suboficial era una bomba de relojería que podía estallar en cualquier momento. Sin tiempo que perder, y aún con el miedo en el cuerpo, los dos prisioneros, ayudados por el párroco, procedieron a tapar las cajas con martillos y clavos.

El cortejo fúnebre de aquel día lo formaban tres presos —uno por cada fallecido— entre los que se encontraban Samuel y Daniel, así como dos soldados, a los que se unirían dos más cuando alcanzasen el cuerpo de guardia. El sargento Echenique, como solía ser habitual, comandaba el operativo. Tras ellos, dos mulos de pelaje oscuro y zancada poderosa tiraban de un carro de madera sobre el que minutos antes se habían depositado las cajas mortuorias, así como varios picos y palas. El repicar de los cascos al pisotear el adoquinado mojado se mezclaba con el

crujido de los maderos de la carreta y el chirrido de las ruedas oxidadas. La macabra sinfonía que se formaba con todos aquellos sonidos contrastaba con el silencio que se apoderaba del lugar por el que pasaba la comitiva. Los presos de la primera brigada, que ya se encontraban en el patio, se apartaban conforme el cortejo se aproximaba a ellos; aunque sus miradas se mostraban esquivas e indiferentes, quizá por la rutina que suponía toparse con aquel funesto desfile casi a diario; quizá, también, porque tenían asumido que cualquier día podrían ser ellos los que viajaran en el interior de esas sencillas cajas de madera.

Unos metros antes de que el grupo abandonase el patio del penal, camino del oscuro túnel donde se ubicaba la zona de rastrillo, Enric, Miguel y Jorge se acercaron a una distancia prudencial de sus dos amigos. Sin palabras, y ayudándose de gestos que trataron de disimular, les pidieron calma y sensatez. Sabían que una vez fuera de la prisión el sargento Echenique se convertiría en la máxima autoridad. Los rumores de lo que sucedía en el exterior con los presos *gubernativos* —aquellos que se encontraban a la espera de juicio—, y que, gracias a la intermediación de los alcaldes y sacerdotes de sus pueblos, o de alguna influencia mayor, conseguían salir de aquel agujero, eran bien conocidos por todos los prisioneros. El último suceso había acontecido solo unas semanas antes. Uno de los pocos *gubernativos* que aún permanecía allí encarcelado consiguió la libertad gracias a la intercesión de su hermano, un importante mando militar afín a la sublevación. Abandonada la prisión, descendió por la estrecha carretera que serpenteaba a través de la ladera del monte Ezkaba con dirección al pueblo más cercano. A mitad de camino, varios requetés dirigidos por el sargento Echenique le interceptaron y allí mismo le dieron muerte. Unas horas más tarde la noticia del ajusticiamiento se filtró en el interior del penal. A los presos no solo se los destruía minando sus energías, sino también su moral. La consigna que tanto guardias como soldados transmitían a los prisioneros era la misma que alguien había escrito con letras grandes junto a la entrada de la prisión: «Entrarás y no saldrás». Por dicho motivo, y temerosos de que el sargento intentara alguna jugarreta de las suyas en el exterior, Enric, Miguel y Jorge observaron inquietos cómo la comitiva se adentraba en el túnel que comunicaba la prisión con el cuerpo de guardia.

Con los presos a pie y los militares a caballo, el grupo funerario dejó atrás el gran portón de entrada a la prisión. Fue en ese instante cuando una densa niebla los engulló con su manto blanco. La visibilidad era tan precaria que incluso aguzando la vista costaba adivinar lo que sucedía a más de cinco metros de distancia. Pero ni siquiera el espesor de la bruma que los envolvía fue capaz de impedir que los tres presos sintieran cómo la libertad susurraba en sus oídos. Aquel canto de sirena que activaba sus sentidos hizo regresar también las energías que creían perdidas. Después de semanas e incluso meses en las que sus miradas chocaban una y otra vez con piedras y argamasa, con paredes sucias y suelos adoquinados, por fin veían algo diferente. La tierra suelta bajo sus pies y el crujido al ser pisada, les devolvió a los campos de los pueblos de donde fueron arrebatados. El verdor de la hierba y de los matojos que secundaban sus pasos, les traían decenas de recuerdos que creían olvidados. El olor a sierra y a monte cuando el rocío de la niebla se posaba sobre la naturaleza, colmando el olfato de aromas puros, les retornaba a aquellos años en los que aún eran felices, antes de que la maldita guerra les sumiera en la más terrible de las pesadillas. Todos aquellos sentimientos explotaban a la vez en sus cabezas, y el hambre y el desaliento padecidos durante los largos días de encarcelamiento pasaban a un segundo plano.

Avanzaron en silencio por la estrecha carretera asfaltada que daba acceso a la prisión hasta que, unos metros más adelante, giraron hacia la izquierda y se adentraron en un sendero estrecho que atravesaba una zona pedregosa y escasa de vegetación. El crujir del carro y las pisadas de los

mulos sobre las piedras del camino eran los únicos sonidos que se escuchaban en los alrededores. La senda comenzó a descender a la vez que se hacía más estrecha cuando dejaron atrás el terreno rocoso. Poco a poco, el bosque fue aumentando su frondosidad y la niebla su densidad. Sin apenas ser conscientes de ello, y siguiendo la pendiente descendente, se introdujeron en la inmensidad del monte. Un poco más arriba, y ocultas tras la espesa bruma, se adivinaban las murallas del penal. Fue en ese instante cuando el sargento Echenique ordenó detener la comitiva.

—Aún nos quedan unos metros para llegar —informó el militar, al tiempo que espoleaba su caballo para que este se dirigiera hacia Daniel—. Y como hoy estoy generoso, voy a ofrecer a uno de vosotros la oportunidad de ser libre.

Los cascos del equino crepitaron en la arena del camino hasta que el corcel se detuvo resoplando junto al joven. Fue entonces cuando Echenique se agachó desde la montura hasta que su boca se acercó al oído de Daniel.

—¿Quieres saber cómo se encuentra tu familia? —preguntó el sargento con tono burlesco. Y a pesar de que no había hablado muy alto, se aseguró de que los otros presos también le escucharan. Tenía ganas de caza aquella mañana, y si no conseguía introducir su veneno en aquel muchacho, al menos trataría de corromper al resto.

El joven no respondió, aunque calmó su furia apretando las uñas de sus manos contra las palmas mientras cerraba los puños con fuerza.

—La situación no puede ser mejor para escapar —continuó el militar seduciendo los oídos de los tres reclusos—. En mitad del monte, rodeados de una densa niebla que no permite ver a más de tres o cuatro metros de distancia... Os gustaría salir corriendo, ¿verdad? Ser libres y poder regresar a vuestros pueblos para estar al lado de una madre enferma.

Aquella última frase hizo reaccionar al joven, que no pudo evitar mirar desafiante al sargento.

—Te dejaré cinco minutos de ventaja —prosiguió embaucador el sargento, de nuevo centrado en Daniel—. Cinco minutos para huir entre la niebla y la vegetación. Con un poco de suerte, en un par de días te plantarás en la frontera. Aún eres joven y no tienes nada que perder. Piensa que, si algún día logras salir de la prisión, será como estos, en una caja de madera. Te ofrezco la posibilidad de cambiar tu destino. Piénsalo. Solo puedes perder la vida, y en este lugar no tiene mucho valor.

La oferta parecía tentadora y la duda comenzó a carcomer al joven a pesar de que, nada más salir de la prisión, se había propuesto desechar cualquier provocación que le tendiera el sargento. Llevaba solo un día y medio allí y aún tenía fuerzas para correr. Todavía su cuerpo almacenaba energías suficientes y la niebla era una aliada perfecta. En un día despejado ni siquiera habría pensado en ello, pero las posibilidades de esconderse, de pasar inadvertido, de correr sin ser visto, aumentaban si aquella bruma se mantenía unas horas más. La frondosidad de la vegetación también era una buena compañera de huida. Cinco minutos, pensó. ¿Cuánto podría alejarse en cinco minutos? Su mente trató entonces de ubicarse, y sin ser capaz de detener aquel torbellino que inundaba su cabeza, fijó el norte. Estaban en la ladera adecuada. Si era capaz de seguir en línea recta, tarde o temprano se toparía con la frontera francesa. ¿A cuánto?, volvió a calcular. No más de treinta kilómetros de distancia, según había oído decir a otros presos. ¿Era posible? Sí, se respondió mentalmente. Avanzaría de noche y se ocultaría de día. Bebería de los riachuelos y se alimentaría de lo que encontrase en granjas y casas de campo. Cinco minutos entre la niebla eran muchos minutos de ventaja, continuó meditando mientras su mirada se perdía en algún lugar del espeso manto blanquecino que los rodeaba.

Echenique, mientras tanto, saboreaba aquellos minutos en los que el tiempo parecía haberse

detenido. Consciente de que su dardo se había hendido en lo más profundo de aquellos piojosos, imaginaba lo que en esos instantes pasaba por sus cabezas. Todos valoraban la propuesta, de eso estaba seguro. Él no lo habría dudado, siempre y cuando estuviera seguro de la honestidad del que hubiera lanzado el reto. No obstante, aquellos momentos de indecisión no tenían desperdicio, y él disfrutaba apostando contra sí mismo sobre quién sería el primero en salir corriendo. Expectante, deseaba que fuera el más joven de los tres.

Sin embargo, fue Samuel quien no pudo aguantar más la tentación y decidió retar a la suerte. Cogiendo a todos desprevenidos, echó a correr hacia la maleza tratando de alejarse del camino en el que el grupo se había detenido. A los pocos segundos su figura comenzó a resultar borrosa, casi efímera.

Aquel movimiento inesperado hizo que Daniel saliera precipitadamente de su embelesamiento, y con la mirada siguiera la carrera desesperada de su compañero. Un mal presentimiento cruzó entonces por su cabeza, y apenas fue capaz de reaccionar cuando el estruendo de un disparo rompió la sordina del monte. El joven agachó la cabeza de forma instintiva, y un desconcertante pitido se instaló en su oído derecho. Aturdido, giró su cabeza hacia la derecha. El fusil que sujetaba el sargento entre sus brazos aún humeaba, y el rostro del militar esbozó una sonrisa de satisfacción que al joven le resultó repulsiva. De fondo, el sonido de la detonación continuó propagándose por la montaña en un macabro eco que duró algunos segundos más.

—¡Eran cinco minutos de ventaja! —gritó Daniel, todavía confuso por el pitido que perforaba el tímpano de su oído derecho.

Echenique le miró despectivo, pero no llegó a eliminar la expresión de gozo de su rostro.

—La oferta solo era válida para ti. Te consumirás ahí arriba, y algún día tu cuerpo se pudrirá en este monte.

El joven, incapaz de soportar la cólera que fluyó desde su interior, lloró desconsolado. El otro preso, mientras tanto, no supo si agradecer o no al destino, no haber sido el primero en salir corriendo. Un tiro a tiempo era mejor que continuar sufriendo, pensó mientras miraba hacia el lugar por el que había huido el compañero.

Obedeciendo la orden del sargento, dos soldados fueron a buscar el cuerpo de Samuel entre la niebla. Sus figuras desaparecieron para, instantes después, volver a aparecer entre el manto blanquecino. Situado en medio de los dos caballos, una tercera silueta caminaba dando pequeños saltos sobre una de sus piernas. Las lágrimas de Daniel cesaron y su pena se tornó en alegría.

—¿No creerías que iba a darle la satisfacción de matarle? —masculló el sargento a lomos de su caballo—. Si jodida era su vida antes, ahora será un verdadero calvario.

El joven, haciendo oídos sordos a aquellas palabras, se alejó del militar para auxiliar al compañero herido. Y aunque nadie le había autorizado, tampoco hicieron nada para impedirselo.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Daniel al apoyar el brazo del preso madrileño sobre su hombro.

—De no hacerlo yo, habrías salido corriendo tú.

Daniel no respondió. Sabía que así habría sucedido.

—Súbelo al carro —ordenó Echenique—. No tenemos todo el día.

El joven obedeció al militar y, tras dejar recostado a su compañero en la parte trasera de la carreta con un trozo de cuerda anudado junto a la herida que no paraba de sangrar, regresó a la parte delantera del grupo que acababa de reanudar la marcha.

Veinte metros por aquel angosto sendero, siempre en sentido descendente, bastaron para alcanzar un claro de estructura rectangular. Los arbustos y matojos de aquel lugar habían sido

arrancados y retirados, dejando un terreno despejado en el que solo había tierra y rocas. Pequeños montículos jalonaban el erial siguiendo un orden singular. Bajo los mismos, los cuerpos de antiguos compañeros descansaban hasta la eternidad. Alcanzado ese punto, la comitiva se detuvo.

—Cavad un agujero profundo. Las cajas tienen que caber en su interior —ordenó el sargento a lomos de su caballo—. Tú —continuó Echenique mirando a Daniel—, tendrás que cavar dos. Uno por ti y otro por tu compañero herido.

Los dos presos, cabizbajos, caminaron despacio hacia la parte posterior de la carreta. Sabían que con la penosa alimentación que recibían, el esfuerzo que suponía agujerear aquel terreno tan rocoso les pasaría factura durante los siguientes días.

Daniel aprovechó su visita a la zona trasera del carro para interesarse por el estado de Samuel. La hemorragia parecía haberse detenido, pero el madrileño había perdido demasiada sangre y su aspecto no era bueno. Con la cara pálida, sus labios reseco solo eran capaces de pedir agua. El joven trató de calmarle diciéndole que tan pronto como regresaran a la prisión le llevaría a la enfermería.

El sonido de los picos impactando sobre las piedras del descampado resonaba en el resto del monte con un eco agudo e intermitente. Las fuerzas iniciales pronto se acabaron, y los presos se veían obligados a detenerse apenas golpeaban dos o tres veces seguidas. Aunque si el descanso se prolongaba demasiado, los soldados, atentos, les azotaban con sus cinturones. Poco a poco, y golpe a golpe, los agujeros fueron cobrando forma en aquella tierra pedregosa. Por fortuna para ellos, no se toparon con rocas de gran tamaño.

Para cuando Daniel creyó finalizada su fosa y el sargento dio su visto bueno, al otro prisionero aún le quedaban unos centímetros más por excavar. La carencia de energía era proporcional al tiempo de reclusión: cuanto más tiempo en el agujero, más debilidad. No obstante, tan pronto como el otro finalizó su trabajo ayudó al joven con el segundo hoyo que este debía cavar.

Una vez las tres tumbas quedaron acabadas, los dos presos pudieron descansar unos minutos. Debido al esfuerzo, se habían desnudado de cintura para arriba, y sus torsos brillaban aún mojados. La brisa que ascendía por la ladera de la montaña les reconfortó. Uno de los soldados se acercó a ellos y les ofreció un poco de agua en una cantimplora. Daniel, sin pensarlo dos veces, cedió su ración a Samuel cuyo aspecto parecía empeorar a cada minuto que pasaba.

El traslado de las cajas a los agujeros fue menos costoso que la excavación, pero debido a que las fuerzas ya escaseaban, aquella tarea unida al cubrimiento de los ataúdes con la tierra extraída, acabó por extenuarles. Dos horas de duro trabajo cuyas consecuencias pagarían caro durante las próximas jornadas.

El camino de regreso a la prisión supuso un suplicio que añadir a la agotadora jornada. Los dos presos, sin fuerzas de las que poder tirar, arrastraban sus pies por el sendero encabezando el grupo. En varias ocasiones alguno de ellos se detenía, como si la poca energía que todavía tenían en sus cuerpos se hubiera agotado de repente, y con la mirada perdida se tambaleaban de un lado hacia el otro como si fueran a perder el conocimiento allí mismo. Entonces llegaba uno de los soldados para golpear sus espaldas con la culata del fusil. Aquel fuerte empujón parecía dotar al preso de una extraña inercia que le hacía continuar con un caminar sonámbulo.

Cuando Daniel cayó rendido sobre el petate en el que dormía, era incapaz de recordar lo sucedido diez minutos antes. Su consciencia se había detenido frente a la puerta de entrada a la prisión, y todo lo demás se había convertido en un extraño sueño en el que volvió a estar junto a sus padres y hermanos, como si nada hubiera cambiado y aquella maldita guerra solo fuera una mala pesadilla. Lo sucedido en el trayecto hasta su llegada a la primera brigada se convirtió en

una oscura laguna en su memoria que jamás sería capaz de recordar.

El sonido de la corneta llegó a su cerebro como si procediera de un lugar lejano, y poco a poco fue regresando del letargo en el que permanecía inmerso.

Apenas consiguió abrir los ojos, sintió cómo la debilidad se apoderaba de todo su ser, y fue incapaz de moverse. Sin embargo, una voz en su interior le convenció de que debía reaccionar. Sabía que claudicar en un lugar como aquel era sinónimo de muerte.

—Vamos, despierta. —Oyó a su lado, al tiempo que unos brazos tiraban de su cuerpo—. Es hora del rancho. Tienes que recuperar fuerzas.

Daniel sonrió a Enric; era el único gesto de agradecimiento que podía permitirse. Mientras, el resto de los presos ya formaban frente al gran pasillo central de la brigada a la espera del almuerzo. No había tiempo que perder, se animó. Apretando los dientes y con la ayuda del preso catalán logró ponerse en pie. Apenas podía mover los brazos, y las manos, hinchadas, se habían cubierto de dolorosas ampollas. Miguel, intuyendo que su joven compañero podría regresar de nuevo al suelo, se situó a su lado para sostenerle.

La comida llegó y los comunes fueron llenando los recipientes de los presos con el contenido del perol. El guardián, que minutos antes había anunciado el menú, vigilaba atento el reparto.

Tan pronto como Daniel se hizo con su ración, regresó vacilante hacia su petate. Todo a su alrededor parecía girar como una peonza y solo sentarse ya le costó un esfuerzo sobrehumano. Fue en ese instante cuando reparó en Samuel, quien permanecía tumbado junto a Enric. Los restos de sangre que aún permanecían visibles en su pierna derecha actuaron como un detonante en su cabeza, y todo lo sucedido aquella mañana acudió rápido a su memoria. Haciendo caso omiso a los dolores de su cuerpo, se arrastró hacia su compañero, aunque antes de llegar hasta él, el preso catalán se interpuso entre ambos.

—Come y descansa —le dijo este ayudándole a regresar a su sitio—. Necesitas recuperar las fuerzas.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Daniel con un susurro. Incapaz de encontrar empuje siquiera para hablar.

—Débil. Ha perdido mucha sangre. Aunque lo más peligroso es que la herida se infecte.

—¿Por qué no está en la enfermería?

—Hasta mañana no pasará el médico. Ya le hemos apuntado a consulta.

—Pero le han pegado un tiro. Es algo grave.

—Ya puedes estar muriéndote —intervino con ironía Miguel, quien rebuscaba en su lata algún trozo de patata que por suerte le pudiera haber tocado con el guiso—. Malditos sean, solo han echado las mondas.

—En la sexta nave —prosiguió Enric—, hay un compañero médico. Hemos hervido algo de agua y le ha sacado la bala, pero necesita antibióticos o la infección puede matarle. Le está subiendo la fiebre.

Daniel no respondió y sorbió de su lata. Solo el calor de aquel mejunje ya parecía alimentarle.

—Toma. Cómetelo también.

El joven miró sorprendido el bollo entero que le ofrecía el preso catalán, y dudó por un momento entre cogerlo o no.

—No te preocupes. Me han dejado trabajar en la cocina pelando patatas y tengo derecho a

ración doble de pan.

El otro, con un nudo en su garganta, apenas si fue capaz de agradecer aquel gesto de compañerismo. Sabía que el estómago de Enric habría agradecido aquella *bolla*, pero este había decidido dársela a él para que lograra recuperarse lo antes posible. Aquella solidaridad, sincera y desinteresada, era lo único bueno que conseguía salvarse del horrendo lugar en el que se encontraba. Y mientras masticaba, los ojos de Daniel se llenaron de lágrimas. Agotado de cuerpo y alma, los sentimientos afloraban con mayor facilidad.

—¿Qué pasó esta mañana? —preguntó de improviso Jorge cuando ya todos habían dado cuenta del ligero almuerzo, y rebuscaba en algún lugar de su petate los restos de unas provisiones que ya comenzaban a escasear.

El joven no respondió de inmediato y bajó la mirada al suelo. Su rostro, aún pálido, mostró un gesto de abatimiento. Parecía como si revivir lo ocurrido unas horas antes le resultase muy doloroso. Los tres compañeros que esperaban expectantes los detalles del relato se dieron cuenta de ese detalle. Aunque tras unos segundos de incertidumbre, Daniel comenzó a contar lo ocurrido. Su voz sonaba triste pero rabiosa a la vez.

—El sargento jugó con nosotros. Me dijo que podía huir entre la niebla, y que me daba una ventaja de cinco minutos antes de salir a buscarme. Era como una serpiente siseando a mi oído. Y cuando estaba a punto de salir corriendo, Samuel se adelantó. Pero a él le disparó cuando su figura comenzaba a no verse entre la neblina.

—Es el jodido demonio —maldijo Miguel.

—Os dijimos que tuvierais cabeza —reprobó Enric, paternal—. ¿Acaso pensabais que iba a dejaros escapar tan fácilmente?

Daniel elevó entonces sus ojos y miró al preso barcelonés para, a continuación, observar las pupilas de los otros dos compañeros.

—¿Sabéis lo que es sentirse fuera de aquí? Imaginé correr y alejarme de este maldito lugar. La tentación era muy fuerte. Podía volver a ser libre de nuevo.

Ninguno de los otros respondió. Probablemente ellos hubieran pensado en lo mismo. Entre aquellos sucios muros la muerte se convertía en la certeza más absoluta, y cualquier oportunidad, por pequeña que fuera, debía ser aprovechada.

—No le mató a propósito —añadió Daniel—. Estoy seguro de que podía haberlo hecho, pero prefirió herirle para que sufriera más.

—Disfruta viéndonos echar los higadillos por la boca —agregó Jorge, afanado en cortar una tripa de chorizo con los restos de una lata.

—Hace tiempo que le conocemos —añadió Enric, esta vez—. Y no debemos caer en sus provocaciones.

La conversación se detuvo durante un tiempo, el mismo que tardaron los cuatro en devorar el trozo de embutido, algo más grande de lo habitual, que le había tocado en suerte a cada uno.

—¿A qué se debe este festín? —preguntó Miguel, saboreando aún la delicia porcina.

—Mañana recibo visita —respondió Jorge con una amplia sonrisa que iluminó todo su rostro—. Mi mujer viene a verme con otras vecinas del pueblo.

La noticia, que había cogido por sorpresa al resto, motivó que los rostros mustios y las palabras gruesas de la conversación anterior se transformaran en felicitaciones sinceras, bromas picantes y risas socarronas. La visita de una esposa era un acontecimiento tan inusual como deseado, y era acogido con gran alegría por los afortunados que conseguían vivirlo.

—¿Cuánto hace que no la ves? —preguntó Daniel más animado. El trozo de chorizo y los

nuevos derroteros que había tomado la charla parecían ayudarle a olvidar los momentos de calvario sufridos aquella mañana.

—Algo más de un año. Cuando fui al frente me hizo prometer que regresaría, pero no pude cumplir la promesa porque me apresaron. Ahora es ella la que viene a verme. —La congoja obligó al preso vallisoletano a detenerse, aunque tras un par de inspiraciones logró recuperarse y pudo continuar—: Y no es que no desee que venga, pero el camino está lleno de peligros. Imaginaros, cuatro mujeres solas recorriendo centenares de kilómetros a través de un país en guerra. Espero que no les pase nada. Esta noche dormirán en Pamplona, y tan pronto amanezca subirán a la prisión.

—Ojalá yo pudiera ver también a los míos —anheló Daniel.

—Y los verás —animó Jorge—. Todos volveremos a ver a nuestros seres queridos. Por eso resistimos con uñas y dientes. Porque contra el frío, el hambre, las palizas o la enfermedad hay algo más fuerte que nos mantiene con vida.

En ese instante, un preso procedente de una nave cercana interrumpió la conversación. Se trataba del médico que había sacado la bala a Samuel. Un joven alto y espigado que había sido condenado nada más finalizar la carrera de medicina por salvar la vida a un republicano herido tras un altercado con unos falangistas.

—¿Cómo sigue?

—No le baja la fiebre —informó Enric, preocupado.

El joven doctor, sorteando al resto de compañeros para evitar pisarlos, se acercó hasta Samuel. Con delicadeza retiró la manta que lo cubría e inspeccionó la herida. A continuación, palpó la frente del herido e indagó en otras zonas de su cuerpo.

—Si no recibe antibióticos no sobrevivirá.

Los cuatro se miraron con gestos de inquietud. La ruleta emocional volvía a ponerse en marcha, y las malas noticias regresaban de nuevo a sus vidas.

—No le arropéis y mantened húmedas su frente y muñecas. Hay que intentar que le baje la fiebre. También es importante que beba agua, aunque sea sorbo a sorbo. Pero eso solo le ayudará durante un tiempo, sin antibióticos...

El médico completó la frase con la mueca de severidad que impuso a su mirada antes de regresar de nuevo al lugar que ocupaba en la brigada. Enric, Miguel, Jorge y Daniel sabían que la situación era muy delicada, y que solo un milagro podría salvar la vida de su compañero.

Sobre las dos y media de aquel mediodía llegó el reparto del correo. Las cartas estaban abiertas debido a que los censores las leían con antelación para asegurarse de que no se utilizaban para transmitir mensajes encubiertos. Dicha circunstancia no enturbiaba la ilusión con la que los presos recibían las noticias que familiares y amigos les enviaban. Una carta del exterior suponía una descarga de emociones capaz de aportar más energía que tres o cuatro mendrugos. Los rostros de los afortunados relucían de vitalidad, y la desesperación quedaba olvidada en un lugar oculto y lejano de sus cabezas durante un rato. Los agraciados del día, una vez tenían la misiva entre sus manos, caminaban hacia sus petates para leer una y otra vez las palabras que los unían con el exterior. Aislados entre la multitud, desconectaban de todo lo que les rodeaba y, en la soledad de su interior, volvían a sentir, mientras leían, que sus pies regresaban de nuevo a las calles de su pueblo, o que comían un buen cocido junto a la chimenea de su casa, o que hacían el amor con su mujer. Todos ellos escapaban entonces de aquella prisión, y regresaban junto a los suyos mientras la sucesión de palabras continuaba. Ninguno, por muy rudo que fuera, era capaz de aguantar las lágrimas. Hombres hechos y derechos, muchos de ellos capturados en el frente y testigos de

matanzas y atrocidades, lloraban desconsolados mientras revivían las vidas que les habían arrebatado.

Daniel, sin embargo, seguía sin recibir comunicación del exterior. Sí habían tenido fortuna Enric y Miguel quienes, siguiendo el ritual habitual, relamían sus heridas aislados del resto. El joven contemplaba el espectáculo de emociones que se desplegaba a su alrededor, mientras se lamentaba por no saber todavía nada de su madre y hermanos. Aquella fatalidad del destino le consumía por dentro.

Finalizado el reparto de correspondencia, pasó por la compañía el sacerdote llamado José Manuel. Daniel le reconoció rápidamente por ser el mismo que en la morgue había colocado una botellita a los pies de los cadáveres para que estos pudieran ser reconocidos una vez fueran desenterrados. Sorprendido, observó el cariño que el resto de los prisioneros profesaban al sacerdote, aun cuando la mayoría de ellos se habían declarado agnósticos. Conforme el clérigo fue pasando por cada una de las naves comprendió el porqué de tanto afecto. Bajo su sotana el sacerdote ocultaba zapatillas, ropa o comida que entregaba a los más necesitados. Incluso repartía medicamentos entre los enfermos. Todo ello mientras hablaba y consolaba a muchos de ellos, o bendecía a los compañeros católicos que, aunque pocos, también los había. Por extraño que pareciera, el clérigo conocía qué prisioneros estaban más necesitados. Fue por ello por lo que no tardó en acercarse hasta Samuel.

—Sé lo que ha pasado esta mañana. ¿Cómo se encuentra?

—Tiene mucha fiebre —respondió Daniel—. Nos han dicho que, si no le damos antibióticos pronto, quizá no llegue a mañana.

El sacerdote, antes de proseguir, rebuscó de nuevo entre sus ropajes. La gruesa figura que mostraba al entrar en la brigada iba reduciéndose poco a poco, al tiempo que se deshacía de todo lo que transportaba.

—Lo suponía —dijo al encontrar lo que buscaba—. He traído algunas dosis para que se las apliquéis hasta que mañana le lleven a la enfermería.

Daniel abrió mucho los ojos y fue incapaz de responder. Estupefacto, se limitó a recoger el medicamento que le ofrecía el sacerdote.

—También he tenido noticias de tu familia.

Fue entonces cuando la sangre del joven pareció detenerse al instante, y todo su cuerpo se paralizó como si se hubiera convertido en una estatua de sal. De repente, una sensación de zozobra se aferró a su estómago, y sintió cómo la alegría inicial que aquella noticia le había provocado pareció quedar en un segundo plano. Con el alma en vilo, quedó a la espera de que el cura le informase del estado en el que se encontraban los suyos. Nunca antes durante su corta existencia unos segundos le habían resultado tan extensos.

—No debes preocuparte. Todos se encuentran bien. Los han acogido unos familiares. Tu madre está algo más delicada, pero su vida no corre peligro.

—¿Está seguro, padre? ¿Cómo...?

—Recuerda que en todos los pueblos hay un párroco. Solo he tenido que preguntar.

—Muchas gracias, padre —acertó a decir el joven con los ojos llorosos.

—Ahora cuida de él —solicitó el clérigo señalando a Samuel—. Tenéis que sacarlo adelante.

El sacerdote se alejó para atender a otros prisioneros. Disponía de unos pocos minutos para permanecer en la brigada y eran muchos los necesitados. Daniel, mientras tanto, quedó en pie y con la mirada perdida mientras digería la noticia que le acababa de transmitir el clérigo. Él no había tenido la fortuna de recibir una carta, pero ahora se sentía igual que aquellos que lloraban en

silencio.

La tarde de emociones tocó a su fin cuando los presos de la brigada salieron de nuevo al patio y, en grupos, comenzaron a recorrer de un extremo a otro el patio del penal bajo el rectángulo azulado que formaba el cielo sobre sus cabezas. La mayoría continuaban inmersos en el contenido de las cartas recibidas.

Daniel decidió no salir aquella tarde. El cansancio por el esfuerzo realizado durante la mañana en el cementerio aún le pasaba factura. Por dicho motivo, optó por permanecer en la brigada junto a Samuel quien ya había recibido la primera dosis de antibiótico. El estado del preso madrileño todavía era preocupante. La fiebre no remitía y, entre delirios, solo era capaz de sorber un poco de agua. No obstante, todos esperaban que con el transcurrir de las horas el medicamento comenzara a surtir sus efectos. Sin nadie con quien poder hablar —en el agujero solo habían quedado los enfermos de cuerpo o mente—, el joven se acordó del sobre que la monja le había entregado aquella mañana en la enfermería. Amparado en la soledad y en la penumbra que le rodeaba, lo abrió y comenzó a revisar su contenido. Varios trozos de papel cayeron entonces entre sus piernas. Tras examinarlos con detenimiento, llegó a la conclusión de que eran vales para canjear en el economato. Decenas de ellos contó. Aquel viejo compañero al que había dado sepultura unas horas antes, pagaba con creces los servicios prestados. Receloso, miró a su alrededor para comprobar que nadie le observaba. Aquel pequeño botín era demasiado goloso para mantenerlo a simple vista, pensó, al tiempo que guardaba en su chaqueta los pequeños trozos de papel que tanto valor poseían. Puestos a buen recaudo, extrajo del sobre una hoja manuscrita. Tras leer las primeras líneas supo que se trataba de una carta con la que el compañero fallecido se despedía de su mujer e hijas. Apenas rebasó la tercera línea sintió que no podía continuar leyendo aquello. La sensación de estar invadiendo una intimidad que no le correspondía, y el desgarró que ya producían las primeras palabras del texto, nublaron su vista de lágrimas. Ese hombre había dejado su vida en un lugar inhumano entre fatigas y sufrimiento, arrancado de los suyos a los que jamás volvería a ver. No podía existir mayor injusticia que aquella que arrebatava a hombres de sus tierras y los condenaba a morir solos y como animales, caviló afligido, mientras secaba sus ojos con la manga de la chaqueta. Aquel macabro futuro podría ser también el suyo, pues la enfermedad o la locura del sargento Echenique estarían siempre al acecho. ¿Cuántas lágrimas había derramado ya y cuántas le quedarían aún por dejar escapar?, se preguntó con desesperación. Y pensando en su incierto futuro, guardó aquella carta en su chaqueta. Quizá algún día tendría la oportunidad de hacerla llegar a sus destinatarias.

El sonido de pies arrastrándose por el pavimento se colaba por los ventanucos situados a ras de patio. Los presos de la primera brigada continuaban caminando de un lado para otro, aunque sin llegar a ninguna parte. En el interior del agujero, allí donde las tinieblas prevalecían sobre la luz, el joven continuaba revisando el contenido del sobre dejado por el viejo prisionero muerto el día anterior. Junto a los vales del economato y la carta póstuma, encontró un trozo de papel doblado en varios pliegues que desplegó con cuidado. Parecía tratarse de un plano hecho a mano de la prisión. De repente, un murmullo que situó en la nave contigua a la suya, llegó hasta sus oídos. Alguien hablaba en voz baja y en un idioma desconocido. Con cuidado plegó de nuevo el mapa y lo guardó para seguidamente ponerse en pie. Los músculos de su cuerpo, aún fatigados, no tardaron en quejarse. Caminó despacio hacia el gran pasillo central que partía en dos la primera

brigada. Conforme avanzaba, los susurros que habían llamado su atención se percibían con mayor intensidad. Una vez llegó a la gruesa pared que delimitaba ambas naves, aguzó el oído. La conversación que escuchaba tenía un tono confabulador, aunque era incapaz de entender las palabras que oía. Aquellos presos hablaban en un idioma extranjero. Atraído por el cuchicheo, continuó avanzando con pasos cortos y silenciosos, hasta que abandonó su nave y se adentró en el oscuro pasillo central. Apenas rebasó el grueso muro que delimitaba un espacio del otro, observó la figura de dos presos que, sentados uno junto al otro, tramaban con sigilo. A simple vista, y a pesar de la precaria iluminación proveniente de la bombilla, no parecían estar enfermos o debilitados; sino todo lo contrario, disponían de la energía y el brío suficientes para discutir y gesticular de forma exaltada. Durante unos segundos, Daniel permaneció de pie mirándolos, y a su mente regresaron las palabras que el viejo compañero fallecido le había dicho la mañana anterior. Algo estaba cociéndose en el interior de la prisión.

—¿Qué coño miras? —preguntó con tosquedad uno de ellos.

Daniel, sorprendido, comprendió que aquellos prisioneros, al contrario de lo que había supuesto en un primer momento, también eran españoles.

—He oído hablar y...

—No deberías meterte en conversaciones ajenas —espetó el mismo recluso a la vez que, de un salto, se levantaba del petate y se dirigía amenazante hacia él.

—Déjalo —ordenó el otro, también puesto en pie con rapidez—. Es el que ayudó al viejo.

El joven permaneció quieto y sin ser capaz de hablar, mientras sus ojos vigilaban al compañero que, con gesto amenazante, se le había acercado con un objeto afilado en su mano derecha.

—Ayer mostraste valentía y compasión —prosiguió el que parecía llevar la voz cantante—. Dos cualidades difíciles de encontrar en este lugar. No dejes que la curiosidad acabe con ellas. Vuelve a tu sitio y preocúpate de conseguir todas las energías que seas capaz. Puede que pronto las necesites.

Daniel no osó contradecir el aviso que acaba de recibir y se alejó sintiendo cómo los latidos de su corazón palpitaban con fuerza en su cabeza. Pasado el peligro, comprendió que debería permanecer atento, y también ser más precavido. La vida no poseía mucho valor en aquella prisión, y ya tenía bastante con evitar el gatillo fácil del sargento Echenique o el de los centinelas apostados en las garitas, como para tener que preocuparse también por los pinchos de otros presos.

El toque de corneta devolvió al resto de prisioneros a las catacumbas del penal que volvieron a llenarse de hombres, piojos y chinches. La lluvia, abundante durante los últimos días, parecía haber dado una tregua y la humedad que rezumaba por las paredes se había reducido. Sin embargo, el hedor que producían más de quinientos cuerpos en pésimas condiciones higiénicas lo impregnaba todo. Sobrevivir en aquellas duras condiciones era un verdadero desafío para la naturaleza humana.

La cena, ligera como de costumbre, apenas si dotó a los presos del sustento necesario para llegar al desayuno. Los días pasaban, los estómagos se cerraban y los cuerpos se debilitaban. Mientras tanto, los reclusos se afanaban en dejar pasar los minutos que faltaban hasta que el sueño los aliviara del sufrimiento diario. Muchos de ellos volverían a releer las cartas recibidas aquella tarde y, con algo de suerte, su imaginación lograría rebasar los altos muros de la prisión para

regresar durante algunas horas junto a los suyos.

Enric acababa de proporcionar a Samuel una nueva dosis de antibiótico y se disponía a sentarse sobre su petate para continuar con la lectura del libro que ocultaba con recelo. Miguel releía por octava vez la carta recibida unas horas antes, y Jorge solo era capaz de imaginar cómo sería el reencuentro con su esposa. Cuatrocientos veintitrés días separados era demasiado tiempo, y las ganas de volver a verla se mezclaban con la inquietud que hurgaba en su estómago. Aún recordaba como si fuera ayer el instante en el que se despidió de ella. Las lágrimas descontroladas que acentuaban el azul de sus ojos, y aquel cuerpo, delicado y bello, temblando al separarse de él. A pesar del tiempo transcurrido, si cerraba los ojos todavía era capaz de apreciar el aroma de su piel y de su cabello. Solo con su olfato sería capaz de distinguirla entre cientos de mujeres. La imaginó entonces acostada en la pensión de Pamplona, donde pasaría aquella noche antes de emprender el camino hasta el penal, justo al amanecer. Qué cerca estaban y a la vez qué lejos.

—Estos son vales del economato, ¿verdad? —preguntó de improviso Daniel con tono sigiloso, a la vez que mostraba entre sus manos los trozos de papel encontrados en el sobre dejado por el viejo compañero muerto.

Los otros tres reaccionaron de inmediato.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó Enric con sorpresa.

—Esta mañana, en la enfermería, una monja me dio un sobre. Era del hombre al que ayudé ayer. Lo dejó para mí.

—Pobre hombre —añadió Miguel, con tono lastimero—. Te dio todo lo que tenía antes de morir.

—Es lo normal —agregó Jorge—. Cuando uno muere aquí intenta que lo poco que tiene sea para otro compañero antes de que caiga en manos de los guardias. Es su herencia.

El joven escuchaba atento.

—Seguro que también te ha dejado una carta para su familia —adivinó Miguel.

Daniel le miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabías?

El preso malagueño sonrió por la mueca que el joven había puesto en su rostro, así como por la candidez que le caracterizaba. Todavía le quedaba mucho por aprender de aquel lugar, pensó, antes de escuchar cómo Enric respondía por él.

—Todos luchamos por sobrevivir y poder salir algún día de aquí, pero no somos tontos y sabemos que hay muchas posibilidades de que no lo consigamos y nuestro destino sea una caja de madera. Llegado ese día, la mayoría tenemos preparadas cartas de despedida. Si alguno de nosotros muere, otro compañero recibirá el encargo de hacer llegar su último adiós a sus familiares.

—Y no puedes negarte —añadió Jorge—. Es una regla que nadie se atreve a incumplir, ya que todos podemos necesitarla algún día. Aunque lo normal es que el encargo lo reciba uno de confianza.

Según los otros hablaban, Daniel variaba la mirada a cada uno de ellos. Conmovido aún, intentaba asimilar la importancia del legado recibido.

—Tienes el encargo de enviar esa carta a sus familiares —prosiguió Miguel—. Ya tienes una excusa más para seguir luchando.

—Pero... ¿Cómo? Jamás me dejarán enviar una carta tan larga. No nos dejan escribir más de seis o siete líneas. Además —añadió el joven algo confuso—, decís que leen todo lo que

enviamos. ¿Cómo voy a poder cumplir su última voluntad?

Enric también sonrió ante la inocencia del joven antes de responder. Los otros dos le secundaron.

—Primero tienes que salir de aquí.

La conversación se detuvo y Daniel aprovechó la pausa para reflexionar sobre aquellas últimas palabras.

—¿Y si no consigo salir?

—Tendrás que buscarte a alguien que la envíe por ti —aclaró Jorge.

Si ya resultaba complicado sobrevivir en aquella prisión, ahora encima tenía que asumir nuevas responsabilidades, pensó el joven apesadumbrado. Aquella nueva carga parecía sobrepasarle por momentos, ya que, si no era capaz de cumplir con su cometido, la mujer y las hijas de las que había sabido tras leer las primeras líneas de la carta, jamás conocerían las últimas palabras que su esposo y padre les había escrito. Angustiado, su rostro era incapaz de ocultar la desazón que aquella nueva tarea le provocaba. Los otros tres, mientras tanto, eran testigos de las tribulaciones por las que atravesaba el joven.

—El compromiso es solo tuyo —añadió Enric—, pero podemos proponerte algo para que te quedes más tranquilo.

—¿El qué?

—Como ha dicho Miguel, ese encargo debe ser un motivo más para luchar por mantenerte sano y algún día abandonar esta prisión con vida. Es una razón más que añadir a las muchas que seguro tendrás para seguir viviendo.

El preso catalán, mientras hablaba, requirió la complicidad de Jorge y Miguel con una simple mirada.

—Pero si la desgracia quisiera que ello no fuera así, y no resistieras vivo en este lugar, nosotros asumiríamos esa obligación por ti. A cambio, tú tendrás que comprometerte a hacer lo mismo por cualquiera de nosotros.

—Me parece justo —respondió aliviado Daniel sin pensarlo demasiado—. ¿Y si solo uno de nosotros sobreviviera? ¿Ese sería el encargado de hacer llegar el resto de las cartas?

—Así es —confirmó Jorge—. Alguno saldremos de aquí, ¿no?

Todos sonrieron.

—Yo sí —afirmó Miguel—. No tengo intención de morirme sin volver a probar unos espetos en La Malagueta.

—Yo también —añadió Jorge—. Mañana la veré de nuevo, y pronto estaré junto a ella.

—Todos —añadió Enric—. Incluso Samuel saldrá con vida de este lugar.

El silencio se apoderó de nuevo de la conversación. Parecía como si aquellas últimas frases colmadas de optimismo les hubieran transportado hasta algún lugar muy alejado de allí. Curiosamente, siempre sucedía lo mismo cuando alguien hablaba sobre la posibilidad de abandonar aquel lugar: las mentes se evadían durante segundos e imaginaban cómo sería el reencuentro con aquellos que les esperaban en el exterior.

—También me dejó esto —añadió Daniel.

Los otros tres regresaron rápidamente de sus ensoñaciones y observaron el plano que el joven había desplegado sobre sus piernas.

—Es un plano de la prisión —espetó Jorge, sorprendido.

—Y con todo lujo de detalles —añadió Miguel—. Las brigadas, el patio... Incluso aparecen dibujados el rastrillo y el cuerpo de guardia.

—Mira, aquí está la cocina —prosiguió estupefacto el preso vallisoletano—. Y la capilla.

—Joder —prosiguió Miguel—. No sabía que ahí había una capilla.

—¡Esconde eso ahora mismo! —ordenó Enric con gesto serio, al tiempo que echaba una ojeada alrededor para asegurarse de que ningún otro preso les prestaba atención, lo que, sin duda, resultaba complicado debido al nivel de hacinamiento en el que vivían—. Si te pillan con él te fusilan y a nosotros contigo.

—¿Cómo pudo ese viejo acceder a todos esos lugares? —preguntó Miguel.

—Hablando con unos y con otros —respondió Enric, en voz baja—. Hay presos de confianza que se mueven por toda la prisión haciendo trabajos por aquí y por allá. Seguramente fue así como logró dibujarlo con tanto detalle.

—Creo que aquí se está preparando algo gordo —añadió Daniel, una vez puso el plano a buen recaudo.

—Calla, insensato —ordenó el preso catalán de nuevo.

—Ten mucho cuidado, Daniel —aconsejó esta vez Jorge, también con un susurro—. Hay demasiados oídos deseando escuchar algo que poder vender a los guardias.

—Hace tiempo que se escucha que va a pasar algo, pero nunca ocurre nada —añadió Miguel, contagiado por el sigilo impuesto por sus compañeros.

—Esta tarde he oído murmurar a dos en la nave de al lado —prosiguió el joven, ajeno a las indicaciones realizadas por Enric.

—¿Y qué decían? —preguntó Miguel, que parecía el más interesado.

—No lo sé. Cuchicheaban en un idioma extranjero. Pero eran españoles.

En ese instante, Enric comenzó a pronunciar algunas palabras que Daniel no comprendió, aunque sí que le resultaron familiares.

—Sí —afirmó, después de escuchar durante algunos segundos—. Ese era el idioma.

—Es Esperanto —respondió el preso barcelonés.

—¿Esperanto?

—Es un idioma que fue creado para ser universal. Es fácil de aprender y de usar. Con él se pretendía que todo el mundo fuera capaz de entenderse. Algunos presos lo conocen y, de vez en cuando, puedes oír cómo alguno lo utiliza. Pero eso no prueba nada.

—¿Y por qué no hablaban en castellano? ¿Acaso pretendían que nadie entendiese lo que decían?

—Seguramente —respondió Enric—. Pero vuelvo a decir que eso no prueba nada. Quizá hablaban sobre algún negocio. Aunque no lo creas, en este lugar se compra y se vende casi todo. Se juega y se apuesta. Se gana o se pierde el pan de un día o de una semana. Si dos traman sobre algún asunto, eso no significa que necesariamente estén confabulando para...

—Además —interrumpió Jorge—, salir de aquí es imposible. Los muros son de piedra, altos como torres, y el suelo es roca pura. Los centinelas están deseando que hagas algo raro para probar puntería, y en el cuerpo de guardia hay centenares de soldados. ¿Quién estaría tan loco para intentar escapar?

—Será mejor que no te metas en ningún lío —agregó Enric—. Aléjate de los que murmuran o traman en silencio. No hables con nadie sobre este asunto. Y, por supuesto, deshazte de ese plano cuanto antes. Ya tenemos suficientes problemas como para buscarnos más. Como bien ha dicho Jorge, hay demasiados oídos interesados. Ya te has significado bastante, y lo más seguro en este sitio es pasar inadvertido.

Oídas las advertencias de sus compañeros, el joven decidió no proseguir con sus

insinuaciones. Cuestión distinta sería lo que tramara en su interior. Apenas llevaba dos días en aquel lugar, pero ya había visto lo suficiente como para saber que sobrevivir allí era cuestión de suerte, y él, a su vez, tenía el hándicap del sargento Echenique. Conforme pasaban los minutos se convencía más de que no permitiría dejar consumir sus días en aquel insano agujero. Varias señales le indicaban que algo se cocía en la prisión, y aún no había podido olvidar las palabras del viejo antes de que la tos le impidiera seguir hablando. Durante las próximas jornadas permanecería cauteloso y vigilante. Afinaría sus sentidos y buscaría nuevas pistas que le revelasen la envergadura de lo que se estaba organizando. Y llegado el momento, decidiría. Seguir allí era morir en vida, y nadie sabía a ciencia cierta cuantos años permanecerían en aquel infierno. La mayoría de ellos tenían condenas de treinta años y un día, y si todas aquellas penas se cumplían ninguno saldría con vida. La obligación de todo preso era conseguir su libertad, y él no iba a claudicar con el destino que le habían impuesto. Enric, Jorge, Miguel e incluso Samuel —si finalmente conseguía recuperarse—, actuarían como creyeran oportuno, y siempre les estaría agradecido, incluso daría por ellos lo que estuviera en su mano, pero no iba a permitir que su complacencia limitara sus ansias de ser libre. Sabía que no disponía de mucho tiempo, pues el veneno que aquel lugar poco a poco inoculaba a todo el que allí era encerrado, aniquilaría pronto sus fuerzas y acabaría con la ambición que aún le mantenía despierto en aquel cementerio de muertos vivientes.

La quietud volvió a cubrir la brigada con su manto invisible a la vez que demoledor, y cada cual dedicó los minutos que faltaban para el toque de silencio a ahuyentar los demonios que se adueñarían de sus pesadillas aquella madrugada. Samuel parecía mejorar, y su cuerpo ya no ardía como antes. El resto regresó a los quehaceres en los que estaban inmersos antes de iniciarse aquella conversación que había finalizado de forma tan repentina. Los gemidos de aquellos que lloraban recordando las palabras de sus familiares, se mezclaban con el silbido del aire que se colaba con fuerza por las numerosas rendijas y los ventanucos. Al menos no llovía. No todo eran malas noticias en el averno.

Daniel, antes de tumbarse sobre la fina tela del petate y abrigarse con la doble manta que compartía con Miguel y parte de Samuel, había iniciado una carta en la que se despedía de su madre y hermanos, aunque esperaba que jamás nadie tuviera que enviarla por él.

El sonido triste y melancólico de los sonos del toque de silencio se adueñó del penal. Un día menos para la libertad.

DÍA III

Viernes 20 de mayo de 1938

Penal de San Cristóbal (Pamplona)

Aquel día trajo consigo nuevas bajas en la primera brigada. Dos presos de los que habían permanecido bajo la lluvia en el patio no consiguieron superar la fiebre que horas más tarde se apoderó de sus cuerpos. El médico, que durante su visita anterior se había limitado a voltear a los enfermos con la punta de su pie, les había recetado un simple purgante que de nada había servido. Pero los huecos que se abrían en la galería rápidamente eran cubiertos por nuevos prisioneros del exterior. Ello propiciaba que los recién llegados se convirtieran en el centro de atención durante las primeras horas. Daniel conocía bien esa situación. Ávidos de noticias frescas, los reclusos se arremolinaban alrededor de los novatos para conseguir información sin adulterar. La censura y las limitaciones en las comunicaciones dotaban de un valor especial a las novedades provenientes de las nuevas incorporaciones. Los guardias y soldados, cumpliendo órdenes, solían filtrar informaciones falsas sobre el avance de la guerra, aunque eran pocos los reclusos que las tenían en cuenta. Tan solo los informes que, de vez en cuando, dejaba el padre José Manuel con sigilo, se consideraban verídicos. El único problema era que las confidencias dichas por el sacerdote solían sufrir importantes modificaciones al transmitirse de boca en boca, y el rumor final en nada se parecía a lo dicho por el clérigo. Fuera como fuese, y gracias a unas y otras informaciones, no había preso que no supiese que la resistencia republicana en la zona del Maestrazgo permanecía inquebrantable, a pesar de los ataques lanzados por los generales Aranda y García Valiño en su afán por conquistar para el ejército sublevado el Bajo Aragón. Los avances en esa zona del país parecían haberse ralentizado, y el final de la guerra aún se veía lejano.

Retirados los cadáveres de los compañeros muertos, el resto de los prisioneros formó para recibir el desayuno que ese día consistió en el trozo de pan diario y un poco de leche condensada disuelta en agua.

Acto seguido, un vigilante informó de que el director había decidido aprovechar la jornada de sol que las previsiones meteorológicas vaticinaban para que los presos lavaran su ropa. En cinco minutos cada uno debería recoger las escasas prendas que tuviera. Daniel, cuyas únicas posesiones eran una muda y una camisa, aparte de la manta y el petate obtenidos durante su estancia en la prisión de Albacete, tardó poco en hacer su hatillo. Enric y Miguel le acompañarían. A excepción de aquellos que por razones de enfermedad apenas si podían moverse, o los que tenían ropa limpia gracias a la caridad de algunas voluntarias procedentes de pueblos cercanos o a la cercanía de su propia familia, el resto salió de la brigada en fila de a uno.

Los lavaderos se ubicaban en una nave alargada y rectangular de techo bajo y abovedado, compuesta por varias pilas situadas en su centro y comunicadas entre sí. La iluminación provenía de un ventanuco situado en el extremo opuesto a la entrada. Era un lugar sombrío y húmedo, donde el suelo y las paredes se deshacían con solo tocarlos, y el musgo invadía las zonas más umbrías.

Los presos se situaron alrededor de las pilas y mojaron sus prendas en un agua turbia infectada de piojos y chinches. Frotaban y frotaban, aunque no disponían de jabón ni de otro tipo de

detergente, salvo que lo hubieran adquirido en el economato. Muy pocos eran, sin embargo, los que decidían cambiar sus vales por algo que no fuera comida.

Finalizada la colada, los reos tendían a secar sus prendas donde podían. La espera podía alargarse durante varios días.

Minutos después de que la brigada quedara medio vacía, el médico se presentó en la misma, acompañado por uno de los guardias. Como solía hacer cada vez que bajaba al agujero, tapaba su boca y nariz con un pañuelo y, con una celeridad que no se preocupaba en disimular, examinaba a los presos que requerían atención. La exploración era rápida y simple: giraba al reo hasta que este quedara bocarriba, lo observaba en la distancia, y dictaba el veredicto. El remedio suministrado solía ser el mismo para todos; en la botica no había mucho más que poder recetar. Tan solo los que se encontraban más graves eran llevados a la enfermería que, escasa de camas y medicamentos, solía estar siempre repleta. Samuel tuvo suerte aquel día, y a pesar de que su salud había mejorado gracias a los antibióticos facilitados por el padre José Manuel, el médico decidió trasladarle tras observar la herida. Aquella misma mañana un enfermo había pasado a la morgue dejando una cama libre. De lo contrario, el preso madrileño habría permanecido tirado sobre el frío y húmedo suelo de la brigada un día más.

—Este hombre necesitará antibióticos —indicó el doctor al vigilante—. Diga al director que necesito ese medicamento de forma urgente. Si no lo toma pronto, su estado se agravará.

Diagnosticado el enfermo, en lugar de marcharse el médico permaneció durante unos minutos en cuclillas observando la herida a corta distancia debido a la oscuridad reinante en la galería. Algo llamó su atención.

—Tú —habló a Jorge, quien había decidido quedarse en la brigada preparándose para el encuentro con su mujer—. ¿Quién le ha sacado la bala?

—Otro preso.

El doctor le miró exasperado.

—¿Acaso me tomas por tonto?

—Todo lo contrario. Es usted médico —respondió Jorge, con sarcasmo.

El vigilante —un tipo de barriga prominente y calva incipiente—, no dudó en usar su fusta por primera vez en aquella mañana, y con un rápido gesto de su mano derecha cruzó el rostro del preso vallisoletano quien, con rabia, se levantó impetuoso hacia el guardián.

—Adelante, valiente —le retó este.

El otro, con los puños apretados por la cólera que se había desatado en su interior, permaneció de pie desafiando con su mirada al vigilante. El rechinar de sus dientes cesó cuando el dolor de las encías superó al del latigazo que había marcado su rostro. Una voz en su interior era lo único que lograba detenerle. Si se metía en líos no le dejarían ver a su mujer.

—Tranquilícese, hombre —reprochó el médico al guardián.

—No me diga cómo debo hacer mi trabajo —contestó el vigilante, mientras su mano derecha permanecía apoyada sobre la culata de la pistola de su cinturón, y su mirada retaba a la del preso.

—Un compañero es médico —respondió Samuel desde el suelo, con un hilo de voz debido a su estado—. Tranquilo, Jorge. Ya sabes lo que hay que hacer.

El preso vallisoletano miró entonces a su compañero herido y, después de reflexionar durante unos segundos, retrocedió hasta que su cuerpo tocó la pared de la nave. Fue allí donde limpió el hilo de sangre de su rostro con su mano derecha.

—Te ha salvado la vida, pero esa herida no tiene buena pinta. ¿Has tenido fiebre?

—Sí —respondió Samuel, cuya cara permanecía pálida y sus labios resecos.

—¿Y se te ha quitado sola? —inquirió el doctor.

—Sí. Bebiendo agua.

El médico sonrió, al tiempo que se ponía en pie. Sabía que aquello no era normal, y que, en condiciones normales, aquel prisionero debería estar rozando los cuarenta grados de temperatura. Alguien le había medicado, concluyó para sí. Probablemente el antibiótico habría sido adquirido de forma clandestina en el economato. O quizá suministrado de forma furtiva por alguno de los guardias o soldados. Los tejemanejes en aquel penal eran un secreto a voces. ¿Para qué complicarse la vida? Los gatillos de las pistolas en días de guerra se apretaban con demasiada facilidad, y las responsabilidades que se exigían por matar eran muy pocas. La justicia y la honestidad solían acabar cubiertas de plomo frente a cualquier tapia. No eran tiempos para valientes.

—Pues vas a necesitar mucha agua para salir adelante —advirtió el doctor, con complicidad—. Si no conseguimos los antibióticos volverás a empeorar.

Lanzada la advertencia, el médico abandonó la nave en busca de otro enfermo. El vigilante le siguió. Su sangre, aún caliente, le había impedido concentrarse en la conversación que acababa de oír. Todos sus sentidos habían permanecido puestos en Jorge, al que no le habría importado disparar allí mismo. Por desgracia, pensó mientras se alejaba, aquel cobarde se había achantado. Ya habría otra oportunidad.

El resto de los presos regresaron de los lavaderos con la ropa más limpia que cuando se la llevaron, aunque no era fácil apreciar la diferencia. El agua sucia no era un remedio muy eficaz para eliminar la porquería. Como buenamente pudieron, tendieron a secar los resultados de la colada, y los piojos y chinches que se habían librado de morir ahogados en las pilas, no tardaron en volver a colonizar las prendas puestas a secar. Aquel inframundo era su mejor hábitat, y por muchos que murieran cada día, la plaga se mantenía constante.

Sin apenas tregua, el toque de corneta anunció la hora de salir al patio. Aquella mañana lo hacían algo más tarde de lo habitual debido a la actividad de lavado.

El momento que Jorge tanto había esperado también estaba a punto de llegar. Su esposa ya debería estar en la prisión, pensó con nerviosismo. No obstante, antes de dirigirse hacia el locutorio informó al resto de compañeros de lo sucedido con el médico. La marca que cruzaba su rostro garantizó la veracidad del relato. Sin nuevos antibióticos, la salud de Samuel empeoraría, y todos sabían que el director no iba a mover un dedo para proveer de medicamentos la enfermería. Seguramente porque ni siquiera llegara hasta sus manos la petición realizada por el doctor. Pero la fortuna parecía haberles sonreído en forma de los vales que el viejo preso fallecido había dejado a Daniel. No les quedaba otra que negociar con los guardianes corruptos del economato. Quizá, si jugaban bien sus cartas en el regateo, aún les quedase algo que poder intercambiar por comida.

Ya en el exterior, los presos de la primera brigada comenzaron su recorrido habitual. El trocito de cielo rectangular que lucía sobre sus cabezas mostraba un azul intenso carente de nubes, aunque los rayos de sol apenas lograban rebasar las ventanas de la tercera brigada —la situada a mayor altura de las tres—. La temperatura había subido algunos grados, pero en aquel pozo rectangular rodeado de elevadas paredes de piedra, apenas ni se notaba.

Jorge, junto a los afortunados presos que aquel día recibían visita, se dirigió a la entrada del locutorio —una pequeña puerta situada próxima al túnel de rastrillo en la que los presos,

ordenados por turnos, apenas disponían de quince minutos para comunicar con sus familiares—. Se sentía nervioso, mientras esperaba junto a la puerta a que le tocara su turno. Toda la mañana la había dedicado a recortar sus cabellos y rasurar su barba. Se había lavado con la poca agua que había conseguido almacenar en la lata de conservas que también utilizaba para la comida. Incluso se había cambiado de ropa y puesto un traje que tan solo utilizaba en contadas ocasiones. De no ser por la marca que cruzaba su rostro, su aspecto, aunque delgado y demacrado, parecía el de un señorito de ciudad. Deseaba mostrar su mejor presencia para que ella no se preocupase, pues era consciente de que la reclusión también era motivo de sufrimiento para los familiares que esperaban fuera. Por ello, las cartas que se enviaban siempre estaban cargadas de optimismo, mientras que las penas se cocían en el interior de cada uno.

Conforme los compañeros salían de sus visitas, pocos eran los que aguantaban sin derramar alguna lágrima. Muchos de ellos habían pasado meses sin ver a sus seres queridos, y la mayoría no sabía si sería la última vez. Las condiciones de vida en aquella prisión eran tan crueles que cada día que se superaba resultaba un verdadero triunfo. Las enfermedades y la impunidad de guardias y soldados hacían que sobrevivir allí fuera una auténtica lotería.

El corazón de Jorge se aceleró cuando le informaron de que ya le tocaba entrar. Aquel gusanillo travieso que removía su estómago cuando de mozo solía cruzarse con ella por las calles de Valladolid, y que creía perdido, regresó de nuevo para remover sus entrañas, y aquel cosquilleo que solo se vive con el amor de juventud, invadió todo su ser de felicidad y de temor a la vez. Emociones contradictorias que descontrolaban sus sentidos. Bendita inocencia perdida que, en situaciones de vulnerabilidad, regresaba humana y dichosa.

El interior del locutorio se componía de dos estancias oscuras y sombrías separadas entre sí por rejas y mallas que dificultaban la visión de cada lado. En uno de los cuartos se situaban los presos que entraban directamente desde el patio del penal. En la habitación situada en su frente se colocaban los familiares. Entre ambas estancias existía un espacio donde un guardia controlaba la conversación evitando que se trataran asuntos políticos, sociales o concernientes a la prisión. Dicha circunstancia eliminaba toda intimidad. A su vez, tras los familiares había un ventanuco por donde entraba la luz del día, lo que unido a la doble malla, dificultaba la visión de los presos, quienes a duras penas conseguían distinguir los rasgos de quienes les visitaban.

No obstante, y a pesar de todos aquellos obstáculos, Jorge no tardó en distinguir la silueta de su esposa al otro lado del doble enrejado. Allí estaba ella, tan guapa como cada noche la había seguido imaginando. Las miradas no tardaron en cruzarse y quedar presas la una de la otra, como si un grillete invisible las mantuviera unidas sin posibilidad alguna de separación o rotura. Las lágrimas acudieron entonces rápidas a sus ojos, pero luchó porque ninguna de ellas saliera. No era momento para llantos, ya tendría tiempo después, en la soledad de la brigada. Era tiempo de mostrarse feliz y risueño para que ella no se marchara preocupada. Sabía que aquellos minutos resultarían cruciales, por lo que con una sonrisa intentó quitar hierro a las duras leyendas que saltaban los elevados muros del penal y viajaban hasta los oídos de los familiares, preocupándolos y atemorizándolos.

—¿Cómo estás? —preguntó ella con la mirada, en un lenguaje mudo que solo los años de intimidad son capaces de enseñar.

—Bien —respondió él sin palabras—. Aquí tenemos poco desgaste. Nos dan de comer tres veces al día y apenas consumimos energías para pasear.

—Te veo muy delgado.

—Yo, sin embargo, te veo tan guapa como la primera vez que te vi. ¿Y los niños?

—Se han quedado con tu madre. Preguntan todos los días por ti. Les digo que estás en la guerra y que pronto volverás.

—¿Y mis padres?

—Como siempre. Tu madre te envía dos chorizos y tu padre dice que no se muere hasta que no vuelva a verte.

Jorge sabía que no debía preguntar por sus suegros, ambos fallecieron en un bombardeo. Entonces bajó la vista para levantarla de nuevo, pasados unos segundos. Y su mirada volvió a hablar mientras sus labios permanecían sellados.

—Te echo de menos todas las noches cuando me acuesto y a mis recuerdos vuelve el aroma de tu cuerpo mientras te abrazo bajo las sábanas en un frío día de invierno. Y al cerrar los ojos regresa de nuevo el calor de tu cuerpo a mi cuerpo, y creo sentir el latir de tu carne bajo mis manos.

—Pronto volveremos a estar juntos —respondió ella con un débil parpadeo de sus ojos, ya vidriosos—. Esto acabará algún día y te sacarán de aquí, porque nada malo has hecho a nadie. Y yo estaré en la puerta esperándote. La casa te aguarda.

Él no contestó mientras pugnaba porque aquellas malditas lágrimas no demostraran su tristeza.

—¿Qué tienes en la cara?

—Maldición —respondió Jorge para sí. Había descuidado su pose y mostrado el lado derecho de su rostro—. Nada importante. Un rasguño sin importancia. Tropecé y caí al suelo.

Ella no le creyó, pero calló y asintió; le conocía bastante bien.

—Te he traído comida —habló ella por primera vez, tras minutos de conversación íntima. Y él volvió a oír el dulce timbre de su voz como si solo hubieran pasado horas desde la última vez que la escuchó—. Y también ropa limpia. Dicen los guardias que luego te darán el paquete.

—Sí —respondió él conciso, intentando que sus respuestas fueran breves para escuchar de nuevo aquel dulce sonido que partía de los labios de ella, y que hacía suyo entre el murmullo de otras conversaciones—. Suele ser lo habitual —añadió, para ya no decir más, pues solo ansiaba seguir escuchándola.

Quince minutos pueden ser mucho tiempo cuando se sufre, pero muy poco cuando se disfruta. A Jorge se le escaparon demasiado rápido, como el agua que se derrama sin remedio entre los dedos. Por dicho motivo, cuando el vigilante situado entre ellos ordenó el final de la visita, sintió cómo algo en su interior se quebraba. Con las manos de cada uno enfrentadas sobre la malla metálica se despidieron, de nuevo sin palabras. Aquel lenguaje único e íntimo con el que habían iniciado la conversación, les sirvió para despedirse, para decirse mutuamente lo que se echaban de menos. Un beso voló entonces en el aire. Un beso proveniente de los labios rojos de ella que atravesó la distancia que los separaba, porque ni el barrote más grueso, ni la malla más urdida, podían detener aquel amor. Él cerró entonces sus ojos para sentir el calor húmedo de aquellos labios sobre su piel. Cuando volvió a abrirlos, la figura de su esposa ya no estaba, los familiares habían sido desalojados de forma rápida de la estancia; otro turno esperaba fuera.

Envuelto en un mar de lágrimas y con el duro aguijón de la desesperación percutiendo sobre su pecho, Jorge abandonó el locutorio y accedió al patio del penal. Qué injusta y dura era aquella vida que separaba y destruía familias por el mero capricho de unos pocos poderosos, pensó angustiado. Cuánta rabia contenida, cuánta indignación soportada por aquellos hombres que solo ansiaban vivir en paz, pero observaban impotentes cómo su futuro se torcería durante años, o quizá para siempre. Simples peones de una partida a muerte, en la que los jugadores sacrificaban sus fichas sin importarles el marfil del que estaban hechas. Aquella guerra no tendría vencedores

ni vencidos, solo perdedores.

Tras la despedida, los primeros instantes fueron los más duros de llevar, si bien, poco a poco, la fuerza que le había aportado la visita de su mujer fue ganando terreno en su interior, y comenzó a sentirse mejor. También ayudaron en ese proceso Daniel, Enric y Miguel, quienes hicieron coincidir su caminar con la salida de su amigo por la puerta del locutorio. Apenas le vieron, le abrazaron, y sin dejar de andar para evitar el gatillo flojo de cualquiera de los centinelas, le incorporaron al grupo.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Miguel, contagiado por la emoción de su compañero.

—No hay palabras para explicarlo —respondió Jorge alzando la mirada con los ojos llorosos—. Nos miramos y no hizo falta decirnos nada. Hablábamos en silencio y los dos sonreíamos porque ninguno quería preocupar al otro. No había tristeza, sino felicidad. Lo más jodido es cuando te despiden de ella.

Los otros callaron, al tiempo que escuchaban el continuo rastrear de pies sobre el empedrado. Cada uno de ellos imaginaba cómo habría sido aquel momento si hubieran tenido la oportunidad.

—Tengo tantas ganas de salir de este jodido lugar —añadió Jorge apretando los dientes—. Y de volver a mi casa.

—Saldremos de aquí —añadió Enric, tratando de calmar los ánimos del compañero.

—¿Cuándo? —preguntó el otro elevando la voz, lo que provocó que varias miradas ajenas se centrasen en ellos—. ¿Un año, dos, cinco, treinta?

Ninguno respondió.

—¿Quizás, nunca? —prosiguió—. ¿O quizá en una maldita caja de madera?

—Tienes que calmarte, Jorge —intervino Enric, de nuevo.

—Enric tiene razón —terció Miguel—. Solo conseguirás enfangarte y que un *carapapa* de esos te deje seco. Entonces sí estarás *jodío*.

Daniel, mientras tanto, optó por mantenerse al margen. Era el más joven y el que menos tiempo llevaba allí —apenas tres días—, por lo que carecía de argumentos convincentes que poder usar. Seguía con su idea de que algo se estaba tramando en el penal y quería permanecer atento a cualquier detalle que llamase su atención. Maldecir de poco servía si continuaban sin poder salir de allí, aunque comprendía que Jorge se sintiera así. Todos pasaban por momentos de flaqueza.

No muy lejos del patio, en la planta baja del edificio situado frente a las tres brigadas, el administrador de la prisión tenía un sencillo despacho desde el que gestionaba las cuentas del penal. Sentado tras la mesa de madera que ocultaba parte de su generosa barriga, gozaba con sonoras chupadas del sabor cubano de un puro de tamaño nada despreciable. No era un hombre demasiado listo, aunque dicha cualidad se hacía prescindible cuando se disponía del aval de un poderoso padrino. Amante del dinero ajeno, no se le conocía mayor vicio que el de acumular riqueza. Vestía un traje gris impoluto y su cabello, peinado con raya situada en mitad de la cabeza, brillaba gracias al efecto de la brillantina.

Del otro lado de la mesa, con un cigarro entre sus dedos, el sargento Echenique le observaba. Al contrario de lo que sucedía con el administrador, él no poseía padrino que le acomodase por lo que sobrevivía a fuerza de ingenio y picardía. Militar del ejército republicano, no dudó en cambiar de bando cuando intuyó cuál era la bandera a la que más interesaba servir. Pero un desertor siempre quedaba marcado en un mundo tan disciplinado como era el castrense y,

defenestrado, acabó destinado en aquella prisión al mando de un puñado de soldados de reemplazo y recibiendo órdenes de un joven alférez que jamás había pisado el frente. Su suerte cambió cuando descubrió el punto débil del hombre frente al que estaba sentado. Consciente de la oportunidad que el destino le brindaba, comenzó a ganarse su confianza. Al cabo del tiempo, cuando el nivel de amistad entre ambos alcanzó el punto deseado, le hizo partícipe del negocio que rondaba desde hacía meses por su cabeza. Lanzado el anzuelo, aquel merluzo al que miraba no tardó demasiado tiempo en picar. Fue así como el sargento acordó con el administrador quedarse con parte del presupuesto destinado a la manutención de los presos. Inicialmente urdieron un plan mediante el que revenderían parte de los alimentos que llegaban al penal. En un país hambriento por los estragos de una guerra fratricida, los víveres que debían llegar al almacén de la prisión tenían buena salida en el exterior. Echenique tenía los contactos para revender el género y el administrador solo tenía que hacer la vista gorda y atestiguar que el presupuesto recibido se gastaba según lo estipulado. Al margen de todo aquello quedaba el director, quien afanado en conseguir un traslado que le alejara de aquel lugar, delegaba parte de sus funciones entre sus subordinados y firmaba sin leer todo papel que estos ponían sobre su mesa. El sargento, al contrario de lo que sucedía con su socio, antes que ambicioso era astuto, y sabía que si la vaca se mataba la leche se acababa. Por ello, la merma en el sustento de los presos solo se aplicaba a los que malvivían en las tres brigadas. Para el resto, sobre todo los instalados en los pabellones — militares, intelectuales o trabajadores muy cualificados a los que se les conocía con el sobrenombre de «caballistas»—, el régimen alimentario no empeoró demasiado. Los beneficios obtenidos se repartían a partes iguales. Pero poco solía durar la tranquilidad en la casa del codicioso, y el sargento había descubierto otro negocio que proponer al administrador. Este último, cuya única luz se encendía cuando el hábil militar encandilaba sus oídos, hacía suyas las ideas que el otro le insinuaba. La última proposición consistía en adquirir a un proveedor artículos que posteriormente se venderían en el economato a un precio inflado, y recibir un porcentaje por las ventas en concepto de comisión.

—¿Pero qué preso va a comprar unas alpargatas o una maquinilla de afeitar cuando se están muriendo de hambre? —replicó el administrador—. Esos cabrones hacen cuchillas con latas y zapatillas con los hilos que extraen de los patates. Si no fuera por los registros de los guardias, serían capaces de fabricar un tanque.

—Obliguémosles —respondió el sargento—. Hace unos días me diste la idea.

—¿Yo?

—Sí, hombre, sí. ¿No lo recuerdas? Tomando unos vinos en una taberna de Pamplona.

El administrador permaneció pensativo, mientras buscaba en su obtusa cabeza el recuerdo del que el otro hablaba.

—Me dijiste que el que quisiera un bollo de pan, debería comprar también unas alpargatas. El que viniera a por una lata de sardinas, tendría que llevarse una maquinilla de afeitar. Haríamos lotes para dar salida a los productos que más nos interesaban. ¿Tan borracho estabas? —ironizó Echenique antes de chupar la colilla del cigarrillo y dejarse caer ligeramente hacia atrás en la silla.

—Pues sí que bebí entonces.

—Tus palabras me dieron esa idea —atacó el militar, echando su cuerpo de nuevo hacia adelante y aproximándose todo lo que pudo al funcionario que aún proseguía rebuscando en su memoria un recuerdo que nunca sería capaz de encontrar—. Si les apretamos un poco más las tuercas, se verán obligados a comprar más alimentos, y con ellos los productos que más nos

interesan vender.

—¿Apretar más las tuercas?

—Tenemos que limitar la entrada de comida desde el exterior —propuso entonces el sargento, antes de propiciar unos segundos de silencio para que el administrador llegara por sí solo a la conclusión.

—¡Claro! Si no reciben la comida que les envían, no les quedará más remedio que comprar en el economato.

—Ya vas recordando.

—Pero ¿habrá que convencer a los guardias y al jefe de servicios?

—Maldito truhan —respondió Echenique con una risotada—. Te estás quedando conmigo.

El administrador le miró confuso.

—¿Quién se quedaría con los chorizos y las morcillas requisadas? —Simuló recordar el militar una conversación que no se había producido.

—¿Los guardias?

—Eres un jodido genio. Todos ganamos con este negocio. Jamás se me hubiera ocurrido. Incluso el director se alegrará porque los ingresos del economato subirán.

El funcionario sonrió satisfecho. Tanto esfuerzo parecía haber merecido la pena.

—Desde hoy mismo los presos recibirán piedras en lugar de longanizas. Y a ver quién tiene huevos de quejarse —añadió el administrador viniéndose arriba.

—Los primeros afectados protestarán —advirtió el sargento—. Hay que ser contundente con ellos. Una vez cundido el ejemplo, los siguientes se lo pensarán antes de alzar la voz. Ya está bien de que esas sanguijuelas comunistas sigan chupando de la patria. Si los hubieran fusilado a todos, no tendríamos que alimentarlos.

—No, Echenique —protestó el administrador—. Sin ellos no habría negocio. —Y tras aquellas palabras rio con un ronquido nasal muy parecido al gruñido de un cerdo.

El sargento también sonrió, aunque ni siquiera llegó a mostrar sus dientes. El dinero espabilaba al más inepto de los lerdos, pensó satisfecho.

—¿Cómo vamos a conseguir los antibióticos para Samuel? —preguntó Miguel al resto del grupo, sin dejar de caminar por el patio.

—En el economato se venden muchas más cosas de las que parece —informó Enric—. El problema es tener vales suficientes para comprarlas.

—No creo que el director vaya a mover el culo para conseguirlos —reprochó Miguel con un gesto de rabia.

—Pues el médico ha sido muy claro esta mañana —advirtió Jorge, quien ya parecía más recuperado tras la visita de su esposa—. Sin medicamentos, Samuel lo tendrá muy jodido para sobrevivir.

—Os olvidáis de los vales que había en el sobre —intervino Daniel, quien hasta ese instante se había limitado a escuchar la conversación.

Ninguno de los otros contestó de inmediato. Sabían que aquellos cupones les permitirían pasar una larga temporada sin penurias alimenticias. Todos habían conjeturado con esa posibilidad. Sin embargo, la vida de uno de ellos se encontraba en peligro y, sin haberlo convenido, los cuatro parecían haber llegado a la misma conclusión. Sus estómagos podían esperar.

—¿Llevas los vales encima? —preguntó de repente Enric.

—Sí.

—Pues no hay tiempo que perder. Aún nos queda tiempo para ir al economato.

—Quiero ir yo —se postuló Daniel.

El resto le miraron sorprendidos.

—Está bien —aceptó el preso catalán al comprender que el joven tenía todo el derecho del mundo a decidir sobre aquello. Los vales eran suyos—. Sé discreto y pregunta con disimulo si pueden facilitarte los antibióticos. Intenta quedarte para el final. Te será más fácil si no hay testigos. Y sé astuto, esos bandidos intentarán quedarse con todos los vales que puedan.

—Tendré cuidado —añadió Daniel, satisfecho por ser útil al grupo—. Intentaré que me sobre para comprar unos bollos de pan.

—*Ademá* —intervino Miguel—, tenemos embutidos frescos.

—¡Joder! —exclamó Jorge, como si la frase del malagueño hubiera hecho saltar un resorte en su interior—. El paquete de mi mujer. Se me había olvidado por completo.

—Será malaje el tío —respondió Miguel con una sonrisa.

—Tenéis tiempo de ir a por el paquete y al economato —informó Enric—. Miguel y yo os esperaremos por aquí.

Daniel ascendió con reparo los cinco peldaños que salvaban el desnivel existente entre el adoquinado del patio y la entrada al economato. Ya en su interior, comprobó cómo la estructura y decoración del establecimiento se asemejaba mucho a la de cualquier tienda de pueblo. Mientras otro preso se resistía a que el dependiente le endosara unas zapatillas cuando él solo había pedido una barra de pan, el joven curioseó entre las estanterías del local a la espera de quedarse solo con el encargado. Con la boca hecha agua, su mirada saltaba de las latas de sardinas a las de pimientos, del embutido a las botellas de vino, de los quesos a la bollería. Su estómago no tardó en rugir, y Daniel se entretuvo contando los vales que guardaba sin sacarlos del bolsillo de la chaqueta. Una vez calculada la cantidad total con la que contaba, distribuyó varios de los cupones entre los diferentes bolsillos de su vestimenta procurando que sus movimientos pasaran desapercibidos. Para el final dejó un pequeño número que ocultó en el interior de sus calzoncillos. Hecho el reparto, su mente se relajó pensando en la cantidad de comida que habría podido adquirir con su pequeño tesoro.

—¿Has venido a mirar o a comprar? —preguntó con arrogancia el dependiente. Un tipo tosco y mal encarado, cuya barba sin rasurar acrecentaba la rudeza de un rostro poco agraciado.

El joven, que no había reparado en la salida del otro preso, reaccionó con un ligero respingo, aunque no contestó, y bajo la atenta mirada del vendedor se aproximó al mostrador.

—Necesito algo que no he visto por aquí —dijo con voz trémula.

El encargado del economato se contuvo durante unos segundos y esbozó una sonrisa maliciosa a la vez que escudriñaba al joven.

—No necesitas más de lo que ves aquí —objetó al fin.

—Necesito medicamentos.

Una carcajada algo forzada retumbó en el pequeño dispensario.

—Creo que te has equivocado de sitio —respondió el vendedor abandonado su puesto tras el tablero y dirigiéndose hacia la puerta de entrada a la tienda—. Esta no es la enfermería.

—Necesito antibióticos y allí no tienen. Me lo ha dicho el médico.

—¿Él te ha enviado aquí? —preguntó el otro una vez aseguró la portezuela.

—No.

—Entonces, ¿por qué vienes aquí?

Daniel se pensó la respuesta. Sabía que caminaba por terreno delicado. Cualquier metedura de pata podría dar al traste con sus pretensiones y, seguramente, con la vida de Samuel.

—Un guardia me ha enviado.

El dependiente volvió a escrutarle con una mirada desconfiada, al tiempo que recorría la distancia que separaba a ambos.

—No son para mí, sino para un compañero que está en la enfermería —prosiguió el joven, amedrentado por la proximidad del encargado del economato—. Ayer recibió un disparo y esta mañana, después de que el médico le viera, un guardia me ha dicho que podría preguntar aquí.

—Vaya, vaya. Echenique haciendo otra vez de las suyas —agregó el otro con su boca a escasos centímetros del rostro de Daniel—. Entonces es cuestión de vida o muerte, ¿no es así?

—El médico dice que sin ellos empeorará.

—¿Y cuánto vale la vida de tu amigo?

Daniel no contestó. A cambio, extrajo del bolsillo derecho de su chaqueta un puñado de vales que dejó sobre el mostrador de madera. El dependiente, haciendo gala de la mezquindad que le caracterizaba, se aproximó al tablero y contó con avidez.

—No debes tenerlo en buena estima cuando ofreces tan poco.

—Es todo lo que tengo. Se lo juro.

—No te he visto nunca por aquí —señaló el otro, regresando de nuevo hasta Daniel—. ¿En qué brigada estás?

—En la primera.

—Menudo nido de porquería hay ahí abajo. ¿Sabes a quiénes metemos allí? Yo te lo diré. A los que su vida vale menos que la de los chinches que os acompañan. ¿Crees que voy a fiarme de un piojoso del agujero?

Y dichas aquellas palabras, el encargado del economato metió sus manos en el otro bolsillo de la chaqueta que llevaba puesta Daniel. El joven no se inmutó y le dejó hacer. Todo transcurría según lo previsto.

—¿Ves? —prosiguió el dependiente enarbolando los cupones que había encontrado delante de la cara del joven—. ¿Te creías capaz de engañar a un viejo zorro?

—Los guardaba para comprar comida.

—Comida, comida, comida —repitió el otro a la vez que rebuscaba, esta vez, en los bolsillos del pantalón del preso—. Solo pensáis en comer y tenéis tres raciones al día. ¿Acaso vale menos la vida de tu amigo que un bollo? —preguntó, al tiempo que mostraba al aire los nuevos cupones hallados—. Atajo de miserables. Seríais capaces de vender a vuestra madre por un cacho de pan duro.

Daniel continuó sin alterarse. Era consciente de que aquellas vejaciones eran parte del juego, y cualquier reproche que saliera por su boca podría enojar al funcionario, lo que supondría quedarse sin los vales y sin el medicamento que necesitaba para Samuel. Por dicho motivo se limitó a observar cómo el encargado regresaba satisfecho al mostrador y contaba los vales de nuevo. Esperaba que su avaricia quedara saciada con la cantidad requisada, y no decidiera rebuscar en otras partes de su cuerpo. Bajo su ropa interior había ocultado un pequeño retén con el que poder darse algún capricho. Solo quedaba ver quién de los dos había sido más listo.

—Aunque eres un gusano que ha intentado engañarme, me doy por satisfecho. No es mucho, pero no tienes más, ¿verdad?

Daniel asintió y dibujó en su rostro un simulado gesto de abatimiento. El carcelero, que lo escrutaba con mirada recelosa, pareció convencerse de que no encontraría más que mugre si continuaba registrándole, y guardó los vales en un cajón situado bajo el mostrador. A continuación, cogió un lapicero y una pequeña libreta.

—¿Cómo se llama el enfermo?

—Samuel —respondió el joven.

—Samuel, ¿qué más?

Daniel cayó entonces en la cuenta de que no conocía los apellidos del compañero madrileño, por lo que se limitó a encogerse de hombros. El encargado le observó y resopló con cierto hastío.

—Está bien. Dices que esta mañana lo han llevado a la enfermería y que tenía un tiro en la pierna.

—Así es.

—Creo que con eso será suficiente —agregó el funcionario, mientras escribía en la libreta—. Has pedido antibióticos, ¿verdad?

El joven volvió a asentir.

—Esta tarde lo subirán desde Pamplona. Puedes ir tranquilo.

Pero Daniel no obedeció y permaneció quieto. Suponía que el medicamento se lo entregarían a él en persona para que pudiera llevarlo a la enfermería. Aquel inconveniente le hizo sentir confuso.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no te fías de mí?

—No. No es eso. Es que suponía que podría llevarlo yo mismo.

El encargado del economato no pudo retener una sonora carcajada.

—¿Crees que esto es una botica? ¿Ves por aquí que vendamos medicamentos? —ironizó, en tanto que empujaba al joven hacia la puerta de salida—. Ya te lo he dicho, tu compañero lo recibirá esta tarde.

Justo antes de abandonar el establecimiento, unos toques en la puerta de entrada llamaron la atención de ambos. El carcelero se puso tenso de repente y corrió solícito hacia la misma. Tras abrirla, la figura del sargento Echenique entró en el economato y sorprendió a Daniel, quien rápidamente agachó la cabeza y trató de escabullirse. Sin embargo, al pasar junto al militar este no dudó en obstaculizar el avance del joven con uno de sus brazos.

—¡Vaya, vaya! Venía a por una barra de pan y mira lo que me encuentro.

Ni preso ni encargado respondieron; ambos le temían. Dicha circunstancia motivó un silencio incómodo que el propio sargento se encargó de deshacer antes de dejar libre el paso a Daniel.

—¿Cómo se encuentra tu amigo?

Daniel continuó sin contestar. El funcionario, mientras tanto, había aprovechado que el asunto no iba con él para regresar a su puesto tras el mostrador. Desde aquel lugar observaba la escena y rezaba para que aquel preso no se fuera de la lengua.

—Volveremos a encontrarnos —continuó el militar, alzando finalmente su brazo—. Y te joderé como nadie lo ha hecho antes. Este sitio es muy pequeño para los dos. Disfruta lo que puedas del infierno.

Jorge esperaba con paciencia a que le entregaran el paquete que su mujer le había traído desde Valladolid, y en cuyo interior se encontraban los alimentos que su familia había reunido con mucho esfuerzo. Siempre había sido así desde que llegara a aquella prisión. Cada veinte o treinta días recibía los víveres que le mantenían con vida, y que compartía con el resto del grupo. Enviar aquellos trozos de pan, el embutido y las latas de conserva casera, suponía un gran esfuerzo para los suyos. En un país partido en dos y masacrado por el hambre y la miseria, los víveres que a él le enviaban sus familiares era comida que ellos quitaban de sus bocas, y las despensas y alacenas se encontraban más vacías que nunca. Por ello, aquella caja de cartón se convertía en un bien tan valioso.

Mientras aguardaba pensó de nuevo en los escasos quince minutos que había pasado frente a su mujer. Aquellos instantes que transcurrieron demasiado rápidos le habían producido un extraño cóctel de emociones, aunque el sabor a hiel que había quedado en sus labios tras el encuentro resultaba difícil de digerir. Sin pretenderlo, su mente divagó sobre el lugar donde ella se encontraría en ese momento. Seguramente, conjeturó, ya habría rebasado el túnel de rastrillo y dejado atrás el cuerpo de guardia, donde algún joven soldado de reemplazo le habría lanzado un silbido adulador. Los rigores del duro destino que le había tocado vivir aún no habían pasado factura a su belleza. La imaginó fuera ya de la prisión, descendiendo por la tortuosa carretera con dirección a Artica, y caminando los cuatro kilómetros que necesitaba recorrer para conseguir un transporte que la condujera hasta Pamplona. Valientes mujeres aquellas que, ante la ausencia de sus maridos, padres o hermanos, sobrevivían como leonas en un país hostil y despiadado que apenas las tenía en cuenta. Miles de presos subsistían gracias a ellas y, mientras tanto, la atención mediática seguía puesta en los que se dividían una nación que se desangraba por sus cuatros costados.

—Aquí tienes tu paquete —informó secamente uno de los guardianes.

Inmerso aún en su embelesamiento mental, Jorge reaccionó con una mirada sorpresiva antes de dirigirse hacia el lugar donde se encontraba el carcelero.

—No veas si pesa —añadió el vigilante, sustituyendo su aspereza inicial por una sonrisa maliciosa—. Parece que tuviera piedras.

El otro, que llevaba demasiado tiempo en la prisión y conocía el macabro humor de los carceleros, receló del soniquete empleado por este. El sarcasmo siempre precedía a la humillación; aquella regla rara vez fallaba. Por dicho motivo cogió la caja con desconfianza. Retiradas las cuerdas que la cruzaban por los guardias que la habían revisado, su apertura era fácil, lo que aprovechó Jorge para cerciorarse de que ninguno de ellos hubiera metido la mano. Por norma general, solía abrir el paquete delante de los carceleros y comprobaba su contenido con la lista que sus familiares habían introducido junto a los víveres. Aunque si faltaba algo, poco o nada podría reclamarse.

La tensión se apoderó de sus manos cuando levantó la primera de las dos solapas que tapaban la caja. Cuando elevó la segunda y observó el contenido de la misma, el mundo se hundió a sus pies. Solo piedras vieron sus ojos. Unos ojos que, enrabiados, ardían envueltos en una furia incontrolable que emergía desde su interior. Aquellos malditos ladrones, pensó encolerizado, no solo le habían robado a él, sino que habían hecho lo propio con sus padres, y hermanos, con su mujer y sus dos hijos. La mesura y la contención de todos aquellos meses saltaron en mil pedazos cuando se imaginó el esfuerzo realizado por los suyos para poner en su boca lo que ellos no comerían. Y la cordura que había dominado sus actos hasta ese instante, se transformó en un berrinche que fue incrementándose a medida que escuchaba la risa burlona del carcelero que le

miraba.

—¡Ladrones! —gritó enfurecido corriendo hacia el guardia—. ¡Devolvedme lo que me habéis robado!

Alertado por los gritos, otro vigilante acudió a la estancia y, sorprendido, no dio crédito a lo que veían sus ojos: un preso sujetando por el cuello a un guardián de la prisión. Aquello no era normal, pensó al tiempo que se abalanzaba sobre el prisionero intentando que este dejase de aferrarse a su compañero. Como no lo conseguía, comenzó a golpearle con determinación en el costado. Al cuarto o quinto golpe —había perdido la cuenta— consiguió que el preso cayera dolorido al suelo.

El guardia agredido, libre ya de aquellas manos que le habían dejado sin aliento, boqueó durante unos segundos en busca de resuello. Recuperado, se dirigió con los ojos inyectados en sangre hacia Jorge y comenzó a golpearle con su fusta. El otro vigilante le imitó pateándolo sin compasión. Cebados por el olor a sangre, los carceleros continuaron castigando al preso cuyo cuerpo, enroscado sobre sí mismo, intentaba escapar de los golpes buscando el muro más cercano.

No fue contra la pared, sino contra la puerta de salida al patio con lo que Jorge se topó en su desesperada huida. Una vez allí intentó levantarse de nuevo, pero la lluvia de verdugazos y patadas no cesaban, por lo que apenas conseguía levantarse cuando volvía a caer al suelo. Durante el escarmiento crujieron huesos y se abrieron tiras en su piel, pero la furia que aún quemaba su interior era más fuerte que cualquier dolor.

Daniel llevaba unos minutos en el patio contando a Enric y Miguel cómo había conseguido los antibióticos que necesitaba Samuel. Los dos le felicitaron por su astucia mientras caminaban despacio próximos a la puerta por la que Jorge debía salir con el paquete en sus manos. Apenas quedaban unos minutos para que el toque de corneta les regresase al agujero.

—Ya te dije que ese tunante intentaría quedarse con todos los vales que llevaras encima —dijo Enric.

—Y tienes suerte de que hayas salido vestido —apuntilló Miguel—. Maldito cuatrero del demonio.

—Lo importante es que Samuel tendrá su medicación, y se curará —indicó Daniel, feliz porque todo hubiera salido bien.

—Yo no me fiaría aún —contradijo Miguel, receloso—. En este jodido lugar puede pasar de todo. No olvides que valemos menos que una mierda.

En ese preciso instante la puerta de acceso a las oficinas se abrió de improviso y un cuerpo salió rodando del interior del edificio. Los prisioneros que caminaban por aquella zona del patio, sorprendidos, centraron rápidamente su atención en el compañero que había quedado tumbado sobre el adoquinado. A continuación, dos guardias, sudorosos y acalorados, salieron también de las oficinas y se dirigieron hacia el preso que, a duras penas, intentaba ponerse en pie. Los centinelas comenzaron a tomar posiciones en los tejados.

Daniel, Enric y Miguel no andaban muy lejos del lugar por lo que no les resultó complicado unirse al corrillo de curiosos que contemplaban la escena. Expectantes y temerosos a la vez, se sujetaron con fuerza. Aún no podían creer que aquel cuerpo deforme y sanguinolento, que solo era capaz de permanecer encorvado cuando logró erguirse, fuera el de su compañero Jorge. ¿Qué demonios había pasado allí dentro?, se preguntaron estupefactos.

El silencio se apoderó entonces del patio de la prisión. Nadie se movía, todos observaban. Las ventanas de los edificios aledaños que albergaban la segunda y tercera brigada, así como los pabellones, se colmaron de fisgones cuya curiosidad era más fuerte que el temor al gatillo fácil de los centinelas. El espectáculo estaba servido, mientras el corro formado en torno a Jorge no paraba de crecer. Los más cercanos a él recularon conscientes de que no era buena idea situarse junto a un compañero herido. Nada podía hacerse ya, pensaron la mayoría. Aquel camarada estaba sentenciado. Si no era una bala la que lo mataba, lo harían las graves heridas que se repartían por todo su cuerpo. Por ello, aquellos que le miraban con resignación solo esperaban a que el sonido de una detonación acabara con su sufrimiento. No existía peor final allí que dejarse atrapar por la agonía.

Los guardias que habían salido del edificio siguiendo a Jorge, se mantuvieron también a cierta distancia de este, mientras contemplaban cómo luchaba por incorporarse. Sabían que debían esperar a que uno de los centinelas finalizara el trabajo. Ellos no podían hacer mucho más con aquel despojo humano que, desorientado, apenas sabía a dónde mirar, o a dónde dirigirse. Doblado hacia adelante, se limitaba a girar sobre sí mismo como si fuera una peonza.

Daniel, que sentía cómo Enric sujetaba sus ropas con fuerza, no podía soportar más aquella situación. Sus ojos, al igual que sucedía con los de sus dos compañeros, se habían llenado de lágrimas. La rabia y la desesperación eran sentimientos que costaba retener. Ver a Jorge en ese estado, y rodeado por centenares de compañeros que en silencio esperaban la llegada del golpe de gracia, provocaba que su sangre hirviera hasta límites cercanos a la locura. Fue en ese instante cuando sintió que no podía ser un espectador más de aquella injusticia. No podía permanecer impasible mientras su amigo caminaba en soledad hacia una muerte cruel. Ninguna fuerza sería capaz de retenerle.

—¡Malditos ladrones! —balbució Jorge, en un grito casi ininteligible que todos entendieron—. ¡Me habéis robado mi paquete!

Los dos guardias señalados, a los que se había unido algún vigilante más, no sonrieron esta vez.

Daniel, preocupado por los tiradores de gatillo fácil que permanecían apostados en los tejados de los edificios, miró hacia arriba. Fue entonces cuando observó cómo uno de los centinelas, quizá el mejor situado, apuntaba con su fusil desde las alturas, dispuesto a dar punto final al espectáculo. No había tiempo que perder, pensó al tiempo que se deshacía del agarre de Enric que no pudo hacer nada ante el rápido movimiento del joven. Una vez libre, corrió hacia Jorge quien, aun en estado de confusión, permanecía en el centro del círculo que se había formado a su alrededor. En apenas cinco zancadas logró alcanzar a su compañero, al que se unió en un abrazo. El resto de los prisioneros no daban crédito a lo que veían sus ojos, y un murmullo engulló la quietud que hasta ese instante había imperado en el patio de la prisión.

El centinela que ya acariciaba con su índice el gatillo del Máuser, también quedó desconcertado. ¿Qué debía hacer? Su cerebro, confuso, trataba de asimilar aquella inesperada situación, a la vez que relajaba la presión de su dedo sobre el disparador.

El rumor entre los presos fue ganando intensidad y, poco a poco, se fue propagando al resto de la prisión. Aquellos que se agolpaban sobre los barrotes de las ventanas situadas en los edificios que rodeaban el patio, así como los cientos que formaban el corro que rodeaba a los dos compañeros, asistían expectantes al desenlace. Enric y Miguel se abrazaban el uno al otro, inquietos y asustados por el incierto futuro que esperaba a sus dos amigos. Aterrado también se encontraba Daniel quien, a pesar de su arrojío inicial, era consciente de que en cualquier momento

podría oír el sonido de un disparo, y todo se habría acabado. Fue entonces cuando recordó cómo su padre, tratando de reconducir la impulsividad que desde niño le había caracterizado, le aconsejó en más de una ocasión que antes de actuar debía detenerse y pensar. Sin embargo, cuanto más observaba el cuerpo quebrado de Jorge más se convencía de que volvería a tomar aquella decisión. Antes roto que doblado, recordó. Aquel maldito principio que su padre había defendido hasta el último segundo de su muerte, y que él tanto odiaba por considerarlo culpable de todos los males que habían azotado a su familia, cobró en ese momento todo su significado. Si tenía que morir, lo haría tomando consciencia de aquella regla que a tantos valientes había llevado a la tumba.

Feliz y tranquilo porque sabía que hacía lo correcto, sintió de pronto cómo una mano agarraba con fuerza su hombro derecho y tiraba de él. Desplazado por el fuerte impulso, el joven miró desconcertado hacia atrás para saber lo que sucedía. En ese instante sus ojos se cruzaron con los del sargento Echenique. Apenas tuvo tiempo de reaccionar, ni siquiera de defenderse. La culata de la pistola que el militar agarraba con su mano derecha golpeó con violencia su cabeza y todo se fue a negro.

El sonido de una detonación sobrepasó los altos muros del penal y recorrió la ladera del monte en forma de un eco siniestro y despiadado que no auguraba nada bueno. Bien lo sabían las mujeres que en ese instante bajaban caminando por la intrincada carretera que descendía de la prisión. En tiempos de guerra aquel pavoroso estruendo no era señal de buen augurio. A todas ellas se les encogió el corazón cuando fueron conscientes del lugar del que provenía el disparo. Y sin poder evitarlo miraron hacia la cumbre del cerro donde aún se adivinaban las defensas de la prisión. Solo una de ellas no elevó la mirada, sino que agachó sus ojos hacia el suelo, a la vez que sentía cómo su alma se quebraba y un vacío interior se apoderaba de su interior. Las lágrimas que bañaron su rostro le acompañaron durante el duro descenso. Un extraño presentimiento le convenció de que jamás volvería a pisar aquella tierra.

—¿Qué ha pasado esta mañana en el patio? —preguntó curioso el administrador, mientras se dejaba caer sobre uno de los muros que formaba el patio anexo a la cocina, y propinaba una intensa calada al cigarro que tenía en su mano derecha.

—Una pequeña revuelta sin importancia —respondió Echenique, molesto porque la pregunta le había distraído del recuento de billetes que tenía entre sus manos.

—A mí me han contado otra versión.

—Cien, ciento cincuenta, doscientas... —Fue lo único que escuchó de labios del militar, que parecía concentrado en lo suyo.

—Los presos se están poniendo nerviosos. Quizá tendríamos que reducir un poco nuestro beneficio y mejorar sus comidas.

El sargento dejó de contar de repente, y miró con frialdad al administrador.

—¿Estás hablando en serio?

El otro, que conocía la fuerte personalidad del militar, pareció recular e intentó justificarse.

—Tener el estómago vacío es lo peor que hay.

—¿Para qué crees que los envían aquí? ¿Acaso piensas que es para que los mantengamos a la sopa boba hasta que cumplan su condena? ¿Sabes lo que uno de ellos sería capaz de hacer con tu pellejo si te cogiera fuera?

El administrador, que necesitó unos segundos para pensar su respuesta, perdió su turno de intervención ante la rápida respuesta del militar a su propia pregunta.

—No dudaría en pegarte un tiro en la cabeza. ¿Sabes lo que es una checa?

El otro, sobrepasado, se limitó a negar con la cabeza.

—Sótanos situados en calles oscuras donde los republicanos torturan y despellejan a cualquiera que sea sospechoso de apoyar el levantamiento. ¿Crees que si te metieran en una de ellas iban a ser tan caritativos contigo como lo somos nosotros con ellos?

Echenique hizo una pausa antes de continuar, al tiempo que se regocijaba al ver cómo el orondo cuerpo del administrador temblaba con solo imaginar aquella desagradable hipótesis.

—Todos los días llegan presos y nuestro trabajo consiste en abrir nuevos huecos. Saben que no cabe uno más, que estamos sobrepasados, que se amontonan como animales los unos sobre los otros, y no paran de enviar más y más. ¿Por qué piensas que lo hacen? La mayoría deberían haber sido fusilados, pero los jueces son demasiados bondadosos, incluso en tiempos de guerra, y les conmutan las penas de muerte por treinta años de prisión. Es entonces cuando la condena de esos malditos rojos se convierte también en nuestra pena. Tú llevas las cuentas. ¿Cuántos recursos se destinan a mantenerlos?

El administrador se limitó a silbar, al tiempo que agitaba su mano derecha dando a entender que se trataba de mucha cantidad.

—Y eso sin contar los soldados que podríamos enviar a los distintos frentes, pero que, en su lugar, debemos mantener en prisiones como esta para que estos piojosos no puedan escaparse.

El silencio fue lo único que el militar volvió a obtener como respuesta.

—Tenemos balas para todos ellos —prosiguió Echenique a la vez que se aproximaba al otro, esta vez en tono conciliador. Sabía mejor que nadie cómo manejarle a su antojo—. Así que si alguno se pone rebelde ya sabe lo que toca. Esta mañana han aprendido la lección. Lo importante es ser contundente con ellos. Si dudamos estaremos perdidos. No olvides que son muchos. Podrían sublevarse si se organizaran, y entonces no seríamos capaces de contenerlos. Su miedo y su debilidad son nuestros aliados. Nunca lo olvides.

—Quizás tengas razón.

—Claro que sí —añadió el sargento con una sonrisa y propinando una cachetada amistosa al administrador—. Toma. Ayer conseguimos una buena venta en Pamplona.

El funcionario observó embobado el manojo de billetes que el militar había colocado al alcance de sus manos, y sus ojos parecieron abandonar sus órbitas. Fue entonces cuando el ramalazo de compasión que acaba de mostrar hacia las condiciones de vida de los presos pareció quedar olvidado. Qué demonios, pensó aproximándose al dinero, Echenique tenía razón. Cada cual que se preocupase por lo suyo. Sin embargo, cuando se dispuso a coger el fajo el sargento lo alejó de él con rapidez. Sorprendido, sus ojos se elevaron hasta que se encontraron con los del militar.

—Con esto podríamos hacer que esos andrajosos comieran decentemente durante una semana —señaló con picardía el militar.

El administrador se relajó al escuchar aquellas palabras. Durante unos instantes había visto peligrar aquellos papelitos de colores que tanto apreciaba. Por fortuna, concluyó aliviado, solo era una broma más de Echenique. Su pulso volvió a tranquilizarse y resopló aliviado.

—Tienes razón. No podemos permitir que esos piojosos vivan mejor que nuestra gente.

El sargento sonrió mientras que, con cierta maldad, observaba cómo el orondo cuerpo del funcionario se desplazaba hacia los billetes que aún mantenía a cierta distancia. La escena

resultaba jocosa.

—Piensa que esto puede acabarse algún día —advirtió el militar cuando el otro, no sin esfuerzo, consiguió hacerse con el premio—. La guerra acabará y quizá los presos sean trasladados, amnistiados, o fusilados.

El administrador, al escuchar la advertencia, volvió a palidecer. Acostumbrado a derrochar el dinero que con tanta facilidad llenaba sus bolsillos, su cerebro no había dispuesto de luces suficientes para prevenir aquella eventualidad. Echenique aprovechó entonces para tejer su nueva trampa.

—Por ello tenemos que aprovecharnos al máximo de esta mina —añadió sibilino—. Llenar la talega para cuando las vacas vengan flacas. Porque algún día sucederá. Cuando la guerra termine, se necesitarán muchos recursos para sacar adelante el país. Y quizá, entonces, no sea tan fácil.

El funcionario asintió apesadumbrado ante el negro futuro de escasez que vaticinaba el sargento.

—Ya tengo comprador para el próximo camión de víveres —continuó el militar en voz baja y con la mirada puesta en la puerta de entrada a la cocina, temeroso de que algún oído indiscreto pudiera escucharle. Era consciente de que a esa hora los presos comunes preparaban la comida, mientras algunos prisioneros de las brigadas les ayudaban—. Podemos conseguir un precio muy bueno. Los alimentos escasean en muchas zonas. El fajo que te acabo de dar puede quedarse pequeño.

Los ojos del administrador dejaron atrás el pesimismo y se cubrieron de un brillo especial.

—Adelantaré el pedido —añadió este, con la mente puesta en el próximo puñado de billetes—. Cada vez llegan más prisioneros y con la buena alimentación que les ofrecemos, los recursos se agotan rápidamente.

Los dos rieron a carcajadas.

—Nunca dejarás de sorprenderme —añadió el militar entre risas—. Eres un jodido genio.

El administrador rio entonces de forma más profusa y el ronquido porcino que caracterizaba su carcajeo no tardó en aparecer. Era un jodido genio, pensó para sí, complacido. Un jodido genio que se estaba haciendo rico.

Enric llevaba una hora pelando patatas en el interior de la cocina. Gracias a aquel laborioso trabajo conseguiría un trozo de pan y una ración de comida más que cualquier otro preso, y después de lo sucedido aquella mañana sabía que necesitarían esos alimentos. Por desgracia, ya no podrían contar con los paquetes que le enviaban a Jorge. Aquel pensamiento que el estómago había colado con sutileza en su cabeza, le entristeció. Había visto morir a muchos presos durante el tiempo que llevaba recluido en aquel lugar. Podría afirmar incluso que la muerte era un suceso demasiado natural entre los prisioneros que se hacinaban en el agujero. Pero cuando el que perdía la vida era alguien tan cercano, los sentimientos surgían desde un interior que no acababa de endurecerse lo suficiente. Aquella mañana había llorado como hacía tiempo no lo hacía. Si la fatalidad unía con un pegamento especial a las personas que la padecían, podría decirse que Jorge y él eran uña y carne. Como uña y carne era también con Samuel y con Miguel, y, desde hacía unos días, con el joven Daniel. Y cuando la uña se separaba de la carne, dolía. Lo vivido unas horas antes en el patio había conseguido que, por primera vez en muchos meses, Enric creyera que jamás saldría de allí. Y que sus huesos, como poco a poco iba sucediendo con aquellos a los que

conocía, acabarían tarde o temprano bajo la tierra de aquel monte.

El recuerdo del compañero abatido volvió a humedecer sus ojos mientras que con un cuchillo desprendía las mondas de los tubérculos que depositaba en un cubo aparte. ¿Adónde irían a parar aquellos kilos de patatas?, se preguntó, a pesar de que ya conocía la respuesta. La mayoría de ellas alimentarían a los soldados del cuerpo de guardia, así como a los vigilantes. También los presos privilegiados ubicados en los pabellones recibirían una sustanciosa parte. Por último, el resto de los prisioneros que malvivían en las brigadas tendrían suerte si encontraban un pequeño trozo en su ración. Los mataban progresivamente de hambre, hasta que sus vidas se consumían y solo los huesos quedaban visibles. Jamás imaginó que los seres humanos podían llegar a exterminar de esa forma tan cruel a sus semejantes.

—Tú —le habló un preso común, con desdén—. Lleva esos cubos de mondas al patio, aquí dentro ya no caben.

—¿Las tiro a la basura? —preguntó Enric, servicial. Sus meses de experiencia allí le habían convencido de que se ganaba más siendo sumiso que rebelde.

El resto de los reclusos comunes que estaban en la cocina rieron al oír la pregunta.

—Aquí no se tira nada a la basura —respondió otro—. ¿Qué crees que cenaréis esta noche?

El preso catalán les observó resignado. Aquellos que habían sido condenados por delitos comunes estaban un escalafón por encima de los prisioneros políticos, y pagaban con ellos las vejaciones a que les sometían los guardias.

—No nos mires así, hombre —añadió quien había hablado primero—. En las cáscaras están las vitaminas.

Las carcajadas volvieron a inundar la estancia, por lo que Enric optó por agachar la cabeza y obedecer la orden recibida. Pero cuando llegó a la puerta que separaba la cocina del patio, el eco de una conversación llamó su atención y, presa de la curiosidad, se detuvo antes de salir al exterior. Fue en ese momento cuando a sus oídos llegaron frases y palabras que jamás hubiera querido escuchar. Con precaución, y sin dejar los cubos que transportaba en el suelo, asomó la cabeza a través del quicio de la oxidada puerta de hierro para ver las caras de los que se repartían el dinero que sisaban del sustento de los presos. Poco a poco, sus ojos fueron ampliando el campo de visión, a la vez que el muro de piedra situado en el exterior iba pasando ante su mirada furtiva hasta que, de pronto, las figuras del sargento Echenique y la del administrador se hicieron visibles. «Malnacidos», masculló para sí cuando volvió a ocultarse para no ser descubierto. Aquellos dos sinvergüenzas eran los responsables de que apenas llegaran alimentos a las brigadas. Si aquello llegaba a oídos del resto de los compañeros, el alboroto que se montaría sería descomunal. Todos pensaban que las raquícas raciones que recibían venían impuestas desde arriba con el propósito de acabar con ellos lentamente, pero aquella conversación lo cambiaba todo.

—¡Eh! ¡Tú! —Escuchó gritar a su espalda.

Sobresaltado, Enric giró en redondo hacia el lugar del que procedía la voz.

—¿Acaso te da miedo salir fuera? —ironizó uno de los presos comunes desde el interior de la cocina—. Es para hoy. No intentes escaquearte.

—Ahora mismo voy —respondió nervioso el preso barcelonés, a sabiendas de que aquellos gritos podrían haberle descubierto.

Apenas volvió a situarse de nuevo frente a la puerta de salida al patio, el frío rostro del sargento Echenique apareció ante sus ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Enric agachó la cabeza tratando de evitar la mirada del militar.

—Solo unos segundos, señor.

—¿Por qué le gritabas? —preguntó entonces el sargento al preso común.

Este, tras valorar las opciones de respuesta que tenía, acabó pensando que si le cogían mintiendo sería él quien sufriría la paliza, por lo que decidió no jugársela y dejar con el culo al aire al otro prisionero.

—Hace un rato ya que le mandé dejar esos cubos con mondas en el patio, y estaba ahí parado.

—¡Maldito piojoso mentiroso! —gritó el administrador que en ese instante había entrado también en la cocina, y se aproximaba a Enric con el puño en alto.

—¿Te gusta escuchar conversaciones ajenas? —volvió a preguntar Echenique después de calmar al orondo funcionario, evitando que golpeará al preso.

—No, señor —respondió Enric elevando la mirada por primera vez desde que fuera descubierto.

El sargento escudriñó aquellos ojos que ya no se mostraban huidizos, sino firmes, mientras el resto de los presentes le dejaban hacer, cuidadosos de no interrumpirle.

—Está bien. Sigue con tus tareas.

Aquella sorprendente decisión que nadie esperaba, ni siquiera el propio Enric, hizo que el administrador hiciera ademán de protestar, aunque rápidamente se arrepintió tras percibir el duro gesto del militar, y, desconcertado, se limitó a seguir los pasos del sargento hasta que ambos abandonaron en silencio la cocina con dirección al patio del penal.

Ya en el exterior, los presos de la tercera brigada saturaban con sus monótonos paseos el reducido rectángulo abierto al cielo. Entre la multitud, los dos socios defraudadores caminaron sin dirigirse la palabra hasta que llegaron a las oficinas y accedieron al despacho del funcionario.

—¿Puedes explicarme por qué has dejado a ese malnacido sin escarmiento? —preguntó el administrador, tan pronto como cerró la puerta de la oficina al entrar.

En lugar de responder, Echenique se dirigió con calma hacia un pequeño mueble de madera del que extrajo dos pequeños vasos que llenó con el contenido de una botella de anís.

—A saber lo que ha oído ese piojoso —volvió a la carga el funcionario—. ¿Y si se ha enterado de todo? ¿Y si mañana toda la prisión sabe que se mueren de hambre, por qué nosotros nos quedamos con el dinero de sus comidas? ¿Acaso no te importa? —finalizó estupefacto ante la serenidad que mostraba el sargento.

—Es la palabra de un simple preso —contestó el otro antes de beber de un solo trago el licor.

—Pero la palabra de un preso hoy, es un rumor mañana. Y si llegase a oídos del director... Nos fusilan, Echenique.

El militar dedicó entonces una dura mirada al funcionario al tiempo que meditaba sobre la cobardía y la ignorancia de aquel hombre. ¿Cómo explicar a un ser sin luces que, si aquello se descubría, solo figurarían como responsables él y el director? Obviamente no podía. Si aquel botarate colocado a dedo no era capaz de percibir el riesgo que corría defraudando el presupuesto de la prisión, no iba a ser él quien se lo aclarara.

—¿Quién autoriza las órdenes de compra de los víveres? —se limitó a preguntar.

El administrador pensó durante unos segundos la respuesta, por si aquella pregunta tuviera escondida alguna trampa.

—El director —respondió finalmente.

—¿Y crees que el director va a hacer algo que pueda implicarle si llegara a enterarse?

El funcionario rumió aquellas palabras.

—¿Acaso crees que le interesa que todo esto salga a la luz?

Al otro se le acumulaban las preguntas en la cabeza, y su rostro mostraba un gesto de concentración exagerado. De dónde no había, no podía sacarse

—Es su palabra contra la nuestra —insistió Echenique, tratando de que el administrador no fuera capaz de tejer en su mente el peligroso hilo que desvelaba la verdad. Todo estaba pensado para que, si aquello salía a flote, él quedara exento, y toda la mierda salpicara por igual a los dos directivos del penal. A fin de cuentas, eran ellos los que firmaban—. Toma y bebe. Verás cómo esto te aclara las ideas. En cuanto al preso, pronto nos enteraremos de lo que sabe. Tengo mis métodos. A ninguno nos interesa que un rumor pueda desestabilizar la prisión. Esos jodidos cabrones están tan desesperados que serían capaces de cualquier cosa.

La fuerte graduación del licor arrugó el rostro del administrador, quien pareció satisfecho con las explicaciones del militar.

—¿Cómo averiguarás si ese rojo figón ha oído más de la cuenta? —se interesó el funcionario tras repetir un segundo trago del bebedizo.

El sargento sonrió antes de contestar. Un copazo más y la obtusa mente de aquel zopenco habría olvidado todo lo anterior.

—Algunos de esos malnacidos son capaces de vender a la furcia de su madre por un par de mendrugos.

El funcionario rio a carcajadas, preso ya de los efluvios del alcohol.

—Lo tienes todo pensado.

—Me limito a pulir tus ingeniosas ideas —aduló el otro, mientras se vanagloriaba por la suerte que había tenido al topar con un socio tan incompetente. Él, por el contrario, había sabido utilizar su inteligencia y picardía para salir siempre adelante, y eso que la vida no se lo había puesto fácil.

Nacido en el seno de una familia pobre, los únicos ingresos que les mantenían a flote provenían de una madre que, entre paliza y paliza, dedicaba todo el día a trabajar en un taller de costura. Con las pocas pesetas que el malnacido de su padre no se gastaba en vino, sus tres hermanos, su madre y él vivían. Pero cuando las carencias eran diarias y el estómago se quejaba, la inteligencia se avivaba y la astucia, si se tenía, se aceleraba. Con tan solo diez años decidió dar utilidad a la mula que el gañán de su padre era incapaz de sacar provecho. Una buena mañana, con dos alforjas a cada lado del equino, partió hacia la ciudad sin decir nada a nadie. Con el dinero que había conseguido ayudando a un pastor que durante unos días no pudo sacar a pastar a sus ovejas, compró artículos que no había en los comercios del pueblo. Cuando regresó, su padre aún no se había despertado de la última borrachera y su madre seguía trabajando en el taller, apenas la veía salvo para la cena. Solo dos días necesitó para vender todo consiguiendo multiplicar por dos el dinero que tenía ahorrado. Visto el buen resultado obtenido, volvió a realizar la operación invirtiendo de nuevo todo el capital que tenía. Tras la venta de los productos de su cuarto viaje, ya ganaba más que su madre trabajando de sol a sol. Sin embargo, pronto aprendió que debían aprovecharse los tiempos de bonanza porque tarde o temprano la suerte solía cambiar. Aquella lección que ahora trataba de aplicar en sus trapicheos con el administrador del penal, la comprendió siendo aún muy joven. El pueblo era pequeño, y los rumores no tardaban mucho en llegar a todas las casas. Aquella tarde, cuando regresó con la mula cargada, su padre le esperaba sentado sobre una silla. Su rostro agrio y ojeroso no mostraba mucho mejor aspecto que otros días, aunque aquellos ojos oscuros y vidriosos revelaban un brillo diferente y amenazador. Tan pronto observó cómo este apretaba con fuerza un cinturón entre sus manos supo que las cosas no acabarían bien. De repente, la puerta de entrada a la casa se abrió, y la imagen de su madre le

tranquilizó. Por algún motivo que desde entonces siempre había maldecido, aquel día había salido antes del trabajo. La tormenta no tardó en desatarse. Aquel horrendo ser que le había engendrado, no dudó en intentar apropiarse de todos sus ahorros, al tiempo que le golpeaba sin piedad con el cinturón. Él, arrinconado en una esquina de la cocina y tirado sobre el suelo, intentaba protegerse de los golpes que le llovían de todos lados. Jamás vio tanta furia en aquellos ojos crispados. Jamás observó tanta saña, como si en lugar de a su propio hijo, fuera a un perro al que golpeaba. Pero él habría aguantado todos los golpes con tal de que nunca sucediera lo que pasó cuando su madre decidió intervenir y librarle a él del escarnio. Tras el empujón dado por el monstruo, ella cayó hacia atrás y su cabeza golpeó en el suelo. Aquel crujido mortal aún le despertaba sudoroso durante las madrugadas. Fue en ese instante cuando sintió cómo algo se quebraba en su interior. Aquella maldita semilla de la que provenía cubrió su mente de un halo de oscuridad y la falta de aprecio hacia el prójimo fue invadiendo su alma. La familia quedó rota y los hermanos fueron separados. Jamás volvió a saber de ellos y jamás intentó buscarlos. Con solo pensar en su pasado regresaba de nuevo al infierno donde se había quemado. Y cuando eso sucedía, porque nadie era libre de renunciar a sus demonios, calmaba su dolor con el sufrimiento ajeno. Aquella maldición que desde niño le había acompañado, marcaba su personalidad presente. Lo sucedido esa mañana en el patio del penal era un claro ejemplo de su anómalo comportamiento. Solo cuando arrebató la vida ajena consiguió calmarse. Y ahora necesitaba emborracharse para olvidar.

—Daniel. Daniel.

Aquella voz que le resultaba tan familiar se había colado en el salón de su casa mientras cenaba junto a sus padres y hermanos. Conversaban distendidos al calor de una buena lumbre que los protegía del frío exterior. Estaban a principios de diciembre y en pocos días comenzarían a recoger la aceituna del olivar que tenía la familia. Ese año la cosecha se presentaba generosa. La primavera había sido lluviosa al igual que el otoño que pronto dejarían atrás, y los olivos mostraban sus ramas dobladas por el peso del fruto. No podían esperar mucho más, y como el resto de los vecinos, aguardaban ansiosos a que el molino abriera sus puertas para comenzar la campaña. Su padre ultimaba los preparativos y les hablaba de los tres jornaleros que iba a contratar para que les ayudaran.

—Daniel. Vamos, Daniel, despierta.

Aquella voz que solo él parecía oír volvió a sonar dentro de su cabeza y la calma que se respiraba a su alrededor comenzó a enturbiarse. Con disimulo, colocó las manos sobre sus orejas, pero aquel sonido prosiguió taladrando su mente y apoderándose de su consciencia. Poco a poco todo lo que le rodeaba fue oscureciéndose. Su padre, su madre, sus hermanos y aquella espléndida fogata comenzaron a difuminarse hasta que desaparecieron. De pronto, la oscuridad le atrapó, y aunque peleó por regresar, sintió que se quedaba solo de nuevo. Todo aquello cuanto quería se había esfumado otra vez de su vida sin poder hacer nada por evitarlo.

—Eso es, Daniel. Por tu *mare*.

Recobrar el conocimiento le supuso al joven un agudo dolor de cabeza que apenas era capaz de soportar. No obstante, sus ojos se fueron centrando en los objetos que veía, y al cabo de unos segundos comenzó a reconocer el lugar en el que se encontraba. Su olfato tampoco tardó mucho en percibir el fétido hedor que inundaba el agujero. Nada que ver, asumió desilusionado, con el embriagador aroma a casa de pueblo que acaba de dejar atrás. Aquel sueño de días felices y

tiempos de paz había dado paso de forma abrupta a la cruda realidad. De repente, todo lo vivido durante las últimas horas comenzó a ordenarse en su cabeza.

—¿Y Jorge? —preguntó con un alarido incorporándose de forma súbita sobre el petate.

Aquel movimiento, inconsciente y precipitado, le originó una desagradable sensación de mareo que le obligó a tumbarse de nuevo. Su estómago se revolvió, y una molesta sensación de angustia se instaló en todo su cuerpo, pero no vomitó. Alguna cosa buena debía tener el comer tan poco.

—Con calma, *carapapa* —le sugirió Miguel—. No puedes levantarte *a to meté*.

Daniel asintió, aunque lamentó que el consejo de su amigo llegara demasiado tarde. Fue por ello por lo que intentó relajarse y cerró los ojos al tiempo que inspiraba con profundidad. Las náuseas comenzaron a remitir, así como la desagradable debilidad que le había invadido. Lo único que no parecía mermar era el insufrible dolor proveniente de su cabeza, razón por la que decidió palpar con su mano derecha el lugar de donde procedía aquella aguda punzada. El bulto que encontró en su cráneo trajo a su mente la última imagen que vio antes de quedar inconsciente.

—El sargento te ha dado un buen porrazo —informó el preso malagueño—. Has tenido suerte de que no te abriera la *chota*.

—¿Cómo está Jorge? —volvió a interesarse el joven.

Miguel no respondió de forma inmediata, y desvió su mirada hacia un lugar indeterminado de la nave, allá donde la oscuridad no le permitía distinguir ningún objeto. Parecía como si en lo más profundo de su interior buscara unas palabras que resultaban difíciles de encontrar.

—Era lo mejor que le podía pasar —respondió con tono melancólico—. No habría sobrevivido muchos días en ese estado.

Daniel permaneció callado, y aunque desde que recobró la consciencia ya intuía lo que podía haber sucedido con su compañero, la confirmación de la noticia le llenó de dolor. Para cuando fue capaz de reaccionar, las lágrimas ya resbalaban por sus mejillas. Resultaba asombroso cómo en aquel lugar la desgracia nunca dejaba de sorprender. Por más que pensaba que no podía suceder nada peor, la cruda realidad volvía a golpearle con fuerza. Había minusvalorado la crueldad del ser humano que en aquella prisión parecía ser infinita. Apesadumbrado, pensó que solo la muerte conseguiría salvarlo de aquel sufrimiento que parecía no tener fin. Esa misma muerte que ya había permitido a Jorge no sufrir más.

—¿Quién le disparó?

Miguel le miró sin entender el sentido de aquella pregunta. En sus ojos también había lágrimas.

—¿Qué importancia tiene eso, Daniel?

—¿Quién le disparó?

El preso malagueño volvió a perder la mirada, y antes de responder un gesto de repugnancia cubrió su rostro.

—El sargento lo hizo.

Los puños y los dientes del joven se crisparon en un fuerte e intenso apretón. Aquel maldito militar era peor que el mismo diablo, pensó enrabiado.

—Después de golpearte con la culata de su pistola y dejarte sin conocimiento, apuntó a su cabeza y nos advirtió a todos de que eso mismo le pasaría al que intentara hacerse el valiente. El muy malaje lo ajustició sin contemplación. Luego se acercó a ti y apuntó también a tu cabeza. Así estuvo un tiempo. Por mi *mare* que todos creíamos que te iba a matar también, pero guardó la pistola y se fue.

—Maldito sea —murmuró Daniel entre dientes.

—Aún no ha olvidado lo que le hiciste el primer día. Te va a joder bien la vida.

El joven meditó sobre la advertencia que acababa de oír mientras continuaba recuperándose sobre el petate. Como si ya no fuera suficiente castigo pasar veintidós horas al día en aquel lúgubre e infecto agujero, expuesto a que la hambruna y la enfermedad le doblegasen, aquel militar parecía haberse propuesto amargarle aún más la existencia. ¿Cuánto tiempo podría aguantar así? Apenas llevaba tres días en aquel lugar, pero parecían haber pasado semanas. ¿Qué expectativa le quedaba? ¿Consumir su existencia entre piojos, mugre e inmundicia? No podía resignarse a continuar así el resto de la condena. Aún tenía fuerzas y, lo más importante, esperanza. Alguna solución tenía que haber. Le costaba creer que de los más de mil quinientos presos que malvivían amontonados en las tres brigadas, ninguno intentara poner remedio a aquella situación. Entre todos los que deambulaban como espectros por el patio esperando a que la parca se fijara en ellos, debía de haber hombres cuya voluntad para ser libres permaneciera aún intacta. Fue entonces cuando su mente cosió varios de los sucesos vividos durante el tiempo que llevaba en la prisión. Desde la insinuación del viejo preso que llevó a la enfermería, hasta los dos prisioneros que descubrió confabulando en Esperanto. Sí, afirmó en su razonamiento, algo parecía estar cociéndose en aquella mugrienta olla que, a tres metros bajo el suelo, se quemaba a fuego lento. Por esa razón —concluyó—, debía permanecer atento y prestar atención. Si existía una mínima posibilidad de salir de allí, por pequeña que esta fuera, se agarraría a ella con uñas y dientes. Poco tenía que perder.

—Pronto saldremos de aquí —profetizó en voz alta una vez dejó atrás sus pensamientos.

Miguel, que inicialmente se sorprendió por el optimismo de su compañero, reaccionó soltando una carcajada que centró la atención del resto de presos que se apretujaban sobre el suelo de la nave. No resultaba muy habitual oír a nadie reírse de esa forma cuando la vida castigada con tanta dureza. Aunque sí era más frecuente que se perdiera la cordura, razón por la que rápidamente cada uno regresó a lo suyo.

—El sargento te ha golpeado fuerte en la *chota*. Espero que no te haya dejado tonto para siempre —respondió el otro, aún con la sonrisa en los labios.

Enric llegó a la brigada unos minutos antes de que comenzara el reparto del rancho. Gracias a su trabajo, ese día dispondrían de una ración doble de pan y algún que otro alimento que el preso barcelonés había conseguido sacar de la cocina. Aunque en su rostro todavía se notaba la indignación por los trapicheos descubiertos entre Echenique y el administrador, nada más alcanzar la nave se dirigió a interesarse por Daniel al que vio más recuperado.

Comieron en silencio, como siempre solían hacer los prisioneros. Quizá porque cuando el estómago estaba tan necesitado de alimento, el instinto animal se imponía al humano y se ingería con avidez lo poco que cada uno había conseguido. El hambre que se sufría era de tal envergadura que, a pesar del compañerismo existente entre los presos, no solían faltar las riñas por mendrugos o las disputas relacionadas por hurtos de alimentos. Como el lobo que entre gruñidos protege el trozo de carne que ha conseguido arrancar de su presa, así defendían algunos de ellos el bollo duro y sucio que roían con miradas amenazadoras. Solo los más afortunados lograban librarse de la carestía; bien porque conseguían algún trabajo en el penal, como le había sucedido a Enric; o bien porque sus familiares les surtían periódicamente de alimentos o dinero. El resto languidecía de hambre mientras se consumían poco a poco.

—Malditos perros —se quejó un preso que comía cerca de donde también lo hacían Daniel,

Miguel y Enric. Solo un trozo de patata había conseguido encontrar en su lata—. Cada vez nos dan peor de comer.

—Solo agua sucia —gruñó otro que estaba a su lado.

—Tú —dijo el primero dirigiéndose a Enric—. Estás en la cocina, ¿verdad?

El preso barcelonés asintió sin contestar.

—¿Qué coño hacéis allí toda la mañana?

Enric meditó durante unos segundos la respuesta. La rabia que consumía su interior iba en aumento tras comprobar las minucias que recibían. Imaginó que todo hubiera sido igual que cualquier otro día si no supiera lo que ahora sabía, aunque una voz en su interior le convencía de que fuera moderado.

—¿Tú qué crees? —respondió al fin.

—Creo que nada —intervino un tercero, también molesto porque él solo había encontrado una monda entre el agua oscura de su ración—. Para calentar un poco de agua y echar cuatro patatas no hace falta estar tres horas.

El enfado de Enric iba en aumento, y su cabeza se estaba convirtiendo en una olla a presión difícil de controlar. La invitación a la mesa que acababa de escuchar en alguna parte de su cabeza perdía intensidad a marchas forzadas.

—Pelo más patatas de las que todos los que estamos aquí podríamos comer en una semana.

Aquellas palabras sorprendieron al resto.

—¿Y dónde las echan? —preguntó uno desde el otro lado del largo pasillo que dividía la nave en dos estancias.

—Es cierto —terció otra voz—. Yo también trabajé en la cocina hasta que caí enfermo. Durante todo el tiempo que estábamos allí no parábamos de pelar patatas, habas o lo que hubiera ese día.

—¿Y por qué nos llega tan poco? —Se oyó entre la penumbra, más allá de donde los ojos podían discernir las luces de las sombras.

—Porque no hay para todos —volvió a responder el anterior—. De la comida que se hace en la cocina tienen que comer los soldados de fuera, los guardias, los presos comunes, los caballistas de los pabellones, y lo poco que sobra viene a nosotros. No llega para todos, y nos quedamos con los restos.

—Si los piojos tuvieran rancho tendrían mejor ración que nosotros —bromeó otro, mientras enseñaba con los dedos al aire lo que parecía ser un parásito recién capturado. A pesar del tamaño de los cocos en aquel lugar, solo los más cercanos a él fueron capaces de verlo.

Aquella última ocurrencia alegró un cotarro que había comenzado con tintes reivindicativos. Enric, mientras tanto, batallaba con su interior. Estaba convencido de que lo más honesto era que todos conocieran el motivo real por el que apenas les llegaba comida. Si no hablaba estaba permitiendo que aquellos dos sinvergüenzas continuaran matándoles de hambre, y cada vez que viera a uno de sus compañeros sorber aquel líquido infame, o se fijara en cómo los huesos sobresalían a través de una piel que solo era pellejo, recordaría a aquellos dos estafadores repartiéndose el dinero que valía la vida de todos ellos. ¿Cuántos días podría seguir siendo cómplice de aquella artimaña tan cruel? No por mucho tiempo, se convenció. Aquel fraude tan ruin y mezquino debía ver la luz. Probablemente poco o nada cambiaría, y tras el cabreo inicial todo regresaría a la normalidad. El estricto régimen al que estaban sometidos hacía replantearse sacar demasiado la cabeza. Solo eran marionetas que colgaban de un hilo que podía ser cortado en cualquier momento, e incluso valían más muertos que vivos. Sin embargo, sentía la necesidad de

que la verdad se supiera. Así, al menos, quedaría liberado de aquel maldito secreto y podría malvivir en paz.

—La comida sería mucho mejor si no nos robasen lo que es nuestro —espetó al fin, como si no fuera capaz de contener durante más tiempo aquello dentro de sí.

Las palabras de Enric, pronunciadas de improviso y en voz alta, acallaron de golpe las últimas risas de igual forma que hubiera sucedido si uno de los vigilantes hubiese entrado en ese instante en la brigada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Miguel, a punto de atragantarse con el último trozo de pan que había metido en su boca.

El resto de los presos permaneció expectante, al tiempo que el silencio se adueñaba de la nave.

—¡Cómo oís! —alzó de nuevo la voz, sin temor a que sus palabras rebasaran las gruesas paredes que les separaban del exterior—. ¡Roban el dinero que llega a la prisión para nuestra alimentación!

Un runrún ininteligible retumbó entre los techos abovedados que los cobijaban, y los gestos de sorpresa comenzaron a poblar los afilados rostros de los presos.

—¿Y quiénes nos roban? —Se oyó preguntar entre el eco de los susurros.

—¡El administrador y el sargento Echenique! —gritó más alto Enric, a la vez que se ponía en pie para hacerse oír mejor.

Miguel y Daniel miraban asombrados a su compañero desde el suelo, incapaces aún de creer lo que escuchaban; pero también sorprendidos por la inesperada arenga revolucionaria que mostraba este.

—¿Y tú cómo sabes eso? —Surgió una nueva pregunta entre el fragor de las murmuraciones.

—¡Les he oído hablar en el patio que hay junto a la cocina! —aulló desaforado entre el bullicio que había surgido tras el cuchicheo inicial—. ¡Les he visto repartirse el dinero conseguido tras vender los alimentos que debían ser para nosotros!

Las voces e insultos que se escucharon a continuación fueron acallados rápidamente por el estruendo de latas y platos al golpear contra las paredes y el suelo. La algarabía fue de tal magnitud que en apenas unos minutos los más de quinientos presos que se apilaban en las once naves que componían la primera brigada, ya conocían lo sucedido. La indignación aumentaba al mismo tiempo que lo hacía la baraúnda.

Enric, sin embargo, una vez liberó todo aquello que ansiaba expulsar de sus entrañas, volvió a sentarse sobre el petate, al tiempo que observaba la algarabía que había creado entre los presos. Nunca antes se había sentido más tranquilo y en paz consigo mismo. Aquel pesado lastre que durante las últimas horas había sobrecargado su conciencia, ya no le atormentaba. Todos sabían ya el motivo de que sus estómagos no se saciaran. Los culpables estaban más cerca de lo que pensaban.

—Te acabas de meter en un lío muy gordo —le advirtió Miguel con rostro serio, una vez se acercó a él para que sus palabras pudieran escucharse entre el alboroto.

Enric meditó durante unos segundos el aviso que le acababa de hacer su compañero. Sabía que tenía razón, aunque aquella posibilidad ya había sido tenida en cuenta y no le asustaba.

—Nos matan poco a poco. No podemos vivir con miedo —respondió al fin, mientras buscaba entre sus pertenencias una fotografía en la que aparecía su familia. Apenas la encontró, la besó con delicadeza. Los echaba de menos y seguramente nunca más volvería a verlos. No tras haber dictado él su propia sentencia. A continuación, cogió dos sobres cerrados y los acercó a Miguel.

—No me jodas —alegó este en señal de protesta.

Daniel, que también se había distanciado del alboroto y centrado en sus dos amigos, los miraba extrañado. No parecía entender lo que sucedía, y su rostro se mostraba confuso.

—Sabes que no hay elección —indicó Enric—. Si esto sale fuera del agujero, mi vida valdrá menos que la de uno de esos piojos. No puedes negarte. Tú eres el siguiente. Samuel aún sigue en la enfermería y no puedo dárselas a él. Mi carta de despedida y la de Jorge deben llegar tarde o temprano a su destino.

—Nadie tiene que saber que has sido tú —intervino Daniel, tan pronto como comprendió de qué iba aquello—. No podrán hacerte nada. Estaremos a tu lado.

El preso catalán, que llevaba demasiados meses en aquel lugar, sonrió ante la inocencia del joven.

—Aún llevas poco tiempo aquí, pero ya has visto el poco valor que tiene nuestra vida. El sargento sabe que les escuchaba. Me sorprendió en la cocina, aunque me dejó marchar. Quizá porque había demasiados testigos, o porque pensaba que no diría nada. Tan pronto el rumor salga de estas paredes y llegue hasta sus oídos buscará la forma de quitarme de en medio.

De repente, varios guardias alertados por la algarada se agolparon junto a la puerta de entrada a la brigada. Los presos que los vieron, enardecidos aún, comenzaron a lanzar contra ellos los botes, platos y todo tipo de objetos con los que golpeaban las paredes y el suelo. Desarbolados, los vigilantes no se atrevieron a penetrar en la galería y se mantuvieron expectantes junto a la escalera de caracol que les separaba de la planta superior, por si la revuelta iba a más y tenían que buscar ayuda en el exterior. Por fortuna para ellos, las fuerzas eran escasas entre unos presos mal alimentados, y la trifulca fue disminuyendo su intensidad con el paso de los minutos. Quien más quien menos comprendió que aquel pataleo no iría a parar a ninguna parte, y su ira solo serviría para consumir unas energías que necesitarían para sobrevivir. La calma fue sosegando los ánimos, y Enric respiró más tranquilo. Con suerte, pensó, aquello no pasaría de allí y quizá se olvidase. Lo mismo debieron pensar los guardias al comprobar cómo todo volvía a la normalidad. No era extraño que, de vez en cuando, alguna pelea provocara la exaltación de los reclusos. Por dicho motivo, tan pronto comprobaron que la paz regresaba de nuevo al agujero, se largaron sin hacer preguntas ni interesarse por lo sucedido. ¿Acaso el porquero preguntaba a su piara por la razón de los gruñidos?

La tarde transcurrió en calma, mientras cada prisionero ocupaba el tiempo en sus quehaceres. Y a pesar de que la quietud se había adueñado de la situación, el ambiente en el agujero todavía se notaba tirante.

La salida al patio fue más silenciosa que de costumbre y las miradas que se dirigían a los vigilantes más hostiles. La marea humana invadió el patio cuyo adoquinado aún se encontraba mojado por el efecto de una terca neblina que, durante todo el día, se había aferrado a las cotas más altas de la montaña. El rectángulo gris que se adivinaba sobre sus cabezas no ayudaba a animarlos, y la mayoría de ellos no tardaron en regresar a la indolencia que marcaba sus vidas. ¿Qué importaba quién les robase?, pensaban, la cuestión era poder sobrevivir.

Daniel, Enric y Miguel caminaban en silencio dejándose llevar por el flujo de los compañeros. El joven aguzaba la vista, el oído e incluso el olfato en su intento por descubrir lo que se tramaba en la prisión. Observaba puertas, ventanas y estructuras que rápidamente trasladaba al plano que el viejo compañero fallecido le había dejado. En una de aquellas inspecciones, su mirada se fijó

en los dos hombres a los que había sorprendido la tarde anterior murmurando en Esperanto. La luz del día le permitió apreciar mejor sus rasgos. Uno de ellos, quien parecía ser el cabecilla, destacaba por su mirada inteligente y cautivadora, propia de un líder. Su pelo negro, más largo de lo habitual, le distinguía del resto. Delgado, como la mayoría, su estatura era similar a la media. El otro, sin embargo, podría haber pasado perfectamente por un gañán. Alto y con barba de varios días sin rasurar, mostraba un aspecto rudo y temible. Ambos caminaban en sentido contrario al suyo a solo unos metros de distancia, por lo que se aproximaban a él con rapidez. Apenas fue capaz de reaccionar cuando los dos presos a los que observaba se le echaron encima y, tras cogerle por ambos brazos, le hicieron girarse y le obligaron a seguir caminando junto a ellos.

—Calla y camina —le dijo uno, con tosquedad.

Enric y Miguel reaccionaron con rapidez, pero su intento por seguir al joven fue impedido por otros presos que parecían estar confabulados con los anteriores. Unas palabras sirvieron para calmarles y continuar andando en sentido contrario al que lo hacía Daniel. Todo en el patio se arreglaba sin parar de caminar.

—Solo queremos hablar contigo —tranquilizó el que parecía llevar la voz cantante—. Continúa y no te pares.

Daniel no intentó zafarse de la situación. Todo lo contrario, sabía que se encontraba ante la oportunidad que había estado buscando, por dicho motivo obedeció de buena gana las indicaciones dadas por los otros dos.

—Necesitamos algo que el viejo te dejó —informó el cabecilla antes de dar una calada al cigarro que llevaba entre sus dedos.

—Me dio varias cosas —respondió Daniel, mostrándose cauto.

—Queremos el plano.

El joven meditó la respuesta antes de contestar, por lo que la conversación se paralizó durante unos instantes, los mismos que tardaron en llegar al muro que delimitaba el patio y dar la vuelta.

—¿Para qué queréis un plano de la prisión? —preguntó, a la vez que su mirada tranquila se perdía entre la multitud.

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros —escupió con rudeza el otro preso, al tiempo que aproximaba su cuerpo al de Daniel.

—Tranquilo —terció el cabecilla antes de propinar una nueva calada al cigarro y dejar escapar el humo poco a poco, mientras buscaba una respuesta adecuada—. Cuanto menos sepas será mejor. Hay demasiado en juego.

—Creo que no es justo —argumentó el joven—. Me pedís que os dé algo sin más, y tengo que callarme y obedecer.

El cabecilla sonrió antes de volver a hablar. En pocos pasos se cruzarían de nuevo con Enric y Miguel que caminaban en sentido contrario, atentos a lo que sucedía con su amigo.

—Eres listo, aunque un poco incauto. No sé lo que el viejo te diría, pero algún motivo tuvo que ver en ti para dejártelo. Te hemos observado y no me importaría haberte tenido de nuestro lado, pero ya no queda tiempo. Si te digo más de lo que debes saber, lo contarás a tus amigos. Es un riesgo que no podemos correr. Aquí las piedras tienen oídos y las ventanas, ojos.

—No diré nada a nadie. Lo juro.

El preso volvió a sonreír de nuevo, y posó su mano derecha sobre el hombro de Daniel en señal de camaradería unos instantes antes de que se cruzaran con los amigos del joven. Con aquel gesto pretendió transmitirles que no tenían nada de qué preocuparse.

—Entrérganos ese plano, por favor. No queremos hacer nada por las malas. Si todo sale según

lo esperado, las puertas se abrirán para todos pronto.

Aquella información no agradó al tipo rudo que carraspeó sin disimulo. No parecía gustarle los derroteros que estaba tomando la conversación y los detalles que se estaban revelando. No obstante, el cabecilla no pareció hacer caso y prosiguió hablando muy próximo a Daniel.

—Sé que te hueles algo, aunque no estás seguro de lo que es. ¿No es cierto?

El joven asintió.

—Pues esa actitud, aunque no lo creas, puede resultar peligrosa para todos los que estamos aquí. También para tus amigos. —Una nueva calada pausó la conversación y formó una nube de humo blanquecino sobre sus cabezas—. Tu impaciencia puede ponernos en evidencia.

—¿De qué forma?

—Utilizas el plano para saciar tu curiosidad y, sin pretenderlo, pones todo en riesgo.

Una nueva calada acabó por consumir la colilla y otorgó unos segundos a la reflexión.

—Comprendo que desconfíes —prosiguió el cabecilla—. Yo llevo muchos meses aquí y solo me fio de unos pocos. Este infierno hace sacar lo mejor y lo peor de cada uno. Pero si te tranquilizas y confías en nosotros, pronto tendrás tu oportunidad.

—Creo que ya es suficiente —protestó con brusquedad el otro compinche.

—¿Acaso no te has dado cuenta de que ya sabe demasiado? —atajó el cabecilla endureciendo el tono—. Creo que podemos confiar en él; ya lo hizo el viejo. Parece honesto y no le faltan cojones.

El compañero no contestó, aunque meneó su cabeza con un gesto de negación. No parecía tenerlas todas consigo.

—Aquí mi camarada tiene algo de razón. No es que no nos fiemos de ti, sino que, como te he dicho antes, no es bueno que sepas más de lo razonable. Haremos un trato.

Aquella última propuesta hizo que tanto Daniel como el otro compinche afinaran sus oídos.

—Tú nos entregas el plano por las buenas, y yo te daré una pista para que estés preparado llegado el momento. La única condición es que no podrás contarla a nadie.

—Podemos quitarle el plano en cualquier momento —protestó el otro—. O nos lo da por las buenas o lo cogemos a tortazo limpio.

El cabecilla volvió a desoír las protestas de su compañero, dirigiéndose de nuevo al joven:

—Discúlpale. Todos estamos muy nerviosos. ¿Qué te parece?

Daniel no necesitó pensar mucho la respuesta. Llevaba ya algunos minutos convencido de que debía confiar en aquel hombre. No le quedaba más opción, ahora que acababa de confirmar lo que suponía: se estaba tramando una fuga.

—Me parece bien —respondió entonces—. Lo llevo encima.

—Lo sabemos. Pero hacer el intercambio ahora es demasiado peligroso. No sabemos los ojos que pueden estar observándonos. Cuando bajemos a la brigada por la escalera en fila de a uno, nos situaremos delante y detrás de ti. Ese será el momento adecuado.

Daniel miró de nuevo hacia adelante. Enric y Miguel estaban a punto de cruzarse otra vez con ellos. Se había involucrado tanto en la conversación que había perdido la noción del tiempo y del lugar del patio por el que caminaba.

—Ahora regresa con tus amigos, y recuerda nuestro trato.

—¿Y la pista? —preguntó el joven antes de volver con los otros.

—Mantente vivo dos días —le siseó en el oído el cabecilla justo antes de alejarse.

Los dos grupos se separaron a igual velocidad que minutos antes se habían cruzado. Visto en la distancia y en el desconocimiento de lo que acababa de suceder, aquel leve tumulto pareció un

cruce más de presos que intentaban caminar de un lado al otro del patio, al tiempo que evitaban chocarse los unos con los otros.

—¿Qué querían esos dos? —preguntó Miguel cuando ya habían puesto tierra de por medio.

—¿Los conocéis? —indagó el joven para zafarse de la incómoda pregunta.

—Llevan tiempo aquí —respondió Enric—. El que ha pasado su brazo sobre tu hombro se llama Pico. Le cogieron cuando trataba de volar un puente para frenar el avance de las tropas franquistas. El otro se apellida Elorza. Siempre están juntos. Creo que llegaron el mismo día a la prisión.

Entonces, y sin dejar de caminar, el preso barcelonés agarró el brazo del joven para que este le mirara.

—Ten cuidado dónde te metes. Este lugar ya es demasiado complicado como para buscarte nuevos problemas.

—Tranquilos. Se han enterado de que el viejo me dejó algunos vales, y querían que apostase parte de ellos.

—Malditos tunantes —farfulló Miguel.

—Les he dicho que los gasté todos en las medicinas de Samuel —añadió el joven, mientras escabullía su mirada de la de Enric. Su madre siempre le había dicho que por los ojos se pillaba a un mentiroso.

—Bien hecho —apostilló el malagueño—. Apenas huelen la sangre, se tiran al cuello como lobos.

Enric, sin embargo, no respondió, sino que decidió callar. Aquellos ojos esquivos no parecían decir lo mismo que la boca. Solo esperaba que Daniel no fuera lo suficientemente estúpido para complicarse aún más la vida.

Continuaron caminando entre la multitud que se agolpaba en el patio, aunque apenas hablaron en alguna ocasión más. Había momentos en los que la mente de cada uno de ellos se evadía y se entregaba a sus recuerdos o sus miedos. Era, en esos instantes, cuando los cuerpos deambulaban como sonámbulos sincronizados por una sufrida letanía de pies arrastrándose por el pavimento. Una procesión de huesos y pellejos, de cadáveres en vida, capaces de cruzar el patio con los ojos cerrados sin chocar con ninguno de los muros que lo delimitaban.

El cielo gris se fue oscureciendo, y dejó paso a unos nubarrones que no avecinaban nada bueno.

Durante el poco tiempo que les quedaba de paseo en el exterior, los tres presos intentaron conocer alguna noticia nueva sobre el estado de salud de Samuel, pero volvieron a toparse con la oposición de las monjas que atendían la enfermería. Por dicho motivo, Daniel accedió al economato para preguntar a su encargado si había cumplido con el pedido.

—¡Por quién me tomas! —respondió este tras el mostrador y entre gritos—. ¿Acaso tengo cara de embustero? Las medicinas hace tiempo que están en la enfermería. Y ahora, si no vas a comprar, largo de aquí.

El joven regresó al patio satisfecho y transmitió la noticia a sus compañeros que también se alegraron. Si todo transcurría con normalidad, en unos días su compañero estaría de nuevo con ellos.

Aquella tarde, antes de regresar al agujero el jefe de servicios los formó a todos en el patio. Con un rictus serio y amenazante, les advirtió de que no iba a permitir más algarabías como la ocurrida horas antes. Si volvía a suceder, ladró a grito limpio, los castigaría sin paseo durante una semana. El funcionario prosiguió su discurso recurriendo a proclamas políticas con las que intentó

amedrentar a las mentes más díscolas. Para finalizar su exposición recurrió a una versión demasiado partidista sobre el transcurso de la guerra. Antes de romper filas, y como era habitual, cerró su alocución con tres palabras que el resto de prisioneros debían repetir: «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!».

A lo que el patio, a coro, respondió: «¡Rancho! ¡Rancho! ¡Rancho!».

La similitud de ambas palabras, unido a la reverberación provocada por los elevados muros de mampostería que rodeaban el patio, causó la duda en el oído del funcionario quien, aun confuso, optó por romper filas mientras preguntaba a uno de los guardias sobre lo que este había entendido.

Los presos se dirigieron en fila de a uno hacia la puerta de entrada al edificio que albergaba las brigadas y comenzaron a descender la tortuosa escalera de caracol que les conducía hacia el agujero. Tan pronto alcanzaron la entrada a la brigada, el plano que el viejo preso fallecido por tuberculosis había dejado a Daniel, cambió de manos. Nadie, salvo los tres interesados, se había dado cuenta del intercambio. Solo la oscuridad que cubría parte de la escalinata fue testigo del mismo.

En el despacho del administrador, el sargento Echenique descansaba sobre el sillón que no le correspondía ocupar. Con un grueso puro humeando entre sus dedos y una copa de coñac próxima a su mano derecha, hojeaba el contenido de un expediente. Frente a él, un preso de apariencia huesuda saboreaba ensimismado el contenido del coñac que el propio militar le acababa de servir. Después de más de doce meses cautivo en aquella prisión, aquel licor le sabía a elixir de los dioses.

—¿Y dices que nos acusó en voz alta de robar parte del dinero destinado al rancho?

—Así es —respondió el recluso, algo perjudicado ya por los efectos del alcohol.

Echenique apretó los dientes. Tal y como había imaginado, el maldito preso que aquella misma mañana les había sorprendido a él y al administrador mientras hablaban en el patio anexo a la cocina, se había ido de la lengua. Y aunque no era más que la palabra de un simple prisionero, sabía que si el rumor se extendía podría llegar a oídos del director, y entonces todo se podría complicar. Enrabiado, maldijo no haber sido más contundente cuando le descubrió fisgoneando. Esperaba que sus amenazas hubieran sido suficientes para hacerle callar, pero aquellas malditas cucarachas eran más testarudas de lo que imaginaba, y ahora no le quedaba más opción que cortar aquel problema de raíz.

—Puedo hacer que salgas de aquí —informó el sargento antes de levantar la vista de los documentos que había cogido de la Ayudantía, aprovechando la ausencia del jefe de servicios.

El preso, cuyos ojos ya se mostraban vidriosos, le observó expectante.

—Solo tendrás que hacer otro trabajo para mí. A cambio, colocaré tu expediente junto al de los cinco presos que mañana saldrán libres al conseguir que les conmuten la pena.

El confidente meditó durante unos segundos la oferta.

—Pero ¿seré libre?

—No. Según veo aquí, un juez te condenó a treinta años y un día, y yo no puedo revocar esa sentencia. Solo puedo ayudarte a que salgas de esta prisión.

—¿Y qué gano yo con eso? ¿A dónde voy? Tarde o temprano me encontrarán y me harán prisionero de nuevo.

—Para cuando se den cuenta del error, ya estarás en Francia. Apenas hay treinta kilómetros

desde aquí en línea recta. Si caminas de noche y te ocultas de día, en tres o cuatro días podrás cruzar la frontera. Tendrás una mochila repleta de comida y agua.

El silencio se apoderó durante unos segundos de la conversación. Mientras tanto, el humo del puro que sostenía Echenique entre sus dedos se elevaba con un sugerente contoneo hacia el techo. El chivato parecía rumiar la propuesta, sopesando pros y contras. En el exterior, el viento aullaba enfurecido presagiando la llegada de una inminente tormenta.

—Necesito que me hagas este último favor —presionó el militar, aprovechando el guiño sufrido por la bombilla debido al temporal.

—Está bien —añadió el preso—, pero antes de salir quiero alimentarme bien durante tres o cuatro días. Necesito fuerzas para llegar hasta la frontera.

—Tendrás la comida que necesites —respondió Echenique con una sonrisa que arqueó su perilla.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó el otro apurando las últimas gotas del licor.

DÍA IV

Sábado 21 de mayo de 1938

Penal de San Cristóbal (Pamplona)

Pocos dormían antes de que el toque de diana se escuchara en la cumbre del monte Ezkaba. El viento que había arreciado con fuerza durante la madrugada, trajo consigo una tormenta que descargó con fuerza hasta que las primeras luces del alba clarearon las nubes grises que cubrían el cielo. El agua de lluvia se filtraba por las paredes de la primera brigada y caía a través de los ventanucos situados a ras de patio.

Avanzada la mañana, el temporal pareció dar una tregua y los presos pudieron salir al exterior tras el desayuno. Volver a respirar el aire puro se convertía en uno de los pocos lujos que podían permitirse, y si algún día no podían hacerlo, la moral de los más débiles se hundía un poco más en la miseria.

Los charcos que se había formado sobre el empedrado del patio dificultaban el paseo. Si ya era complicado caminar teniendo que sortear al resto de compañeros, evitar que el agua fría se introdujera por los múltiples agujeros del calzado convertía la caminata en una verdadera odisea.

Enric y Miguel planeaban lo que hacer con los vales que aún les quedaban por gastar. Si a estos les unían la ración extra que el preso catalán obtenía de su trabajo en la cocina, calcularon que tendrían suficiente alimento para pasar varias semanas sin excesivas necesidades. Daniel, sin embargo, permanecía ajeno a la conversación. Conocía algo que los otros dos no sabían, y aunque en más de una ocasión había estado tentado de contarlo, supo morderse la lengua y permanecer callado. El éxito de lo que se estaba tramando dependía en gran medida de que solo unos pocos supieran lo que se avecinaba. Así se lo habían explicado el día anterior, y no era su intención traicionar la confianza depositada en él. Ajeno a las cábalas que manejaban sus dos compañeros —sabía que nada de lo que planearan estos tendría sentido un día después— buscó a Pico y no tardó en localizarle unos metros más adelante, caminando en sentido contrario al suyo y escoltado por dos de sus compinches. Apenas se cruzaron, una sutil mirada de complicidad fue suficiente para saludarse. ¿Qué tendrían pensado?, se preguntó entonces el joven. ¿Cómo conseguirían que todos los presos tuvieran la oportunidad de salir de aquel fuerte diseñado para ser inexpugnable? Según le había dicho Enric, aquel grupo llevaba preso algo más de un año; tiempo más que suficiente para conocer el funcionamiento y los puntos débiles de la prisión. También contaban con el plano en el que, con extraordinaria precisión, se plasmaban las distintas dependencias del penal, y en cuya elaboración seguramente habían tenido mucho que ver los compañeros que, gracias a los distintos oficios que desempeñaban —carpintería, herrería o cristalería—, disponían de plena libertad de movimientos. Todo parecía haber sido estudiado al detalle, pero una cosa era planear y otra bien distinta que lo planeado saliera adelante. Reducir a los guardias, someter a los centinelas y, sobre todo, doblegar a los soldados del cuerpo de guardia, parecía una misión imposible para unos presos debilitados y desarmados. Fuera lo que fuese lo que habían ideado, razonó Daniel, solo tendrían una oportunidad. Si fallaban, todo aquel que se hubiera implicado en la evasión sería fusilado, y el resto continuarían recluidos a la espera de que el hambre y la

enfermedad se cebaran con sus cuerpos. Ese último razonamiento le hizo dudar entre si sería mejor ser de los primeros en actuar o, por el contrario, resultaría más acertado esperar a comprobar cómo se desarrollaban los acontecimientos. Aquella duda dividió su cerebro en dos.

—Daniel. —Escuchó de labios de Enric.

—Sí —contestó él, regresando de entre sus pensamientos.

—Está *alobao* —bromeó Miguel—. *Cusha*, ¿has oído algo de lo que hemos *disho*?

—Eh..., sí.

—¿Y qué?

—¿Qué?

—Me cago en *to* —maldijo el malagueño—. A ver si el porrazo del sargento le ha *dejao empanao*.

—Que si te parece bien que compremos un bollo al día con los vales que aún nos quedan. Con eso y con lo que yo consigo de la coci...

De repente, la frase de Enric se vio interrumpida por el empujón que otro preso le acababa de propinar. Ambos cayeron al pavimento. El resto de los reclusos que se encontraban próximos al altercado, se movieron con rapidez formando un círculo alrededor de los dos caídos. Para cuando Daniel y Miguel quisieron reaccionar, una muchedumbre se había interpuesto entre ellos y su compañero.

Sin apenas tregua, el estruendo de una detonación rasgó el cielo provocando una desbandada general que dejó por los suelos al preso catalán y al prisionero que lo había derribado.

Daniel, arrastrado en un primer momento por la estampida, logró finalmente hacerse un hueco entre los compañeros que se interponían en su camino. La imagen que observó le devolvió al horror vivido la mañana anterior cuando Jorge estaba a punto de ser abatido. Rápidamente miró hacia arriba buscando en los tejados de los edificios. El centinela que había efectuado el disparo de advertencia apuntaba ahora hacia el patio. A su lado, otra figura se recortaba en el cielo grisáceo que cubría la prisión. Sus temores se acentuaron cuando comprobó que se trataba del sargento Echenique, quien señalaba con su dedo hacia el lugar donde Enric había caído al suelo.

El prisionero que había propiciado el altercado, una vez consiguió dejar a Enric aislado del resto, se levantó con precaución y caminó hacia la multitud que los rodeaba a una distancia prudencial. Sus ojos miraban al sargento y sus esperanzas se aferraban a la promesa que este le había hecho la noche anterior. Según lo planeado, en tres o cuatro días abandonaría aquel maldito lugar y correría hacia la frontera francesa. Sin embargo, apenas dio un par de pasos la bala de un segundo disparo golpeó su pecho con tal violencia que volvió a dar con sus huesos en el suelo. Malherido, trató de incorporarse, pero no fue capaz de conseguirlo, y su cuerpo quedó tumbado entre un charco de sangre que se diluía con el agua que aún mojaba el adoquinado. El resto de los reclusos observaron la escena en silencio al tiempo que, temerosos, se alejaban aún más del lugar de los hechos.

Enric, mientras tanto, apenas se había movido del sitio en el que había caído. Era consciente de que si había alguna posibilidad de salir con vida de la trampa que le acababan de tender, esta pasaba por templar los nervios y permanecer quieto. De esa forma, intuyó, al centinela que aún le apuntaba desde las alturas tendría menos argumentos para abatirle que si intentaba escabullirse entre la multitud. Fue por ello por lo que permaneció inmóvil mientras observaba cómo desde las alturas dos figuras permanecían a la expectativa. Los segundos transcurrieron veloces y el murmullo de los presos fue en aumento. Sabía que aquella circunstancia corría a su favor. La situación comenzaba a enfriarse y él no iba a dar ningún motivo para lo contrario.

Daniel, que había quedado separado de Miguel tras la avalancha, intentó acercarse a su compañero tras el segundo disparo, pero los brazos de Pico se lo impidieron.

—Tranquilo. —Oyó cómo este le susurraba al oído—. Tu amigo sabe bien lo que hace. Si no se mueve, no le dispararán. Un poco más y todo habrá acabado.

El joven, deseando que aquellas palabras fueran ciertas, volvió a mirar hacia arriba. Aliviado, comprobó cómo la figura del sargento ya había desaparecido, y tampoco el centinela apuntaba ya a Enric. En ese instante, varios guardias se desplegaron entre la multitud procediendo a dispersar a los curiosos. El movimiento de presos propició que Daniel y Miguel lograran llegar hasta su amigo y le ayudaran a levantarse. El espectáculo tocaba a su fin y todo regresaba a la normalidad. Tan solo el cadáver del preso confidente que había sido ajusticiado y que comenzaba a ser retirado por algunos vigilantes daba fe de lo sucedido.

El altercado redujo el tiempo de paseo y precipitó la reclusión de los presos en el agujero. No obstante, y a pesar del correctivo, se sintieron afortunados de haber podido disfrutar de unos minutos en el exterior, pues apenas descendieron por la escalera de caracol, las nubes cargadas de agua que sobrevolaban sobre sus cabezas comenzaron a descargar dejando al resto de prisioneros de la prisión sin poder salir.

Ya en la brigada, cada preso ocupó su tiempo en las tareas que tenían asignadas. Aquellos que no tenían oficio consumían su tiempo en lo que buenamente podían. Los albañiles y carpinteros se dirigieron a las zonas que estaban siendo restauradas. Alguno de ellos aprovecharía que la mayoría de puertas se abrían a su paso para continuar recopilando información para Pico y los suyos. Miguel aprendía a leer junto a otros presos gracias a la ayuda de un compañero que había sido maestro en libertad. Daniel, entretanto, permanecía tumbado sobre el petate al tiempo que perdía la mirada en algún punto de la bóveda del techo, y trataba de imaginar el plan ideado por los prisioneros que preparaban la evasión. Por más que intentaba improvisar estrategias, todas acababan en fracaso.

El chirrido producido por la puerta de entrada a la brigada le sustrajo de sus pensamientos. Rápidamente se puso en pie y formó frente al pasillo central como era obligación siempre que un guardia hacía acto de presencia.

El vigilante caminó solo unos pasos por la galería y se detuvo. Sin disimulo, arrugó su gesto en señal de repulsión ante el desagradable hedor que allí se respiraba, y comenzó a pronunciar los nombres de los presos que habían recibido correspondencia. El eco de su voz retumbaba firme a lo largo de los cien metros de longitud que tenía la brigada, pero era común que en las naves del final alguno repitiera los datos de los afortunados.

Daniel dudó al oír su nombre, y su corazón se encabritó como le sucedía cuando se cruzaba con la moza que rondaba en el pueblo. Aún no podía creérselo. Después de tanto tiempo al fin sabría algo sobre su familia. Con un molesto cosquilleo rondando por su estómago, caminó hacia el vigilante cuando este pronunciaba su nombre por segunda vez. Solo en dos ocasiones se avisaba. Si el preso no respondía se pasaba al siguiente. Como si de un valioso tesoro se tratase, recogió la carta y regresó a su posición con el sobre pegado a su pecho. Nunca antes había deseado tanto que el guardia finalizase el reparto para poder regresar a su petate y, en aquella singular soledad que en determinados momentos cada preso sabía encontrar, volver a hablar con los suyos a los que tanto echaba de menos.

La historia se repetía cuando la correspondencia llegaba a manos de los presos. Los afortunados que habían sido nombrados por la fría voz del guardia regresaban a su sitio en la brigada para aislarse de todo lo que les rodeaba. Era entonces cuando los sentimientos y las emociones que aquel inhumano lugar les quitaba poco a poco resurgían con fuerza, y la sensibilidad que creían perdida afloraba desde algún lugar oculto de su interior. Hombres acostumbrados a convivir con la dureza más extrema y a codearse diariamente con la muerte, se derrumbaban entre lágrimas con cada palabra que leían. Aquella vida que les habían arrebatado regresaba de nuevo a sus memorias, y el presentimiento de que jamás lograrían recuperar lo perdido se convertía en una pena muy difícil de tragar.

Daniel comprendió en aquel momento la congoja que había observado días antes entre aquellos que acababan de recibir correspondencia, y el motivo por el que sus compañeros lloraban igual que los niños que un día fueron.

Querido hermano Daniel:

Hace días que llegó a nuestras manos la última carta que nos enviaste, y nos alegra saber que te encuentras bien.

Lo primero que quiero decirte es que la abuela murió hace tres días y ya fue enterrada. Hasta su último aliento preguntó por ti, sabes lo mucho que te quería. Estoy seguro de que la muerte de padre y la desgracia que nos ha venido han podido con ella, aunque ya sabes que llevaba algún tiempo enferma.

Aquellos dos primeros párrafos obligaron al joven a detener la lectura para limpiar sus ojos con la manga de la camisa. Las lágrimas recorrían sin descanso unas sucias mejillas dejando surcos más claros, y la pena que se había aferrado con fuerza a su pecho no le dejaba respirar. Era consciente de que cuando huyó a toda prisa del pueblo su abuela, al igual que su madre, no se encontraba bien, pero jamás hubiera imaginado un desenlace tan rápido y dramático. Sin poder evitarlo recordó aquella fría despedida. La urgencia del momento le impidió demostrarle la intensidad y el afecto que ahora comenzaba a echar en falta. Y mientras se alejaba de ella y veía aquel rostro que los años habían marchitado, se prometió que cuando volvieran a verse la besaría y la abrazaría como le hubiera gustado hacer antes de salir a la carrera. Pero aquella promesa, como muchas otras de las que se hacían en tiempos de guerra, no pudo ser cumplida.

Entre sollozos y gemidos que surgían incontrolados desde lo más profundo de su ser, a su memoria regresaron como perversos invitados los recuerdos de cuando aún eran felices. Mientras su madre trabajaba en el campo, ella le bañaba y le alimentaba de pequeño. Ella le contaba historias en aquellas tardes de tormenta cuando el cielo se ennegrecía y los truenos le asustaban. Ella intercedía ante las regañinas de sus padres, y a escondidas le llevaba algo de comida cuando le castigaban sin cenar. Y fue en ese instante cuando comprendió lo cruel que resultaba a veces la vida. Esa vida que le acababa de mostrar todo lo que su abuela había hecho por él cuando ya no podría agradecerse. Cuando por vergüenza, torpeza o, simplemente porque creyó que ya tendría ocasión más adelante, no le dijo tantas cosas que ahora se amontonaban en su cabeza. Pero ya era demasiado tarde.

Sacando fuerzas de dónde apenas le quedaban, Daniel prosiguió leyendo la carta. Sabía que aquel alivio era solo temporal.

Los demás estamos bien. Madre, aunque un poco delicada, también. La tía María nos trata como

a los primos y no nos falta un plato de comida. Le he pedido que me deje ir a verte, y aunque no parece muy convencida, antes quiere saber si sigues en Segovia. Dice que se ha enterado de que el traslado de presos es continuo, y que muchos pasan por varias prisiones antes de llegar a un destino definitivo. No sé si es verdad, o lo hace para quitarme las ganas y que me olvide del asunto. De todas formas, tú respóndeme pronto.

Juanita y Pedro han vuelto al colegio que desde el último bombardeo está en el almacén de trigo. Yo he buscado trabajo para ayudar en nuestro sustento, y si me sobra te enviaré algo de dinero o comida. En dos días comenzaré en la finca de don Carlos. Dice que nosotros no tenemos culpa de lo que hiciera padre.

La guerra ya está lejos del pueblo y hace días que no se ven aviones ni se sienten tiros ni bombas. Todo está más tranquilo y poco a poco comienzan a reparar los destrozos. El tío Ramón me ha dicho que la guerra acabará pronto y que a la República le quedan solo unos meses. Espero que sea verdad y que la guerra acabe pronto para que vuelvas con nosotros. El tío Ramón también ha hablado con el alcalde y el cura para que recomienden tu libertad cuando todo acabe. Aguanta hermano, pronto volveremos a vernos.

Juanita, Pedro y madre te envían besos, y yo un fuerte abrazo. Espero que pronto me paguen el jornal y la siguiente carta pueda acompañarla con algo de dinero. He preguntado y me han dicho que sí se puede.

Escribe pronto para saber de ti.

Una nueva oleada de sentimientos derrumbó al joven que permaneció sollozando en posición fetal sobre el fino petate que lo aislaba del frío y húmedo suelo. Durante las siguientes horas leería la carta una decena de veces más hasta que cada palabra quedara memorizada en su mente.

En el exterior, la lluvia caía con fuerza sobre el penal y el cielo se había oscurecido de tal forma que la noche había anticipado prematuramente su llegada. Los presos de las otras brigadas, o aquellos destinados en los pabellones, tenían la posibilidad de observar cómo el agua mojaba el pavimento del patio, y podían respirar el olor a naturaleza húmeda que se desprendía del monte sobre el que se situaba la prisión. Sin embargo, los prisioneros que se hacinaban en el agujero a tres metros bajo el suelo, tan solo apreciaban el efecto de la tormenta por el agua que se filtraba por las paredes y se acumulaba en el suelo sobre el que deberían dormir. Ni siquiera el fresco aroma de la exultante vegetación y la tierra mojada del exterior llegaba a aquel inmundo lugar.

En el cuerpo de guardia situado junto a la salida del penal y separado del resto de la prisión por el túnel de rastrillo, convivían cerca de cien soldados de reemplazo pertenecientes al Batallón 331 acantonado en Pamplona. La mayoría de ellos eran jóvenes a los que la guerra había cogido cumpliendo con el servicio militar. En una de sus dependencias, a cubierto de las inclemencias climáticas, el sargento Echenique murmuraba improperios mientras caminaba de un lado para otro de la estancia. Aún no lograba comprender cómo aquel maldito preso había conseguido librarse de ser abatido en el patio unas horas antes. Le había subestimado, y ese error había costado la vida de uno de sus informadores. Detuvo entonces sus pasos junto a la ventana y observó las gotas de lluvia relucir al caer próximas a las bombillas que ya iluminaban el patio de la guardia. Si tan solo se hubiera levantado del suelo, lamentó enrabiado, el centinela habría tenido la excusa que

necesitaba para apretar el gatillo de su Máuser. Las instrucciones eran claras: ambos debían morir. Uno por haberse ido de la lengua y el otro porque no dudaría en hacerlo tan pronto comprobara que jamás saldría de la prisión a pesar de la promesa dada. Lo que ni él ni el centinela esperaban era que uno de los dos permaneciera inmóvil sobre el suelo. Aquel jodido cabrón era demasiado listo, reconoció furioso, y esa cualidad también le hacía peligroso. Pero había una cuestión que le preocupaba más aún: la falta de temor a las amenazas recibidas cuando fue descubierto en la cocina escuchando la conversación que mantenía con el administrador. Ese detalle sí que resultaba realmente inquietante. Si aquella multitud de hombres que malvivían en condiciones infrahumanas perdían el respeto a los soldados y carceleros encargados de custodiarlos, todo podía suceder. Ese último pensamiento aumentó su intranquilidad, por lo que trató de calmarse encendiendo un cigarrillo al que propinó varias caladas antes de regresar a sus reflexiones.

Aquella situación solo podía solucionarse con un duro correctivo, concluyó. Así lo había aprendido él en el ejército: todo acto de indisciplina llevaba aparejado un castigo. De esa forma no solo se aleccionaba al infractor, sino también a todos aquellos tentados a secundarle. Un escarmiento ejemplar mantenía a raya la disciplina del resto. Aquel principio marcial que había visto aplicar en multitud de ocasiones a lo largo de su carrera militar, era lo que aquella prisión necesitaba en ese momento. Si el preso que se había atrevido a sacar los pies del plato soliviantando al resto recibía un severo escarmiento, el siguiente se lo pensaría dos veces antes de actuar. El temor y el respeto eran sus mejores aliados, si desaparecían estaban perdidos.

Los truenos provocados por la tormenta situada sobre el monte Ezkaba parecían desquebrajar los firmes cimientos de piedra sobre los que se asentaba la prisión. La lluvia continuaba cayendo con fuerza. Fue en ese instante cuando su mente retrocedió unos meses atrás, cuando aún formaba parte del ejército que se mantenía fiel a la República. A pesar de que intentaban mantener firmes las líneas, el empuje del bando sublevado les obligaba a retroceder poco a poco hasta que finalmente tuvieron que atrincherarse en un pequeño pueblo próximo a Teruel. Entonces comprendió que aquella guerra comenzaba a decantarse hacia uno de los bandos, y él, precisamente, no se encontraba en el que iba a salir vencedor. Y durante aquella primera noche defendiendo la plaza se convenció de que, o jugaba bien las pocas cartas que aún quedaban en su baraja, o acabaría con su pellejo desparramado en la trinchera como había sucedido con muchos de sus compañeros. Centenares de hombres perdían la vida todos los días defendiendo unos ideales que, tras la sangrienta contienda, encumbraría en el poder a unos pocos, precisamente los mismos que a centenares de kilómetros del frente más cercano movían con frialdad sus peones sobre el tablero del territorio español, y sacrificaban unas piezas por otras sin importar lo que había tras aquellas vidas con tal de ganar la partida. Aquella fría noche de invierno, metido en una húmeda trinchera, fue consciente de que si los soldados de ambos ejércitos así lo quisieran, la guerra terminaría al amanecer, y los políticos y generales que los manipulaban y los enviaban sin escrúpulos a una muerte segura, se quedarían sin juego que poder jugar. Pero sabía que aquella reflexión sería imposible de cumplir, precisamente porque los ejércitos estaban formados por hombres disciplinados, y la disciplina solo se conseguía con severidad. Cada vez que alguno de aquellos peones se permitía contradecir una orden, los poderosos que movían sus hilos se debilitaban. Él había sido testigo de ello, y esa experiencia se convirtió en una nueva lección de vida. Todo sucedió aquella misma noche, mientras esperaban agazapados entre el barro y el frío helador a que el enemigo se decidiera a atacarlos. Las condiciones eran penosas, y los suministros llevaban tiempo que comenzaban a escasear. Alimentos, munición y todo tipo de bienes

indispensables para mantener a la tropa, apenas si llegaban. Dicha situación había comenzado a alentar multitud de rumores, todos ellos promovidos por un cabo que tenía familiares junto a la frontera francesa. La noticia de que los abastecimientos procedentes de la Unión Soviética se habían paralizado debido a la pérdida del gobierno francés por el socialista Leon Blum, corrió como la pólvora que ya comenzaba a escasear, y minó la moral de muchos de los soldados. Aquel rumor, que posteriormente se demostraría real, llegó a oídos del mando que capitaneaba la compañía. Apenas unas horas después, cuando aún el alba no había clareado el horizonte, el capitán se presentó en las trincheras e interrogó al cabo que había propagado la noticia. Tanto él como el resto de los soldados que observaron la escena, estaban convencidos de que el murmurador acabaría fusilado allí mismo, pero se equivocaron. Todo quedó en una reprimenda verbal, a la que siguió un pequeño discurso motivador para contrarrestar el efecto de las noticias malintencionadas que el mando achacó a la propaganda enemiga. Horas más tarde, varios soldados entre los que se encontraba él, decidieron hacer caso a las habladurías que el cabo continuó vertiendo, y desertaron. Arrastrándose como serpientes, entre zarzas, matorrales y piedras, alcanzaron los alambres de espino colocados por las fuerzas enemigas. Nunca olvidarían el susto que les dio una liebre al salir corriendo cuando se vio sorprendida mientras se ocultaba entre unas hierbas. Tan pronto los soldados del frente sublevado les dieron el alto, ellos contestaron con vivas a Franco. El objetivo estaba cumplido. Para cuando sus antiguos compañeros les echaron en falta, el bando contrario ya tenía información muy valiosa facilitada por los propios desertores. Aquel mismo día que acababa de nacer, el pequeño pueblo próximo a Teruel fue arrasado. Y con él, todos los combatientes de la compañía republicana que se habían parapetado allí. Días más tarde, los soldados que habían desertado supieron que el cabo que los había convencido para cambiar de bandera era un falangista que había permanecido en el bando republicano para, llegado el momento, torpedear al enemigo desde dentro.

Echenique aprendió una importante lección de aquella vivencia. Si el capitán que supo del veneno que el cabo inoculaba a sus tropas hubiera sido tajante, los soldados bajo su mando habrían aprendido una lección, y los desertores probablemente se habrían mantenido fieles a la compañía. Cuando los actos de indisciplina no se atajaban a tiempo, toda autoridad estaba perdida. Y él no iba a permitir que la historia se repitiera. Convencido de que no era posible otra opción, cogió el chubasquero que descansaba colgado en una percha próxima y, tras cubrir con él la mayor parte de su cuerpo, salió al exterior.

La lluvia le recibió abundante y fría. El cauce que se había formado en mitad del camino empedrado pronto se convertiría en algo más que un simple regato de agua. Evitándolo, caminó con cuidado hacia el túnel de rastrillo que separaba el cuerpo de guardia de la zona de reclusión de los presos. Las nubes parecían haber descendido hasta cubrir con un manto blanquecino la cumbre del monte, y apenas se veía nada. Todos permanecían guarecidos de la tormenta, e incluso los centinelas que vigilaban desde las alturas parecían haber desaparecido. En su camino hacia el despacho del administrador solo se encontró con el vigilante encargado de abrir las puertas situadas a ambos lados del túnel. En la soledad de sus pasos pensó que, si los más de dos mil presos consiguieran reducir a aquel guardia, los soldados acuartelados en el cuerpo de guardia serían incapaces de sofocar la revuelta. Aquel último pensamiento provocó que un escalofrío recorriera su cuerpo, al tiempo que un trueno pareció romper de nuevo el cielo.

Ya de nuevo en el exterior, la lluvia volvió a mojar su cuerpo sin compasión. Acababa de entrar en el recinto penitenciario y, salvo el guardia del rastrillo, se diría que aquel lugar estaba abandonado. Sin embargo, sabía que miles de hombres convivían apilados en los edificios que se

elevaban frente a él. Más de dos mil almas que solo necesitaban de una chispa para estallar. Una chispa como el rumor que el preso al que necesitaba acallar había osado prender. Pero allí estaba él para apagarla.

Enric y otro preso de la segunda brigada llevaban dos horas preparando las habas que se comerían aquel día en la prisión, mientras observaban el agua caer a través de la puerta que comunicaba con el patio central. La temperatura había descendido varios grados aquella mañana, y la corriente que se colaba por la puerta trasera de la cocina, también abierta, hacía que el frío del exterior se clavara en la piel de ambos como si fueran alfileres. Los dos, en silencio, quitaban los extremos de las vainas primero —muchas de ellas podridas y cubiertas de insectos—, para luego trocearlas en varias porciones. A continuación, depositaban los pedazos cortados en unos cubos y los extremos desechados en otros. Los dos cocineros que les acompañaban permanecían junto a los fogones hirviendo agua en tres inmensas perolas. En ellas habían depositado varios huesos de jamón subidos semanas antes desde Pamplona, y a los que apenas quedaba sustancia alguna que poder soltar. Las gotas de lluvia, como sucedía en muchas otras dependencias de la prisión, se colaban a través de varias goteras, por lo que al sonido producido por el agua en ebullición y al del aguacero exterior, se unía el eco de un goteo casi continuo.

La tranquilidad que se respiraba en la estancia se esfumó cuando uno de los guardianes entró en la misma de forma impetuosa. Todas las miradas se centraron en él.

—El administrador os llama —informó a los dos cocineros nada más entrar.

Estos, que rápidamente miraron hacia el chaparrón que caía en el exterior, se mostraron contrariados.

—¿Ahora? —preguntó uno de ellos—. ¿Con la que está cayendo?

—Ha dicho que sin excusas.

—Pero estamos preparando la comida —alegó el otro—. No va a estar lista a tiempo.

El vigilante pareció reflexionar mientras el agua resbalaba por su cara. Había pensado que sus indicaciones se cumplirían sin más, por lo que no tenía preparado un argumento convincente para rebatir aquel pretexto.

—No tardaréis mucho —respondió al fin—. Él puede quedarse al cuidado de las perolas —agregó, dirigiendo la mirada hacia Enric—. Y tú —ordenó al otro preso—, acompáñame. Necesito que nos ayudes con una puerta que se ha hinchado por el agua.

—Está bien —aceptó de mala gana uno de los cocineros—. Termina de cortarlas todas y échalas en los peroles —dispuso, dirigiéndose al preso barcelonés—. Remuévelas de vez en cuando. Si en quince minutos no hemos llegado, apaga el fuego.

—Espero que no nos entretengan mucho —farfulló el otro cocinillas—. O mucho me temo que hoy vais a comer una porquería.

Aquella última frase quedó en el aire, y el resto optaron por no responder. Todos sabían que pasara lo que pasase, el almuerzo de aquel día no iba a ser mucho mejor que el de días anteriores. De donde poco había, poco podía sacarse.

Los dos cocineros, el preso ayudante y el vigilante que había acudido a la cocina, abandonaron la estancia a la carrera intentando permanecer durante el menor tiempo posible bajo el aguacero que caía sobre sus cabezas. Enric quedó por tanto solo, lo que agradeció. En un lugar donde el hacinamiento estaba presente incluso cuando se defecaba en los retretes, disfrutar de un momento

de soledad era algo muy difícil de conseguir. Por ello saboreó aquellos minutos de tranquilidad mientras terminaba de trocear las vainas que aún le quedaban por cortar. Finalizada la tarea, arrojó los cubos con las habas a los peroles que se encontraban en pleno borboteo. El calor del fuego le relajó a la vez que estremeció su cuerpo y erizó el vello de su piel. A su memoria acudieron rápidos los recuerdos del pasado, cuando aún disponía de una vida feliz en libertad. Cerró los ojos y recordó el placer casi olvidado de sentir el agua caliente sobre su piel mientras sumergía su cuerpo en la bañera. El burbujeo del agua hirviendo en las perolas acentuó aquella sensación de goce a la que había entregado su pensamiento. Incluso llegó a oler el perfume del jabón que utilizaba para bañarse y, durante algunos segundos, creyó sentirse limpio de nuevo. ¿Cuánto tiempo hacía que no se bañaba?, pensó embaucado por aquella agradable sensación hasta que la horrenda realidad le devolvió de nuevo a la pesadilla que le tocaba vivir cada día

Tan pronto como hubo vertido el contenido de los cubos al cocimiento, hizo lo propio con las patatas que ya habían sido peladas y cortadas con anterioridad. A continuación, y subiéndose a una pequeña banqueta necesaria debido a la altura que alcanzaban los bordes de los pucheros, removió el agua que bullía en los recipientes con un palo largo de madera. El calor que desprendían volvió a producirle escalofríos.

Fue en ese instante cuando, inmerso otra vez en la hipnótica sensación que le provocaba el borboteo de la ebullición, sintió cómo alguien a su espalda le cogía con fuerza por la cabeza y le empujaba hacia el agua hirviendo. El dolor que sintió en sus manos al aferrarse a los bordes del perol ardiendo fue sustituido rápidamente por la quemazón que se propagó por todo su cuerpo cuando el contenido de la olla se derramó sobre él.

Tendido sobre el suelo, y entre los estertores de una muerte que se avecinaba, Enric vio pasar toda su vida en un macabro *film* de apenas unos segundos de duración. De repente, el intenso dolor que había lacerado su cuerpo cesó. En su lugar, una paz similar a la percibida minutos antes cuando imaginó reposar en la bañera de su casa, le invadió. Al fin era libre. Al fin conseguía abandonar aquel maldito lugar en el que los hombres carecían de humanidad. Para qué engañarse, pensó en su último aliento, morir era la manera más fácil de acabar con aquella injusta condena.

Los dos cocineros se echaron las manos a la cabeza cuando regresaron a la cocina. Con el agua de lluvia goteando aún por sus cabellos y escurriéndose por sus rostros, permanecían incrédulos observando el estropicio. Una de aquellas enormes perolas estaba tirada en el suelo y su contenido esparcido alrededor del cuerpo del preso que habían dejado al cuidado de las mismas.

—¡Y eso que solo hemos faltado diez minutos! —exclamó uno de ellos enfurecido, a la vez que propinaba un puntapié a un trozo de patata.

—Menudo desastre —añadió el otro—. Alguien se va a quedar hoy sin comer.

—Sí. Pero ya sabes a quiénes van a echar la culpa.

—No, no. De eso nada. Nosotros no hemos tenido nada que ver.

—Si es que son todos unos inútiles.

—Voy a dar parte al jefe de servicios. A ver qué se puede hacer.

—Vale. Pero antes ayúdame a colocar el perol en su sitio. Volveremos a llenarlo de agua.

En ese preciso instante, el preso que había acompañado al vigilante regresó también a la cocina. El gesto de su rostro lo dijo todo por él. Empapado como una sopa, no podía creer lo que veían sus ojos.

—No te quedes ahí parado como un pasmarote —aprestó uno de los dos cocineros—. Recoge los trozos de habas y patatas que hay por el suelo y vuelve a meterlas en los cubos antes de que vuelva a hervir el agua.

El preso, sin apartar la vista del cuerpo medio cocido del compañero que yacía en el suelo, procedió con reparo a cumplir con lo ordenado.

—¿Y qué hacemos con este? —preguntó el otro cocinillas, observando el cadáver de Enric.

—Ya vendrán a por él. Le está bien empleado por todo lo que ha liado. No se los puede dejar solos.

La noticia de la muerte de uno de los prisioneros en la cocina de la prisión llegó al agujero de boca del guardia que también informó que ese día comerían una hora más tarde. Tan pronto escuchó el mensaje, Daniel sintió cómo su corazón se encogía y un extraño presentimiento helaba su sangre. Aquel nuevo suceso relegó a un segundo plano el desánimo provocado por el contenido de la carta recibida, y no dudó en acercarse hasta el vigilante para recabar más información sobre lo sucedido. Sabía que no eran muchos los presos que ayudaban en la cocina, y Enric aún no había regresado.

Miguel, con el rostro descompuesto, caminó tras el joven. Algo en su interior le decía que no volvería a ver a su amigo, y la promesa que ambos se hicieron un buen día de comer espetos en La Malagueta cuando todo aquello acabara, nunca podría ser cumplida. Cerca de un año hacía que se conocían. Un año que, en aquellas condiciones de supervivencia extrema, donde cuerpo y mente se enfrentaban al límite de su resistencia cada día, valía igual que toda una vida en el exterior. Por dicha razón, aquella pérdida que a falta de confirmación comenzaba a sentir tan real, hirió sus entrañas como si fuera su propio hermano el que le dejaba. Y mientras andaba hacia la primera nave de la brigada sumido en un estado casi catatónico, comenzó a echar de menos la sensatez e inteligencia que siempre había aportado Enric al grupo.

—Una de las perolas con agua hirviendo ha caído sobre él —informó fríamente el vigilante—. Ha muerto cocido —añadió sin necesidad.

Daniel y Miguel se fundieron en un doloroso abrazo. Los gritos del joven erizaron el vello de muchos de aquellos hombres que, curtidos tras las duras experiencias que la vida les había deparado, creían haber perdido toda capacidad de emocionarse.

La vida en el penal se vivía con premura, pues ninguno de los que estaba allí preso podía asegurar que llegaría vivo al día siguiente. Una jornada en aquel infierno convalidaba muchos días en libertad. Por ello todo se aceleraba, incluso los malos tragos se superaban antes. La supervivencia imponía sus propias reglas, y los que no eran capaces de asimilar los golpes recibidos, caían en un peligroso círculo degradante y depresivo que muy pocos lograban superar. Era entonces cuando la enfermedad, siempre al acecho, se instalaba en los cuerpos debilitados por una mente incapaz de soportar tanta crudeza, y los acompañaba hasta que la muerte los liberaba de todo dolor.

Aquella tarde pasó rápida para aquellos que, como Daniel o Miguel, dedicaron las horas a recordar al compañero caído; y lenta para la mayoría de presos que, debido a la lluvia, no

pudieron salir al patio y sentir el aire puro de la montaña.

Llegada la noche, algunos de los presos habían acudido al lugar donde descansaban Daniel y Miguel para transmitirles su pesar por lo sucedido. Aunque todos estaban allí por el mismo motivo, y convivían pegados los unos a los otros, siempre se formaban pequeños grupitos en los que sus componentes forjaban relaciones de intensa amistad. En muchas ocasiones, los grupos se formaban con residentes de una misma ciudad o comarca. Las últimas naves, por ejemplo, estaban ocupadas por presos de origen vasco. También había una nave en la que solo convivían extremeños. En otros casos, la cuadrilla se formaba entre presos que habían llegado el mismo día o desde la misma prisión, y ya se conocían con anterioridad. Aunque también, tal y como había sucedido con la cuadrilla formada por Enric, Samuel, Jorge, Miguel y Daniel, era la casualidad, la suerte o el destino, los que con su caprichosa maquinaria unía la vida de unos con otros. Fuera como fuese, la intensidad de los lazos que allí se trababan se asemejaba en muchas ocasiones a los vínculos carnales que habían dejado en el exterior.

La cena trajo aparejada noticias frescas sobre el accidente acaecido en la cocina durante la preparación del almuerzo. Los presos comunes que repartían el rancho aprovecharon que el guardia se adentró en el interior de la brigada para relatar las últimas informaciones de lo sucedido. Cuando todos los presos del agujero quedaron servidos, el rumor se extendió rápidamente de boca en boca. La ausencia de testigos en el accidente escamó a muchos. Todos recordaban el rifirrafe sucedido esa misma mañana en el patio, cuando la frialdad de Enric le había librado de una muerte que, sospechosamente, le había atrapado unas horas más tarde. Los hilos no tardaron en ser tejidos, y en todas las naves se recordó la denuncia vertida el día anterior por el preso catalán. Hasta el más torpe de los quinientos presos que convivían apiñados en el agujero llegó a la conclusión de que tras aquella sospechosa muerte estaba la mano de Echenique. El sargento parecía tener ojos y oídos en todos los rincones de aquel subterráneo. La advertencia comenzó a calar entre la mayoría de los presos que, recelosos, se preguntaban si podrían fiarse del compañero que tenían al lado.

Solo unos pocos se mostraron inmunes al aviso dado con la muerte de Enric. Entre ellos, Daniel, quien durante aquella fría y dura noche en la que fue incapaz de dormir, lamió entre llantos las heridas que se acumulaban en su interior. La vida no paraba de golpearle con fuerza a pesar de su juventud. Sin embargo, las palabras que Pico le susurró al oído cuando se acercó para mostrarles su dolor por la pérdida del amigo, se convirtieron en la tabla de salvación a la que intentó aferrarse para no zozobrar en aquella tormenta de emociones.

—Llora todo lo que tengas que llorar esta noche, pero recuerda que mañana será otro día —se repitió una y mil veces.

Y recordando aquella última frase contó los minutos que faltaban para la llegada del alba. Solo él y otros pocos elegidos sabían lo que sucedería.

DÍA V

Domingo 22 de mayo de 1938

Penal de San Cristóbal (Pamplona)

El toque de corneta rebasó los férreos muros de la prisión y se perdió entre la vegetación que rodeada el penal.

La lluvia, que durante la jornada anterior había caído con fuerza, dejó de oírse durante la madrugada, pero sus consecuencias todavía se notaban en la primera brigada. En aquel zulo situado a tres metros bajo el suelo, el agua que se acumulaba en determinadas zonas se mezclaba con la mugre del hacinamiento humano, formando un fango repugnante sobre el que dormían muchos de los presos como cerdos en una pocilga. Los afortunados de contar con una ubicación mejor, también amanecían mojados por la humedad ambiental o por el agua que se filtraba por las paredes o el techo. De lo que ninguno se libraba era del frío helador que se colaba por los ventanucos situados sobre sus cabezas o por la puerta de entrada a la galería. En la cima de aquel monte, a casi novecientos metros de altitud, el clima norteño de mayo castigaba con mañanas que rara vez superaban los seis grados, y de poco servía que se arrejuntasen los unos con los otros, o se tapasen con una doble manta los que podían. Por dicha razón, no era de extrañar que durante las noches más crudas los débiles no alcanzaran el nuevo día.

Aquella mañana fueron tres los presos que no despertaron. Dos de ellos amanecieron hinchados como globos. La avitaminosis, enfermedad provocada por la carencia de algunas vitaminas, se los había llevado durante la noche. El tercer cadáver había amanecido con la boca y el rostro ensangrentados. La tuberculosis era también una visitante habitual y temida. Durante los meses de frío invierno las epidemias diezmaban a los reclusos y ni siquiera los guardias se atrevían a bajar allí por miedo a enfermar. Aquella macabra ruleta podía tocar a cualquiera, y ver la claridad de cada mañana se convertía en un importante triunfo.

En las cuatro brigadas restantes las condiciones de vida no eran mucho mejor que en el agujero, aunque al estar situadas sobre el nivel del patio la humedad no era tan elevada y el suelo, aunque frío, solía estar seco. También la mayor ventilación hacía que el aire estuviera menos enrarecido. Sin embargo, poseían dos grandes inconvenientes con respecto a la primera. Uno de ellos era el viento, que cuando soplaba fuerte y gélido penetraba con mayor facilidad por unas ventanas sin cristales más grandes y situadas a mayor altura. Otra desventaja, que muchas veces llegaba a resultar mortal, era la prohibición de acercarse a esas ventanas. La tentación hacía que algunos presos se aproximasen a los barrotes para ver el patio o el cielo, o incluso para calentar sus cuerpos con los rayos del sol, lo que aprovechaban los centinelas para afinar su puntería.

Aparte de las cinco brigadas, existían tres pabellones que albergaban a los presos más distinguidos conocidos como caballistas. Se trataba de militares, intelectuales o trabajadores muy cualificados que por su condición recibían un trato mucho mejor que el resto de la población reclusa.

Los domingos, día del Señor, la calidad de vida mejoraba algo, y el director del penal solía organizar algunos actos para modificar la rutina carcelaria.

La primera diferencia se apreciaba con el desayuno. Los presos recibían un mendrugo algo más grande que el habitual; una tableta de chocolate de la marca Manterola, tan finas que las hacía casi transparentes; y una ración de agua en la que previamente habían diluido leche condensada en proporciones tan reducidas que incluso resultaba difícil apreciar su dulzor.

Retirados los cuerpos de los fallecidos y terminado el desayuno, la segunda novedad con respecto a un día normal consistía en la misa que, a las ocho en punto de la mañana, se celebraba en el patio del penal. Aunque la asistencia era voluntaria, por alguna razón que Daniel no lograba entender, la mayoría de los presos comenzaron a abandonar el sótano para asistir a la ceremonia. Incrédulo, el joven se preguntaba el motivo que hacía desfilar a sus compañeros. La gran mayoría de ellos habían sido condenados y encarcelados por sus ideas comunistas, socialistas, liberales, laicas o anarquistas. Muchos eran ateos. ¿Cómo era posible aquella conversión tan masiva?

—Vamos, Daniel —le animó Miguel, preparado ya para salir al exterior.

El joven fue a protestar, pero se reprimió cuando observó cómo también Pico, secundado por el resto de su camarilla, se dirigía hacia la salida de la brigada. Aquello no podía ser real. Durante los días que llevaba allí recluido había escuchado a muchos de ellos despotricar contra el clero. Algunos incluso se vanagloriaban de haber intervenido en la expulsión de religiosos de sus pueblos, y ahora, esos mismos, caminaban cabizbajos a presenciar un oficio religioso.

—No podemos quedarnos aquí —insistió el preso malagueño.

—¿Y esos?

La mirada de ambos se dirigió hacia un grupo de unos diez presos que habían ingresado un par de días antes, y que no mostraban intención de abandonar la brigada.

—Ya lo has oído —porfió el joven—. La asistencia es voluntaria.

—Confía en mí. Es mejor que subamos al patio. Lo harás por las buenas o por las malas.

El joven le miró extrañado. No acababa de entender lo que Miguel le quería decir.

—Venga —insistió el malagueño mientras le cogía por los sobacos y lo levantaba—. No te hagas de rogar.

Con cierta desgana, Daniel se dejó llevar hasta el patio entre la multitud de presos que abandonaban el subterráneo. Una vez allí, quedó más impresionado aún. Divididos por brigadas, la gran mayoría de los prisioneros del penal formaban en filas de a cinco entre los altos muros que los rodeaban. Apenas si cabía nadie más en aquel rectángulo de cien metros de largo por algo más de quince de ancho. Frente a ellos, los soldados de la fuerza exterior, así como los falangistas y requetés que se ocupaban de la vigilancia del penal, abarrotaban los balcones de las oficinas. Entre ambos, un altar formado por un pequeño entablado presidía el patio central. Sobre el mismo, el sacerdote encargado de officiar la misa —un hombre robusto que mostraba sin pudor un correaje con pistola incluida sobre la sotana—, observaba con gesto serio e impaciente el trajín de los presos mientras ocupaban sus posiciones. Cuando todos los prisioneros que de forma voluntaria habían salido de sus brigadas estaban formados frente al altar, el cura lanzó un vistazo y no quedó contento. Rápidamente se dirigió hacia uno de los guardias que controlaba la formación. Este, tras ser preguntado por el clérigo, negó con la cabeza. A partir de ese instante comenzó el espectáculo.

El sacerdote, encolerizado, arrebató una de las varas con las que los vigilantes solían azotar a los presos, y dando grandes zancadas se dirigió hacia la puerta de acceso a las brigadas. Varios guardias le siguieron, a sabiendas de lo que estaba a punto de suceder. A su vez, los presos veteranos, formados todos frente al altar, giraron sus cabezas para contemplar lo que se avecinaba.

Daniel, situado junto a Miguel, seguía sin comprender lo que sucedía. Intrigado, dirigió también la mirada hacia el lugar por el que había desaparecido el cura.

—*Cusha*—chistó Miguel en voz baja, procurando que sus palabras no se oyeran más allá de lo deseado—. Ahora entenderás por qué la mayoría estamos aquí.

Aquellas palabras fueron lo único que el joven oyó desde que el clérigo desapareciera de su vista. Un silencio apabullante se había apoderado del patio, y la mayoría de los dos mil quinientos presos continuaban formados. El cielo, cubierto por una persistente neblina, impedía que el adoquinado se secara de la lluvia caída durante el día anterior.

De repente, la calma que parecía haberse adueñado de todo el penal, se vio interrumpida por los gritos que salían del edificio que albergaba las tres primeras brigadas. Instantes después, los prisioneros que habían decidido no acudir al oficio religioso aparecieron a la carrera en el patio como si un toro bravo pisara sus talones. Sobrecogidos, observaron la formación sin saber qué posición ocupar. Los guardias, que entre risas esperaban fuera, los fueron colocando en su lugar correspondiente. Tras el último de los prisioneros, cuyo aspecto no parecía muy saludable, apareció el sacerdote enarbolando la vara en una de sus manos y la pistola en la otra. Solo aquellos que realmente no pudieron levantarse del suelo debido a su lamentable estado de salud fueron liberados de salir al patio. Aunque para cerciorarse de que no fingían, el cura tenía por costumbre atizarlos con un par de verdugazos.

Acalorado y con el rostro enrojecido, el clérigo se dirigió hacia el altar al tiempo que enfundaba la pistola. Justo antes de subir a la tarima se santiguó y dejó la vara con la que había azotado a los díscolos junto al tablero. Desde aquella improvisada atalaya situada a varios centímetros sobre el suelo, volvió a inspeccionar la disposición de los presentes. La imagen que observaba ahora sí parecía de su agrado, y sin más dilaciones comenzó el oficio religioso. Los reclusos novatos comprendieron entonces que el adjetivo voluntario tenía una singular acepción en aquel lugar.

La voz del párroco retumbaba potente entre los altos muros del penal formando un poderoso eco, mientras los presos, que miraban hacia el altar simulando atención, distraían sus pupilas en cualquier punto del edificio que tenían de frente. Hastiados por aquella soflama política que cada domingo y fiestas de guardar castigaba sus oídos, habían aprendido a abstraerse durante el tiempo que duraba la homilía.

Daniel, por su parte, sabía que algo sucedería aquel día, pero desconocía el momento en el que se llevaría a cabo. Dicha situación le mantenía inquieto al tiempo que intentaba percibir algún gesto que pudiera ser interpretado como una señal. Con disimulo, giraba su cabeza cuanto podía y miraba a unos y a otros, pero nada se movía.

El sol permanecía oculto bajo la niebla que copaba la cúspide del monte Ezkaba, y la temperatura no lograba despegar. Ello provocó que los presos que habían mojado sus ropas con el agua acumulada en la primera brigada comenzaran a tiritar. Los minutos pasaban, y todos los presentes continuaban en posición de firmes escuchando la voz del párroco.

—... porque todo pecador debe tener su penitencia, por eso están ustedes aquí. No duden que lo más fácil habría sido fusilarles, ya que, muerto el perro, se acabó la rabia. Pero el Generalísimo es generoso, más de lo que han sido ustedes. A cambio de traicionar a este país, se les mantiene con vida, se les alimenta...

El murmullo ante aquellas últimas palabras no tardó en hacerse notar.

—... se les ofrece un techo donde cobijarse. Esa es la auténtica diferencia entre aquellos que luchamos y morimos por España, y aquellos que, como ustedes, han intentado destruirla.

El sacerdote detuvo su perorata durante unos instantes con la intención de que la última parte de su discurso recalara entre los asistentes. A su vez, sus ojos saltaban de un lado al otro del

pelotón formado frente a él.

—¿A quién se le ocurrió permitir votar a las mujeres? —preguntó con una sonrisa sarcástica nada más continuar con la arenga—. ¿Acaso no sabían que ese voto lo dictaría el padre o el marido? O ¿qué carajo se pretendía con la igualdad entre hombres y mujeres en el trabajo? ¿Quizá labrará o cosechará ella igual que él? ¿Lo mismo amartillará, aserrará o picará? ¿Qué se pretendía entonces sino apartar a la madre o esposa de su hogar? Lo que la República vendía como derechos, no era más que la destrucción de la familia y la quiebra de este país.

El sermón se alargaba y aquellos que no era la primera vez que asistían a la misa de domingo sabían que, si el párroco estaba inspirado, el oficio podría alcanzar la hora y media de duración. Ello propició que aparecieran las primeras bajas entre los presos. La debilidad o la enfermedad de los que habían sido sacados a la fuerza de las brigadas comenzaba a pasar factura, y alguno cayó desvanecido. El sacerdote, habituado ya a los desmayos, prosiguió con la liturgia sin permitir que nadie le interrumpiera ni tampoco que se auxiliase a los caídos. Testigo directo de aquella sinrazón fue un preso de Bilbao que apenas llevaba dos días en el penal. La mala suerte quiso que uno de los desvanecidos cayera a su lado. Sin pensarlo dos veces dejó la formación para interesarse por el compañero desplomado. El párroco, que desde su atalaya controlaba todo el patio, bajó del altar sin detener la prédica, y tras coger la vara que anteriormente había dejado junto al entablado, se aproximó hacia el preso que había osado prestar auxilio sin su permiso. Apenas llegó a su lado comenzó a fustigarle sin compasión.

—¿Acaso pretendes comparar un simple desmayo con el sufrimiento que Jesucristo padeció en la cruz? Deja que redima sus pecados tirado en el suelo.

Solo cuando el esfuerzo fue superior a sus energías el párroco detuvo el castigo. Jadeante, regresó de nuevo al altar. A su espalda, el prisionero amonestado volvió a ponerse en pie. Todo su cuerpo era un tapiz de líneas rojizas dejadas por la fusta, si bien el dolor que sentía no era mayor que la rabia que exhalaba en cada espiración.

Muchos presos obedecían las órdenes y aguantaban los desprecios e incluso las agresiones que periódicamente recibían; sin embargo, pensaban que aquello no podría continuar durante mucho tiempo así. Toda persona e incluso todo animal tenían un límite. Daniel era consciente de aquello. En el poco tiempo que llevaba en aquel lugar había comprobado cómo ese límite se traspasaba a diario y la situación parecía estar a punto de estallar. La flagelación que acababa de presenciar podía ser la señal que estaba esperando. Atento a lo que acontecía a su alrededor, aprovechó el castigo para mirar de un lado a otro, pero todo continuaba tranquilo. El grupo de Pico no mostraba intención de intervenir y, como el resto, observaba la escena con pasividad. ¿Qué mejor momento que ese?, quiso gritar, exasperado. Más de dos mil presos en el patio. Los guardias a unos metros. La mayoría de los soldados en el interior de la prisión, reunidos en el edificio situado frente a ellos, desarmados y sin posibilidad de maniobra. Solo los centinelas parecían suponer un problema. ¿A qué esperaban?

El párroco, de vuelta ya sobre el pequeño entablado, prosiguió con la proclama como si nada hubiera pasado. Durante una hora y veinte minutos mezcló a placer religión con propaganda política. Para finalizar, gritó a viva voz: «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!». A lo que la mayoría de los presos respondieron: «¡Rancho! ¡Rancho! ¡Rancho!».

Aquel atrevimiento, que ya había sido repetido en ocasiones anteriores, no pareció gustar al cura, y nada más bajar del altar se dirigió al jefe de servicios. Con gesto serio —no se le conocía otro—, el sacerdote comentó algo al funcionario que nadie más llegó a escuchar. El castigo consistió en permanecer firmes y en silencio una hora más. El duro escarmiento pasó factura a

muchos de los prisioneros y los síncope por agotamiento no cesaron. Los más fuertes no se libraron de los calambres cuando no tiritaban por el frío de la mañana y la humedad que no se despegaba de sus ropas. Algo más de dos horas, rígidos como postes clavados en el adoquinado, soportaron los que pudieron. Para muchos, la furia que sentían dentro de su cuerpo era suficiente para suplir las energías que les faltaban.

Tras el duro escarmiento, a pocos les quedaron ganas de caminar por el patio. Los que sí decidieron salir dispusieron de un tiempo limitado debido a la extensión del oficio religioso y el posterior correctivo. El día continuaba gris, y las nubes habían descendido hasta engullir la prisión. El suelo continuaba mojado.

Daniel seguía pendiente de todo lo que pudiera llamar su atención, pero nada cambiaba. Miguel, a su lado, intentaba mantener una conversación a la que el joven solo respondía con monosílabos; su cabeza continuaba en otro lugar. Se aproximaba la hora de la comida y allí nadie se movía. La única diferencia con cualquier otro día de la semana era la menor presencia de vigilantes y la ociosidad de los presos con oficios que cualquier otro día solían moverse por todo el penal. De repente, entre la multitud que abarrotaba el patio —la reducción del tiempo de paseo había hecho coincidir a prisioneros de otras brigadas—, el joven observó a Pico junto a sus camaradas. Sin pensarlo dos veces, Daniel varió con disimulo el rumbo de sus pasos y se dirigió hacia él.

—Ahora vuelvo —le dijo a Miguel, justo antes de abandonar su compañía.

El preso malagueño, que se había quedado con la palabra en la boca, continuó andando para no llamar la atención mientras se preguntaba a dónde demonios iría el joven.

Pico no tardó en advertir que Daniel se aproximaba a ellos, y con una señal casi imperceptible permitió que el joven se acoplara a la cuadrilla con naturalidad. Entre tantos presos, aquellos movimientos eran casi imperceptibles desde fuera de la marabunta.

—Dijiste que me cuidara de seguir vivo hasta hoy.

—Es un consejo que he dado a muchos —respondió el otro, sin dejar de caminar y con la mirada puesta al frente—. Hoy es un día importante. Aunque también lo serán todos los que te queden por delante.

—No comprendo entonces —respondió Daniel algo ofuscado—. Dijiste que...

—¿Cuántos años tienes? —preguntó el otro de improviso, dejando al joven sin terminar la frase.

—Diecinueve.

—Yo veintisiete, aunque los meses aquí te tratan como si fueran años.

—Pero...

—¿Y cuántos días llevas en esta prisión? —volvió a interrumpir Pico.

Daniel tuvo que pensar la respuesta. Desde su llegada al penal le habían sucedido tantas cosas y había perdido tantos compañeros, que tenía la sensación de que hubieran transcurrido semanas e incluso meses.

—Creo que cinco.

Pico sonrió ante el titubeo del joven.

—¿Crees? Yo llevo un año y seis meses aquí, y puedo asegurarte que todos esos días valen más que una vida en el exterior.

—No entiendo qué me quieres decir.

Pico sonrió de nuevo, aunque sin dejar de mirar al frente, como si aquella conversación la estuviera manteniendo consigo mismo. Comprendía la inquietud del joven, pero también sabía que podía ser peligrosa. Tenía que tranquilizarlo hasta que llegara el momento indicado.

—Debes tener paciencia —habló este con calma, como el padre que alecciona al hijo—, pues todo tiene su momento apropiado. Muchas batallas se han perdido por la improvisación y la fogosidad del momento. Lo único bueno que te enseña este lugar es que todo se cuece a fuego lento. Debes ser resistente y tenaz. De aquí no se sale con las piernas, sino con la cabeza.

Daniel caminaba en silencio mientras razonaba el significado de aquellas últimas palabras.

—El mismo día que me trajeron aquí —continuó Pico—, lo hice junto a otros compañeros. Nos cogieron tras dinamitar varios puentes en Bilbao para impedir el acceso a la ciudad del ejército sublevado. Uno de ellos, cuando apenas llevaba un día en esta prisión, logró contactar con un tío suyo que era militar fascista de alto rango. Como aún no había sido juzgado, consiguió una recomendación y logró salir junto a otros presos *gubernativos* que también habían obtenido favores de alcaldes y obispos. Una vez en el exterior, las puertas de la prisión se cerraron a sus espaldas y, contentos e ilusos, comenzaron a bajar por la carretera hasta que fueron sorprendidos por un grupo de falangistas y requetés que, previamente avisados, habían salido a su encuentro. Ninguno de ellos sobrevivió.

El final de la historia derivó en un silencio que se apoderó durante unos segundos de la conversación. Daniel aprovechó la pausa para meditar sobre el relato que acababa de escuchar, a la vez que observaba cómo la mirada de sus acompañantes se mostraba fría y lejana, como si todavía revivieran con intensidad los sucesos que acaban de escuchar.

—Todo proceso necesita su maduración —añadió Pico—. Y la impaciencia solo nos conduce al error. Mantente en calma y disfruta de este patio y de la oscuridad del agujero. Tarde o temprano todo se echa en falta.

El joven le miró entonces confuso. Aún no había sacado nada en claro de la conversación y comenzaba a desesperarse.

Pico, que se había dado cuenta del gesto de turbación mostrado por Daniel, sonrió antes de volver a hablar:

—Come hoy como un oso porque pronto correrás como una liebre.

—*Mi pensas, ke tio sufiças*^[2] —advirtió con seriedad Elorza en el dialecto que solían utilizar para comunicarse entre ellos.

—Está bien —aceptó el otro con frialdad—. Sé que podremos contar con tu silencio —finalizó, dirigiéndose esta vez al joven.

Con la misma naturalidad con la que el grupo le había aceptado, le expulsó de su regazo y Daniel quedó en tierra de nadie. Sin dejar de caminar y siguiendo un rumbo errático, su cabeza analizó con detenimiento cada una de las palabras escuchadas. Para cuando Miguel consiguió llegar a su lado, solo una frase retumbaba en su interior: *Come hoy como un oso porque pronto correrás como una liebre.*

—No sé lo que tramas con esos, pero ten mucho cuidado.

El joven, cuyo rostro parecía haberse iluminado de repente, no prestó atención a la advertencia recibida.

—¿Cuánto falta para que regresemos a la brigada?

—No más de quince minutos.

—Pues no tenemos tiempo que perder.

—Pero... Daniel. ¿Estás bien? ¿Tiempo para qué?

—Vamos al economato —respondió el joven a la vez que cambiaba con brusquedad la dirección de su marcha—. Todavía tengo unos vales para canjear.

El preso malagueño, desconcertado por aquella actitud tan extraña, se limitó a seguir los pasos de su compañero.

Apenas entraron en el economato el encargado se puso tenso y su rostro se agrió al reconocer a Daniel. Ya lo había echado de allí el día anterior y estaba dispuesto a hacer lo mismo si volvía a preguntarle por el destino de los medicamentos.

—Tranquilo, jefe —se adelantó el joven al comprobar el gesto apático que se había instalado en la cara de aquel tipo—. Solo venimos a comprar.

Aquella última frase relajó al dependiente.

—Daos prisa —soltó este con sequedad.

Sin perder tiempo, Daniel se dirigió hacia unas estanterías próximas y, recordando los productos que había visto en su primera visita, cogió una porción de queso, varias latas de sardinas y una botella pequeña de vino.

—*Cusha* —intervino Miguel, quien había permanecido en todo momento a la espalda del joven, intrigado e inquieto a la vez—. Me estás preocupando una *peshá*. ¿Te lo vas a gastar todo hoy?

Daniel asintió sin detenerse.

—Guarda algo para luego, que en unos días solo nos va a quedar la mierda del rancho.

—Confía en mí —respondió el otro, mientras cogía dos bollos de pan.

—¿Que confíe en ti?

En ese momento el encargado del economato desvió la mirada hacia ellos alertado por el volumen de la conversación. Ambos, conscientes de la situación, suavizaron el tono.

—Daniel, me tienes *jiñao*. Desde que el sargento te dio el porrazo en la *chota* no eres el mismo. Pareces *tarao*.

El joven se detuvo entonces, y miró a su compañero fijamente.

—Esta mañana, cuando no quería salir al patio, me has pedido que me fiara de ti, y lo he hecho. ¿No es cierto?

Miguel asintió.

—Yo he confiado en lo que me decías porque sabía que lo hacías por mi bien. Ahora yo te estoy pidiendo lo mismo. Vamos a coger fuerzas y brindar por los que ya no están. Y no te preocupes, no nos vamos a comer todo hoy. Estas latas duran mucho tiempo.

El preso malagueño pareció convencerse. En aquel inhóspito lugar, en el que la mayoría de los rasgos humanos sucumbían ante el instinto animal a que obligaba la supervivencia, la confianza era uno de los valores que más costaba mantener.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó el encargado del economato—. Dejad de cuchichear y terminad ya. Tenéis que regresar al patio.

Alentados por las advertencias del funcionario, los dos presos dejaron a un lado la conversación y caminaron hacia el mostrador.

—¿Hay suficiente? —preguntó Daniel soltando sobre el tablero los vales que aún le quedaban.

El vendedor contó mentalmente.

—Tienes que dejar un bollo o una lata de sardinas. No te alcanza para todo.

El joven buscó entonces los ojos del vigilante antes de responder.

—¿Cómo puede ser que valga más el pan que unos medicamentos?

El encargado apretó los dientes y le miró retador, aunque la presencia de Miguel ayudó a que se contuviera. No obstante, las miradas se mantuvieron durante unos segundos desafiantes, y la tensión se palpaba en el ambiente. El silencio que se había apoderado de la estancia fue roto de pronto por el toque de la corneta.

—Aún te quedan muchos días por estar aquí —habló el funcionario masticando cada sílaba—. Volveremos a vernos.

Daniel no respondió, aunque tampoco agachó la vista. En su rostro, una sonrisa que trataba de ocultar comenzaba a arquear sus labios. Sabía que aquella afirmación pronto carecería de sentido.

Miguel, mientras tanto, observaba en segundo plano lo sucedido. La confianza que Daniel le había pedido tenía un límite que no paraba de ser rebasado. El golpe que el sargento le había dado a su compañero el día anterior le estaba afectando más de lo que creía, pensó sin atreverse a inmiscuirse en mitad del enfrentamiento. No había otra explicación que justificara aquel comportamiento tan desesperado.

—¡Marchaos! —gritó de repente el funcionario—. ¡Y si volvéis por aquí os echo a palos!

Sin pensarlo dos veces, Daniel cogió todos los productos que aún estaban sobre el mostrador y, ayudado por Miguel, salieron a toda prisa del economato.

Ya en el exterior, el resto de los prisioneros formaban en filas frente a las puertas de acceso a sus respectivas brigadas. Entre jadeos ocuparon los últimos lugares de la formación. Unos segundos más tarde y habrían sido duramente castigados.

El toque de fajina no tardó en oírse en todo el penal y los presos se prepararon para recibir el rancho con movimientos lentos y perezosos. Habitados a aquel ritual diario, esperaron de pie la llegada de las gavetas hasta la reja que los mantenía encerrados en el agujero. Ya en el interior, el vigilante tapó con un trapo su nariz para aliviarse del hedor que provocaba el hacinamiento humano, mientras los reclusos caminaban en silencio para recibir su ración. Los más afortunados conseguirían alguna alubia que poder roer.

Daniel y Miguel no renunciaron a su parte del rancho a pesar de la compra realizada en el economato. Aunque aquel brebaje no tenía buen sabor —cuando sabía a algo—, pocos eran los insensatos que se arriesgaban a desechar algo que poder echar a sus estómagos. Una vez sorbieron el potaje, los dos amigos se entregaron al festín. Miguel había conseguido unas cucharadas de aceite de oliva con el que regó los dos bollos que previamente había abierto por su mitad. Varios trozos de queso entre el pan completaron el bocadillo. A continuación, llenaron sus latas con vino y brindaron a la salud de los que ya no estaban. Hacía tiempo que no comían así, y durante esos minutos no hubo hombres más felices en toda la prisión.

—Tenemos que deshacernos de todo esto —propuso Daniel, dirigiendo su mirada hacia los patates y las pocas pertenencias que habían dejado Jorge y Enric.

Miguel varió entonces el gesto de su rostro, y una mueca de tristeza se apoderó de su cara.

—Aún no puedo creer que ya no estén aquí. ¿Sabes cuánto tiempo llevábamos juntos?

El joven no respondió, aunque bajó la vista al recordar a los compañeros desaparecidos.

—Yo también los echo de menos, y eso que solo he compartido unos días con ellos.

La conversación quedó interrumpida y el silencio se impuso al tiempo que los duros recuerdos ensombrecían los pensamientos de ambos.

—Tienes razón —ratificó el malagueño poniéndose en pie—. Veré qué puedo conseguir.

—Cámbialo por comida —añadió el joven.

Miguel le miró incrédulo. Daniel le pedía comida cuando en lugar de racionar los vales que aún les quedaban, aquella misma mañana se los había gastado en una comilona que solo conseguiría calmar sus estómagos durante unas pocas horas.

—La vamos a necesitar —insistió Daniel como respuesta al mohín de su compañero—. Confía en mí.

El preso malagueño chasqueó la lengua, pero no dijo nada. No acababa de entender lo que sucedía, aunque supuso que no le quedaba más remedio que fiarse de aquel joven. La esperanza era el último estado de ánimo que podía perderse en aquel lugar, y para esperar había que confiar. Sabía que no le quedaba otra, y hasta que Samuel no regresara de la enfermería no tenía a nadie más. Por dicho motivo, y con los petates bajo el brazo, su figura desapareció entre la oscuridad que reinaba en el agujero.

La tarde transcurrió lenta para aquellos que solo esperaban llegar sanos y salvos al siguiente día, al tiempo que consumían los minutos ideando o fabricando algún artilugio al que poder dotar de utilidad. Los más ilustrados pasaban el tiempo leyendo los libros que ocultaban de los vigilantes y que, tras su lectura, prestaban a otros. Solo unos pocos elegidos, no más de treinta, ultimaban los detalles para cambiar el penoso destino de los más de dos mil quinientos presos que se apretujaban entre aquella mole de mampostería que se camuflaba en la cima del monte Ezkaba. De esa treintena de hombres, no más de cinco habían sido los encargados de organizar y estudiar el plan de fuga. En lugar de dedicar las horas muertas a ver cómo la vida se escapaba entre sus manos, ellos habían estudiado al milímetro las debilidades de aquella prisión. Conocían los tiempos, turnos y horarios, así como todas y cada una de las dependencias; y todo ello gracias a la inestimable ayuda de aquellos compañeros que, aprovechando sus trabajos como albañiles, cristaleros, carpinteros u hojalateros, se movían con libertad por todo el penal. Si todo transcurría según lo previsto, en unas horas todo aquel que lo deseara podría correr monte abajo en busca de su libertad sin que se derramara una sola gota de sangre. Obsesionado con ese último y complicado objetivo, Pico ultimaba la estrategia.

Daniel, entretanto, continuaba tenso y expectante. El día transcurría con su lento avance hacia el crepúsculo y la niebla continuaba engullendo los altos muros de la prisión. Para su desesperación, no sucedía nada. Sin embargo, nada más regresar aquella tarde del patio, recogió su petate y guardó sus escasas pertenencias en el mismo. Lo tenía todo preparado para salir de allí si bien no sabía cuándo demonios llegaría el momento indicado.

Miguel, apoyado contra la húmeda pared de la brigada, observaba con preocupación al joven. Su cabeza, en plena ebullición, continuaba dividiéndose entre dos hipótesis: o el golpe del sargento Echenique le había afectado seriamente; o las duras condiciones de vida de aquel lugar, unido a los crudos acontecimientos vividos en los últimos días, le estaban trastornando. No obstante, creyó que lo mejor era dejar pasar los días a la espera de que aquella extraña actitud se corrigiese. Ni él, ni la gran mayoría de prisioneros que malvivían en aquella prisión podían imaginar lo que aquel joven y una treintena más de presos ocultaban.

DÍA V

Penal de San Cristóbal (Pamplona)

20 horas del domingo 22 de mayo de 1938

Los siguientes hechos se inspiran en el relato elaborado por el fiscal que actuó en el proceso judicial que, tras la evasión, se llevó a cabo

La llegada de la cena sacó a la prisión de la monotonía en la que sucumbía durante los domingos.

Los presos volvieron a formar en el pasillo central cuando el quejido de la puerta de entrada a la brigada les avisó de la llegada del rancho. El guardia y los dos presos comunes que portaban las perolas con el mejunje preparado en la cocina, obraron como de costumbre. En silencio, los prisioneros se fueron acercando hasta las ollas para recibir su correspondiente ración. El olor de la comida era incapaz de hacerse notar entre el hedor que impregnaba el agujero. Servidos todos los reclusos que pudieron aproximarse a las gavetas, el vigilante y sus dos acompañantes se dispusieron a abandonar la galería cuando un griterío proveniente del interior de la brigada llamó su atención. El guardia, porra en mano, se dirigió hacia la nave de la que procedía el alboroto. Aquellos piojosos tenían ganas de fiesta aquella noche, pensó malhumorado. Pero tan pronto como se adentró en la galería varios presos se abalanzaron sobre él.

El resto de los prisioneros, desconocedores de lo que se había tramado durante meses delante de sus propias narices, se mostraron confusos. El rumor sobre lo ocurrido no tardó en correr de boca en boca, pero nadie fue capaz de reaccionar y los más próximos a la salida permanecieron expectantes, sin creer lo que veían sus ojos. Daniel, sin embargo, sintió cómo su corazón se aceleraba. El momento que tanto había esperado por fin llegaba, y de un solo trago bebió el brebaje que minutos antes le habían servido. A pesar de que los nervios mantenían cerrado su estómago, sabía que no podía desperdiciar un solo gramo de energía.

El vigilante, cuyo estupor era aún mayor que el de los prisioneros que le observaban, no era capaz de salir de su asombro. Paralizado, no sabía cómo reaccionar. Nunca se había enfrentado a una situación similar y tampoco le habían entrenado para ello. Cuando quiso darse cuenta, había sido cacheado y despojado de sus llaves —este no portaba arma—. Sin oponer resistencia fue conducido en silencio al interior de la brigada donde quedó amordazado. A los dos presos comunes que le acompañaban, así como al resto de prisioneros del agujero se les pidió que no hicieran ruido y que guardaran paciencia. De eso se ocuparon el resto de los internos que formaban parte del plan de evasión.

Acompañado por cuatro de sus hombres armados con pinchos artesanales, Pico abandonó la galería. Con sigilo se dirigieron hacia la escalera de caracol que comunicaba con la segunda brigada. Tras cerciorarse de que el camino estaba despejado, ascendieron uno a uno y en silencio los escalones que les separaban del nivel superior. Agazapados sobre los últimos peldaños de la escalinata, estudiaron la situación mientras escuchaban las voces provenientes del cuarto de servicios situado a pocos metros de distancia. Según la información que tenían, en aquella

habitación se encontraban los dos vigilantes encargados de la segunda y tercera brigada, así como tres ordenanzas que revisaban los paquetes destinados a los presos que se habían recibido aquel día. El objetivo era reducirlos. Si lo conseguían, dominarían el edificio. Pero aquella parte del plan era, sin duda, la más fácil. Superado aquel escollo tendrían que hacerse con el control del resto de la prisión y reducir a los militares que formaban la guardia externa que estarían a punto de comenzar a cenar. No podían demorarse, pensó Pico, al tiempo que con una señal ordenaba a sus cuatro compañeros avanzar hasta la puerta del cuarto de servicios. Agachados para hacer más pequeños sus cuerpos, se desplazaron en silencio hasta que se situaron junto a la misma. Aguzando el oído, permanecieron atentos a las voces que se escuchaban para comprobar el número de funcionarios que había en su interior. Sin más preámbulos, se decidieron a entrar.

—¡Pero qué demonios! —acertó a exclamar el único guardia que estaba presente, al verse sorprendido. Para cuando quiso reaccionar, él y los tres ordenanzas que le acompañaban ya habían sido reducidos.

—No queremos haceros daño —intervino Pico—. Aunque eso dependerá de vosotros.

—¡Estáis locos! —voceó el guardián, sin salir todavía de su asombro—. ¿Qué pretendéis?

—Salir de aquí —respondió el otro, mientras se hacía con su arma y ordenaba a sus camaradas que lo desnudasen.

—¿Estáis de broma? Volved a vuestra brigada antes de que sea demasiado tarde.

Ninguno de los presos respondió y continuaron a lo suyo. Desnudado el vigilante y maniatados los tres ordenanzas, Pico comenzó a vestirse con las ropas del guardia, al tiempo que advertía a los carceleros.

—En unos minutos todo preso que quiera salir va a tener su oportunidad. No me gustaría que nadie fuera herido ni tener que derramar una sola gota de sangre. Permaneced aquí hasta que se os diga sin hacer ruido, de lo contrario, tendremos que callaros a la fuerza.

Tras aquellas palabras, el cabecilla de la rebelión apuntó con la pistola al guardia y le apremió a que se vistiera con sus ropas.

—¿Dónde está el vigilante que falta?

El otro no contestó a la pregunta y siguió poniéndose las ropas del preso, al tiempo que mostraba un gesto de repugnancia en su rostro.

—¿Dónde coño está tu compañero? —insistió Pico amartillando el arma y situándola junto a la sien del funcionario.

—Ha ido a la cocina —contestó el vigilante de mala gana, sabiendo que no le quedaba más elección.

—Está bien. Tú vendrás con nosotros y los otros se quedarán aquí con nuestro amigo. Así que, mucho cuidado con lo que haces.

Mientras el resto salía de la habitación, los tres ordenanzas observaron inquietos al recluso que acababa de subir del agujero armado con una barra de hierro. Atados y amordazados, solo eran capaces de rezar para que no les pasase nada.

La expectación que se respiraba entre los presos de la primera brigada tras los acontecimientos vividos minutos antes fue en aumento cuando vieron aparecer en la misma a un prisionero, seguido por uno de los vigilantes que le apuntaba con una pistola. La oscuridad reinante en la galería

propició la confusión y dio pábulo a todo tipo de rumores. Los que sí habían reconocido a Pico vestido con el uniforme de guardia se encargaron rápidamente de apaciguar los ánimos. Pocos eran los que confiaban en que aquella escaramuza acabara bien, y muchos los que permanecían inquietos por el devenir de los acontecimientos. Una calma tensa se había instalado en el agujero, y los murmullos y cuchicheos surgían de todos lados.

La primera parte del plan había finalizado con éxito y las tres brigadas estaban ya en poder de los presos rebeldes. Era el momento de recordar los siguientes movimientos. Para tal fin, los prisioneros que dirigían la evasión se reunieron durante unos minutos en la zona que existía entre la puerta de acceso a la primera brigada y la escalera de caracol.

Daniel observaba con atención el transcurso de los acontecimientos. La inquietud que dominaba el ánimo de la mayoría de los reclusos a los que aquella situación había cogido por sorpresa, también corroía su interior, y eso que él ya sabía lo que tarde o temprano sucedería. No obstante, temía que todo pudiera irse al traste, por lo que necesitaba averiguar cómo marchaba la operación. Por ello, una vez explicó a Miguel lo que estaba sucediendo, salió de la brigada y se acercó al corro formado por los presos que habían urdido el plan de fuga, mientras estos ultimaban los siguientes pasos a dar. De entre todos, Pico llevaba la voz cantante y dirigía la operación desde el centro del círculo.

Siguiendo lo acordado, se formaron dos grupos que de forma simultánea saldrían del agujero. El primero, compuesto por cinco presos, se encargaría de neutralizar a los funcionarios que permanecían en el edificio situado frente a ellos para, a continuación, desarmar a los dos centinelas que controlaban el patio central cerrando el acceso superior a la prisión. Con dicha acción impedirían que el resto de los centinelas pudieran entrar al penal por esa entrada. Para conseguir los objetivos marcados, ese equipo lo encabezaría Bautista Álvarez. Su oficio como hojalatero le permitía acceder a todas las zonas de la prisión. El segundo grupo estaría formado por siete miembros y sería encabezado por Pico vestido con las ropas de guardia. Su misión era reducir al jefe de servicios y hacerse con las llaves que abrían las puertas del túnel de rastrillo. Dicho subterráneo separaba el penal del cuerpo de guardia, donde los soldados ya habrían comenzado a cenar.

—¿Todos sabemos lo que hay que hacer? —preguntó Pico en voz baja. El uniforme de carcelero parecía investirle de mayor autoridad.

Los presos aludidos asintieron con la cabeza

—Pues entonces no tenemos tiempo que perder. Recordad, no quiero muertos y, a ser posible, tampoco heridos.

Los reclusos volvieron a asentir, mientras en sus rostros se reflejaba la tensión del momento. Sentían cómo la libertad estaba cada vez más cerca, pero también cómo la muerte los acechaba. Si aquello finalmente fracasaba todos acabarían fusilados junto a los altos muros que los mantenían presos.

—Vosotros esperaréis aquí hasta que regresemos todos —indicó Pico al resto de compañeros que, si todo salía bien, solo participarían de la última parte de la evasión—. Tranquilizad al resto. No vaya a ser que alguno se ponga demasiado nervioso y cometa alguna tontería que nos delate antes de tiempo.

Impartidas las últimas indicaciones, Daniel vio partir a los dos grupos que tenían la difícil tarea de tomar el resto de la prisión. Al tiempo que aquellos aguerridos hombres desaparecían por la estrecha escalera, el joven les deseó toda la suerte del mundo. Si todo salía bien, la próxima vez que los viera sería para abandonar aquel horrible lugar. Ese último pensamiento le hizo

comprender que tanto él como Miguel también necesitaban idear un plan para cuando llegara la hora de salir. No podían escapar y dejar a Samuel en la enfermería.

Los presos que componían los dos equipos de actuación, una vez dejaron atrás la estrecha escalera de caracol, se situaron junto a la puerta que daba acceso al patio exterior. A partir de ese momento tendrían que separarse para intentar hacerse con el control de la prisión.

El primero de los dos grupos, formado por cinco presos armados con palos y barras de hierro, aprovechó que el patio se encontraba vacío y que los centinelas no miraban hacia allí, para recorrer agachados y sin separarse de la pared los quince metros que les separaban de la cocina. Alcanzada la puerta de acceso a la misma, y con la respiración entrecortada por la tensión del momento, permanecieron junto el muro de piedra a la espera de que los comunes encargados de transportar las gavetas con el rancho destinado a la enfermería salieran. La oscuridad, que ya comenzaba a hacerse notar, les ayudó a pasar desapercibidos. Como estaba previsto, apenas tuvieron que esperar unos pocos minutos para que se abriera la puerta de la cocina. Fue entonces cuando los cinco irrumpieron en su interior amenazando a los cocineros que rápidamente se rindieron. No sucedió lo mismo con el vigilante responsable de la tercera brigada que aún permanecía en la cocina quien, repuesto de la sorpresa inicial, intentó defenderse por lo que tuvo que ser reducido con un fuerte golpe en la cabeza que le dejó sin sentido. Sin tiempo que perder, Bautista Álvarez informó a los presos comunes de lo que estaba sucediendo antes de hacerse con la pistola del guardia abatido. Tras las rápidas explicaciones, los tres cocineros se negaron a colaborar por lo que fueron encerrados junto al vigilante en un pequeño cuarto.

Tomada la cocina, los cinco se dirigieron hacia la puerta trasera que comunicaba dicha estancia con el pasillo que recorría la planta baja del edificio. Desde allí tenían acceso a los departamentos de Ayudantía, el economato o el cuarto de destinos, entre otros. Una vez comprobaron que el corredor estaba libre, avanzaron con precaución hasta la escalera que comunicaba con las dos plantas superiores. Bautista Álvarez encabezaba el grupo. Había pasado decenas de veces por aquel lugar y conocía a la perfección aquella parte de la prisión. Durante los domingos y festivos el número de funcionarios se reducía bastante, y aquellos pasillos que cualquier otro día estarían concurridos, ahora se encontraban vacíos. Después de meses de estudio y preparación, los cabecillas de la evasión habían llegado a la conclusión de que el domingo era el día más indicado para hacerse con la prisión. A su vez, el trasiego que ocasionaba el reparto del rancho, cuando las puertas de la prisión se abrían y cerraban con mayor facilidad, hacían de la cena el instante más propicio para llevar a cabo sus planes.

Siguiendo el plan previsto, los cinco presos subieron con sigilo hasta la planta primera del edificio donde, entre otras dependencias, se encontraban las oficinas y los dormitorios de los ordenanzas. Llegados hasta ese punto, se detuvieron. Para acceder al pasillo central antes tenían que rebasar una verja que, para colmo de males, estaba custodiada por un vigilante.

Pico observó desde la puerta de acceso a las brigadas cómo el otro grupo conseguía entrar en la cocina. Aquel era el momento convenido para que su equipo entrara en acción. A una señal de su mano derecha, los seis presos que le acompañaban se adentraron en el patio. Él cerraba la

comitiva uniformado como un guardia más, y con la visera de la gorra lo más baja posible. Su primer destino era la Ayudantía, donde debía encontrarse el jefe de servicios. Junto al mismo era probable que hubiera uno o dos ordenanzas. Si el otro grupo finalizaba con éxito su misión, y ellos hacían lo propio, pensó mientras atravesaban el patio en diagonal, tendrían el control total de la prisión. Solo les quedaría hacerse con las llaves de las puertas que separaban la prisión del cuerpo de guardia; aunque para eso también había un plan previsto.

Los siete presos caminaron por el patio como si nada anómalo sucediese. Sabían que los centinelas podrían ver sus movimientos, pero confiaban en que la presencia de un guardia tras ellos dotase de normalidad a la situación. Y no se equivocaron, pues el centinela que se fijó en ellos apenas dio importancia a la comitiva cuando se cercioró de que uno de los vigilantes cerraba el grupo. No había nada más habitual en aquel lugar que un guardia trasladara a un grupo de presos de un lugar a otro.

La niebla que durante todo el día había acariciado con su manto blanquecino los muros de la prisión y mantenía los adoquines del patio aún mojados, comenzó a alejarse de la cumbre del monte Ezkaba cuando el atardecer tiñó de oscuridad el firmamento.

El grupo comandado por Pico atravesó el patio sin incidencias y alcanzó la puerta de madera y cristal que daba acceso a la Ayudantía. Sin detenerse, los siete presos irrumpieron de forma sorpresiva en la estancia cogiendo desprevenido al jefe de servicios y al ordenanza que le acompañaba.

—Se llama antes de entrar —espetó el jefe de los vigilantes al observar de reojo el uniforme del recién llegado—. ¡Pero qué coño...! —exclamó segundos después al comprobar que aquel guardia no era ninguno de los que estaban bajo su mando.

—La prisión es nuestra —respondió Pico amenazándole con la pistola—. Colaboren y no tiene que haber heridos.

—Estás loco —respondió el jefe de servicios al verse rodeado de presos que comenzaban a maniatarle.

—Es la segunda vez que me lo dicen esta tarde. Pero estos locos van a salir hoy de aquí.

—Hay cien soldados armados ahí fuera. Os van a fusilar a todos —gritó el funcionario viéndose ya maniatado.

—Tapadle la boca, quitadle el arma y encerradlo en el retrete —ordenó Pico a sus compañeros.

Rápidamente uno de los presos introdujo un trapo en la boca del funcionario quien, creyéndose aún dotado de autoridad, continuó emitiendo un gruñido ininteligible que lo acompañó hasta el pequeño cuartucho en el que quedó confiando.

—¿Hay alguien más? —preguntó Pico sentándose frente al ordenanza que, completamente pálido, había observado boquiabierto la escena.

—No —respondió el otro con un susurro. Como si solo fuera capaz de pensar en lo que sería de él a partir de ese instante.

—¿Estás seguro? —insistió otro de los presos enarbolando un hierro de grandes dimensiones cerca de la cabeza del ordenanza.

—Sí. Se lo juro. Mi compañero ha subido a la primera planta..., a las oficinas, a por unos documentos.

Pico permaneció en silencio durante unos segundos, mientras sopesaba aquella información. Si todo transcurría según lo previsto, el otro grupo debía estar en ese instante sobre sus cabezas tomando el resto del edificio e inmovilizando a los dos centinelas que vigilaban el patio. Ellos

darían buena cuenta del otro ordenanza, sopesó.

—Está bien —habló finalmente, a la vez que dirigía su mirada hacia el asustado funcionario—. Quieres vivir, ¿verdad?

El otro se limitó a afirmar con la cabeza. Le costaba que sus palabras atravesaran el nudo que el pánico había creado en su garganta.

—Pues si quieres contar a tus hijos lo que vas a ver hoy, tendrás que hacernos un pequeño favor.

El ordenanza le observó receloso antes de responder:

—Lo que quieran, pero no me hagan daño.

Los presos rieron. Durante tanto tiempo habían sido maltratados y vejados, que ahora eran incapaces de reprimirse a la agradable sensación que les deparaba el sentirse dueños de la situación.

A unos metros de distancia de la puerta que les impedía el acceso al pasillo central de oficinas, los cinco presos del primer grupo esperaron agazapados durante unos segundos mientras repasaban el plan a seguir. Llegado el momento, Bautista Álvarez se puso en pie y se dirigió en solitario hacia la reja.

—¿Tú por aquí? —saludó el vigilante que custodiaba la puerta.

—Ya ves, ni siquiera los domingos le dejan a uno descansar.

El guardia, sin dudarle, abrió la cancela para permitir el paso del preso, aunque tan pronto como Bautista se situó bajo el dintel de la puerta, se detuvo impidiendo que esta pudiera cerrarse.

—¿Quieres pasar ya? —apremió el carcelero.

El preso le miró serio, aunque no contestó ni tampoco se movió. Con su pie derecho impedía que la reja pudiera ser cerrada.

—Pero ¿qué coño te pasa? —alzó la voz el vigilante, desconcertado por la actitud del hojalatero.

El tono elevado del funcionario llamó la atención de un ordenanza que en ese momento salía de un despacho con unos documentos entre sus manos. Ante la discusión que parecía haberse entablado entre el guardián y el preso, se acercó para mediar.

—¿Qué sucede? —preguntó el recién llegado.

El alboroto hizo que un cabo de limpieza que merodeaba por los alrededores, se aproximara también al lugar del conflicto.

—Este —alegó el guardián de la puerta— que no me deja que la cierre.

De repente, el resto de los componentes del primer grupo de presos surgieron de la escalera sorprendiendo a los tres funcionarios que, para cuando quisieron reaccionar, ya habían sido rodeados. Aún con gestos de estupor en sus rostros, fueron rápidamente inmovilizados. No portaban armas, por lo que fueron presa fácil.

A continuación, Bautista Álvarez, conocedor del terreno que pisaba, dirigió al resto de sus compañeros hacia el cuarto de herramientas situado en la segunda planta, del que extrajeron diferentes útiles con los que poder mejorar su defensa. Tras hacerse de un martillo de albañil, una piqueta, un trozo de hierro de una llave inglesa y los restos de una cañería de plomo, dejaron recluidos en el interior de la habitación a los tres funcionarios a los que previamente habían maniatado.

—En esta planta parece que ya no queda nadie —informó Bautista tras cerrar con llave el cuarto de herramientas.

—Solo faltan los dos centinelas de fuera —recordó otro preso.

Sin prolongar más de lo necesario la conversación, los cinco reclusos avanzaron con precaución a lo largo del pasillo iluminado por una sucesión de bombillas de baja intensidad. A un lado y al otro del corredor, las puertas de las oficinas y los dormitorios de los celadores permanecían cerradas. Al fondo, el acceso al tejado del edificio se había convertido en su próximo objetivo. Si todo salía bien, en unos minutos regresarían al agujero para reunirse con los compañeros del segundo grupo que, según lo previsto, estarían consiguiendo las llaves que abrían las puertas de acceso al túnel de rastrillo.

Asegurada la zona de Ayudantía y comprobado que no existían más funcionarios en aquella zona del edificio, Pico explicó al ordenanza la razón por la que no le habían recluido junto al jefe de servicios en el retrete.

—¿Entendido? —preguntó el cabecilla de la evasión al funcionario.

Este se limitó a afirmar con un cabeceo exagerado.

—Como he dicho antes, si colaboras no te pasará nada. Pero si decides hacerte el valiente —advirtió Pico acariciando la culata de la pistola situada sobre la mesa—, recuerda que estaré detrás de ti con esta muy cerca de tu cabeza.

El ordenanza afirmó y negó con nuevos movimientos de su cabeza, sin saber si el orden de las respuestas había sido o no el acertado. Desde el instante en que aquellos presos le habían rodeado, los latidos de su corazón se habían acelerado hasta límites insospechados, y el miedo gobernaba sus actos.

—Está bien, pues. Manos a la obra.

Dada la orden, Pico y dos presos más empujaron al funcionario hacia la puerta que comunicaba la Ayudantía con el pasillo central que cruzaba la planta baja del edificio. El resto de los compañeros esperarían su regreso en la habitación custodiando al jefe de servicios.

Los tres presos, en silencio, y siempre detrás del subalterno, avanzaron por el corredor dejando atrás los locutorios donde se recibían las visitas de amigos y familiares, hasta que salieron al exterior. Unos pasos más les bastaron para alcanzar la verja que los separaba de la entrada al túnel de rastrillo. Llegados a ese punto, se detuvieron.

—Vamos —ordenó Pico al ordenanza—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Y nada de trucos o te abrimos la cabeza —añadió otro de los presos enarbolando una barra de hierro con su mano derecha.

El subalterno, con el rostro congestionado por la tensión, entreabrió unos centímetros la reja situada frente a él.

—Dile que el jefe de servicios quiere verle. Que es urgente y que no se entretenga —recordó Pico a su izquierda, ocultándose junto a sus dos compañeros tras el muro.

El subalterno, que no sabía si el miedo atenazaría su garganta, tragó saliva y gritó el nombre del vigilante que aquella tarde controlaba la doble puerta del túnel de rastrillo. La respuesta del otro, también a viva voz, no se hizo esperar. A lo que el ordenanza respondió, siguiendo las instrucciones que Pico acababa de darle.

El sonido de puertas al abrirse y cerrarse, así como el chirrido de las bisagras al girar sobre

sus goznes, indicó al grupo de presos que el vigilante de rastrillo había mordido el señuelo. Debido a la escasa distancia que separaba ambos lugares —no más de cuatro metros—, el funcionario apenas tardaría unos segundos en cruzar la puerta junto a la que se ocultaban. Por dicha razón, indicaron al ordenanza que se alejara unos metros de la verja, al tiempo que uno de los prisioneros se encargaba de custodiarle. Mientras tanto, Pico y el otro compañero esperaron escondidos tras el muro la llegada del vigilante.

El crepitar de las pisadas sobre el suelo mojado no tardó en hacerse oír, así como también el quejido producido por la cancela al terminar de abrirse. Los presos, conscientes del inminente encuentro, sentían cómo la tensión aceleraba el palpitar de sus corazones. Agazapados detrás del muro de mampostería y dispuestos a saltar sobre su presa tan pronto como esta rebasara aquella verja, la espera se hizo eterna.

A dos metros de distancia, también oculto por el murete que separaba la zona de locutorios del túnel, el ordenanza observaba la escena en silencio. Aún no lograba explicarse de qué forma aquellos prisioneros habían sido capaces de llegar hasta allí.

Tan pronto como el confiado guardia de rastrillo rebasó la cancela, los dos presos que permanecían al acecho se arrojaron sobre él. En un abrir y cerrar de ojos, Pico golpeó la cabeza de su víctima con la culata de la pistola, dejándole aturdido. Inmediatamente después, un segundo golpe propinado esta vez con el hierro que manejaba el otro preso, acabó por dejarle sin sentido. El cuerpo cayó como un saco sobre el suelo mojado por la neblina que durante gran parte del día había invadido el penal. Junto a él, Pico se apresuró a registrar sus ropas. Con una sonrisa de satisfacción en sus labios, mostró a sus compañeros el manojito de llaves que les permitirían franquear la doble verja que separaba el penal del cuerpo de guardia. Apurando los segundos en los que poder deleitarse por el botín conseguido, decidieron replegarse para reencontrarse con el primer grupo en la brigada y ultimar con el resto de los compañeros la tercera parte del plan de fuga.

De regreso a la oficina de Ayudantía, encerraron en el mismo retrete en el que ya permanecía confinado el jefe de servicios, al ordenanza y al guardián del túnel de rastrillo, aún inconsciente y al que habían arrastrado hasta allí. Asegurados los rehenes, caminaron ilusionados hacia el agujero; todo transcurría según el programa previsto.

La puerta que daba acceso al exterior del edificio se fue abriendo poco a poco hasta que uno de ellos pudo ver lo que sucedía fuera.

—Hay dos. Como suponíamos —susurró al resto del grupo, girando la cabeza hacia atrás—. Están separados por unos veinte metros.

—A tu señal —murmuró otro.

Los cinco permanecieron inmóviles y en silencio tras la puerta, mientras el compañero que encabezaba el grupo calculaba el momento apropiado para sorprender a los dos centinelas. Los segundos transcurrieron lentos, al contrario que lo hacía la tensión que martilleaba sus sienes al ritmo de los latidos de sus corazones, aunque ello no influyó en la decisión de entrar en acción. Aquello era como desactivar un explosivo, pensó el preso que observaba a los soldados, mientras recordaba sus primeros días de guerra; si perdías los nervios la cagabas. O como solía decir su abuelo: «la templanza es el secreto del trabajo bien hecho, y la ligereza, la cualidad del mal artesano». Todo tenía su momento justo; su temple. Ese instante idóneo en el que lo bueno

alcanzaba la perfección. Solo era cuestión de ser paciente. Y apostado tras aquella puerta, al tiempo que recordaba su vida en libertad, se dio cuenta de que el instante que estaba esperando acababa de llegar. Sin apenas dudar, hizo un gesto al resto de sus compañeros y con rapidez los cinco caminaron hacia el primero de los centinelas que les daba la espalda. Tres metros les separaban.

Para cuando el incauto soldado quiso darse cuenta de lo que ocurría, los reclusos taponaron su boca y lo arrastraron hacia el interior del edificio. Pero nada más atravesar el dintel de la puerta, con el forcejeo, uno de los presos tropezó y cayó al suelo llevándose a varios con él. El centinela, al verse libre, gritó lo que pudo. El único prisionero que no había caído al suelo, temeroso de que el alboroto diera al traste con el plan, golpeó sin piedad la cabeza del soldado con la piqueta de albañil. El crujido de huesos al romperse trajo de nuevo el silencio, aunque no la calma.

—¿Qué has hecho? —le reprochó uno de sus compañeros al ponerse en pie, sin apartar la mirada del charco de sangre que se estaba formando alrededor del militar.

—No tenía que haber muertos —recordó otro—. Pico fue muy claro. Nada de muertos.

—¿Y qué queráis que hiciera? Se ha puesto a gritar.

Las miradas de reproche se cernían sobre el autor del golpe. Todos eran conscientes de que una muerte lo complicaba todo.

—Ya no hay marcha atrás —medió Bautista Álvarez, con gesto serio—. Sabíamos que esto podía pasar. Nos estamos escapando de una jodida prisión, no de un colegio. Tenemos que continuar. Ya hablaremos con Pico.

—Eso —añadió el autor del golpe al sentirse respaldado—. ¿Acaso creéis que este cabrón habría pensado dos veces en dispararnos?

Entre la tensión del incidente y las lamentaciones por lo sucedido, el grupo se había olvidado del segundo soldado, aunque tan pronto como escucharon ruido de pasos aproximándose hacia ellos, dejaron la charla y ocuparon sus posiciones.

El centinela que aún quedaba en el exterior, alertado por el grito de su compañero, no dudó en dirigirse hacia el interior del edificio para comprobar lo sucedido. Sin tenerlas todas consigo, rebasó la puerta con precaución. La mancha roja que se esparcía en el suelo frente a sus pies le paralizó durante unos instantes, los mismos que necesitó uno de los presos para apoyar el cañón del fusil requisado al otro soldado sobre su cabeza.

—Si abres la boca tú serás el siguiente. —Oyó a su espalda.

Desarmado el segundo centinela, un guardia al que no tenían controlado y que también había acudido al ruido de voces, les sorprendió en plena faena. El trabajo se acumulaba y los cinco presos no ganaban para imprevistos. Bautista Álvarez reaccionó con rapidez y le apuntó con la pistola que había arrebatado al vigilante en la cocina. Amenazándole con dispararle, le indicó que se tirase al suelo, a lo que el otro obedeció. Todo había sucedido demasiado rápido, por lo que necesitaron unos minutos para respirar y asimilar lo sucedido.

Controlada la situación y restablecida la calma, los presos cerraron la puerta que daba acceso al edificio una vez eliminados los centineas que controlaban el patio. A continuación, los dos soldados y el guardián que habían sido reducidos fueron llevados al cuarto de herramientas en el que permanecían los tres funcionarios amordazados con anterioridad. Mientras uno de los presos se quedaba custodiando a los retenidos, el resto regresó a la primera brigada.

Ya en el agujero, los presos de ambos grupos se unieron y hablaron sobre lo sucedido, mientras esperaban a que se ordenase el inicio de la última fase de la fuga.

Pico, entretanto, escuchaba en silencio el relato de lo sucedido con uno de los centinelas, y su gesto se endureció por momentos. Contrariado, comenzaba a asumir que aquella primera víctima se convertiría en el pretexto perfecto para justificar las condenas a muerte de todo el que fuera detenido tras la evasión. A su vez, aquel muerto también sería utilizado por la propaganda fascista para calificar de asesinos a aquellos hombres que solo pretendían conseguir una libertad que de forma injusta les había sido arrebatada. Todos ellos malvivían hacinados en condiciones que ni los ganaderos querrían para sus propios animales, y aquel desgraciado accidente les haría pasar de héroes a villanos. Pero ya no había marcha atrás, pensó resignado. Solo quedaba continuar hacia adelante. Asumida la nueva realidad a la que se enfrentaban, y rodeado por los compañeros junto a los que durante meses había cocinado a fuego lento el plan de fuga, comenzó a repasar los detalles de la última fase del mismo.

Minutos después, un grupo formado por unos cincuenta reclusos abandonaba el agujero con dirección al túnel de rastrillo. Al cruzar el patio, los reclusos que desde las ventanas los veían pasar, se preguntaban extrañados el motivo de aquel extraño movimiento. Ningún prisionero, salvo los internos de la primera brigada, sabía lo que estaba sucediendo.

Con las llaves de la prisión en su poder, Pico abrió la puerta que daba acceso a la zona de rastrillo. En silencio, los penados avanzaron armados con todos los útiles que habían conseguido reunir, así como con las cuatro armas de fuego requisadas a guardias y centinelas. Los altos muros de piedra gris, pegados los unos a los otros, ofrecían una sensación claustrofóbica que les intimidaba. Apenas tres metros de distancia separaban la tapia que delimitaba el patio con el túnel de rastrillo, por lo que solo cuatro pasos les bastaron para entrar en el mismo. El eco de sus pisadas, acrecentado por las paredes cóncavas del corredor, era el único sonido que llegaba hasta sus oídos. Aquella procesión de hombres en busca de su libertad y la inquietud de lo que sucedería al otro lado de la galería, ponía los vellos de punta a unos y hacía temblar a otros. Rebasada la doble verja, caminaron hasta el extremo opuesto del subterráneo. A partir de ese punto toda precaución era poca; en cualquier momento un soldado podía sorprenderles. Pico y sus lugartenientes sabían que la única oportunidad de que aquello saliera bien pasaba por coger a la tropa desprevenida mientras cenaba, de lo contrario, la evasión podría convertirse en una sangría. Aquella última posibilidad hacía que la inquietud se reflejara en sus rostros, y que la adrenalina revolucionara unos corazones que latían desbocados.

Ocultos todavía en el túnel, Pico y dos de sus compañeros observaron el exterior. Un camino ascendente, protegido por gruesos muros de contención, giraba hacia la izquierda hasta desembocar en una pequeña explanada frente a la que se situaban los pabellones de la tropa. El añil del cielo ya oscurecía el oeste. No había tiempo que perder. A la señal de Pico, el pelotón de presos comenzó a caminar en formación de a tres y ligeramente agachados hacia los pabellones en cuyo interior los soldados cenaban confiados. Tan pronto como alcanzaron los muros del comedor, se desplegaron a lo largo del mismo, manteniendo siempre sus cuerpos encogidos para ser menos visibles. Pico, vestido todavía con el uniforme y la gorra de guardia, fue el primero en acceder al interior. En su mano llevaba el arma que había arrebatado al vigilante de la segunda brigada.

En el amplio y austero comedor compuesto por largos tableros de madera que formaban interminables mesas, los cerca de cien soldados conversaban tranquilos, al tiempo que daban cuenta de la cena, por lo que no prestaron atención a la entrada del falso vigilante. El ruido de vasos, bandejas y cubiertos de metal al entrechocar se mezclaba con el olor del rancho. Las

bombillas iluminaban con mayor intensidad que en la prisión. Nadie presentía lo que estaba a punto de suceder.

—¡Al que se mueva le pego un tiro! —gritó Pico adentrándose unos metros en el salón.

Todas las miradas se dirigieron hacia él y el murmullo de las conversaciones cesó de inmediato. Más de uno se atragantó y varias toses sucedieron a las palabras. El tiempo parecía haberse detenido. Aunque aquellos instantes de incertidumbre rápidamente dieron paso a las carcajadas de los soldados cuando comprobaron que la amenaza provenía de uno de los guardianes de la prisión. Esa sí que había sido una buena broma, pensaron muchos entre risas. Sin embargo, la gracia les duró poco. En un visto y no visto, los cincuenta presos que esperaban fuera, armados con objetos y herramientas voluminosas, aparecieron en tropel detrás del falso vigilante y se desplegaron rápidamente a lo largo del comedor. El desconcierto y la turbación volvieron a adueñarse de los soldados que, nuevamente paralizados, no sabían cómo reaccionar. Los atragantamientos se multiplicaron y el sonido de toses, así como el trajín de los reclusos tomando el salón fueron los únicos sonidos que se escucharon en el comedor. Ninguno de los militares era capaz de actuar ante lo que estaba sucediendo delante de sus narices.

—¡Ni se le ocurra! —gritó de nuevo Pico, pistola en mano, a la vez que avanzaba rápido hacia la mesa en la que comían los tres sargentos que, a falta de oficial de mayor rango, capitaneaban el destacamento—. ¡Si tiene cojones a desenfundarla, le dejo seco!

Echenique extrajo poco a poco la mano derecha de debajo del tablero y la puso donde el preso pudiera verla. Solo los sargentos portaban armas de fuego, por lo que los prisioneros no tardaron en desarmarlos. Con nuevas pistolas en su poder, varios reclusos se situaron rápidamente en el centro del salón para controlar mejor a los soldados e impedir cualquier acción heroica.

—Colaboren y no les pasará nada —prosiguió hablando Pico elevando el tono de su voz para que todos pudieran escucharle—. La prisión ha sido tomada. Una vez rindamos a los centinelas que faltan todo preso que quiera salir al exterior tendrá su oportunidad. Pueden aceptarlo y vivir, o tratar de impedirlo y morir. Ustedes eligen. Pero les advierto, cualquier intento de detenernos será respondido sin contemplaciones. Creo que he sido bastante claro.

Advertidos todos, Pico supo que tenía que armar a sus compañeros para el momento más peligroso. Aún tenían por delante la difícil tarea de someter a los centinelas que custodiaban la prisión, y sabía que no podrían hacerlo con piquetas o martillos. Ni siquiera sería buena idea aproximarse hasta ellos con unas pocas pistolas. Por dicha razón, encañonó al sargento Echenique y le obligó a conducirlo hasta el arsenal. Una vez allí, lo maniataron junto a los otros dos suboficiales y, antes de dejarlos recluidos en su interior, extrajeron los setenta fusiles Máuser que había almacenados y toda la munición que fueron capaces de transportar. Los soldados —jóvenes de reemplazo que apenas rebasaban la mayoría de edad—, sin superiores a los que obedecer y sobrecogidos aún por lo que acababan de presenciar, quedaron encerrados en el comedor bajo la vigilancia de varios presos.

El resto de los reclusos, armados con un Máuser por cabeza, salieron a la pequeña explanada situada frente a los edificios de la tropa y, siguiendo el plan previsto, se organizaron en pequeños grupos que avanzaron sigilosos hacia las garitas que rodeaban el penal.

Pico observó a sus compañeros perderse en la oscuridad, a sabiendas de que aquella parte de la operación era la más delicada. Si los pasos anteriores habían tenido su complejidad, someter a los centinelas pertrechados en sus garitas donde contaban con una evidente posición de ventaja, suponía una verdadera prueba de fuego que determinaría la diferencia entre el éxito y el fracaso. Al menos, pensó mientras apretaba los dientes y los puños por la tensión del momento, suponía

que, tras los primeros escarceos, la ventaja numérica que ellos poseían disuadiera a aquellos soldados que, en la soledad de sus atalayas, aún no eran conscientes de lo que pasaba a su alrededor.

Como estaba previsto, los primeros disparos no tardaron en romper el silencio que se había instalado en la cima la montaña. Algunos centinelas, inquietos ante lo que veían sus ojos, no dudaron en vaciar sus cargadores contra aquellos hombres que cercaban sus posiciones. Los presos, sin embargo, siguiendo las instrucciones que habían recibido, se aproximaban a las garitas con precaución limitándose a intercambiar algún que otro disparo. El objetivo era conseguir que los soldados agotasen su munición y no tuvieran más remedio que rendirse, reduciendo con ello la posibilidad de que hubiera víctimas.

Poco a poco, los militares fueron quedándose sin balas y comenzaron a abandonar sus puestos con los brazos en alto. El guion previsto parecía ir ejecutándose a la perfección hasta que dos de ellos, antes de que sus posiciones fueran copadas por los presos amotinados, lograron descolgarse por los muros que delimitaban la prisión y desaparecieron entre la vegetación y la oscuridad. Aquel inconveniente, que no estaba previsto, hizo que los presos amotinados vaciaran sus cargadores para evitar la huida de aquellos soldados. Las detonaciones de los fusiles volvieron a sonar en la cumbre del monte Ezkaba, aunque la falta de puntería, la escasez de luz y la frondosidad de la montaña propiciaron que los centinelas consiguieran escapar con vida.

Una vez los soldados capturados en las garitas fueron confinados junto al resto del destacamento, Pico comenzó a recibir en el patio del cuerpo de guardia los informes que los diferentes grupos le iban reportando sobre el resultado de los escarceos con los centinelas. Tan pronto supo que dos de ellos habían conseguido escapar, el gesto de su rostro se torció y una mueca de preocupación hizo ver al resto de los compañeros que aquella no era una buena noticia. Cabizbajo, trató de apartarse para aclarar las ideas y digerir aquel inesperado inconveniente. Sus planes se habían centrado en tomar el control de aquella prisión con el menor coste de vidas humanas posibles, pero no había tenido en cuenta aquella eventualidad, y eso le enfadó. Todo lo planeado estaba ahora en peligro. Si los compañeros que aún permanecían en sus celdas no conseguían alcanzar la frontera francesa, lo hecho hasta ese momento no habría servido de nada. También peligraba su plan de sabotear el suministro de víveres y municiones que el bando sublevado aportaba al frente aragonés, una vez él y sus cincuenta hombres de confianza hubieran logrado la libertad. Ambos propósitos corrían el riesgo de fracasar por la inesperada huida de los dos centinelas.

Desalentado, Pico miró al cielo y este le devolvió los tonos oscuros que anticipaban la llegada del crepúsculo. Si la operación hubiera transcurrido según lo planeado, para cuando a la mañana siguiente descubrieran que los presos se habían escapado, todos ellos estarían ya muy lejos de allí. Aquella ventaja con la que había trabajado durante los largos meses en los que había urdido la evasión, acababa de esfumarse, y ya no servía para nada. El plan necesitaba ser modificado. No era tan ingenuo como para pensar que los centinelas huidos se limitarían a ocultarse en algún agujero en lugar de dar la voz de alarma.

—¿Cuál es el pueblo más cercano por esa ladera? —preguntó de improviso, mientras giraba su cuerpo y se situaba frente al resto de compañeros que le observaban expectantes.

—En línea recta, Ainzoin. —Se oyó responder entre la multitud.

—Y ¿cuándo tardaría uno en llegar a Ainzoin corriendo campo a través? —volvió a preguntar Pico.

La mayoría de los presos no tardaron en comprender lo que pasaba por la cabeza de su líder.

Alguno de ellos también lo había pensado. La inquietud se apoderó entonces de casi todos ellos. Quien más quien menos sabía que la cercana Pamplona estaba repleta de militares del bando sublevado.

—Bien alimentado y sin parar de correr —respondió el mismo que había contestado con anterioridad—, veinte..., quizás treinta minutos. No más.

Aquella terrible confirmación, que en cierto modo esperaba, actuó como un resorte en el cerebro de Pico. Si no comenzaban a organizar la salida del resto de los reclusos enseguida, los cazarían allí mismo como a conejos.

DÍA V

Domingo 22 de mayo de 1938

Penal de San Cristóbal (Pamplona)

Cuarenta minutos desde el inicio de la evasión

Siguiendo las instrucciones dadas por Pico, todas las puertas interiores de la prisión fueron abiertas.

Debido a que la fuga se había iniciado en la primera brigada, los presos de aquel oscuro y sombrío lugar salieron los primeros al patio. Pocos eran los que a esas alturas de la tarde no conocían lo que estaba sucediendo, por lo que la mayoría de los que aún podían valerse por sí mismos salieron rápidamente al exterior animados por los gritos de emoción que surgían de unas gargantas que llevaban demasiado tiempo acalladas. La alegría que se percibía en aquellos rostros cadavéricos, se unía a las lágrimas derramadas por unos ojos secos de tanto llorar. Caminaban sosegados y afables; disfrutando del momento que pensaron jamás llegaría. Unos hablaban y otros bromeaban o se abrazaban. Si no fuera por las calamidades que habían pasado allí, se diría que eran jóvenes reclutas el día que abandonaban el cuartel ya licenciados. Casi todos salían solo con lo puesto; aunque otros, los más previsores, habían arramplado con lo poco que tenían y cargaban su petate al hombro. En solo unos minutos, el patio se había convertido en un desfile de hombres que, con paso tranquilo, se dirigían hacia la puerta que les separaba del túnel de rastrillo.

El contraste a lo que sucedía con los internos del agujero lo ponían el resto de los reclusos. Confusos por la poca información que habían recibido, muchos de ellos eran reacios a salir y hablaban unos con otros buscando consejo. Y mientras intentaban comprender lo que sucedía, observaban desde las ventanas el desfile continuo de compañeros que se dirigían hacia la salida. Los rumores, inevitables en momentos de confusión, no tardaron en aparecer y propagarse hasta el último rincón de la prisión. Todas las suposiciones, por absurdas que fueran, deambulaban sin control de oreja en oreja. Hubo quien afirmó que los republicanos habían reconquistado Pamplona y por eso los liberaban. Otros, sin embargo, afirmaban que el ejército sublevado había ganado finalmente la guerra y los amnistiaban a todos. Los hubo incluso quienes afirmaron haber oído que Francia, aprovechando la guerra, había decidido aprovecharse de la división e intentar hacerse con España de nuevo, como ya lo pretendiera Napoleón un siglo antes. Sin embargo, el motivo real que había propiciado la apertura de las puertas del penal apenas era conocido por una minoría. Aunque poco a poco, el optimismo mostrado por los compañeros que alegremente caminaban por el patio favoreció que también el resto de las brigadas y los pabellones se fueran vaciando. En su interior solo permaneció un reducido número de reclusos que decidieron quedarse por temor a lo que pudiera suceder. Quizá fuera casualidad, o quizá solo una mera coincidencia, pero la mayoría de aquellos que decidieron no salir eran también los que mejores condiciones de vida tenían.

Si especial fue el momento en el que supieron que eran libres, mucho más estremecedor fue el instante en el que atravesaron el túnel de rastrillo. Aquel lugar representaba el límite físico de la

prisión que todos ellos habían recorrido en sentido inverso meses antes, o incluso años. Por dicho motivo, quien no había llorado antes no pudo contenerse ahora. Aquel corredor oscuro que se adentraba unos metros bajo tierra para volver a resurgir en las proximidades del cuerpo de guardia, representaba un cruel paralelismo de lo que había supuesto su dura existencia: entrar en el infierno para luego regresar de nuevo a la vida. Hasta que no salieron del oscuro túnel y la fría brisa del exterior, distinta a la que sentían cuando paseaban por el patio, erizó el vello de sus cuerpos, muchos de ellos no sintieron realmente la libertad.

Daniel había sido uno de los primeros en salir. Gracias a la información que disponía unos días antes de que la fuga comenzara, había ido preparándose para la llegada del momento, no sin antes informar a Miguel de lo que estaba sucediendo. Este, que tardó un tiempo en asimilar la noticia, respiró finalmente tranquilo al comprobar que el joven estaba totalmente cuerdo. Para cuando la verja del agujero fue abierta, los dos ya estaban preparados para salir de allí. La poca comida que tenían, un par de mantas y las cartas de despedida de los compañeros que ya no podrían acompañarles, eran las únicas posesiones que en uno de los petates decidieron llevarse consigo.

Cautivados por el ambiente festivo que se respiraba entre los compañeros con los que tantas penalidades habían compartido, los dos presos avanzaron entre la agitada multitud hacia la enfermería con la intención de sacar de allí a Samuel. Alegres porque al final conseguirían ver de nuevo a su compañero, entraron en el dispensario cuya puerta, como las del resto del penal, se encontraba abierta.

—¿Qué pasa ahí afuera? —preguntó un enfermo con un leve hilo de voz. Su cuerpo, consumido por la enfermedad y el hambre, era solo huesos y pellejo.

Daniel, compungido, no pudo evitar dedicarle una mirada de compasión. Para aquel pobre hombre el momento que todos habían esperado llegaba demasiado tarde. Jamás volvería a conocer la libertad y su vida se consumiría en aquel pozo inmundo en el que la vileza humana no parecía tener límite. ¿Cómo decirle la verdad?

—¿Es usted republicano? —preguntó el joven, de improviso.

El enfermo forzó un gesto de sorpresa en su mirada cadavérica, que rápidamente suavizó como si a su ajada memoria acudieran recuerdos de felicidad, cuando aún la guerra no había comenzado y todos vivían libres junto a los suyos.

—Alcalde socialista de Vigo —respondió con debilidad, aunque con un brillo especial en aquellos ojos que, despiertos, no parecían temer la llegada de la muerte.

—Pues, enhorabuena. La guerra ha acabado y los republicanos han vencido.

Aquella dulce mentira fue recompensada con un agradecido gesto de emoción que el joven tardaría tiempo en poder olvidar. Después de tantas calamidades, pensó para sí, ese hombre ya podía morir en paz.

Intentando aplacar los sentimientos que afloraban desde su interior, inspiró profundamente y esperó a que sus pulmones expulsaran aquel extraño aroma a enfermedad y desinfectante que allí se respiraba, para continuar buscando entre los camastros a Samuel.

—No está aquí —afirmó Miguel confuso, mientras regresaba hacia Daniel.

—¿Cómo que no está?

—Lo que oyes. He mirado una por una y no está aquí.

—Eso es imposible.

—Ven *pacá* —dispuso el malagueño tirando del brazo del joven.

Ambos, cama por cama, volvieron a revisar toda la enfermería por segunda ocasión.

—Es verdad. No está —expresó Daniel tras comprobar por sí mismo lo que Miguel acababa de verificar.

Confundidos, los dos permanecieron de pie junto a los camastros situados al final de la estancia, al tiempo que buscaban una respuesta lógica a aquella extraña situación. Mientras pensaban, miraban de aquí para allá, como si la respuesta a aquel acertijo pudiera caerles de repente. Fue entonces cuando el preso que yacía tumbado frente a ellos les hizo una señal con la cabeza. Daniel y Miguel se miraron extrañados para, segundos después, volver a fijarse en el compañero convaleciente. Este, al sentirse observado, volvió a agitar su cabeza hacia la derecha con movimientos rápidos. Apenas unos segundos tardaron en comprender que aquel recluso indicaba con sus gestos hacia la puerta de la morgue, junto a la que se encontraban.

Daniel no pudo evitar que los recuerdos acudieran a su cabeza cuando su mano se posó sobre aquel picaporte. Transcurría el segundo día que pasaba en el penal y el sargento Echenique le obligó, junto a Samuel y otro preso, a cargar las cajas de los fallecidos en la carreta para darles sepultura en el cementerio situado en la ladera del monte. Ese mismo día, mientras caminaban entre la niebla y los matorrales, el propio Echenique había herido a Samuel en la pierna. Aquellas vivencias que parecían haber sucedido semanas antes, solo tenían tres días de antigüedad. La intensidad de lo vivido durante aquellas últimas cinco jornadas resultaba sorprendente, pensó.

La habitación estaba presidida por dos cajas de madera, cada una con un cadáver. La llegada del crepúsculo y la bombilla de escasa potencia que iluminaba la sala hacían que la claridad fuera muy limitada, pero ello no impidió que los dos vieran que uno de los cuerpos era el de Samuel. Aquella dura imagen, que ninguno de ellos esperaba contemplar, los envolvió en el más absoluto de los silencios y los paralizó como si fueran dos estatuas de sal. Durante un tiempo del que ninguno fue consciente, permanecieron asimilando la cruel vivencia con la que se habían topado mientras peleaban en su interior por ahuyentar los demonios que les acechaban.

—Cabrones —acertó a decir Daniel con rabia.

Miguel, sin embargo, no habló. Había visto morir a sus amigos durante los últimos días, y apenas tenía ya lágrimas que derramar. Dejar la vida en aquel lugar era algo tan natural como respirar. Por ello, mientras se despedía en silencio del compañero fallecido, acarició la carta de despedida que, una vez libre, enviaría a su viuda. Ya no podía hacer otra cosa por él. Sabía por propia experiencia que aquellas hojas escritas en la oscuridad de la noche y entre el frío de la madrugada, cuando la tristeza más rasgaba el alma, contenían palabras que jamás un hombre sería capaz de pronunciar por su boca. Y eran en esas frases nacidas del más puro interior donde ni la timidez, ni la cobarde hombría tenían cabida.

De pronto, a sus espaldas, un sonido llamó la atención de ambos. Entre la oscuridad de una esquina, oculta tras una caja vacía, observaron los hábitos de una monja que, acurrucada sobre sí, intentaba pasar desapercibida hasta que el movimiento de uno de sus pies acabó por descubrirla. Daniel la reconoció de inmediato apenas avanzó unos pasos hacia ella. Se trataba de la misma religiosa que, de malos modos, le habían impedido el paso las veces que había acudido a la enfermería interesándose por Samuel. Su furia fue en aumento.

—¿Por qué ha muerto? —preguntó señalando a la caja que contenía el cadáver del preso madrileño.

—Tenía una herida de bala en la pierna —respondió ella, timorata.

—Eso ya lo sabíamos. ¿Por qué ha muerto? —insistió Daniel escupiendo cada una de sus

palabras, como si fuera incapaz de retener toda aquella rabia contenida.

—Por la infección de la herida. El médico no pudo hacer nada.

—¡Pagamos por sus antibióticos! —gritó entonces Daniel, a la vez que se aproximaba más a la monja.

La religiosa se encogió al ver cómo el preso se acercaba a ella con gestos amenazadores. Temía que aquellos malditos diablos la quemaran como había oído decir que hacían con las iglesias, y se puso a rezar.

—¿Por qué no les dieron los malditos medicamentos? —gritó el joven con los ojos llenos de lágrimas y el rostro encendido como el ascua de una fogata.

Miguel, más prudente, se había aproximado a su compañero para intervenir en caso de que este no supiera controlarse. De buena gana habría dado un escarmiento al responsable de aquella injusticia con sus propias manos, pero estimó que pagar la muerte del compañero con aquella mujer sería demasiado injusto, por muy seca y fría que esta hubiese sido con ellos.

—¿Por qué no les dieron los jodidos medicamentos? —aulló Daniel de nuevo ante la falta de respuesta, esta vez a escasos centímetros de la religiosa y mientras tiraba de ella hacia él con brusquedad.

—Tranquilo, muchacho —trató de calmar Miguel a su espalda, reteniendo a su compañero.

—Él se los llevó —acertó a decir la monja con un hilo de voz.

—¿Quién? —se interesó el preso malagueño esta vez, tratando de tomar la iniciativa para que el joven se tranquilizara.

—El sargento Echenique.

Los dos presos se miraron entonces confusos.

—Nos dijo que sabía que habían llegado medicamentos muy valiosos y que los necesitaba para un preso muy importante —añadió la religiosa lloriqueando—. Ni el médico, ni nosotras pudimos hacer nada para evitarlo.

Daniel mantuvo su mirada fija en ella, mientras intentaba asimilar lo que acababa de oír. Sus ojos, colmados de ira, parecían querer taladrar a los de aquella monja que tan mal había tratado a los presos moribundos que llegaban a la enfermería. Mientras la escudriñaba, recordó el desprecio con el que atendió al viejo prisionero al que llevó a la enfermería durante su primer día en la prisión. Era incapaz de entender cómo podían existir personas con tan poca humanidad, que ni siquiera ante el ocaso de una persona sentían la más mínima consideración.

—Es usted una mala persona —espetó colérico, mientras la soltaba con un gesto de desdén y se giraba para salir corriendo por la puerta.

—¡Daniel! —gritó Miguel—. ¿Adónde coño vas?

De regreso al patio, Daniel se vio atrapado entre la marabunta de presos que se dirigían hacia la zona de rastrillo, lo que le impidió avanzar todo lo rápido que le hubiera gustado. Como pudo, y entre empujones, logró alcanzar la verja de salida situada junto al túnel donde se encontró con un tapón humano que le costó rebasar.

El cielo fue cubriéndose de oscuridad, mientras gran parte de los más de dos mil presos continuaban abandonando sus celdas. Dicharacheros y alegres unos; confusos y cautos otros, la evacuación del penal se llevaba a cabo de forma tranquila y sosegada.

Miguel había intentado seguir la estela de Daniel, pero entre aquella marea humana apenas si

podía alcanzarle, por lo que se contentó con no perderlo de vista. Aún desconcertado, era incapaz de imaginar lo que su joven compañero pretendía con aquella veloz huida que chocaba con el caminar parsimonioso del resto de prisioneros. Entre envites y empujones, y alguna que otra disculpa dejada en el aire, logró salir por la bocana del túnel de rastrillo por el que había caminado embutido como si fuera una res camino del matadero. Tan pronto como ascendió el sendero que conducía hasta la explanada del cuerpo de guardia, observó cómo Daniel hablaba con uno de los presos que parecían custodiar la entrada a un edificio. Sin pensarlo dos veces, abandonó la recua de compañeros que continuaban su camino hacia la salida de la prisión, y se dirigió hacia la puerta por la que había entrado su joven amigo.

—No se puede pasar —informó uno de los presos a Daniel.

—¿Quién hay ahí dentro? —preguntó él con la respiración agitada, señalando hacia la puerta que tenía frente a sus narices.

—Tres sargentos.

—Tengo que ajustar cuentas con uno de ellos.

El preso le miró de arriba abajo, y esbozó una sonrisa antes de contestarle.

—A muchos también nos gustaría hacerlo, pero no se les puede tocar un pelo.

Daniel agitó entonces la cabeza mostrando su desacuerdo.

—Déjame pasar, por favor —solicitó de nuevo, dando un paso hacia la entrada de la armería.

—¿Acaso estás sordo? —contravino el recluso poniéndose serio e interponiéndose en su camino.

Daniel le miró retador, pero rápidamente entendió que necesitaría argumentos más contundentes para convencer al tozudo compañero, por lo que retrocedió unos pasos hasta situarse junto a una mesa próxima. Al llegar, había reparado en una barra de hierro que alguien dejó allí olvidada. Con un movimiento disimulado aproximó su mano hacia el barrote hasta que sintió el frío contacto del metal entre sus dedos. A continuación, miró de reojo al compañero que protegía la entrada de la armería y cuando vio que este dejaba de prestarle atención, se abalanzó amenazante hacia él.

—¡Déjame entrar! —gritó, amagando con golpearle.

El otro, sorprendido por aquella inesperada reacción, se apartó de la puerta que custodiaba, mientras que con sus brazos se protegía de un posible garrotazo. Solo cuando la distancia entre ambos fue suficiente, se atrevió a replicar:

—Estás loco. Por mí como si los revientas a golpes.

Abierta la puerta del arsenal, Daniel centró su mirada en uno de los rehenes hacia el que avanzó despacio. Los otros sargentos, temerosos aún por lo incierto de su futuro, se alejaron de su compañero al comprobar que aquello no iba con ellos. Echenique, sin embargo, no se achantó y se posicionó frente a Daniel con un gesto desafiante.

—Eres un cabrón y las vas a pagar todas juntas —amenazó el joven con rabia, mientras recordaba todo lo que aquel hombre le había hecho pasar durante los pocos días que llevaba en la prisión.

El sargento no respondió y se limitó a protegerse del golpe que estaba a punto de recibir. Daniel, intuyendo el movimiento defensivo del militar, varió rápidamente la dirección de la barra de hierro que sujetaba entre sus manos y, aprovechando que el costado del sargento había quedado descubierto, golpeó con ira aquella zona. El chasquido seco que se escuchó sonó como a hueso

roto. Echenique quedó doblado sobre sí, mientras con sus manos intentaba cubrir el lado golpeado. En su cara, un gesto de dolor sustituyó a la mueca retadora que hasta ese instante había mostrado.

Daniel observó el cuerpo del militar postrado frente a él, y pensó que aquella postura era la idónea para acometer el golpe de gracia. Fue entonces cuando el rostro del viejo al que ayudó el primer día, así como los de Jorge, Enric y Samuel se mostraron en su memoria. Aquel miserable había hecho tanto daño que no merecía un segundo más de vida. Y mientras su interior volvía a dejarse dominar por la furia que le había conducido hasta la armería, elevó la barra de hierro con la intención de descargar todo aquel odio sobre la cabeza del sargento que aún permanecía quebrado por el dolor.

—¿Qué haces, desgraciado? —Escuchó a su espalda, al tiempo que notó cómo alguien agarraba el barrote.

Sorprendido, Daniel se giró y su mirada se cruzó con la de Pico. En un segundo plano, Miguel le observaba desde la puerta del arsenal.

—No te metas en esto —respondió el joven, escupiendo todo el veneno que parecía tener dentro—. Este no merece vivir.

Pico le miró compasivo.

—No puedo permitir que muera nadie más —añadió este a la vez que, con suavidad, intentaba que el otro bajara la barra de hierro—. No debes rebajarte y ser como él.

Daniel peleaba contra la cólera que lo inundaba, al tiempo que intentaba calmar el fuego que sentía arder en sus entrañas.

—Además —añadió Pico—, si le matas, le ahorrarás la vergüenza y el deshonor de explicar cómo demonios ha perdido la prisión a manos de unos presos desarmados.

Unas risas se escucharon a las espaldas de ambos. Varios presos observaban curiosos la escena.

—Bastante castigo tendrá para el resto de su vida. Hoy queda marcado para siempre. La deshonra será su peor penitencia.

El joven sonrió al escuchar aquella última frase. Pico estaba en lo cierto. No había peor escarmiento para aquel malnacido que enfrentarse a sus superiores y tener que explicarles cómo se había vaciado la prisión.

—Corred todo lo que podáis, porque os buscaré, y no tendré piedad de ninguno de vosotros —amenazó con tono rabioso Echenique, que parecía recuperarse.

Esta vez fue Pico quien golpeó la cabeza del sargento con la culata de su pistola y le dejó sin sentido.

DÍA V

Domingo 22 de mayo de 1938

Monte Ezkaba (Pamplona)

Una hora desde el inicio de la evasión

En la cima del monte Ezkaba, allí donde la montaña parecía engullir los muros que delimitaban la prisión, cerca de dos mil presos se agolpaban frente a la puerta de acceso al penal. Diseminados a lo largo de la estrecha carretera, o aprovechando los pequeños montículos adyacentes a la misma, los fugados vagaban desconcertados. Resultaba sorprendente comprobar cómo, una vez en libertad, aquellos hombres parecían no atreverse a huir después de pasar meses o años de duro cautiverio. La mayoría habían salido sin saber realmente lo que sucedía, y buscaban información preguntando de aquí para allá. Los rumores que habían comenzado en las brigadas no hacían sino engordar las falsas teorías, y el desconcierto que se vivía en el exterior provocó que los primeros arrepentidos regresaran a sus celdas temerosos de que aquello no acabara bien.

Desde un montículo próximo al portón de entrada a la prisión, Pico intentaba aunar la atención de todos sus compañeros. Pero poner de acuerdo a miles de hombres excitados, recelosos y asustados, resultaba una tarea demasiado complicada. Abatido, llegó a la conclusión de que aquello era un verdadero desastre. El retraso acumulado rebasaba todos los límites razonables, y los dos centinelas que habían conseguido escapar ya habrían dado la voz de alarma. Si en lugar de personas hubieran sido ovejas, maldijo en voz alta sin temor a que le escucharan, seguramente ya las tendría caminando monte abajo.

De repente, cuando el murmullo de las conversaciones había convertido aquel lugar en una torre de Babel, el ronroneo de un motor aproximándose acalló a la multitud. Expectantes, casi todos los fugados miraron hacia el lugar del que provenía aquel ruido ronco que la mayoría todavía recordaba de sus años en libertad. En pocos segundos, el portentoso morro de un Ford apareció ante ellos tras rebasar la última curva de la estrecha carretera. El vehículo anduvo solo unos metros más, antes de detenerse. El tiempo pareció entonces congelarse mientras los fugados y el conductor se observaban sin saber cómo actuar. Ni el uno ni los otros daban crédito a lo que veían sus ojos. Aunque para cuando el ocupante del coche quiso accionar la marcha atrás, la multitud comenzó a rodearle impidiendo que huyera.

El grupo comandado por Pico se dirigió hacia el auto, al mismo tiempo que su ocupante lo abandonaba. Los presos que le cercaban retrocedieron al comprobar que se trataba del alférez al mando del destacamento de militares que custodiaba el penal, que regresaba a la prisión después de pasar el fin de semana en Pamplona. El oficial —un joven delgado y alto que apenas tendría cumplidos los veinticuatro años— en lugar de achantarse se atrevió a pedir explicaciones.

—¿Qué demonios está pasando aquí? ¡Todos para dentro ahora mismo! —aulló, con la intención de que hasta el último de los presos le escuchara.

Los más próximos a él no supieron cómo reaccionar, y algunos agacharon la cabeza y miraron

al suelo. La incertidumbre pesaba todavía demasiado en la mayoría de ellos.

—No creo que se encuentre en disposición de dar ninguna orden —intervino Pico tan pronto logró, junto al resto de sus compañeros, llegar a la altura del alférez.

—¿Usted es el responsable de esta locura?

—Esta locura es la libertad para todos los hombres que hay aquí.

—¡No seáis ingenuos! —volvió a gritar el militar, dirigiéndose de nuevo al grueso de los presos—. ¡En Pamplona hay un batallón acantonado! ¡Os cazarán como a conejos antes de que logréis salir de este monte!

Un murmullo comenzó a ahogar las palabras del alférez, mientras la inseguridad volvía a apoderarse de muchos de ellos. El miedo, que tampoco había desaparecido, comenzaba a dominar gran parte de las miradas.

—¡Aún estáis a tiempo de que esto no vaya a mayores! —continuó desgañitándose el joven militar al comprobar cómo sus amenazas parecían surtir efecto entre muchos de los prisioneros—. ¡Regresad adentro y os juro por Dios que no os pasará nada!

Aquella última petición pareció ser la señal que algunos habían esperado oír, y un continuo peregrinar de hombres comenzó a deshacer sus pasos para regresar a las brigadas.

—Ya ha sido suficiente —advirtió Pico dirigiéndose a sus compinches—. Llevadle con los otros.

El alférez fue rápidamente rodeado y, sin oponer la mayor resistencia, se dejó llevar hasta el cuerpo de guardia mientras no cejaba en su intento de animar a todo el que pasaba junto a su lado para que desistiera de aquel disparate. Su figura desapareció, aunque sus voces continuaron escuchándose durante unos segundos más.

Para cuándo Pico ordenó despeñar el vehículo por la ladera de la montaña, la desbandada de presos hacia el interior de la prisión era constante. Solo unos minutos más tarde apenas si quedaban ochocientos hombres junto a las puertas del penal. Cansado de esperar, y temeroso de que las fuerzas acantonadas en Pamplona les sorprendieran en aquella ratonera, dio orden para que todo aquel que quisiera huir formara en fila de a tres —la estrechez de la calzada no daba para más—. Fue entonces cuando los setecientos noventa y cinco presos que todavía querían ser libres, armados con setenta fusiles Máuser y alguna que otra pistola, comenzaron a dejar atrás aquellos muros, testigos de tanta crueldad y sufrimiento.

Daniel y Miguel avanzaban cerca de la cabeza de un pelotón donde el silencio solo era roto por el ruido de las pisadas. El crepúsculo avanzaba sobre sus cabezas y en poco tiempo no se vería más allá de un metro de distancia. A su vez, tan pronto como comenzaron a descender la niebla que parecía llegar de mano de la noche los engulló reduciendo aún más la visibilidad. No obstante, y a pesar de que todavía no las tenían todas consigo, estaban felices y satisfechos al sentir que se alejaban de aquel horrible lugar. La única pena que les quedaba era dejar a muchos de sus amigos atrás.

El grupo progresó a buen ritmo durante más de seiscientos metros por un tramo recto hasta que alcanzaron una curva cerrada a derechas. Fue en ese instante cuando la cruda realidad les golpeó. Todos sabían que aquello ocurriría tarde o temprano, aunque deseaban estar equivocados. El *shock* fue rotundo y la caminata se detuvo en seco. A menos de un kilómetro de distancia varios reflectores iluminaban con sus potentes haces la falda del monte Ezkaba. Junto a ellos, una

impresionante caravana de vehículos alumbraba con sus luces el tortuoso recorrido que hacía la carretera, mientras ascendían hacia la prisión. Las fuerzas acantonadas en Pamplona ya estaban allí.

—No podemos continuar por aquí —anunció uno de los fugados entre la multitud.

Un runrún, que fue aumentando en intensidad, se apoderó del pelotón.

—¡Habrà que huir campo a través! —Se oyó decir a Pico—. ¡No miréis hacia atrás y corred como nunca antes lo hayáis hecho! ¡Si conseguimos llegar hasta abajo tendremos más posibilidades! ¡Mucha suerte a todos!

Aquellas últimas palabras, pronunciadas a viva voz, fue el comienzo de la desbandada que se vio acelerada cuando uno de los reflectores acertó a iluminarles. El pánico se impuso entonces a la calma, y el miedo provocó que alguno de ellos se orinara encima. Los habían localizado y la caza de conejos que había predicho el alférez comenzaba.

Corriendo entre la maleza y las rocas, saltando a trompicones sobre agujeros y arbustos que apenas conseguían distinguir, y astillando ramas que rasgaban la piel como afilados cuchillos, el grupo de presos se disgregó por la ladera del cerro cuando la noche ya había teñido de negro todo cuanto les rodeaba. Solo el destello de los reflectores que seguían sus pasos iluminaba en ocasiones el camino, aunque otras veces los cegaba. El pánico a ser nuevamente capturados y a las represalias que vendrían después, hacía que la adrenalina se dispersara veloz por aquellos cuerpos a los que apenas les quedaba energía que poder quemar.

Poco a poco, lo agreste del terreno y la falta de luz hizo que el gran grupo se disgregara en grupitos más pequeños. Daniel y Miguel avanzaban a la carrera junto a Pico y varios presos más, aunque la confusión reinante durante el alocado descenso podría haberlos unido a cualquier otra cuadrilla diferente. Preocupados por no perder el rastro del compañero que tenían delante y quedar aislados en la inmensidad de la noche, corrían como caballos desbocados tratando de esquivar los obstáculos que la montaña ponía en su camino. Los dos eran conscientes de que un mal paso podía hacerles rodar por el suelo y separarles del resto. Fue entonces cuando a sus oídos comenzaron a llegar los primeros gritos de dolor e impotencia de aquellos que resbalaban o tropezaban, y sus heridas les impedían volver a ponerse en pie. Muchos pedían que no les dejaran solos allí, mientras que otros suplicaban que los ajusticiaran antes de ser nuevamente apresados por sus perseguidores. Aquellos quejidos surgían como fantasmas entre la oscuridad, y rápidamente quedaban atrás en una letanía que tañía sus conciencias.

El eco de los primeros disparos a sus espaldas aceleró la velocidad del descenso, circunstancia que también acrecentó el número de caídas, golpes y arañazos. Todos sabían lo que significaban aquellas detonaciones, pero ninguno deseaba pensar en ello y se centraban en continuar corriendo entre la oscuridad sin saber a ciencia cierta hacia dónde se dirigían. Resultaba muy duro asimilar que aquellos compañeros que habían tenido la mala fortuna de doblarse un tobillo o romperse una pierna, o simplemente no disponían de fuerzas suficientes para seguir huyendo, estaban siendo abatidos por los soldados que pisaban sus talones. Por dicho motivo, ninguno miró hacia atrás, bastante tenían con adivinar lo que tenían delante.

Las ráfagas de los potentes reflectores parecían ejecutar un macabro baile a lo largo de la ladera de la montaña cuando el tableteo de las ametralladoras comenzó a tronar. Fue en ese instante cuando las balas empezaron a silbar demasiado cerca de ellos y el compañero que corría por delante de Daniel fue abatido. Miguel y él, haciendo gala de buenos reflejos, lograron esquivar su cuerpo evitando caer al suelo. Sin embargo, aquel incidente provocó que los dos quedaran algo rezagados del resto, y aunque trataron de enlazar de nuevo con el grupo, la

frondosidad de la vegetación y la cerrazón de la noche se lo impidieron. Para cuando quisieron darse cuenta estaban solos.

—No puedo más —gritó Miguel que comenzaba a quedarse atrás.

—Aguanta un poco —alentó el otro, más fresco que el malagueño.

—Casi no puedo respirar.

Aprovechando la espesura de unos matorrales próximos, los dos compañeros se escondieron para recuperar el resuello y reorganizar ideas. Ya no tenían a nadie a quien seguir, por lo que debían pensar qué hacer o hacia dónde ir. Tumbados sobre el suelo rocoso, y ocultos por la vegetación, tuvieron una perspectiva más real de lo que estaba sucediendo, y por primera vez se atrevieron a mirar hacia atrás. Aquellos minutos corriendo entre la maleza les habían alejado lo suficiente de la carretera donde los vehículos militares permanecían estacionados, pero las ráfagas de las ametralladoras centelleaban sobre diversas zonas del monte. Rápidamente dedujeron que los soldados del Batallón 331 acantonado en Pamplona habían comenzado a desplegarse a lo largo de la amplia ladera del monte. De vez en cuando llegaban hasta sus oídos aullidos de pánico y gritos de súplica que callaban para siempre tras el sonido de varios disparos. Los estaban masacrando sin piedad, pensaron acurrucados el uno junto al otro. Otras veces oían personas correr muy cerca de ellos. Aquel desesperado zapateo podría corresponder a los que se habían quedado rezagados e intentaban escapar de la lluvia de balas que astillaban los troncos de los árboles o brillaban al impactar contra las piedras. Pero ellos no se atrevían a comprobarlo y permanecieron ocultos sin mover un solo músculo. El tiempo pasó despacio, y pronto dejaron de escuchar las carreras de los que pasaban cerca de ellos. El ritmo de las salvas también pareció ralentizarse y la procedencia de los disparos comenzó a alejarse de aquella zona del cerro. Los gritos de auxilio o clemencia dejaron de escucharse, y un extraño silencio, roto solo por alguna que otra detonación, les devolvió nuevas esperanzas.

—¿Estás mejor? —preguntó Daniel con un susurro.

—Tengo la lengua como una alpargata —se quejó el malagueño con el mismo tono de voz—. Me bebía un río entero.

—Yo también estoy seco. Tenemos que continuar bajando. Seguro que pronto encontraremos algún arroyo.

—Pues en marcha. Aprovechemos ahora que parece que todo está más tranquilo.

Los dos se levantaron despacio para evitar hacer ruido. Agachados, avanzaron dando prioridad al sigilo antes que a la velocidad. Por fortuna, los haces de los reflectores parecían entretenidos con otras zonas de la ladera y solo sufrieron su visita en un par de ocasiones. Ambos sabían que localizar a dos personas era más complicarlo que hacerlo con un grupo de diez o quince, por ello concluyeron que, a fin de cuentas, el quedarse solos no era tan malo como inicialmente habían supuesto. Continuaron sin detenerse protegidos por la oscuridad de la madrugada y la fina espesura de la neblina que se arrastraba como un espectro sobre la falda de la colina. La sed y la debilidad de unos cuerpos mal alimentados pronto volvieron a minar su avance por lo que se vieron obligados a detenerse de nuevo para descansar. Las heridas provocadas por ramas, piedras y arbustos que en la huida habían magullado su piel, escocían al ser bañadas por el sudor que los empapaba. Pese a todo, sentían que la libertad bien merecía aquel sufrimiento.

Apenas reanudaron la marcha, la suerte quiso que dieran con una estrecha vereda que no dudaron en seguir. Animados por la facilidad con la que avanzaban sin tener que sortear todo tipo de obstáculos, caminaron con precaución una vez que el sonido de disparos no dejaba de oírse a sus espaldas. De repente, a su derecha, el chasquido de unas ramas llamó su atención.

Sobrecogidos, miraron hacia el lugar de donde había provenído aquel inesperado ruido, pero la oscuridad que antes les protegía ahora se convertía en una peligrosa enemiga que les impedía ver a lo que se enfrentaban. El ritmo de sus corazones se aceleró, al tiempo que se tensionaban todos los músculos de sus cuerpos. Fue entonces cuando los reflectores acudieron en su ayuda, y durante los segundos en los que el potente haz iluminó el terreno que los rodeaba, observaron cómo la figura de una persona armada con un fusil se recortaba entre la capa blanca que formaba la niebla. Aquella aparición fantasmal atemorizó a Daniel y Miguel que ya se creían descubiertos. Pero en lugar de la lluvia de balas que esperaban, escucharon el susurro de una voz:

—Seguidme.

Los dos quedaron paralizados. Quizá el miedo, quizá la desconfianza, o tal vez una mezcla de ambos, les impedían reaccionar.

—Rápido. Salid del camino si no queréis que os cacen. Os siguen los pasos.

Aquella última advertencia pareció convencerles y, sin pensarlo más, siguieron las indicaciones del desconocido y se ocultaron junto a él tras un arbusto. La proximidad les hizo ver que aquel hombre era otro huído del penal, por lo que respiraron algo más tranquilos. De pronto, a menos de dos metros de donde se escondían, varios soldados pasaron por el sendero que ellos acababan de abandonar.

—No deben estar muy lejos —afirmó uno de los militares en voz baja—. Huelo a mierda.

—Más te vale que encontremos alguno más —siseó otro—, o perderás la apuesta. Aún llevo dos más que tú.

—Shhh —silenció el que encabezaba el grupo—. Cerrad el pico por ahí detrás. ¿Acaso queréis que os oigan?

El resto de la conversación, si es que la hubo, ya no fue escuchada por los tres fugados que, ocultos tras la vegetación y en completo silencio, permanecieron unos segundos más hasta que el compañero que les había salvado el pellejo decidió ponerse en marcha.

—Debéis tener más cuidado si queréis llegar al amanecer —les reprendió este con una sonrisa. Parecía contento por haberse encontrado con otros fugados—. Toda la ladera está repleta de militares. Seguidme. Aquí no estamos seguros.

El silencio, roto solo por los crujidos de las ramas al troncharse bajo sus pies, les acompañó hasta que los tres alcanzaron un terreno más pedregoso que finalizó junto una pared de piedra que les impedía el paso. En ese punto, el compañero al que seguían atravesó un denso matorral y desapareció sin dejar rastro. Los otros dos se miraron confusos, aunque no tardaron en seguir el camino marcado por el primero.

El denso arbusto escondía la entrada a una pequeña cueva de no más de diez metros cuadrados y apenas un metro y medio de altura. En su interior, cinco bultos permanecían tumbados sobre el suelo húmedo y rocoso. Al comprobar que tenían visita se incorporaron con rapidez. La cerrazón en la gruta era casi absoluta.

—Acomodaos donde podáis —indicó el camarada que los había llevado hasta allí, una vez dejó el fusil apoyado sobre una piedra próxima. El sonido de disparos en el exterior, cuya cadencia parecía haber disminuido, se mezclaba con el goteo del agua al caer desde algún lugar cercano a ellos.

—¿En qué brigada estabais? —preguntó una voz ronca que surgió de entre la oscuridad.

—En la primera —respondió Miguel hundiendo su trasero en una zona embarrada.

—Entonces esto os parecerá un palacio —respondió otro.

De inmediato, varias risas secundaron aquellas palabras.

—Shhh... —Se oyó sisear—. Están por todas partes y pueden escucharnos.

Ante la llamada de atención el silencio se impuso, aunque solo durante algunos segundos.

—¿Solo quedáis los dos? —preguntó otro.

—Nos hemos separado del grupo en el que íbamos —respondió Daniel esta vez—. El compañero que iba delante cayó y los perdimos de vista.

—Estaban a punto de ser sorprendidos por una patrulla cuando los he encontrado —intervino el fugado que los había llevado hasta allí—. La ladera de la montaña está plagada de militares que no dudan en disparar a todo lo que se menea. Se mueven en patrullas de ocho o diez.

—Nos están cazando como a conejos —lamentó el de la voz ronca recordando la advertencia que había escuchado en boca del alférez—. Suerte tendremos si conseguimos llegar hasta abajo.

—Y si lo conseguimos —añadió otro—, estoy seguro de que los puentes y carreteras estarán vigiladas.

—Pero tampoco podemos quedarnos mucho tiempo aquí —arguyó el compañero que había salvado a Daniel y Miguel—. Pronto revisarán las cuevas y los sitios en los que crean que podemos escondernos. No tardarán en hablar con los pastores de la zona que les guiarán hasta lugares como este. Y si nos cogen aquí, nos fríen como a chinches.

Aquel último argumento ofreció la contundencia necesaria como para que ningún otro tuviera la tentación de rebatirlo. Eran conscientes de que no podían permanecer ocultos allí para siempre.

—Además —continuó razonando—, tenemos que aprovechar la noche para avanzar y escondernos durante el día. No sabemos si este escondrijo será tan bueno a la luz del sol.

—Tiene razón —afirmó una voz susurrante que no se había escuchado aún.

—Salgamos e intentemos avanzar —secundó otro.

De improviso, el sonido de una ráfaga de ametralladora al que sucedieron una serie de varios disparos, rompió la tregua que parecía haberse impuesto unos minutos antes. Las detonaciones se habían escuchado muy cerca de la cueva. Probablemente a no más de quince o veinte metros de distancia, calculó el más optimista de todos ellos. Ello provocó que la conversación cesara de inmediato, y los nervios afloraron al tiempo que los latidos de sus corazones se encabritaban. Por momentos, alguno llegó a temer que la cabeza de un soldado asomara de repente a través del matorral que los ocultaba del exterior. Limitando incluso el rumor que pudieran producir sus agitadas inspiraciones, permanecieron durante varios minutos hasta que la situación fue regresando poco a poco a la normalidad y los disparos, que no cesaban, parecieron alejarse nuevamente del lugar en el que se escondían.

—¿Tenéis agua? —preguntó entonces Miguel—. No creo que pueda caminar mucho más con esta sed.

—Busca el sonido de la gota al caer y pon la boca debajo —informó el fugado que se encontraba más cerca del malagueño—. Así nos hemos saciado los demás.

—Antes de salir deberíamos reponer fuerzas —propuso el de la voz grave—. Una vez fuera no sabemos cuándo podremos volver a parar.

—Nosotros tenemos algo de comida —indicó rápidamente Daniel, satisfecho de poder ayudar a quienes les habían salvado y acogido. Sin embargo, el desprendido gesto del joven no pareció gustar tanto a Miguel, aunque no dijo nada. Si por él fuera mantendría aquellas provisiones para más adelante.

—Comamos entonces —sugirió de nuevo la voz ronca—. Que con el estómago lleno se aguanta más.

Todos parecieron estar de acuerdo, aunque Miguel lo hizo regañadientes.

—¿Cuánto calculáis que queda para el amanecer? —preguntó otro.

—Algo más de cuatro horas —respondió el compañero que había conducido hasta la gruta a los dos nuevos inquilinos.

—Suficiente para dejar atrás este maldito monte —agregó el de la tonalidad bronca—. A ver, muchacho, enséñanos qué tienes en tu zurrón.

Media hora más tarde los ocho fugados abandonaron la cueva en la que habían permanecido escondidos. La oscuridad de la noche y la frondosidad de la vegetación los ocultaban, pero también dificultaban su avance. La neblina que durante las primeras horas de la fuga había cubierto de blanco la ladera de la montaña, tan solo era ya una fina capa transparente. Ello permitía que la luz de la luna, en cuarto menguante, iluminara débilmente el terreno por el que andaban.

Con todos los sentidos en alerta, caminaron en fila de a uno durante varios minutos utilizando una pequeña senda que descendía zigzagueante. Eran conscientes de que continuar por aquel sendero aumentaba las posibilidades de ser descubiertos, pero lo preferían antes que avanzar campo a través, donde el crujido de las ramas, la espesura de los matorros o las traicioneras piedras resbaladizas podrían acarrearles consecuencias irreparables. Todo ello sin contar con los barrancos y las quebradas que aparecían de repente frente a sus narices. El sonido de disparos y gritos suplicando clemencia hacía minutos que no se escuchaban, y las luces de los reflectores, lejanas ya, barrían otras zonas de la montaña.

El compañero que encabezaba el grupo —el mismo que había salvado a Daniel y Miguel de ser descubiertos—, se detuvo de pronto y, tras hacer una señal, se agachó; algo parecía haberle alertado. El resto de los fugados que le seguían no tardaron en imitarle y, en cuclillas, esperaron impacientes a saber lo que sucedía. Para cuando el mensaje llegó al último de ellos, la figura del compañero que guiaba el grupo ya se había perdido entre el lóbrego manto de la madrugada. Los demás esperaron en silencio mientras el dolor se acumulaba en sus piernas flexionadas y la incertidumbre se apoderaba de sus mentes. El repiqueteo de sus corazones y algún disparo aislado era lo único que lograban escuchar, al tiempo que una brisa fresca y húmeda agitaba la vegetación que les servía de parapeto. El frío era cada vez más intenso, aunque sus cuerpos permanecían sudorosos.

Transcurridos cinco minutos sin novedad, la inquietud comenzó a apoderarse de los siete que continuaban agazapados entre la maleza y la oscuridad. Sin bien era cierto que durante la espera no habían escuchado nada extraño que los pusiera en alerta, el paso del tiempo unido a la falta de noticias estimuló la ansiedad del más templado de todos ellos. Poco a poco, las suposiciones más fatalistas comenzaron a inundar sus cabezas, y los pensamientos, oscuros como la noche que los acompañaba, fluyeron sin control en aquellas mentes excitadas y temerosas.

—¿No nos habrá dejado aquí tirados? —Se oyó susurrar.

—¿Y si le han cogido por sorpresa? —arguyó otro con voz trémula—. ¿Y si nos delata?

Acostumbrados a subsistir en el agujero, los sentimientos más egoístas no tardaron en aflorar cuando la situación aumentó la presión de la sangre que llegaba hasta sus cabezas. Hundidos y denostados psicológica y emocionalmente, muchos de ellos habían sobrevivido durante meses y años rapiñando al más débil, por lo que la confianza era la cualidad humana que menos perduraba

cuando se ingresaba en el penal.

—Creo que tendríamos que ir a ver —propuso otro, con tono angustiado.

Daniel y Miguel callaban y se limitaban a escuchar. Acoplados en aquel reducido grupo por casualidad, preferían mantenerse al margen del histerismo que comenzaba a contagiarles. Aunque, pensándolo bien, les entendían. Ellos dos solo se fiaban el uno del otro.

—Voy a echar un vistazo —propuso el de la voz grave, que ahora encabezaba el grupo.

Sin embargo, apenas hizo ademán levantarse cuando un crujido proveniente de un matorral cercano les sobresaltó. El mundo pareció detenerse entonces, a la vez que las miradas se dirigían hacia el lugar de donde había provenido el chasquido al que rápidamente sucedieron otros. Los dos fusiles que aún tenían en su poder apuntaron temblorosos hacia la maleza.

—Tranquilos —dijo una voz surgida entre la oscuridad y que todos reconocieron—. Soy yo.

El resoplo de alivio fue general, aunque alguno de ellos ya se había preparado para salir corriendo.

—¡Joder! —susurró otro—. Casi me meo encima.

Las risas, apenas perceptibles, sirvieron para liberar la tensión acumulada.

—Un poco más y te hacemos un colador —bromeó la voz bronca cuando tuvo frente a sí al compañero que acababa de regresar.

Este, sin olvidar que el peligro acechaba, se agachó tan pronto volvió a unirse a ellos.

—Hay otro grupo de presos a unos veinte metros de aquí —informó ya en cuclillas y protegido tras lo matorrales cómo el resto—. Están descansando, pero se irán pronto.

—¿Cuántos son? —preguntó el de la voz ronca.

—Unos doce. Creo que deberíamos unirnos a ellos.

—No sé —rumió el otro—. Cuantos más seamos más fácil será dar con nosotros.

—Es el grupo de Pico —informó el primero.

El silencio se apoderó durante unos segundos de la conversación. A esas alturas de la fuga todos sabían a quién le debían la libertad.

—Seguro que saben hacia dónde ir —aventuró el guía tras la breve pausa.

—Quizá tengan a alguien abajo que los esté esperando —dijo otro.

—No parecían tener muy controlada la salida —rebatió el de la voz grave—. Aparte de tomar el penal que, todo sea dicho, lo han hecho de forma cojonuda, creo que no había nada pensado para después.

Ninguno respondió, por lo que él mismo asumió que la opinión de la mayoría contravenía sus intenciones.

—Lo mejor sería votarlo —propuso uno.

—Sí —asintió otro—. Será lo mejor.

En menos de un minuto la decisión estaba tomada, y por siete votos contra uno el grupo de ocho decidió unirse al de Pico cuyos componentes, también ocultos tras unas piedras, esperaban impacientes para continuar la marcha.

Los saludos tras la unificación fueron escuetos. La mayoría de ellos sabían que, aunque sus caminos volvieran a unirse allí, unos metros más adelante podrían separarse de nuevo. La dura persecución a la que estaban siendo sometidos no aconsejaba entablar demasiada afinidad con quien podría caer abatido por las balas o sucumbir por el agotamiento durante las duras jornadas que aún quedaban por delante. Cuanto menor fuera el roce, menores serían los remordimientos cuando tuviera que dejarse a alguno atrás. La muerte acechaba oculta detrás de cada matorral y no habría lugar para contemplaciones.

Tras intercambiar algunas palabras, Pico tomó el mando y, siempre en fila de a uno, avanzaron unos metros entre la vegetación hasta que alcanzaron la vereda que el grupo de Daniel y Miguel había estado siguiendo antes de la unificación. El sudor continuaba bañando sus cuerpos e incidía con especial virulencia en las heridas y arañazos hechos por las traicioneras ramas. La madrugada avanzaba al igual que lo hacía la luna sobre sus cabezas, y el cansancio que se acumulaba tras horas de huida lastraba sus pies que apenas si podían arrastrarse entre la hojarasca o las piedras del camino. La debilidad por meses y años de continua malnutrición, comenzaba a hacerse demasiado evidente. Aquel inconveniente que no había sido tenido en cuenta durante la planificación de la evasión, preocupaba a Pico. Aún quedaban horas de dura caminata para finalizar aquella primera jornada, por lo que antes del amanecer tendrían que localizar algún lugar en el que poder abastecerse. El día lo dedicarían a ocultarse y descansar. Sin poder evitarlo, y mientras intentaba mantener sus cinco sentidos en alerta, a su mente regresaron los dos centinelas que habían conseguido escapar y dar la voz de alarma. Si no hubiera sido por ellos, tendrían el camino despejado hasta bien entrado el día siguiente, y las decenas de compañeros que, estaba seguro, habían sido abatidos aquella noche, caminarían a su espalda mientras soñaban con la libertad.

La senda que seguían comenzó a ensancharse, lo que no gustó a muchos de los fugados que sintieron cómo el abrigo de los arbustos que durante los metros anteriores les habían aportado cierta seguridad, desaparecía quedando más expuestos. Para colmo de males, un profundo terraplén apareció a la derecha de su avance, circunstancia que limitaba la posibilidad de una huida en dicha dirección. Aquello provocó que la desconfianza comenzará a adueñarse del grupo, y los ojos, nerviosos, no cesaran de mirar de aquí hacia allá, temerosos de que en cualquier momento pudieran ser sorprendidos por alguna patrulla de soldados de las muchas que peinaban el monte.

La inquietud reinante hizo que Pico se viera obligado a discutir la situación con los suyos, motivo por el que detuvieron de forma momentánea la marcha. La conversación, apenas audible para el resto, finalizó con la decisión de continuar un poco más para ver qué sucedía con el sendero. Pero la vereda no volvió a estrecharse y finalizó en un claro circular de unos quince metros de diámetro. La marcha se detuvo de nuevo antes de que los fugados se adentrasen en la zona desprotegida y, a una señal del cabecilla, todos se agacharon para hacer sus cuerpos lo más pequeños posible.

—¿Qué opinas? —preguntó Pico a su lugarteniente, al tiempo que observaba el terreno que tenían delante a la tenue luz de la luna.

El compañero, antes de responder, escudriñó la explanada todo lo que la oscuridad de la madrugada le permitió. Luego, como si de un ritual se tratara, aguzó el oído e incluso olisqueó la brisa que daba en su cara como lo haría un desconfiado jabalí.

—Parece despejado —opinó una vez concluyó aquella insólita liturgia de rastreo—. Por la derecha tenemos un barranco, así que no nos quedan muchas opciones. O el claro o tirar hacia la izquierda y caminar campo a través. El problema es que por mitad del monte iríamos demasiado lentos y sería muy fatigoso. Muchos de ellos serían incapaces de seguir por ahí —apuntilló echando una ojeada al resto.

Pico no respondió y dedicó los siguientes instantes a meditar. No le resultaba fácil tomar aquella decisión.

—Hace tiempo que no se escuchan disparos —prosiguió el segundo al mando—. Y los últimos venían de lejos. Todo parece en calma.

—Esa tranquilidad es lo que me preocupa —añadió el cabecilla.

—Seguro que han decidido reforzar las carreteras y los puentes —volvió a incidir el otro—. Han pasado unas horas ya, y pensarán que lo más lógico es esperarnos allí abajo.

Pico miró también al resto de los componentes del grupo antes de tomar una decisión. Los rostros afilados y huesudos marcados por el cansancio, así como las múltiples magulladuras que muchos de ellos habían acumulado durante el duro descenso le hicieron pensar que, quizá, su compañero estuviera en lo cierto.

—Está bien —respondió después de meditar unos segundos más y volver a escudriñar la explanada que, sumida en la oscuridad, se abría ante ellos receptiva.

Tomada la decisión, Pico se irguió unos centímetros y ordenó continuar. Aquellos que le seguían, encabezados por su lugarteniente, le imitaron. Aunque la zona trasera del grupo no parecía tenerlas todas consigo.

—Yo no pienso entrar ahí —murmuró el de la voz grave a los que estaban a su lado; entre ellos Daniel y Miguel.

—Debemos seguirles —le contradijo otro—. No podemos quedarnos solos.

—Eso es una ratonera —arguyó el de la voz áspera—. Me pica la oreja. Siempre lo hace cuando va a pasar algo. No sigáis.

El resto le sobrepasaban sin hacerle caso, mientras la cabeza del grupo ya comenzaba a adentrarse en el claro. Fue en ese momento cuando Miguel cogió del brazo a Daniel impidiéndole que avanzara. La tenue luz de la luna favoreció que la mirada del malagueño impresionara al joven. Aquellos ojos parecían suplicarle que no siguiera.

—Vamos, Miguel. Tenemos que continuar.

—No es ninguna *chuminá*^[3], Daniel —expresó con desesperación el otro sin soltar la camisa de su amigo—. A este *malaje* le pica la oreja. Quizá pienses que estoy *maharón*^[4], pero en mi tierra se hace caso a esas cosas. A mi tío Alberto le picaba una pierna antes de que lloviera, y nunca fallaba.

—Joder, Miguel. No me jodas ahora con eso. No podemos quedarnos aquí solos. ¿Qué hacemos entonces?

Mientras respondía, el joven observaba con impaciencia cómo los tres se estaban quedando retrasados del resto

—Solo tenemos que esperar un poco —respondió el de la voz ronca sin apartar la mirada del resto de los fugados que ya transitaban sobre la zona central de la explanada.

Daniel no respondió ante aquella propuesta que consideró egoísta y cobarde. Permanecer esperando para ver lo que sucedía al resto de los compañeros era ser demasiado ruin. En adelante, pensó con un gesto de desprecio en su rostro, se mantendría alejado de aquel tipo que parecía capaz de vender a su propia madre si tuviera ocasión.

—Vámonos, Miguel —indicó a su amigo, mientras se soltaba de la mano que le agarraba—. Aquí empieza a oler mal.

Sin embargo, apenas giró su cuerpo con dirección al claro, una multitud de gritos y luces le sobresaltaron.

—¡Quietos! —vociferaron un sinfín de voces—. ¡Las manos en la cabeza! ¡Que ninguno se mueva! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Las manos en la cabeza o disparamos!

Paralizado, Daniel necesitó unos segundos para comprender lo que estaba sucediendo; los mismos que utilizó Miguel para abalanzarse sobre él y tirarlo al suelo, mientras que con una de

sus manos le tapaba la boca. El griterío que provenía del claro enmascaró el sonido provocado por la caída de los dos fugados a los que rápidamente se les unió el camarada de la voz ronca. A gatas, los tres aprovecharon un matorral próximo para ocultarse al tiempo que, atónitos, observaban cómo un grupo de unos quince soldados rodeaban al resto de sus compañeros en la explanada. Sin dejar de gritar y apuntándoles con los cañones de sus fusiles y los haces de las linternas, los militares se centraron en los fugados que iban armados, a los que, una vez en el suelo, golpearon y patearon antes de arrebatarse las armas que llevaban. En un abrir y cerrar de ojos, la patrulla había formado un círculo aprovechando la amplitud del llano, y en su centro los presos huidos permanecían con las manos sobre sus nuca.

—¡De rodillas! —gritó entonces uno de los militares.

—¡Vamos, malditos perros! —vociferó otro, a la vez que con la culata de su fusil golpeaba con violencia la espalda de uno de ellos—. ¡Haced lo que se os ordena!

Una vez arrodillados todos, de entre la maleza que rodeaba el claro surgió una figura que se aproximó con calma hasta los prisioneros. El rostro del sargento Echenique, cuya cabeza lucía un aparatoso vendaje, fue entonces visible a la luz de las linternas. Su cara, decorada con aquella perilla que añadía rudeza a sus expresiones, sonrió malévolamente y satisfecha. Sin dejar de caminar, se situó frente a Pico quien, como el resto, permanecía de rodillas y con sus manos sobre la cabeza.

Daniel, aprovechándose de la claridad emitida por las lámparas, observó la escena con turbación, y no pudo evitar que un arranque de rabia resurgiera en su interior al ver la cara del sargento. Miguel, que había sido testigo de cómo el joven, fuera de sí, golpeaba al militar en el polvorín de la prisión, le agarró de nuevo para asegurarse de que este no cometía ninguna locura. La suerte, el destino, o la oreja picajosa del tipo que tenían al lado, les había librado de la fatalidad que parecía cernirse sobre el resto de los fugados.

Echenique, una vez se situó a la altura de Pico, se agachó ligeramente hasta que su perilla quedó muy cerca del oído del prisionero. Sus labios se movieron en un susurro que no llegó hasta los oídos de los tres fugados que desde la distancia le observaban. A continuación, el cabecilla de la evasión negó con su cabeza. El gesto del sargento se contrajo y sin mediar otra palabra, la pistola que llevaba en su mano derecha se elevó con un movimiento lento pero constante, hasta que su cañón apuntó a la cabeza de Pico. El sonido de la detonación retumbó en el silencio de la madrugada y sobrecogió el ánimo de los propios soldados que, impávidos, no esperaban esa reacción de su superior. No obstante, ninguno se atrevió a decir nada. Aunque tenían órdenes de devolver al mayor número de fugados a la prisión, también tenían libertad para disparar cuando lo considerasen oportuno.

El cuerpo del prisionero que durante meses había planeado la fuga del penal de San Cristóbal, cayó de forma pausada hacia atrás como si de un muñeco de trapo se tratara. Los ojos aterrados del resto de sus compañeros, así como los de los tres fugados que habían conseguido librarse de ser cazados, observaron la escena que pareció eternizarse en el tiempo, aunque solo duró unos segundos. Uno de los prisioneros, de apenas diecinueve años, que permanecía arrodillado cerca del camarada abatido, vomitó lo poco que su estómago había conseguido ingerir durante las últimas horas. Otro, se orinó encima. Y raro era al que no le temblaban las piernas. El tufo a pólvora rápidamente se mezcló con el hedor a carne quemada y el característico olor metálico de la sangre al ser derramada.

—Maldito hijo de puta —masculló Daniel entre dientes, observando cómo el sargento, sin borrar la sonrisa entre vengativa y victoriosa que lucía su rostro, se acercaba hacia otro de los prisioneros que permanecían arrodillados.

Con aquella singular parsimonia que había guiado sus actos desde que apareciera en el claro, Echenique volvió a decir algo al oído del fugado al que se había aproximado esta vez. La pistola aún humeaba en su mano derecha. La expectación por lo que sucedería con aquel nuevo hombre cortaba el ambiente y retenía la respiración de los presentes. La quietud que les rodeaba también ayudaba a crear un singular clima de atención. Los soldados apostaban mentalmente a que el sargento reventaría de nuevo aquella cabeza. Por el contrario, los compañeros del prisionero esperaban que aquella locura acabase, o que los fusilaran allí mismo de forma rápida y no uno a uno, como si fueran perros. Pero no sucedió ni una cosa ni la otra. Al contrario de lo que había hecho Pico, el fugado al que Echenique acababa de susurrar no negó con su cabeza, sino que giró la misma hacia atrás en dirección hacia el lugar en el que permanecían ocultos los tres fugitivos que se habían quedado atrás. La cruel mirada del sargento pareció entonces atravesar la espesa vegetación y clavarse como un afilado puñal en las pupilas de Daniel.

—¡Corred! —aulló de repente el fugado de la voz ronca al sentirse descubierto.

Aquel desesperado grito de alerta actuó como un interruptor en las mentes de Daniel y Miguel que, después del dantesco espectáculo que habían presenciado, permanecían en estado de *shock*. Sin pensarlo dos veces, los tres salieron corriendo, dejando atrás el frágil abrigo de los matorrales que no tardaron en ser acribillados por las balas de los soldados.

Sin saber hacia dónde ir, y rodeados de una oscuridad que aumentaba su opacidad cuanto más rápido avanzaban, recorrieron encorvados una veintena de metros, mientras los proyectiles silbaban por todos lados, e impactaban contra rocas y troncos cercanos.

En un momento dado, la silueta del fugado de la voz ronca que avanzaba unos metros por delante cayó al suelo víctima de un impacto. Daniel y Miguel sortearon el cuerpo abatido como les fue posible debido a la negrura que los envolvía. Temerosos de ser los siguientes, comenzaron a zigzaguear, como si con aquella forma de correr pudieran evitar que las balas les alcanzasen. De pronto, el suelo desapareció bajo sus pies, y sintieron cómo caían ladera abajo, mientras sus cuerpos se golpeaban contra toda clase de obstáculos. Fue entonces cuando las tinieblas que los envolvían acabaron por engullirlos, y todo se quedó oscuro.

DÍA VI

Lunes, 23 de mayo de 1938

Monte Ezkaba (Pamplona)

Once horas desde el inicio de la evasión

Poco a poco, como si regresara de un lejano lugar, Daniel fue recobrando la consciencia.

La claridad del nuevo día había tupido de azul el cielo que él aún recordaba negro y oscuro, y aquello le asustó. Desorientado y guiado por un instinto irracional, trató de ponerse en pie para seguir huyendo. Algo en su interior le decía que era lo que debía hacer. Pero cuando se movió sintió cómo la debilidad invadía todo su ser, y temió perder el conocimiento de nuevo. Convencido de que tendría que ir más despacio, se conformó con mirar a su alrededor, mientras comprobaba si tenía algún hueso roto.

A sus oídos llegaba el relajante murmullo de las aguas que, siguiendo el cauce del pequeño arroyo junto al que había detenido su caída, descendían rápidas hacia la base de la montaña. Dolorido, movió la cabeza a la derecha para observar la pendiente por la que había caído; pero sus ojos, aún torpes, solo consiguieron apreciar el muro de vegetación y las rocas que se elevaban sobre él. Aquella imagen le alivió. Sería difícil que dieran con él allí.

Sacando fuerzas de donde no tenía, apoyó las manos en el suelo pedregoso para elevar la parte superior de su cuerpo, lo que amplió su campo de visión. Rápidamente fue consciente de que se encontraba en el interior de una profunda quebrada labrada durante siglos por aquellas aguas que, ajenas a él, zigzagueaban sumisas por el cauce que el paso del tiempo había establecido. Fue entonces cuando una sensación de sed le hizo desfallecer. Como pudo, se arrastró hasta el arroyo y bebió con avidez. Saciado, lavó su rostro con el agua fría de la montaña y notó un fuerte escozor en su frente, al mismo tiempo que sus manos se teñían de rojo. Asustado, palpó con las yemas de sus dedos la zona dolorida y apreció cómo una raja abría su frente en dos. Aquel desagradable descubrimiento dejó en un segundo plano al resto de dolencias que invadían su cuerpo. La sangre no paraba de salir, por lo que rasgó una manga de su camisa y la anudó a su cabeza en forma de venda. Sentado ya en el suelo, dedicó los siguientes minutos a inspeccionar el resto de su cuerpo y a limpiar las múltiples magulladuras presentes en él.

El gorjeo de los pájaros competía con el rumor del riachuelo. Aparte de los numerosos moratones que decoraban cada centímetro de su piel, no parecía tener nada roto. Aliviado e hidratado, una nueva preocupación comenzó a rondar por su cabeza: no sabía nada de Miguel. Aquel pensamiento que le había asaltado, de repente comenzó a inquietarle. Por dicha razón, y haciendo un gran esfuerzo, se puso en pie. Inquieto, miró hacia uno y otro lado del pequeño cauce, pero no halló rastro de su compañero. No podía encontrarse muy lejos, pensó. Los dos habían caído por la pendiente que tenía a su espalda, y de haberse despertado antes que él, sabía que Miguel no le habría dejado allí solo. Sin poder gritar su nombre por temor a que le oyeran, la única posibilidad que le quedaba era inspeccionar los alrededores. Por dicha razón ascendió unos metros y se adentró entre los matorrales. Las fuerzas volvieron a abandonarle, tan pronto como

comenzó a moverse entre la densidad de la fronda. Sudoroso y con la respiración agitada, se veía obligado a detenerse cada dos o tres pasos, lo que aprovechaba para escudriñar los pocos metros que la espesura del follaje le permitía. En una de aquellas inspecciones observó unos colores que llamaron su atención. Esperanzado, aguzó la mirada, al tiempo que caminaba unos pasos para conseguir una mejor perspectiva. El corazón, agitado ya por el esfuerzo, se aceleró un poco más cuando distinguió el cuerpo de una persona que, a pocos metros de distancia, parecía descansar junto a una gran roca. Mientras se acercaba al mismo apartando las ramas y la broza que le dificultaban el paso, supo que se trataba de su amigo. Al fin le había encontrado.

—Miguel —susurró apenas llegó a su lado—. Miguel, despierta.

Pero apenas tocó su mano, el joven sintió cómo la frialdad de la muerte se había apoderado de su compañero, y supo entonces que jamás despertaría. Derrumbado ante el pálido cadáver, lloró desconsoladamente como días atrás lo había hecho con Jorge, Enric o Samuel. Había llegado solo al penal y solo se quedaba de nuevo. Exhausto y sin fuerzas a las que poder aferrarse, gimió como cuando era un niño. Tampoco hacía mucho tiempo de aquello.

Incapaz de arrojar una lágrima más y de seguir peleando contra los fantasmas que le asaltaban, Daniel llegó a la conclusión de que no tenía sentido permanecer durante más rato allí. Nada podía hacer ya por su amigo. Por ello, una vez localizó el petate en el que apenas quedaba un mendrugo y las cartas de despedida, regresó hasta el cauce del arroyo, no sin antes dedicar un último adiós al compañero que había muerto en libertad.

Al abrigo de la naturaleza que, siempre frondosa, le rodeaba formando un tupido muro que le aportaba confianza, decidió seguir el curso del arroyo mientras le fuera posible. Aunque sabía que lo más sensato era descansar de día y avanzar durante la noche, concluyó que ya había perdido demasiado tiempo durante las horas que había permanecido inconsciente.

Caminó durante unos minutos siguiendo el camino que trazaba el riachuelo y poniendo precaución en no resbalarse con el musgo que cubría las piedras. El canto de los pájaros le acompañaba y una sensación de paz desechó de su interior la tensión vivida durante la noche anterior. Por la luz del sol que a duras penas se filtraba entre el bosque que cubría su cabeza, así como por los ruidos de su estómago, el joven dedujo que estaba próximo al mediodía, por lo que decidió detenerse y comer el trozo de pan duro que tenía guardado. Unos metros más adelante divisó un lugar al abrigo de un arbusto bajo el que había una piedra que le sirvió de asiento. Sin paciencia para saborearlo, engulló el mendrugo de unos pocos bocados, pero no logró saciar su hambre. El esfuerzo que acumulaba requería un mayor aporte de energía. Si no encontraba alimento, dedujo con preocupación, desfallecería y sería incapaz de llegar al valle. En ese instante su mirada se detuvo en un caracol de grandes dimensiones que se deslizaba por una roca próxima al arroyo. Junto a ese había otro, y unos centímetros más allá otro más. La humedad del riachuelo parecía atraerlos. No tenía alternativa, pensó mientras se ponía de pie y recordaba cómo su madre los preparaba cuando era niño en una cazuela puesta al fuego. Aquellos eran pequeños y se cocinaban con aliños y condimentos. Estos, sin embargo, eran gordos y estaban crudos. Debido a su gran tamaño, apenas fue capaz de recoger ocho ejemplares entre sus manos antes de regresar de nuevo a la roca que le servía de asiento. Los tres primeros le resultaron repulsivos. Aquella masa viscosa y el sabor a hojas y tierra húmeda le provocaron alguna que otra arcada, pero asumió que era necesario pasar ese mal trago si quería continuar. Después de tanto sufrimiento, unos simples

caracoles no le iban a detener. Además, pensó para animarse a seguir tragando, el rancho de la prisión no tenía mejor sabor. A partir del cuarto molusco su paladar pareció acostumbrarse a la masa espesa y gelatinosa que se formaba en su boca, y aquella sensación no le resultó tan desagradable. En varias ocasiones volvió a levantarse y no paró de comerlos hasta que sintió cómo su estómago quedaba satisfecho. Saciado como hacía tiempo que no lo estaba, entró en un estado de sopor al que no fue capaz de reprimirse. Era momento de descansar antes de seguir huyendo, concluyó mientras se tumbaba sobre la hojarasca y se dejaba llevar por el rumor del agua y el canturreo de las aves.

Los rayos del sol creaban alargadas sombras sobre las zonas más altas del monte cuando despertó, aunque el tono azulado del cielo le confirmó que aún quedaba tiempo para el anochecer. Probablemente serían las seis o las siete de la tarde, calculó, recordando los ratos de paseo en el patio de la prisión.

Apenas se incorporó, acudió al riachuelo para saciar la sed que la digestión de los caracoles le había provocado. Una vez satisfecho, decidió continuar la marcha sin esperar a la llegada de la oscuridad. La comida y la siesta le habían sentado de maravilla, y a pesar de las molestias que todavía arrastraba desde la caída por el barranco, notaba que tenía energías suficientes para seguir. Convencido de que mientras continuara al abrigo de la espesa vegetación que asediaba el pequeño cauce sería difícil que le descubrieran, siguió el caprichoso serpenteo del torrente en su camino hacia la falda del monte.

Poco a poco, la pendiente se fue suavizando y el riachuelo fue a morir a otro más caudaloso. En aquel punto del camino se detuvo y, oculto tras un matorral, inspeccionó el nuevo terreno que tenía por delante. Mientras miraba de un lado hacia el otro, dedujo que no debía encontrarse muy lejos del valle, y aquello le alegró. Pero el nuevo cauce, de mayor amplitud y menos frondoso que el anterior, le haría estar más expuesto. Indeciso, miró al cielo. Los tonos anaranjados comenzaban a imponerse sobre su cabeza, por lo que supuso que en un par de horas oscurecería. Demasiado rato para estar parado. El tiempo corría en su contra, y cuanto más rápido se alejase de las inmediaciones del penal, más posibilidades tendría de alcanzar la frontera francesa. Tras calcular los pros y las contras decidió proseguir, aunque era consciente de que tendría que aumentar las precauciones.

La escasez de fronda le permitió avanzar con mayor rapidez. El nuevo arroyo fue aumentando su caudal y Daniel se vio obligado a tener que utilizar las sendas que transcurrían paralelas al cauce. De pronto, se dio cuenta de que el apresurado descenso le había desorientado, y en lugar de preocuparse por seguir la dirección correcta se había limitado a escapar. Una vez alcanzado el valle necesitaba escoger el rumbo adecuado, por lo que decidió detenerse para recapacitar. Sentado en el suelo, recordó cómo nada más salir de la prisión alguien dijo que tenían que dirigirse hacia el noreste, pues en aquella dirección, y a unos treinta kilómetros de distancia, se encontraba la frontera. Sin embargo, el curso de aquel arroyo parecía dirigirse hacia el sol del atardecer, es decir, hacia el oeste. Aquello le alejaba de su objetivo. Tenía que cruzar a la orilla opuesta, pero el torrente de agua era demasiado caudaloso por aquel tramo. Tras sopesar la situación, decidió continuar un poco más adelante y buscar un lugar mejor por el que atravesar el río. Solo unos metros necesitó para toparse con su oportunidad.

Oculto entre los matorros que transcurrían paralelos al margen del lecho fluvial, Daniel

observaba el puente que acababa de localizar. Agazapado, escrutaba ambos lados de la pasarela al tiempo que recordaba la conversación mantenida en la cueva durante la noche anterior, así como la advertencia que el lugarteniente de Pico había lanzado justo antes de penetrar en el claro donde fueron capturados. Las carreteras y los puentes estarán vigilados, creyó escuchar de nuevo. No obstante, durante los minutos que llevaba allí escondido no había apreciado ningún movimiento sospechoso, por lo que dedujo que aquel paso sería seguro. Pero cuando se dispuso a abandonar su escondite, varias siluetas aparecieron junto a la pasarela. Alertado por aquel inesperado movimiento, permaneció entre la maleza y esperó acontecimientos. El grupo, compuesto por unos cinco hombres, parecía escrutar el paso antes de decidirse a cruzarlo. Dos de ellos portaban fusiles. Daniel no tardó en comprender que aquellas figuras famélicas de rostros cansados y ropas mugrientas eran otros presos que, como él, se habían fugado de la prisión la noche anterior y habían logrado sobrevivir a la caza nocturna. Temerosos e indecisos, no se atrevían a cruzar el puente. Daniel pensó que podría unirse a ellos y aquella idea le hizo sentirse mejor. Pero su alegría duró poco tiempo, el mismo que tardó en comprobar cómo en el extremo opuesto de la pasarela varios soldados, armados con fusiles y ametralladoras, acechaban a los fugados. Rápidamente comprendió que la estructura del puente impedía que sus compañeros fueran conscientes del peligro que corrían. Si intentaban cruzarlo serían apresados o acribillados. Tenía que alertarlos, pensó excitado. Pero si lo hacía, los soldados también le descubrirían a él. Sin saber qué decisión tomar, observó cómo los otros fugitivos comenzaban a adentrarse en la pasarela.

—¡Retroceded! —Se oyó gritar en el silencio del atardecer—. ¡Es una trampa! ¡Os están esperando al otro lado!

Los cinco huidos miraron desconcertados hacia el lugar del que procedía la voz de alarma. Los soldados, sorprendidos, también dirigieron sus miradas hacia el joven que gritaba desde la orilla opuesta. Aquellos segundos de indecisión en los que todo pareció detenerse, y ni los unos ni los otros supieron cómo reaccionar, dieron paso a la acción. Los fugados retrocedieron a toda prisa y los militares corrieron tras ellos, mientras disparaban sus fusiles y ametralladoras. El sonido de las detonaciones volvió a atronar en el atardecer y las balas silbaron por todos lados.

Daniel corrió sin saber hacia dónde lo hacía, a la vez que sentía cómo los proyectiles de los soldados también trataban de morder su cuerpo. Nada más abandonar los matorrales que delimitaban el curso fluvial, accedió a un camino marcado por las rodadas de vehículos. Sin echar la vista atrás, continuó corriendo hasta que, exhausto, se dejó caer sobre una valla de madera que transcurría paralela al carril. No podía más. La sed quemaba su garganta, las fuerzas parecían abandonarle y el hígado quería salirse por su boca, si es que antes no lo hacía el corazón. Una carrera más y acabaría desplomado, pensó rendido. Fue en ese momento cuando el sonido bronco de un motor llegó hasta sus oídos. Resignado, comprobó cómo un pequeño camión se aproximaba en su dirección. No se lo podía creer. Apenas si tenía fuerzas para dar un paso más.

Como fue capaz, saltó la valla en la que se había recostado y cayó de bruces sobre un terreno húmedo rodeado de plantas de tamaño medio. El sonido del vehículo se acercaba cada vez más; podía sentirlo. En poco tiempo pasaría a escasos metros de donde él se encontraba. Solo un esfuerzo más, se animó, próximo a la inconsciencia. Apretando los dientes, se arrastró por el huerto intentando no tronchar las hortalizas que lo ocultaban. El cielo tiznado de añil anunciaba la llegada del crepúsculo. A poca distancia, no más de quince metros, una luz que no había visto antes llamó su atención. El sonido del motor se oía cada vez más cercano. Cubierto de barro, alzó la cabeza y junto a la luz creyó adivinar la estructura de una casa. Fue lo último que vio antes de

que la oscuridad le atrapara de nuevo.

DÍA VII

Martes, 24 de mayo de 1938

Veintinueve horas desde el inicio de la evasión

El sargento Echenique removía una cuchara en el café ya frío, mientras sus ojos vagaban inquietos por el plano que tenía frente a sus narices. Aquel trozo de papel marcado por múltiples pliegues abarcaba varios kilómetros a la redonda del penal de San Cristóbal. El agudo tintineo producido por el metal al chocar con el cristal le ayudaba a pensar.

La noche había caído ya sobre uno de los múltiples campamentos improvisados a las faldas del monte Ezkaba, y aunque el militar apenas había logrado dormir unas pocas horas durante los dos días anteriores, no mostraba señales de que el cansancio le afectara. En su mente un único objetivo parecía centrar su atención: capturar a todos los fugados vivos o muertos. Suponía que, incluso teniendo éxito en aquella misión, ni él, ni el resto de los suboficiales que comandaban el cuerpo de guardia aquella fatídica tarde en la que los presos decidieron fugarse, se librarían de una dura reprimenda y quedarían señalados de por vida. El mundo castrense era así de inflexible con aquellos reveses deshonorosos que tiznaban su impoluto historial forjado a fuerza de intrépidas hazañas. No obstante, recapacitó, todavía existía una pequeña posibilidad de limpiar el honor que aquellos piojosos habían mancillado, y esta pasaba por conseguir que la solución fuera más contundente que el problema creado. Por dicho motivo, apenas le curaron la herida de su cabeza corrió para unirse a la caza que se había iniciado en la ladera de aquella montaña. Con los ojos inyectados en sangre, la pistola en su mano derecha y al frente de un grupo de doce soldados, se deslizó entre la oscuridad de la noche y el fino manto de la neblina disparando a todo lo que se movía. Solo cuando sació parte del odio que emanaba de su interior, comenzó a perdonar la vida de los fugados que iba encontrándose por el camino. Muchos de ellos, desfondados por la falta de alimento o tullidos por alguna mala caída, se arrastraban suplicando clemencia cuando se sentían cercados. Otros, escondidos tras los matorrales o en los recovecos que formaban grandes piedras, salían corriendo como conejos cuando sentían el ruido de pasos al acercarse o notaban cerca la luz de las linternas. Aunque la operación con la que más había disfrutado hasta ese momento era, sin duda, la emboscada realizada al grupo de presos del que formaban parte los organizadores de la fuga. Aquella argucia militar con la que había ofrecido una lección de estrategia a los soldados que le acompañaban, todavía le hacía gozar de placer. Casi tanto como cuando ajustició al cabecilla de la revuelta. Aquella ejecución le había permitido cumplir con la palabra dada al superior que le había dejado participar en la persecución de los evadidos. A esas horas de la noche todos los soldados sabían que el sargento Echenique había abatido al líder de la fuga, y aquello atenuaba algo la mancha que aún lo marcaba.

La tela que formaba las paredes y el techo de la carpa militar en la que permanecía el sargento, comenzó a mecerse al son de la brisa que se había levantado con la llegada de la madrugada. Ello provocó que la bombilla que colgada sobre su cabeza se meciera y las sombras parecieran tomar vida durante unos instantes. Pero ni siquiera aquella distracción fue capaz de apartar la atención que el militar mantenía sobre el plano. El tintineo de la cuchara sobre la taza de café tampoco

cesaba, y aquello significaba que algo continuaba atormentando su cabeza. Su sed de venganza aún no había sido saciada, a pesar de que los últimos informes hablaban de que no eran más de cincuenta los fugados que quedaban por localizar. Todavía no podía parar, pensó apretando los dientes. No hasta que consiguiera llevar a rastras al joven que se había atrevido a golpearle en la armería.

—¿Da su permiso, mi sargento? —Se oyó junto a la entrada de la carpa.

Echenique, abstraído con sus demonios, no había escuchado llegar al soldado que le hablaba.

—Adelante, cabo.

El soldado, cansado de trotar durante todo el día por senderos, caminos y barrancos, y consciente de lo que realmente interesaba al sargento, optó por ir directamente al grano.

—Hemos encontrado el cadáver de uno de ellos.

En el rostro de Echenique se adivinó un gesto de expectación, aunque prefirió no interrumpir al cabo.

—Pero no es el que usted anda buscando.

El sargento resopló entonces aliviado, lo que, sin duda, confundió a su subordinado. Después de presenciar la frialdad con la que había ejecutado al cabecilla de la evasión, el soldado no entendía aquel inusitado interés por capturar con vida al otro preso.

—Seguramente cayeron por el barranco debido a la oscuridad. La zona es muy peñascosa y de difícil acceso. Ese desgraciado debió golpearse con una o varias piedras en la cabeza. El cuerpo tenía múltiples heridas. Hubiéramos necesitado varios hombres para sacarlo, por lo que hemos decidido dejarlo allí.

—Informe de que el cuerpo no ha podido ser recuperado —ordenó Echenique con la mirada puesta de nuevo sobre el plano.

El silencio se apoderó de la carpa durante unos instantes, y el soldado no se atrevió a proseguir hasta que no volviera a ser interpelado. El viento, que parecía aumentar su intensidad en el exterior, volvió a agitar la tela y la bombilla del techó osciló de nuevo.

—¿Y el otro? —preguntó finalmente el sargento sin elevar la vista.

—Al final del barranco hay un regato. Debió seguir su curso. El soldado que bajó a inspeccionar la zona dijo haber visto huellas y restos de sangre, por lo que debe estar herido. Viendo el terreno, es un milagro que haya sobrevivido a una caída así.

Echenique buscó en el plano el arroyo que pasaba junto al claro donde perdieron de vista a los dos fugados la noche anterior. Con el índice de su mano derecha siguió el curso del riachuelo hasta que este se cruzó con otro de mayor cauce. Seguramente, rumió para sí, debido a lo agreste del terreno el joven habría aprovechado la depresión ocasionada por el arroyuelo para pasar desapercibido. Él también lo habría hecho así. Era lo más sensato. Protegido por la densidad de la vegetación, no existía mejor camino para huir. Pero una vez alcanzado el valle, ¿cuál sería la mejor opción?, se preguntó en voz alta ajeno al soldado que, con pose marcial, aguantaba de forma estoica el devenir de sus reflexiones, a pesar del cansancio que se reflejaba en su rostro.

—Está bien, cabo. —Pareció reaccionar finalmente Echenique—. Vaya a descansar. Mañana será otro día largo.

—Una cosa más, mi sargento.

—Dígame.

—Una patrulla ha informado que esta tarde un preso alertó desde la orilla de un arroyo a otros fugados que se disponían a cruzar un puente vigilado.

El suboficial no pudo mantener la mirada sobre el plano y dirigió sus ojos castaños hacia el

soldado. Aquella fría mirada y el rudo gesto que añadía la perilla a su rostro, parecieron apremiar al cabo a que continuara hablando.

—Salió de repente de entre los matorrales situados junto al cauce y avisó a gritos a los otros que salieron corriendo. Uno de ellos fue abatido y el resto, capturados, pero el que dio la voz de alarma consiguió escapar. Era joven. Sobre unos veinte años.

—Acérquese, cabo —ordenó el sargento, al tiempo que se levantaba de la silla—. Indique en el plano el lugar donde está ese puente.

El soldado, solícito, se aproximó a la mesa sobre la que se extendía el mapa topográfico que el sargento no paraba de consultar. Con cierta vacilación, trató de situarse.

—Nosotros estamos aquí —ayudó el suboficial.

—Entonces el puente está... —vaciló el cabo, mientras que con uno de sus dedos trataba de localizar el punto en cuestión—. Aquí. Sí. En este punto está el puente.

Echenique observó el lugar señalado por el soldado y, sin mediar palabra, siguió con la mirada el curso del arroyo hasta que este se cruzó con el cauce del riachuelo que, según las anteriores conclusiones a las que había llegado, debía ser el camino elegido por el preso fugado al que pretendía capturar. Una leve sonrisa arqueó sus labios, la misma que esbozó cuando tuvo arrodillado frente a sí al cabecilla de la evasión al que acabó disparando.

—Ha hecho un buen trabajo, cabo. Retírese a descansar. Mañana, al alba, recorreremos la zona donde se le perdió la pista.

—A la orden, mi sargento —respondió el soldado resignado, quien de regreso a la salida de la carpa calculaba las pocas horas que tendría para dormir.

Una vez se sintió solo de nuevo, Echenique volvió al mapa e inspeccionó los alrededores del puente señalado por su subordinado. Sin ser capaz de sentarse por la excitación que recorría su cuerpo, se limitó a agitar de nuevo la cucharilla sobre el poco café que aún quedaba en la taza.

—Ya puedo olerte otra vez. —Pensó en voz alta.

DÍA VII

Martes, 24 de mayo de 1938

Treinta y seis horas desde el inicio de la evasión

Apenas el cielo clareó por el horizonte, Echenique y el cabo que tan buenas noticias le había reportado durante la madrugada anterior, abandonaron el campamento provisional situado en el valle que se abría al pie del monte Ezkaba. La mañana era fresca, aunque el viento que se había levantado durante la noche impidió que la niebla consiguiera aferrarse a las colinas próximas. El traqueteo del vehículo militar, unido al ronroneo del motor de combustión, no ayudaban a que el soldado lograra reponerse de las pocas horas dormidas. El sargento, al contrario que su subordinado, mantenía un aspecto más despierto, a pesar de que apenas había pegado ojo. No obstante, la incipiente barba que comenzaba a competir en densidad con la perilla que caracterizaba su rostro, dejaba bien a las claras que aquellos días de tensión pasaban factura a todos.

Los dos militares no tardaron en llegar al punto indicado, y una vez estacionado el todoterreno junto al camino por el que habían circulado, comenzaron a inspeccionar la zona. Cuando se adentraron entre la maleza que transcurría paralela al cauce del arroyo, divisaron el puente. De pronto, el sargento se detuvo como lo haría un podenco de caza, y permaneció tenso e inmóvil durante algunos segundos. El cabo, tras sus pasos, reparó en aquella reacción animal y se limitó a observar cómo su superior olisqueaba el aire que respiraban. A continuación, y apartando de su camino ramas y follaje, Echenique avanzó despacio hasta que llegó a un lugar donde la hojarasca que cubría el suelo parecía haber sido removida recientemente, y el ramaje que lo rodeaba estaba quebrado y roto.

—Algún jabalí ha retozado esta noche por aquí —susurró el cabo a su espalda.

El sargento, concentrado en la inspección del terreno, no prestó atención a la apreciación hecha por el soldado, y continuó rastreando el lugar con movimientos y poses más propios de una alimaña que de un ser humano. Algo nuevo volvió a llamar su atención; el cabo rápidamente fue consciente de ello. Otra vez rígido, la afilada mirada de Echenique parecía detenerse en un punto situado a pocos metros de distancia. Con sutileza, y procurando que el crujir bajo sus botas apenas se notase, el sargento avanzó un paso más antes de inclinarse para recoger un trozo de tela que parecía manchado con un trazo oscuro y reseco. Sin ningún tipo de reparo, no dudó en olfatear el trapo con sonoras inspiraciones.

—Los jabalíes no cubren sus heridas con paños, cabo —advirtió el suboficial, al tiempo que contemplaba a su izquierda un pequeño sendero que se abría entre la maleza a base de ramas tronchadas y fronda pisoteada. Y sin otra explicación, salió corriendo a través de la senda que alguien parecía haber abierto de forma precipitada.

El cabo, sorprendido, no le quedó más remedio que seguir a su superior, mientras pensaba que el cansancio de aquellos días comenzaba a trastornar la cabeza del sargento.

Con la respiración entrecortada, los dos militares accedieron al mismo camino que minutos antes habían abandonado para adentrarse entre la vegetación aledaña al río.

—Imagine que es usted el preso al que andamos buscando —añadió Echenique, deteniéndose en mitad del carril mientras intentaba controlar su respiración—. ¿Hacia dónde iría?

El soldado, con un aparente jadeo, aprovechó los instantes de reflexión para recuperar el resuello.

—Hacia la izquierda, sin duda. En sentido contrario al puente por el que los soldados que me han descubierto no tardarán en cruzar.

—No hay tiempo que perder —apremió el sargento, aún con el trapo manchado de sangre en su mano derecha—. No puede estar muy lejos.

Sin embargo, apenas iniciaron el regreso hacia su vehículo el sonido de un motor llamó la atención de ambos. Una pequeña polvareda anticipó la llegada de una camioneta que, al poco rato, pasó renqueante junto a los militares. Echenique observó a su conductor y este no pudo evitar devolverle una mirada nerviosa. Fue entonces cuando el sargento decidió detener el vehículo.

—Buenos días —saludó el militar con gesto marcial.

—Buenos días —respondió titubeante el hombre que, de cabellos plateados y escasos, vestía ropas de agricultor. En el asiento de al lado una niña de coletas rubias como el trigo y no más de ocho años, observaba con curiosidad infantil a los dos militares.

—¿A dónde se dirige?

—A vender mis verduras a Azoz. Soy hortelano.

El sargento contempló aquellos ojos huidizos y percibió la inquietud que dominaba los gestos del campesino.

—¿Pasa mucho por este camino?

—Varias veces al día —respondió el otro sin mirar a la cara del militar.

—¿No vería ayer por la tarde a un hombre correr por esta zona?

El otro negó con un gesto inquieto de la cabeza.

—Yo sí —contradijo la niña con cierto gracejo en su tono de voz.

—Solo debes hablar cuando te pregunten, Irati —reprendió el padre con nerviosismo.

Echenique torció el gesto entonces. Aquella discordancia pareció interesarle.

—Deje que la cría se exprese, buen hombre —añadió el sargento amenazante—. Sería una lástima que siendo tan joven quedara ya huérfana.

El campesino agachó la mirada y se arrepintió de haber detenido la camioneta, mientras recordaba lo que una y otra vez le repetía su mujer: lo que no da beneficio solo puede dar perjuicio.

—A ver, bonita, cuéntame lo que viste —solicitó el sargento, esta vez embaucador.

DÍA VII

Martes, 24 de mayo de 1938

Treinta y seis horas desde el inicio de la evasión

Daniel se despertó sobresaltado y quedó sentado sobre la cama. Sudoroso, era incapaz de recordar lo sucedido desde que saltó la valla de madera y cayó en el suelo embarrado. A partir de ese instante, un cúmulo de sueños enturbiaba su memoria. Mientras observaba la estancia en la que se encontraba, lo único que tenía claro era que no estaba en la prisión.

Las paredes blancas y la decoración humilde de la habitación, cuyo único mobiliario consistía en un viejo armario y una pequeña mesita de madera, le recordaron a su casa del pueblo. Al fondo, junto al gran ventanal por cuyos cristales ya penetraba la claridad del día, una jofaina apoyada sobre unas patas de hierro fundido contenía un trapo con restos de sangre. Aquella imagen le incitó a tocar la herida que tenía en la frente, pero un vendaje se lo impidió. Alguien le había curado y lavado, aunque el olor a jabón que aún notaba en su piel todavía no había logrado eliminar el hedor que mantenía grabado en su memoria. Lo segundo que le sorprendió fue su desnudez bajo las sábanas. Aquella situación le avergonzó a la vez que le inquietó, por lo que rápidamente se incorporó sobre el cabecero de la cama. Cuando se puso en pie sobre el cálido suelo de madera, sintió que se mareaba. Luchando por mantener la verticalidad, se esforzó en recordar la última vez que había comido algo, y solo fue capaz de acordarse de los caracoles almorzados junto al arroyo. Estaba débil y necesitaba reponer fuerzas antes de seguir huyendo. De pronto, una duda alteró el ritmo de su corazón: ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Nervioso, miró hacia ambos lados tratando de localizar sus ropas, pero no las vio por ningún lado. En su lugar, y sobre una silla situada a los pies de la cama, encontró una muda, un pantalón y una camisa limpia. En el suelo, y junto al petate que parecía intacto, había también unos zapatos que parecían usados, aunque en buen estado. Aquella vestimenta no estaba allí por casualidad, pensó indeciso. O se vestía con ella o tendría que usar las sábanas para no salir desnudo de la habitación. Superada la incertidumbre inicial, se vistió lo más rápido que pudo. Para su sorpresa aquellas prendas parecían ser de su talla, a pesar de los kilos perdidos durante la última semana. El calzado, sin embargo, era un número superior al suyo, aunque ello no supuso un gran problema.

Abandonó la habitación con cautela y accedió al pasillo central de la casa. Los olores a café y a pan recién hechos excitaron a sus tripas que no tardaron en quejarse. Guiado por aquel aroma embriagador que hacía tiempo que no olía, llegó hasta la cocina. Sobre una rústica mesa de madera, un tazón con leche, una cafetera y un gran bizcocho parecían estar esperando su llegada. Sorprendido, miró hacia todos lados, pero estaba solo. Sin pensarlo dos veces, y guiado por el instinto de supervivencia que los días en el agujero tanto habían potenciado, se acercó con cautela al desayuno y, como si de un animal se tratase, comenzó a devorar los alimentos sin detenerse a sentarse en alguna de las cuatro sillas que le rodeaban.

—Así te va a sentar mal —dijo una voz femenina a su espalda.

El joven, con las manos y la cara cubiertos por las migas del pastel y engullendo a dos carrillos, giró sobre sí mismo dando un pequeño salto y quedó situado frente a la recién llegada.

De finas hechuras, pelo negro y arrugas ya incipientes, la mujer que le miraba con una sonrisa no debía sobrepasar la cuarentena. Al verse sorprendido, Daniel se atragantó y comenzó a toser.

—¿Ves? —añadió ella, quien no aparentaba inquietarse por la presencia del desconocido—. Siéntate y bebe un poco de leche.

El otro, desconcertado, tomó asiento como si fuera su propia madre quien le mandaba.

—Ahora, come despacio. Es todo para ti.

Avergonzado por sus modales, el joven optó por no decir nada, mientras observaba cómo ella, despreocupada, se acercaba a la pila y comenzaba a quitar el barro a unas hortalizas recién arrancadas de la tierra. Durante algún minuto solo se oyó el agua correr. Ambos se daban la espalda.

—¿Por qué me ha ayudado? —preguntó Daniel al rato, cuando ya sintió que era incapaz de meter más alimento en su barriga.

—¿Y por qué no debería haberlo hecho? —respondió Amaia, que así se llamaba ella, girando su cuerpo para mirarle.

—No sabe quién soy o de dónde vengo —alegó él, algo confuso.

—Sé todo lo que debo saber. Ayer te encontré tirado en mitad de mi huerto, herido e inconsciente. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Daniel calló de nuevo, al tiempo que su desconfiada cabeza intentaba deducir si aquella mujer estaba ganando tiempo o, como quería dar a entender, le ayudaba de forma desinteresada.

—¿Y no se ha preguntado por qué me ha encontrado así? —incidió él.

—Estamos en guerra. Es normal que haya heridos.

El joven se removió inquieto en el asiento. Estaba convencido de que podrían continuar con la conversación durante toda la mañana, y no llegar a ningún sitio. La flema de aquella mujer resultaba envidiable. O no sabía el peligro que corría al ayudarle, o si lo sabía, parecía no preocuparle demasiado.

—He de irme —se justificó él—. No puedo quedarme mucho tiempo.

—Lo sé. Pero ¿serás capaz de llegar a la frontera tú solo?

Daniel abrió sus ojos sorprendido y la miró con suspicacia. La señora no paraba de sorprenderle.

—Entonces, ¿sabe de dónde vengo?

—Sé que huyes para ser libre y regresar a casa con tu familia. No necesito saber nada más, para mí eso es suficiente —adujo Amaia, al tiempo que reparaba en cómo él agachaba la mirada—. Esta guerra es tan injusta como absurda, y aquellos que huyen de cualquiera de sus bandos solo pueden ser gente de bien.

—Pero si descubren que me ha ayudado, la detendrán a usted también.

La mujer, como si aquella posibilidad no le inquietase demasiado, continuó con su gesto sosegado y regresó al lavado de las hortalizas antes de responder:

—No tengo mucho que perder. Esta maldita guerra ya me ha quitado todo lo que tenía.

Daniel no se atrevió a decir nada cuando tras aquellas duras palabras la escuchó gimotear.

—Mi esposo y mi hijo mayor murieron en el frente a manos de los republicanos. Al pequeño, sin embargo, la guerra le cogió estudiando en Barcelona. Hace tres meses le dieron por desaparecido cuando un obús del bando sublevado cayó en una trinchera republicana.

El joven tragó saliva e intentó buscar las palabras más adecuadas para intentar consolarla, pero no tuvo tiempo.

—Como puedes ver, poco me importa lo que hagan conmigo. Unos y otros me han arrebatado

todo lo que quería. Si se hubiesen jugado el país en una partida de cartas se habrían ahorrado miles de vidas inocentes. Debe ser muy fácil mover a las tropas de aquí para allá como simples peones de ajedrez cuando se está a miles de kilómetros del frente. Malditos cobardes —finalizó con rabia, al tiempo que un continuo moqueo le dificultaba respirar.

—Lo siento —se limitó a decir él, conmovido por la dura historia que aquella señora cargaba a su espalda. Era, sin lugar a duda, un crudo ejemplo más de los miles de dramas que se vivían a lo largo y ancho de aquel país roto por una guerra fratricida.

Amaia se giró de nuevo hacia Daniel. El verde de sus iris parecía realizarse con el efecto de las lágrimas que emanaban de unos ojos que ahora parecían tristes y vacíos.

—Si te ayudo a ti, siento que los ayudo a ellos. Ninguna madre debería pasar por lo que yo he pasado.

Con el mandil asido a su cintura se enjugó los ojos y respiró hondo hasta que consiguió recuperar la calma.

—Sé que eres uno de los fugados de la prisión. En los pueblos no se habla de otra cosa. También sé que muchos han muerto a manos de los soldados, y que otros han sido capturados y devueltos de nuevo a San Cristóbal. Hay militares por todas partes, y cualquier vecino que te vea no dudará en delatarte. Algunos incluso han usado sus cuerdas y pajares para retener a los fugados que han sorprendido merodeando cerca de sus casas hasta la llegada de los soldados. Pero no todos somos así. Sin ayuda te será muy difícil alcanzar la frontera, y mucho menos pasar a Francia.

—¿Y quién puede ayudarme? —preguntó él, intuyendo que aquella mujer podía ofrecerle lo que necesitaba.

Amaia no contestó de inmediato y aprovechó la pausa para dedicar una tierna mirada a Daniel, como si en lugar de a un desconocido fuera a su propio hijo a quien hablaba.

—Hay una persona que puede sacarte del país. Conoce los pasos de los Pirineos como la palma de su mano porque lleva años comerciando a uno y otro lado de la frontera. Son tiempos difíciles y hay que ganarse la vida. Esta noche marcha para allá. Lo sé porque ayer le encargué azúcar.

—¿Me ayudaría a pasar?

—Es un hombre comprometido. Estoy seguro de que no pondrá ninguna pega cuando sepa del lugar del que vienes. No hace un mes que perdió a su hermano en aquella prisión. Le enterraron en la ladera del monte como si fuera un animal. Ni siquiera tuvieron la dignidad de entregárselo a la familia.

Daniel recordó entonces el cementerio situado junto a los muros de la prisión y el esfuerzo que le costó cavar las dos tumbas en aquel terreno tan rocoso. Durante un instante tuvo la sensación de que había transcurrido una eternidad desde aquella noche en la que atravesó el túnel de rastrillo y acabó con sus huesos en el agujero sucio y maloliente situado a tres metros bajo tierra; pero solo había pasado una semana de aquello.

El ruido de un motor en el exterior de la casa le extrajo de sus pensamientos. Para cuando quiso reaccionar, Amaia ya miraba a través de la ventana de la cocina.

—Tienes que esconderte —alertó ella con un gesto de preocupación en la mirada—. Rápido.

—¿Dónde? —preguntó el joven, indeciso. Apenas conocía la vivienda.

—Sal por esa puerta. Detrás de la casa hay un establo. Yo iré a buscarte cuando puedas salir.

Apenas recibió la información, el joven salió corriendo sin preguntar siquiera por la identidad de los que les visitaban. La inquietud que vio reflejada en el rostro de la mujer fue suficiente

respuesta.

El sargento Echenique no perdía detalle de lo que veía, al tiempo que el Ford conducido por el cabo se aproximaba despacio hacia el caserío que el hortelano le había indicado minutos antes. Conforme avanzaba acunado por el suave vaivén del vehículo, su mirada se detuvo en el vallado que delimitaba la propiedad, y en el huerto de hortalizas que se extendía hacia la casa. Una sonrisa arqueó sus labios segundos antes de detenerse frente a la rústica construcción.

Apenas se bajaron del auto, una mujer que cubría su cabeza con una toquilla negra para resguardarse del frío de la mañana, salió a su encuentro. El sargento y el cabo la miraron de arriba abajo antes de saludarla con cortesía.

—Buenos días —correspondió ella con serenidad—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Estamos inspeccionando la zona —respondió Echenique, ya más serio—. Buscamos a un fugitivo que fue visto ayer por aquí.

Tras sus palabras, el sargento calló y permaneció expectante para comprobar la reacción de la mujer. Sabía que la calma era una de las peores virtudes del mentiroso. Sin embargo, tras aquellos incómodos segundos, la mujer no dio síntomas de nerviosismo.

—¿No habrá visto a nadie extraño merodeando por aquí? —preguntó el militar cuando creyó oportuno.

—No —respondió ella tajante—. Ayer oí disparos cerca, así que atranqué la puerta y no salí de casa en toda la tarde.

—¿Vive sola?

—Sí.

—Tiene usted un buen huerto —añadió el sargento desviando sus ojos hacia las hortalizas situadas a no más de diez metros de distancia.

—Mi marido era un buen hortelano.

—Lástima de ese destrozo que tiene en la mitad. Parece como si alguien se hubiera revolcado allí mismo

—Sí. Tiene razón —respondió ella, sorprendida por la sutil observación del militar—. Esta mañana al salir me he dado cuenta. Algún jabalí. Suelen bajar al río a beber y de camino destrozan lo que pillan. Los tiros en la montaña los empujan hacia el valle.

Echenique decidió atacar con un nuevo silencio, mientras analizaba la explicación que le acababa de dar la mujer. Demasiado larga si la comparaba con la parquedad de sus anteriores respuestas. Aquella firme coraza parecía estar a punto de resquebrajarse. Lo supo al verla dudar, y lo confirmó cuando la notó ruborizarse. Aunque antes de actuar decidió forzar un poco más la situación.

—¿Y cazó usted al jabalí?

Amaia le miró sorprendida. El cabo, sin embargo, entendió enseguida la indirecta de su superior.

—¿Cómo dice? —respondió ella algo desconcertada.

—Hay un surco en el barro que viene hacia esta dirección. Es como si alguien hubiera arrastrado algo pesado. Yo diría que de unos cincuenta kilos. ¿Me equivoco, cabo?

El soldado, sonriente, negó con la cabeza y ella, buscando una explicación que resultara convincente, calló durante unos segundos. Los suficientes como para que el sargento confirmara

sus sospechas. Para cuando quiso reaccionar, Echenique ya se le había adelantado.

—Vamos a tener que revisar su casa.

—Pero..., no pueden hacer eso —protestó ella, comprobando cómo el militar se encaminaba hacia el caserón.

El sargento ni siquiera se molestó en responder a la mujer. Convencido de que ocultaba algo, sabía que no podía irse de allí si no revisaba a fondo cada centímetro de la construcción, por lo que se encaminó con rapidez hacia la puerta por la que minutos antes había salido la señora y entró en la cocina de la casa. Tras sus pasos, Amaia intentaba alcanzarle para estar presente en el registro, una vez comprendió que no podría impedirlo. El cabo, atento a cualquier gesto que pusiera en evidencia a la mujer, cerraba el grupo.

El olor a café recién hecho embriagó el olfato de Echenique nada más entrar en la estancia, aunque esa distracción no le impidió aguzar el resto de sus sentidos. Sobre una mesa observó migajas de lo que parecían ser restos de pan o bizcocho que, tras una apresurada limpieza, habían quedado sin recoger. En la pila del fregadero una taza aún permanecía sin lavar. Sin mirar a la mujer, a la que sentía respirar de forma agitada a su espalda, concluyó que por el aspecto de su cara debía llevar ya alguna hora levantada. A su vez, continuó sopesando, el estado de pulcritud del resto de la cocina daba a entender que su dueña era una persona limpia. Aquel tazón sin fregar y aquellas migas sobre la mesa solo podían significar una cosa: la señora había mentido al decir que estaba sola.

—Cabo —habló de repente el sargento, al tiempo que su mirada quedaba fija en la puerta que comunicaba aquella estancia con el resto de la vivienda.

—Sí, mi sargento.

—No se mueva de aquí. Ahora vuelvo.

—A la orden, mi sargento.

Echenique salió de la cocina, mientras la respuesta de su subordinado quedaba apocada en un eco lejano. Dejándose guiar por sus cinco sentidos, y satisfecho de que el aroma del café se alejara de su nariz, comenzó a revisar el resto de la casa.

Al pasar junto a la escalera de acceso a la planta superior, un detalle que le resultó familiar llamó su atención. Con los ojos cerrados olisqueó igual que si se tratara de un sabueso y percibió otra vez aquel hedor a humanidad, heces y hacinamiento que se pegaba a la piel como una pecina invisible que ni el jabón más eficaz era capaz de despegar tras varios lavados. Aquel tufo tan desagradable que permanecía grabado en su memoria, volvía a herir su nariz a pesar de los kilómetros que le separaban de la prisión. Sin poder resistirse más, subió los peldaños de la escalera.

Cuando regresó a la cocina, Amaia estaba sentada en una silla junto a la mesa que ya relucía sin restos del desayuno. El cabo, mientras tanto, miraba a través de la ventana recostado sobre la pared, tratando de matar el tiempo. Si bien, tan pronto como vio al sargento entrar por la puerta, se estiró y asumió una pose firme.

—¿Podría fusilarla por esto! —gritó Echenique, justo antes de arrojar el petate y el trapo ensangrentado hallado en una de las habitaciones.

Ella, temiéndose lo peor, había utilizado la espera para buscar una excusa creíble, mientras eliminaba los restos que había dejado el joven tras el desayuno, por lo que no tardó en contestar:

—Anoche encontré a un hombre herido frente a mi casa. No sabía quién era, solo que necesitaba ayuda. No podía dejarlo ahí fuera.

—¿Dónde está? —gritó el sargento, dando un golpe sobre la mesa a escasos centímetros de

ella. La furia que dominaba su interior se apreciaba en sus ojos y en el duro gesto de su rostro.

—Se ha ido después de desayunar —respondió Amaia, atemorizada por los amenazadores modales del militar.

La paciencia de Echenique rebotó por completo. Si había algo que no toleraba era que le tomasen el pelo. Por dicha razón, y sin mediar palabra, aprovechó la proximidad a la mujer para lanzar un puñetazo contra su rostro con el que descargó parte de la rabia que mantenía contenida.

El cabo, impresionado por la inesperada reacción de su superior, retrocedió un paso de forma inconsciente, mientras observaba cómo el cuerpo de ella caía sin sentido hacia atrás, acompañado por la silla sobre la que permanecía sentada. Ya en el suelo, el rostro de Amaia se amorató alrededor de la nariz que, sin duda, daba la apariencia de estar rota. Un reguero de sangre tiñó de rojo la madera del suelo.

—Esta zorra nos ha engañado desde el primer momento —arguyó el sargento, como si intentase disculpar su acción—. Está cerca, lo sé. De lo contrario, no se habría dejado esto —añadió, arrojando con desprecio al suelo las cartas que acababa de sacar del petate—. Teníamos que separarnos para buscarle y ella habría sido un inconveniente. Además, podría haberle avisado sin darnos cuenta. No tenía más elección.

El cabo asintió una vez repuesto. No en vano, reflexionó para calmar su conciencia, eran militares en guerra y buscaban a un fugitivo. Él tampoco se encontraba en disposición de recriminar nada, si tenía en cuenta la cantidad de fugados que había abatido durante las últimas horas. Al primero de ellos aún lo recordaba como si lo tuviera delante, mientras suplicaba clemencia aferrado a sus botas.

—He visto que hay un establo en la parte trasera de la casa. Vaya a revisarlo. Yo seguiré buscando por aquí.

El soldado abandonó sus pensamientos, apenas escuchó las instrucciones del sargento.

—A la orden —respondió este de forma mecánica.

Cuando abandonó la vivienda, el rumor de la brisa al agitar las hojas de los árboles que rodeaban la finca, le recibió con aquel mágico susurro tan próximo al silencio que en ocasiones llegaba a confundirse con él. Los rayos de sol, que ya habían sobrepasado las montañas aledañas, no conseguían calentar aún la mañana, y el suelo, humedecido por la lluvia de los días anteriores y la neblina que solía aparecer cuando el día declinaba, se hundía a cada paso de sus botas. Despreocupado, el cabo caminó hacia el cobertizo situado en la trasera del caserón para verificar si la intuición del sargento tenía o no fundamento, mientras apostaba a que aquel desgraciado, nada más oírles llegar, había salido corriendo campo a través y ya se encontraría lejos de allí. Eso era lo que él habría hecho. Pero en lugar de rastrear los alrededores, tenían que seguir el instinto casi animal de su superior. Qué cansado estaba, se quejó a pocos metros del establo. Aquella maldita fuga iba a acabar con él. Apenas había dormido, malcomía y estaba harto de patear el monte recorriendo senderos, barrancos y pedregales. La primera noche sí había tenido emoción. Caían como chinches. Bastaba con remover un matojo o rebuscar en un agujero y salían tres o cuatro corriendo o suplicando. Pero a partir del segundo día la diversión se terminó. Los fugados, más disgregados y en menor número, resultaban más difíciles de localizar. La mayoría habían logrado alcanzar el valle al alba. La zona de búsqueda se ampliaba y las posibilidades de encontrarlos se reducían. Al mismo tiempo, el teniente coronel parecía haberse acojonado, y las

nuevas instrucciones obligaban, salvo fuerza mayor, a capturarlos vivos.

El cobertizo, al contrario de lo que sucedía con la casa aledaña, estaba construido de madera. Alguna de las tablas comenzaban a pudrirse y tendrían que ser cambiadas antes de la llegada del invierno. Por lo demás, parecía estar en buen estado. Con un movimiento lento de su mano izquierda empujó la puerta de entrada que cedió con facilidad al envite, mientras el quejido de las bisagras acompañaba la apertura. De repente, y cuando todavía no había conseguido abrir del todo el portón, varias gallinas corrieron entre sus piernas y revolotearon sobre su cabeza, al tiempo que cacareaban asustadas y se alejaban despavoridas hacia el exterior. El soldado, sobrecogido, solo tuvo tiempo de agacharse con un movimiento inconsciente y defensivo. Aquel inesperado suceso disparó el ritmo de su corazón. Superada la sorpresa inicial, intentó calmarse, mientras alguna que otra pluma aún planeaba en el aire. «Malditos pajarracos del demonio», rezongó, para liberar la tensión.

El interior del cobertizo era simple y se dividía en cinco cubiles; dos situados a la derecha y tres a la izquierda. En uno de ellos había dos vacas, y otros dos estaban ocupados por un caballo y una yegua. Aparte de los animales había un montón de paja, útiles de labranza y un pequeño altillo al que se accedía por una escalera de mano, también de madera.

Con la pistola al frente inspeccionó los cubiles. Sus paredes no eran muy altas por lo que no necesitó esforzarse mucho para revisarlos. Allí no había nadie, concluyó más relajado. A continuación, y una vez se aproximó al montón de paja que servía de alimento para los animales, cogió un biello que encontró apoyado sobre una de las paredes e introdujo sus cuatro pinchos varias veces. Si alguien se hubiera escondido allí, pensó con cierta sorna, a esas alturas tendría más agujeros que un colador. Satisfecho, miró a su alrededor. Los animales parecían tranquilos. Solo quedaba el pequeño altillo. Antes de subir por la escalera revisó los peldaños. Estaban limpios. Si aquel piojoso hubiera subido, habría dejado restos de barro y suciedad en los maderos. El instinto del sargento parecía haber fallado en esa ocasión y aquel desgraciado había salido huyendo cuando la mujer le avisó. «Maldita zorra», masculló, haciendo suyas las palabras que el sargento había dicho nada más golpearla. Por su culpa tendrían que continuar buscando al piojoso otro día más. Tenía bien merecido lo que le había pasado.

Entre maldiciones y blasfemias, subió por la escalera hasta que su cabeza alcanzó la base del altillo.

Echenique regresó a la cocina después de revisar cada centímetro cuadrado de la casa. Estaba furioso; mucho más que cuando se marchó. Algo en su interior le decía que aquel preso estaba muy cerca, pero era incapaz de dar con él. Y todo, pensó enrabiado, por culpa de aquella maldita traidora que todavía yacía inconsciente sobre el suelo de la cocina. Sabía que ella conocía el lugar donde se escondía. Durante unos instantes, y mientras observaba el rostro hinchado y amoratado de la mujer, lamentó haber sido tan impulsivo. Si la hubiera forzado un poco, reflexionó, habría podido sonsacarla. Enfadado consigo mismo, fue incapaz de reprimir un nuevo ataque de ira y, sin miramiento alguno, pateó el cuerpo inconsciente de Amaia antes de salir de la cocina en busca del cabo que ya tardaba demasiado.

Nada más salir de la casa, un detalle llamó su atención. Sobre el suelo húmedo las marcas de varias pisadas transcurrían paralelas a los muros de piedra del caserón. No había que ser muy listo, pensó, mientras en cuclillas inspeccionaba las huellas, para averiguar que dos personas de

diferente peso habían pasado recientemente por aquel lugar. Las profundidades de las marcas, así como su forma eran diferentes. Una de ellas se hundía mucho más que la otra, y su forma coincidía con una bota militar. Esa debía ser la del cabo, concluyó. La otra, menos profunda, debía corresponder al joven al que buscaba, mucho más delgado que el soldado. La mujer quedaba descartada por las dimensiones de las pisadas. Aquel detalle le puso en alerta, por lo que desenfundó la pistola. Siguiendo el rastro descubierto, deseó que el soldado hubiera sido tan observador como lo había sido él, aunque tanto tiempo sin noticias suyas comenzaba a resultar sospechoso.

Extremando la cautela y analizando cada detalle que iba encontrando por el camino, llegó hasta la entrada del establo. A su alrededor, varias gallinas picoteaban el suelo despreocupadas, y salvo el cloqueo de las aves todo permanecía en silencio.

Las bisagras de la puerta de entrada al cobertizo gimieron de igual forma que lo habían hecho minutos antes. Las vacas y los equinos observaron curiosos al extraño visitante desde el interior. El olor de las bestias aletargó el olfato del sargento que rápidamente intuyó no podría usar en aquel lugar. Desde la entrada, y con el portón completamente abierto, contempló el establo para hacerse una composición del lugar. Varios detalles llamaron entonces su atención. El primero y más significativo de ellos, era una mancha de sangre situada a pocos metros de sus pies. El segundo, que los peldaños de la escalera de madera para subir al altillo estuvieran manchados de barro. El tercero, un par de zapatos, también embarrados, situados junto a la base del pilar central de madera que sostenía la construcción. Rápidamente su cerebro razonó sobre lo sucedido. El cabo había caído hacia atrás al revisar el altillo y, seguramente, aquella mancha de sangre era suya. Desde la puerta de entrada miró hacia el exterior y observó de nuevo las pisadas. Todas convergían en aquel lugar. Nadie había salido de allí, pero tampoco existía rastro de ninguno de ellos en el interior.

Echenique entró en el cobertizo, al tiempo que percibía bajo sus pies el crujir de la tierra y la paja a cada paso que daba. Con los sentidos en máxima alerta, lo primero que revisó fue el espacio que quedaba oculto tras la puerta. Aquel rutinario trámite era un despiste demasiado común que permitía al enemigo atacar por la espalda. A continuación, se dirigió hacia los cubiles, al tiempo que se preparaba para ser sorprendido en cualquier momento. Sus conocimientos castrenses le decían que, en situaciones como aquella, la ventaja era siempre del que permanecía oculto, por lo que tenía que estar prevenido para repeler un posible ataque. Apenas revisó los pesebres, su mirada se dirigió hacia el montón de paja situado a pocos metros de distancia y caminó hacia el mismo sin desproteger la retaguardia. Parecía incomprensible que una mujer de campo mantuviera el almiar tan desperdigado, pensó al llegar a su altura. Fue entonces cuando uno de sus pies pisó el mango de un bieldo que se encontraba tirado en el suelo. Sin pensarlo dos veces, y enfundada la pistola en su cinturón, cogió la herramienta entre sus manos y, con determinación, hundió los cuatro pinchos de hierro entre la paja. Al instante, apreció cómo pinchaba sobre algo duro. Aquello le animó y, sin piedad, volvió a hendirlo con más fuerza aún entre el forraje. Dominado por un frenesí incontrolable, repitió la operación varias veces más.

—No tiene sentido que siga. —Oyó el sargento a su espalda.

Sudoroso y con la respiración agitada, Echenique se giró hacia atrás. Sus ojos observaron enardecidos al joven preso que tanto deseaba capturar, mientras este le apuntaba con la pistola del cabo. A pesar de saberse en desventaja, una sonrisa se dibujó en su rostro. Hacía tiempo que no le tenía tan cerca, y en esta ocasión no le dejaría escapar.

—Si no estaba muerto, seguro que ya lo está —añadió Daniel con cierto titubeo en el tono de

su voz.

El sargento no pasó por alto la inseguridad del joven, como tampoco el leve temblor que se adivinaba en la mano que sostenía el arma. Unos segundos más y aquel trozo de hierro le pesaría como una tonelada, especuló mientras le estudiaba. Hacía falta mucho temple para sostener la muerte entre las manos, y no todo el mundo servía para eso. Él lo sabía muy bien.

—Mejor —respondió Echenique, cuya respiración ya parecía más acompasada—, así habrá más motivos para que te pudras en la prisión.

—Ha sido un accidente —argumentó el joven, alterado—. Déjeme ir.

El sargento volvió a sonreír. Sabía que la situación avanzaba hacia el escenario que él deseaba. Sin abandonar la sonrisa, negó con la cabeza antes de contestar:

—Tienes que volver al lugar del que te escapaste. Ninguno lo logrará, y tú tampoco.

—No volveré allí.

—Pues entonces tendrás que matarme.

Daniel no esperaba aquel envite y no pudo ocultar el gesto de vacilación que se instaló en su rostro.

—¡Vamos! —arengó el sargento, a la vez que observaba cómo el joven se ayudaba de la otra mano para sostener la pistola—. ¿Acaso no tienes cojones? ¡Dispara! —volvió a gritar, antes de golpear con dureza uno de los cubiles con el palo del biello que aún sostenía en su mano derecha.

La yegua, asustada por el impacto recibido en su pesebre, se encabritó, elevando sus patas delanteras mientras relinchaba. Daniel, sobresaltado, retrocedió un paso para alejarse del animal desviando su atención del militar. Cuando fue consciente de su error, uno de los hierros del biello impactó contra su brazo derecho. La fuerza del golpe propició que la pistola que sostenía saliera despedida a unos metros de distancia. Lo último que vio el joven antes de perder la consciencia fue el rostro del sargento a escasos centímetros de sus ojos.

Sin muchas esperanzas de que el cabo aún continuara con vida, intentó buscar su pulso sin éxito. Una víctima más, pensó en silencio. Así era la guerra, a veces conseguías sobrevivir entre una lluvia de balas enemigas, y otras perdías la vida de la forma más estúpida. Cuando regresara al campamento enviaría unos soldados a por su cuerpo y felicitaría personalmente a la familia. No había sido mal soldado, aunque de haberse fijado en los zapatos que estaban cerca de la escalera que conducía al altillo, habría sabido por qué aquellos peldaños estaban limpios antes de subirlos. La confianza debilitaba y entumecía los sentidos, especuló en silencio, mientras dejaba a un lado el cadáver del cabo y se dirigía hacia el cuerpo inconsciente del joven. «Y la inseguridad y la falta de cojones tampoco son buenas aliadas», opinó en voz alta esta vez, como si tratara de que el fugado le oyera. Con el placer del trabajo cumplido, cargó con el cuerpo de Daniel sobre sus hombros y abandonó el establo.

Ya en el exterior, las gallinas se apartaron de su camino sin dejar de picotear el suelo. El viento procedente del norte aún bajaba frío, a pesar de que junio se encontraba cerca, y el sol continuaba sin ser capaz de calentar el día. Aunque todo aquello a él le daba igual. Había pasado de villano a héroe en solo una noche, y durante los meses siguientes dedicaría su vida a hacer imposible la de aquel desgraciado que había osado ponerle en evidencia delante del resto de los presos. Y no contento con eso, se había atrevido a golpearle en el arsenal durante los primeros momentos de la revuelta. Aquel saco de huesos que no pesaba más de cincuenta kilos rezongó,

mientras bordeaba los muros de piedra del caserón, así como todos aquellos que habían sido capturados, pagarían bien caro su atrevimiento.

El sudor ya goteaba por su espalda cuando alcanzó el todoterreno. Con dificultad abrió el maletero del vehículo y, como si fuera un saco de patatas, arrojó el cuerpo del joven en su interior. Una vez introdujo la pierna del preso que había quedado fuera, cerró el portón con fuerza. Fue entonces cuando oyó amartillar un arma a su espalda. Sorprendido de que aquella historia no finalizase allí, permaneció quieto durante algunos segundos asimilando aquella inesperada situación. Cuando así lo creyó oportuno, y sin que nadie le apremiara, se giró lentamente. Sus ojos fueron incapaces de ocultar una expresión de sorpresa.

El estruendo de una detonación rasgó el silencio que imperaba en los alrededores y provocó que los pájaros que descansaban en los árboles cercanos huyeran despavoridos. También las gallinas que picoteaban junto al caserón buscaron refugio en el interior del establo. Durante los últimos días era habitual escuchar disparos en cualquier parte del valle, por lo que sus habitantes se habían acostumbrado a aquel desagradable sonido. Quien más, quien menos, había oído hablar de los cerca de ochocientos presos que durante la tarde del domingo habían huido del penal de San Cristóbal, y cada disparo que oían podría significar que alguno de aquellos infelices había caído. Uno menos, pensaban entonces. Si hacían caso a la propaganda que había comenzado a difundirse por los pueblos de la zona, pocos conseguirían alcanzar la frontera.

DÍA VIII

Madrugada del miércoles, 25 de mayo de 1938

Cincuenta y cinco horas desde el inicio de la evasión

Daniel agradeció el descanso que el *mugalari*^[5] al que acompañaba le había concedido. Exhausto tras varias horas caminando por aquel peñascoso sendero por el que ni siquiera las cabras querrían pasar, apenas le quedaban fuerzas para continuar. El reloj que Amaia le había regalado esa misma mañana marcaba las tres de la madrugada.

Siguiendo las indicaciones del guía —un hombre recio y alto, con marcado acento vasco y parco en la conversación—, se refugiaron del viento helador que recorría aquella zona de los Pirineos aprovechando una oquedad abierta en la pared de la roca. Sin intercambiar más palabras que las necesarias, comieron un poco de tocino para recuperar parte de las energías perdidas. La noche sin luna era oscura y las estrellas brillaban con una intensidad desmesurada en un firmamento que, desde aquellas alturas, se mostraba más cercano que de costumbre. A su vez, la nieve que aún se acumulaba en los picos aledaños propiciaba que la temperatura fuera realmente gélida, aunque las ropas que llevaban y el esfuerzo del camino todavía les mantenían calientes. Por dicho motivo la pausa no debía demorarse más de unos pocos minutos.

Entre bocado y bocado, el joven fijó la mirada en la bóveda estrellada que los cubría y, embelesado ante el espectáculo que veían sus ojos, no pudo dejar de pensar en las oscuras noches que había pasado en el agujero. Sabía que aquellos recuerdos repletos de penalidades y fatigas le acompañarían durante el resto de su vida, y las pesadillas se encargarían de recordarle cada noche su paso por aquel infierno. Pero la fortuna había hilado de tal forma su destino que, si las indicaciones del *mugalari* eran ciertas, en una hora alcanzaría la frontera francesa, y con ella la libertad definitiva. No obstante, aquella felicidad no era completa y algunas lágrimas recorrieron sus frías mejillas cuando recordó a todos aquellos que, con uñas y dientes, habían luchado contra la adversidad, el hambre y la enfermedad para conseguir ser libres y poder regresar con los suyos, y no estaban junto a él para disfrutar de aquel momento. Fue entonces cuando su mente recordó a Enric, a Jorge, a Samuel y, por último, a Miguel, quien tan cerca había estado de conseguirlo; y supo que jamás los olvidaría. Todos ellos podrían estar ahora en aquella fría oquedad de piedra y a escasos metros de lo que habían soñado durante meses, e incluso años, pero la Providencia solo le había elegido a él. Al menos, pensó, intentando aliviar la desazón que se había aferrado a su pecho, cada uno de ellos podría despedirse de sus familias con las palabras que habían escogido entre sollozos durante aquellas largas noches a tres metros bajo el suelo. Por dicha razón sabía que no podía fallarles, y antes de salir hacia la frontera había pedido a Amaia el favor de echar al correo aquellas cinco cartas, una vez supuso que el matasellos francés podría suponer una evidencia demasiado peligrosa para la censura. Aquel último pensamiento le llevó hasta la mujer que se había jugado el pellejo por ayudarle, cuando apenas tenía fuerzas para seguir huyendo. Gracias a ella y al hortelano que, arrepentido, había regresado para resarcirse de su error, estaba tan cerca de conseguir lo que miles de personas anhelaban en aquel país partido y destrozado por una guerra de hermanos que teñían con la misma sangre sus campos y tierras. Solo esperaba que

cuando los cuerpos del cabo y el sargento fueran encontrados dentro de su vehículo a varios kilómetros de distancia del caserón de Amaia, nadie los relacionase con ella ni con el agricultor que había disparado a Echenique.

—Tenemos que continuar —informó el *mugalari* con su tono de voz seco, al tiempo que se incorporaba y cogía el fardo en el que transportaba los productos de contrabando entre ambos países.

Daniel regresó de sus pensamientos y, no sin dificultad, consiguió ponerse en pie. Los dolores que aún atenazaban su cuerpo y el frío que comenzaba a apoderarse de sus movimientos le hicieron dar los primeros pasos con torpeza. Fue entonces cuando notó algo dentro de uno de los bolsillos de su chaqueta y, sin pensarlo, introdujo la mano y extrajo un sobre. Nada más verlo supo de lo que se trataba. Apenas comenzaron la marcha por el agreste sendero que transcurría paralelo al muro de roca que se elevaba decenas de metros sobre sus cabezas, extrajo la carta que había en su interior y la rasgó en tantos trozos como fue capaz. Los fragmentos de papel, alentados por el frío viento que soplaba de cara, revolotearon juguetones mientras caían al precipicio que, entre la oscuridad de la madrugada, se adivinaba a la derecha del camino. Aquella carta de despedida ya no tendría que ser enviada, pensó, mientras caminaba hacia la libertad.

Prisión de San Cristóbal (Pamplona)

Una historia real

Embutido en la cima del monte Ezkaba, y a diez kilómetros de Pamplona, se encuentra el Penal de San Cristóbal. Diseñado inicialmente como fuerte artillero, esa admirable obra de ingeniería militar fue acabada en 1919, aunque debido a la aparición de la aviación en el ámbito militar, su portentoso diseño pronto quedó desfasado, y nunca llegó a funcionar como fortaleza defensiva.

Entre 1934 y 1945 fue destinada a prisión, y no tardó en ganarse el título de ser la cárcel más dura de España. Las condiciones de reclusión eran extremas y los reclusos, presos políticos la mayoría, enfermaban y morían por la falta de cuidados mínimos. No obstante, fue a partir del inicio de la Guerra Civil, cuando las condiciones de vida de los presos, que poco a poco fueron abarrotando el penal, se recrudecieron hasta límites inhumanos. La situación fue especialmente dura en las tres brigadas que tenía la prisión, y mucho más atroz en la primera, donde unos quinientos presos, hacinados en un sótano húmedo, frío y oscuro, malvivían con la suciedad untuosa que se acumulaba en el suelo, el olor nauseabundo que provocaba la ausencia de limpieza o aseo, y las plagas de piojos y chinches. Como retrete, disponían solo de un agujero por cada cincuenta presos para hacer sus necesidades, y carecían de agua corriente. Por las noches los presos dormían vestidos, los unos junto a los otros, y la comida era escasa y mala. Enfermedades como la avitaminosis, producida por la carencia de vitaminas, y la tuberculosis, llevaron a muchos de ellos a la muerte. Tal fue el número de fallecidos, que los pueblos cercanos al penal se negaron a enterrar en sus cementerios a más cadáveres por falta de espacio, por lo que tuvo que habilitarse una necrópolis en la ladera de la montaña que, con el tiempo, pasó a conocerse como el cementerio de las botellitas.

Esas condiciones de vida, así como muchas otras situaciones que se relatan en la novela, llevaron a que el 22 de mayo de 1938 más de 2.000 prisioneros salieran de la prisión, aunque finalmente fueron 795 los que decidieron probar fortuna y buscar su libertad. Aun así, a día de hoy sigue siendo la mayor fuga de presos de una cárcel europea; sin embargo, la censura y la propaganda de la época se encargaron de ocultar ese y otros muchos datos relativos a lo sucedido durante esos días del mes de mayo.

De los 795 presos fugados, 207 murieron abatidos por los soldados, los falangistas y los requetés que se sumaron a la persecución. De los muertos, veinte cuerpos nunca se recuperaron. Solo tres reclusos – aunque algunos historiadores aseguran que fueron cuatro –, consiguieron alcanzar la frontera francesa. Los 585 restantes fueron devueltos al penal, donde pasaron a ocupar la primera brigada. Allí permanecieron desnudos y sin comida durante los primeros días. Durante los tres meses siguientes, solo salían al patio media hora al amanecer y a paso ligero. Muchos caían extenuados.

En el Consejo de Guerra^[6] celebrado tras la fuga, a los presos capturados se les impusieron diecisiete años de cárcel, a sumar a los que ya tenían. Catorce reclusos fueron condenados como

instigadores, y murieron fusilados el 08 de septiembre de 1938 en Pamplona. El cabecilla de la evasión –Leopoldo Pico- también fue juzgado, aunque no recibió condena al ser abatido en la ladera del monte durante la huida.

En 1938, la Audiencia Territorial de Pamplona imputó al Administrador del penal y a otros funcionarios, entre los que se encontraba el Director, por malversación de caudales públicos al considerar que se apropiaron de parte del presupuesto destinado a la alimentación de los presos.

Actualmente, el Fuerte o Penal de San Cristóbal sigue siendo propiedad del ejército. Cerrado y abandonado, continúa siendo testigo mudo de las atrocidades que se cometieron entre sus gruesos muros de piedra. Por desgracia, nada tuvo que envidiar a los famosos campos de exterminio que tomaron su relevo en Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

Aunque “**Tres metros bajo el suelo**” es una obra de ficción, la mayoría de anécdotas y situaciones relatadas en la novela se han obtenido de los testimonios de multitud de hombres que sobrevivieron a aquella pesadilla.

Por último, recomiendo la lectura del libro “La gran fuga de las cárceles franquistas” de la editorial Pamiela, en el que, aparte de datos y documentos muy interesantes relativos al Penal de San Cristóbal, se recogen más de treinta entrevistas con presos que fueron testigos de la mayor fuga de presos de una cárcel europea.

Raúl Sánchez Quintana
raulymon@hotmail.com

[1] Partido Republicano Radical (PRR), a veces más conocido como Partido Radical. Fue un partido político español de ideología republicana y radical que existió entre 1908 y 1936.

[2] En Esperanto: «Creo que ya es suficiente».

[3] Chuminá: tontería.

[4] Maharón: loco.

[5] Expresión en euskera que designaba a una persona que ayuda a cruzar la frontera entre España y Francia a otra u otras que estaban siendo perseguidas por motivos políticos.

[6] <<Sumarísimo de Urgencia nº 1.916 de 1938 sobre la actuación de los promotores de la sublevación>>

<<Sumarísimo de Urgencia nº 1.917 de 1938 contra los penados que aprovechando la revuelta se limitaron a evadirse, quebrantando la condena>>

INDICE

Prisión de San Cristóbal (Pamplona) - Domingo 22 de mayo de 1938

DÍA I Miércoles 18 de mayo de 1938 - Prisión de San Cristóbal (Pamplona) - Cuatro días antes

DÍA II Jueves 19 de mayo de 1938 - Penal de San Cristóbal (Pamplona)

DÍA III Viernes 20 de mayo de 1938 - Penal de San Cristóbal (Pamplona)

DÍA IV Sábado 21 de mayo de 1938 - Penal de San Cristóbal (Pamplona)

DÍA V Domingo 22 de mayo de 1938 - Penal de San Cristóbal (Pamplona)

DÍA V Penal de San Cristóbal (Pamplona) - 20 horas del domingo 22 de mayo de 1938 - Los siguientes hechos se inspiran en el relato elaborado por el fiscal que actuó en el proceso judicial que, tras la evasión, se llevó a cabo

DÍA V Domingo 22 de mayo de 1938 - Penal de San Cristóbal (Pamplona) - Cuarenta minutos desde el inicio de la evasión

DÍA V Domingo 22 de mayo de 1938 - Monte Ezkaba (Pamplona) - Una hora desde el inicio de la evasión

DÍA VI Lunes, 23 de mayo de 1938 - Monte Ezkaba (Pamplona) - Once horas desde el inicio de la evasión

DÍA VII Martes, 24 de mayo de 1938 - Veintinueve horas desde el inicio de la evasión

DÍA VII Martes, 24 de mayo de 1938 - Treinta y seis horas desde el inicio de la evasión

DÍA VII Martes, 24 de mayo de 1938 - Treinta y seis horas desde el inicio de la evasión

DÍA VIII Madrugada del miércoles, 25 de mayo de 1938 - Cincuenta y cinco horas desde el inicio de la evasión

Prisión de San Cristóbal (Pamplona) - Una historia real